

ROBERT HARRIS

EL ÍNDICE DEL MIEDO

El índice del miedo

Robert Harris

Traducción de
Gemma Rovira Ortega

Grijalbo

www.megustaleer.com

Índice

Cubierta

El índice del miedo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Agradecimientos

Biografía

Notas

Créditos

Acerca de Random House Mondadori

A mi familia
Gill,
Holly, Charlie, Matilda, Sam

Aprended de mí, si no a través de mis preceptos, al menos a través de mi ejemplo, el peligro que supone la adquisición de conocimientos, y cuánto más feliz es el hombre que cree que su pueblo natal es el mundo que aquel que aspira a una grandeza mayor de lo que su naturaleza permitirá.

MARY SHELLEY, *Frankenstein* (1818)

El doctor Alexander Hoffmann, sentado junto a la chimenea de su estudio, en Ginebra, con un puro a medio fumar, apagado, en el cenicero que tenía a su lado y con una lámpara de resorte Anglepoise cerca del hombro, pasaba las páginas de una primera edición de *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre* de Charles Darwin. El reloj de pie victoriano del pasillo daba la medianoche, pero Hoffmann no lo oía. Tampoco se fijó en que el fuego estaba casi apagado. Dirigía hacia el libro toda su formidable capacidad de atención.

Sabía que lo había publicado John Murray & Co. en Londres en 1872 en una edición de siete mil ejemplares impresa en dos tiradas. También sabía que la segunda tirada había introducido una errata —«*htat*, *geu*»— en la página 208. Como en el volumen que tenía en las manos no aparecía aquel error, dedujo que debía de pertenecer a la primera tirada, lo que aumentaba considerablemente su valor. Le dio la vuelta y examinó el lomo. La cubierta era la original, de tela verde con letras doradas, y los extremos del lomo solo estaban ligeramente gastados. Era lo que en el gremio de los coleccionistas de libros se conocía como «un ejemplar en muy buen estado»; su valor debía de rondar los quince mil dólares. Estaba esperándolo cuando volvió a casa de la oficina esa noche, nada más cerrar los mercados de Nueva York, poco después de las diez. Sin embargo, lo

raro era que aunque él coleccionaba primeras ediciones científicas y había hojeado ese libro online, y hasta tenía intención de comprarlo, no lo había encargado.

Lo primero que pensó fue que debía de haberlo comprado su mujer, pero ella lo había negado. Al principio él no la creyó, y la siguió por la cocina mientras ponía la mesa, tendiéndole el libro para que lo examinara.

—¿De verdad que no me lo has comprado tú?

—De verdad, Alex. Lo siento. No he sido yo. ¿Qué quieres que te diga? A lo mejor tienes una admiradora secreta.

—¿Estás completamente segura? ¿No es nuestro aniversario ni nada? ¿No se me ha olvidado regalarte algo?

—Por el amor de Dios, no lo he comprado yo, ¿vale?

El libro había llegado sin ningún mensaje a excepción de la tarjeta de una librería holandesa: «Rosengarden & Nijenhuis, Libros antiguos médicos y científicos. Fundada en 1911. Prinsengracht 227, 1016 HN Amsterdam, Países Bajos». Hoffmann había pisado el pedal del cubo de basura y había recuperado el plástico de burbujas y el grueso papel de envolver marrón. La dirección del paquete, impresa en una etiqueta, era correcta: «Doctor Alexander Hoffmann, Villa Clairmont, 79 Chemin de Ruth, 1223 Cologny, Ginebra, Suiza». Lo habían enviado por mensajero desde Amsterdam el día anterior.

Después de cenar —pastel de pescado y ensalada verde preparados por el ama de llaves antes de marcharse a su casa—, Gabrielle, nerviosa, se había quedado en la cocina para hacer unas cuantas llamadas de último minuto relacionadas con su exposición, que se inauguraba al día siguiente, mientras que Hoffmann se había retirado a su estudio llevándose consigo el misterioso libro. Una hora más tarde, cuando Gabrielle asomó la cabeza por la puerta para decirle que se iba a la cama, él seguía leyendo.

—Procura no tardar mucho, cariño —le dijo—. Te espero despierta.

Hoffmann no contestó. Ella se demoró un momento en la puerta y lo observó. Todavía parecía joven para sus cuarenta y dos años, y siempre había sido más guapo de lo que él creía, una cualidad que ella encontraba atractiva en los hombres, además de poco común. Gabrielle había acabado por comprender que no se trataba de que fuera modesto. Al contrario: se mostraba sumamente indiferente hacia cualquier cosa que no lo atrajera intelectualmente, un rasgo por el que se había ganado la fama entre sus amigos de ser un grosero de tomo y lomo, y eso también le gustaba a Gabrielle. Tenía la cara, tan

norteamericana y tan prodigiosamente infantil, suspendida sobre el libro; la luz del fuego se reflejaba en los cristales de sus gafas, que, hincadas en la mata de pelo castaño claro de su cabeza, parecían devolverle una mirada de advertencia a Gabrielle. Ella lo conocía demasiado bien para interrumpirlo. Suspiró y subió al piso de arriba.

Hoffmann sabía desde hacía años que *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre* era uno de los primeros libros con fotografías que se habían publicado, pero era la primera vez que veía aquellas ilustraciones. Las láminas en blanco y negro representaban a modelos de pintores victorianos y a internos del manicomio de Surrey expresando diferentes emociones —pena, desesperación, alegría, desafío, terror—, pues aquello quería ser un estudio del *Homo sapiens* como animal, con las reacciones instintivas de los animales, despojado de las máscaras de las convenciones sociales. A pesar de haber nacido suficientemente avanzada la era de la ciencia como para ser fotografiados, sus ojos mal alineados y sus dientes torcidos hacían que parecieran astutos y supersticiosos campesinos de la Edad Media. A Hoffmann le recordaban a una pesadilla infantil, a adultos salidos de un cuento de hadas anticuado que podrían venir y robarte, sacándote de la cama en plena noche para llevarte con ellos al bosque.

Y había otra cosa que lo inquietaba. La tarjeta de la librería estaba insertada entre las páginas dedicadas a la emoción del miedo, como si la persona que se lo había enviado hubiera querido que se fijara en ellas:

Al principio, el hombre que tiene miedo se queda plantado como una estatua, inmóvil o sin respiración, o se agacha como si instintivamente quisiera impedir la observación. El corazón late deprisa y con fuerza, de modo que palpita o golpea contra las costillas...

Cuando pensaba, Hoffmann tenía la costumbre de ladear la cabeza y dejar la mirada fija en un punto, y eso era lo que estaba haciendo en ese momento. ¿Sería una coincidencia? Sí, razonó, debía de serlo. Por otra parte, los efectos fisiológicos del miedo guardaban una relación tan directa con el VIXAL-4, el proyecto en que trabajaba actualmente, que creía encontrar una clara intencionalidad en ese detalle. Y sin embargo, el VIXAL-4 era altamente secreto; solo lo conocían los miembros de su equipo de investigación, y aunque Hoffmann se encargaba de pagarles bien —el sueldo inicial era de doscientos cincuenta mil dólares, con generosas primas—, era muy improbable que alguno de ellos se hubiera gastado quince mil dólares en un regalo anónimo. Una persona que desde luego podía permitírselo, que lo sabía todo sobre el proyecto y que

habría entendido la broma —si de eso se trataba: de una broma carísima—, era su socio, Hugo Quarry, y Hoffmann, sin pensar siquiera en la hora que era, lo llamó por teléfono.

—Hola, Alex. ¿Cómo va todo? —Aunque a Quarry le hubiera extrañado que lo molestaran después de medianoche, sus perfectos modales no le habrían permitido demostrarlo. Además, estaba acostumbrado a la forma de hacer de Hoffmann, «el profesor chiflado», como él lo llamaba, y se lo llamaba en la cara y a sus espaldas, pues parte de su encanto consistía en hablar a todos siempre de la misma forma, ya fuera en público o en privado.

Hoffmann, que seguía leyendo la descripción del miedo, dijo distraídamente:

—Ah, hola. ¿Me has comprado un libro?

—Pues... creo que no. ¿Por qué? ¿Tenía que comprártelo?

—Alguien acaba de enviarme una primera edición de Darwin, y no sé quién.

—Debe de valer mucho dinero.

—Así es. He pensado que, como tú sabes lo importante que es Darwin para el VIXAL, tal vez habías sido tú.

—Me temo que no. ¿No habrá sido algún cliente? Alguien que haya querido hacerte un regalo de agradecimiento, y que haya olvidado incluir la tarjeta. Les hemos hecho ganar mucho dinero, Alex.

—Sí, ya. Podría ser. Vale. Perdona que te haya molestado.

—No pasa nada. Nos vemos por la mañana. Mañana será un gran día. De hecho, ya casi es mañana. Deberías estar durmiendo.

—Sí, sí. Ahora me acuesto. Buenas noches.

Cuando el miedo alcanza un grado extremo, se oye el espantoso grito del terror. Brotan en la piel grandes gotas de sudor. Todos los músculos del cuerpo se relajan. A continuación se produce una postración absoluta, y fallan las capacidades mentales. Los intestinos resultan afectados. Los músculos del esfínter dejan de actuar y ya no retienen los contenidos del cuerpo...

Hoffmann se acercó el libro a la nariz e inhaló. Percibió una mezcla de olores tan intensa —a piel, polvo de biblioteca y humo de puro— que casi notó su sabor; distinguió también algo químico, quizá formaldehído o gas de hulla. Le hizo pensar en un laboratorio o un auditorio del siglo XIX, y por un instante vio mecheros de Bunsen sobre mesas de madera, matraces de ácido y el esqueleto de un mono. Volvió a insertar la tarjeta de la librería para marcar la página y cerró el libro con cuidado. Luego se lo llevó

a los anaqueles y, con mucha delicadeza, le hizo un hueco entre una primera edición de *El origen de las especies* que había comprado en una subasta de Sotheby's en Nueva York por ciento veinticinco mil dólares y un ejemplar de *El origen del hombre* que había pertenecido a T. H. Huxley.

Más tarde intentaría recordar la secuencia exacta de lo que hizo a continuación. Consultó el terminal Bloomberg de su mesa para ver los precios finales de Estados Unidos: el Dow Jones, el S&P 500 y el NASDAQ habían cerrado a la baja. Escribió por correo electrónico a Susumu Takahashi, el operador bursátil de guardia encargado de la ejecución del VIXAL-4 durante el turno de noche, quien le informó de que todo funcionaba correctamente y le recordó que la bolsa de valores de Tokio reabriría al cabo de menos de dos horas pasados los tres días festivos anuales de la Semana Dorada. Con toda seguridad, abriría a la baja para ponerse al día tras una semana de caídas de precios en Europa y Estados Unidos. Y había otra cosa: el VIXAL proponía la venta en corto de otros tres millones de acciones de Procter & Gamble a sesenta y dos dólares la acción, lo que haría ascender su posición global a seis millones. Era una transacción importante: ¿daba Hoffmann su aprobación? Hoffmann escribió un «OK», tiró el puro sin acabar, colocó una pantalla metálica de malla fina delante de la chimenea y apagó las luces del estudio. En el recibidor comprobó que la puerta principal estaba bien cerrada y activó la alarma antirrobo con su código de cuatro dígitos: 1729. (El número hacía referencia a una conversación que habían mantenido los matemáticos G. H. Hardy y S. I. Ramanujan en 1920. Hardy había cogido un taxi con ese número para ir a visitar a su colega enfermo en el hospital, y se quejó de que era «un número bien soso», a lo que Ramanujan replicó: «¡No, Hardy! ¡No, Hardy! Es un número muy interesante. Es el número más pequeño expresable como la suma de dos cubos de dos formas diferentes».) Solo dejó una lámpara encendida en el piso de abajo —de eso estaba seguro—, y luego subió por la escalera circular de mármol blanco hasta el cuarto de baño. Se quitó las gafas, se desvistió, se lavó, se cepilló los dientes y se puso un pijama de seda azul. Puso la alarma de su teléfono móvil a las seis y media, y al hacerlo se fijó en que eran las doce y veinte.

Entró en el dormitorio y le sorprendió encontrar a Gabrielle todavía despierta, tumbada boca arriba sobre el cubrecama con un quimono de seda negro. En el tocador parpadeaba una vela aromática; por lo demás, la habitación estaba a oscuras. Gabrielle tenía las manos entrelazadas detrás de la cabeza, con los codos apuntando hacia fuera, y

las piernas flexionadas, una cruzada sobre la otra. Con un pie, blanco y delgado, con las uñas pintadas de rojo oscuro, describía círculos de impaciencia en el aire perfumado.

—Ostras —dijo él—, se me había olvidado qué día es hoy.

—No te preocupes. —Gabrielle se desabrochó el cinturón, se abrió el quimono y extendió los brazos hacia Hoffmann—. A mí nunca se me olvida.

Debían de ser sobre las cuatro menos diez de la madrugada cuando algo despertó a Hoffmann. Salió con esfuerzo de las profundidades del sueño y, al abrir los ojos, contempló una visión celestial de intensa luz blanca. Tenía forma geométrica, como un gráfico, con líneas horizontales escasamente separadas y columnas verticales anchas, pero sin datos inscritos. El sueño de un matemático, solo que tras escudriñarlo con los ojos entrecerrados unos segundos vio que no era ningún sueño, sino el efecto de la luz de ocho focos halógenos de tungsteno de quinientos vatios colándose por las rendijas de las persianas de la ventana, suficiente vataje para iluminar un campo de fútbol pequeño; más de una vez había pensado que tenía que cambiar aquellos focos de seguridad.

Los focos estaban conectados a un temporizador de treinta segundos. Mientras esperaba a que se apagaran, Hoffmann se preguntó qué podía haber interrumpido los rayos infrarrojos que formaban un entramado por todo el jardín para dispararlos. Pensó que debía de haber sido un gato, un zorro, o una rama excesivamente crecida sacudida por el viento. Y al cabo de unos segundos se apagaron las luces y la habitación volvió a quedar a oscuras.

Pero Hoffmann ya estaba completamente despierto. Estiró un brazo y buscó su teléfono móvil. Era de un lote fabricado especialmente para su empresa de fondos de cobertura, un *hedge fund*, que podía codificar llamadas telefónicas y correos electrónicos confidenciales. Para no molestar a Gabrielle, que detestaba esa costumbre suya aún más que la de fumar, lo encendió debajo del edredón y revisó brevemente la cuenta de resultados para ver las cotizaciones de Extremo Oriente. Los mercados de Tokio, Singapur y Sidney estaban cayendo, tal como estaba previsto, pero el VIXAL-4 ya había subido un 0,3 %, lo que significaba, según sus cálculos, que había ganado casi tres millones de dólares desde que se había acostado. Satisfecho, apagó el móvil y lo dejó en la mesilla de noche, y entonces fue cuando oyó el ruido: débil, difícil de identificar, y sin embargo extrañamente inquietante, como si hubiera alguien en el piso de abajo.

Sin desviar la mirada de los diminutos puntos de luz roja del detector de humo del techo, extendió una mano con cautela por debajo del edredón hacia Gabrielle. Últimamente, cuando no podía dormir después de hacer el amor, su mujer tenía la costumbre de bajar a trabajar a su taller. La palma de su mano atravesó las cálidas ondulaciones del colchón hasta que las yemas de sus dedos acariciaron la piel de la cadera de Gabrielle. Al instante ella masculló algo ininteligible y se tumbó sobre el costado dándole la espalda y ciñéndose un poco más el edredón alrededor de los hombros.

Hoffmann volvió a oír aquel ruido. Se incorporó apoyándose en los codos y aguzó el oído. No era nada específico, solo un golpe débil y ocasional. Quizá se tratara del sistema de calefacción, con el que no estaba familiarizado, o de una puerta movida por una corriente de aire. A esas alturas todavía estaba bastante tranquilo. La casa disponía de un sistema de seguridad formidable y esa era una de las razones por las que la había comprado unas semanas atrás: además de los focos, había un muro de tres metros de altura con macizas verjas electrónicas, una puerta principal de acero reforzado con cerradura de teclado numérico, cristales blindados en todas las ventanas de la planta baja, y una alarma antirrobo que detectaba el movimiento y que Hoffmann estaba seguro de haber activado antes de subir a acostarse. Las posibilidades de que un intruso hubiera burlado todas esas medidas y hubiera entrado en la casa eran muy reducidas. Además, Hoffmann estaba en forma: hacía ya tiempo que había comprobado que los niveles elevados de endorfinas le ayudaban a pensar. Hacía pesas. Corría. Un instinto atávico de proteger su territorio se agitaba en su interior.

Se levantó de la cama sin despertar a Gabrielle y se puso las gafas, la bata y las zapatillas. Vaciló un momento y escudriñó la oscuridad, pero no recordaba que hubiera nada en la habitación que pudiera utilizar como arma. Se guardó el móvil en el bolsillo y abrió la puerta del dormitorio, al principio solo un poco, y luego del todo. La luz de la lámpara del piso de abajo alumbraba débilmente el rellano. Se paró un momento en el umbral y escuchó, atento. Pero los ruidos —si es que había habido ruidos, cosa que él empezaba a dudar— habían cesado. Al cabo de aproximadamente un minuto fue hacia la escalera y empezó a descender muy despacio.

Tal vez fuera porque había leído a Darwin justo antes de quedarse dormido, pero mientras bajaba la escalera se puso a registrar con frialdad científica sus propios

síntomas físicos. Le costaba respirar, y los latidos de su corazón se habían acelerado tanto que le producían malestar. Se notaba el cabello rígido como el pelaje de un animal.

Llegó al piso de abajo.

La casa era una mansión *belle époque*, construida en 1902 para un empresario francés que había amasado una fortuna extrayendo petróleo a partir de residuos de carbón. El propietario anterior había decorado excesivamente toda la casa, que había quedado lista para entrar a vivir, y quizá por esa razón Hoffmann nunca se había sentido del todo cómodo en ella. A su izquierda estaba la puerta principal y, un poco más allá, la puerta del salón. A su derecha, un pasillo conducía hacia el interior de la casa: comedor, cocina, biblioteca y una galería que Gabrielle utilizaba como taller. Se quedó completamente quieto con las manos en alto, listo para defenderse. No oía nada. En un rincón del recibidor parpadeó el diminuto ojo rojo del sensor de movimiento. Si no tenía cuidado, él mismo dispararía la alarma. Eso ya había sucedido dos veces en Cologny desde que se habían instalado allí: enormes casas que aullaban con nerviosismo sin ningún motivo, como ricas ancianas histéricas detrás de sus altos muros recubiertos de hiedra.

Relajó las manos, cruzó el recibidor y fue hasta un barómetro antiguo que colgaba en una pared. Apretó un pestillo y el barómetro se desplazó hacia fuera. La caja de mandos de la alarma estaba escondida en un compartimiento que había detrás. Con el dedo índice de la mano derecha fue a introducir el código para desactivar la alarma, pero no llegó a hacerlo.

Ya estaba desactivada.

Se quedó con el dedo extendido en el aire mientras la parte racional de su cerebro buscaba explicaciones tranquilizadoras. Quizá Gabrielle había bajado, había desactivado la alarma y había olvidado activarla antes de volver a acostarse. O él había olvidado activarla. O la alarma había fallado.

Se volvió muy lentamente hacia su izquierda para examinar la puerta principal. El resplandor de la lámpara se reflejaba en la reluciente capa de pintura negra. Parecía estar bien cerrada, y no había indicios de que la hubieran forzado. Era lo último en diseño, igual que la alarma, y estaba controlada por el mismo código de cuatro dígitos. Giró la cabeza hacia la escalera y el pasillo que conducía al interior de la casa. Todo se encontraba en silencio. Avanzó hacia la puerta. Introdujo el código. Oyó cómo se deslizaban los cerrojos. Asíó el pesado picaporte de latón, lo hizo girar y salió al porche, que no estaba iluminado.

Por encima de la oscura extensión de césped la luna era un disco de un azul plateado que parecía que hubieran lanzado a gran velocidad a través de una masa de negras nubes viajeras. Los altos abetos que protegían la casa de la calle, meras siluetas en la noche, oscilaban y susurraban agitados por el viento.

Hoffmann dio unos pasos más por el camino de grava, los justos para interrumpir el rayo de los sensores infrarrojos y disparar los focos de la fachada de la casa. El resplandor lo sobresaltó y le hizo quedarse inmóvil donde estaba, como un prisionero en fuga. Levantó un brazo para hacer visera con la mano y se volvió hacia el recibidor, iluminado con una luz amarillenta, y al hacerlo vio que había un par de botas negras y enormes que alguien había colocado pulcramente a un lado de la puerta principal, como si su dueño no hubiera querido dejar manchas de barro o molestar a los ocupantes de la casa. Aquellas botas no eran de Hoffmann, y desde luego tampoco eran de Gabrielle. También tenía la certeza de que no estaban allí cuando había llegado a casa, hacía casi seis horas.

Con la mirada paralizada por aquellas botas, buscó a tientas su móvil, que estuvo a punto de caérsele al suelo; empezó a marcar el número de urgencias usado en Estados Unidos, el 911, recordó que se encontraba en Suiza y rectificó: 117.

El teléfono solo dio un timbrazo: a las 3.59 según la jefatura de policía de Ginebra, que registra todas las llamadas recibidas y que posteriormente presentó una transcripción. Una mujer contestó bruscamente: «*Oui, police?*».

A Hoffmann le pareció que aquella voz sonaba demasiado fuerte en medio de tanto silencio. Le hizo darse cuenta de lo expuesto que debía de estar plantado bajo la luz de los focos. Se apartó rápidamente hacia la izquierda, saliendo del campo de visión de cualquiera que mirara desde el recibidor, y avanzó buscando el abrigo del edificio. Sujetaba el teléfono muy cerca de la boca.

—*J'ai un intrus sur ma propriété* —susurró.

En la grabación su voz suena tranquila, débil, casi robótica. Es la voz de un hombre cuya corteza cerebral, aunque él no sea consciente de ello, está concentrándose por entero en la supervivencia. Es la voz del miedo más puro.

—*Quelle est votre adresse, monsieur?*

Se la dio. Seguía desplazándose a lo largo de la fachada de la casa. Oyó que la mujer tecleaba la dirección.

—*Et votre nom?*

—Alexander Hoffmann —susurró.

Se apagaron los focos de seguridad.

—*Okay, monsieur Hoffmann. Restez là. Une voiture est en route.*

La mujer colgó el teléfono. Solo en la oscuridad, Hoffmann se quedó de pie junto a la esquina de la casa. Hacía un frío impropio de la estación para tratarse de Suiza en la primera semana de mayo. Soplaba viento del nordeste, proveniente directamente del lago Lemán. Hoffmann oía el chapoteo constante del agua en los embarcaderos cercanos, y los golpes de las drizas contra los mástiles metálicos de los yates. Se ciñó la bata. Temblaba violentamente. Tuvo que apretar las mandíbulas para que no le castañetearan los dientes. Y sin embargo, curiosamente, no sentía pánico. Estaba descubriendo que el pánico era muy diferente del miedo. El pánico era un derrumbamiento moral y nervioso, un derroche de valiosa energía, mientras que el miedo era todo vigor e instinto: un animal que se levantaba sobre las patas traseras y te llenaba por completo, que tomaba el control de tu cerebro y tus músculos. Olfateó el aire y miró más allá de la mansión, en dirección al lago. Hacia la parte trasera de la casa había una luz encendida en la planta baja. Su resplandor alumbraba los arbustos de los alrededores, que parecían formar una bonita gruta de cuento de hadas.

Esperó medio minuto y empezó a avanzar hacia allí con sigilo, abriéndose paso por el ancho arriate de plantas perennes que discurría por ese lado de la casa. Al principio no supo de qué habitación salía la luz: no había estado en esa parte del jardín desde el día en que el agente de la inmobiliaria les había enseñado la casa. Pero al acercarse más comprendió que era la cocina, y cuando llegó a su altura y asomó la cabeza por la ventana, vio la silueta de un hombre dentro. Estaba de espaldas, de pie frente a la isla con tablero de granito que había en el centro de la estancia. Sus movimientos eran pausados. Sacaba unos cuchillos de los encajes de un bloque de madera y los afilaba en un afilador eléctrico.

El corazón le latía tan deprisa que Hoffmann oía el torrente de su propio pulso. En lo primero que pensó fue en Gabrielle: tenía que sacarla de la casa mientras el intruso estaba entretenido en la cocina. Tenía que sacarla de allí, o al menos conseguir que se encerrara en el cuarto de baño hasta que llegara la policía.

Todavía llevaba el móvil en la mano. Sin apartar la mirada del intruso, marcó el número de Gabrielle. Unos segundos más tarde oyó que empezaba a sonar el teléfono, demasiado fuerte y demasiado cerca para que lo tuviera ella en el piso de arriba. El

desconocido levantó la cabeza de inmediato y dejó de afilar. El teléfono de Gabrielle estaba donde ella lo había dejado antes de ir a acostarse, encima de la gran mesa de pino de la cocina; la pantalla se veía iluminada y la funda de plástico rosa zumbaba contra la madera como un escarabajo tropical panza arriba. El intruso ladeó la cabeza y lo miró. Durante unos segundos que a Hoffmann le parecieron larguísimos se quedó donde estaba. Entonces, con la misma calma exasperante, dejó el cuchillo —el cuchillo favorito de Hoffmann, el de la hoja larga y delgada especialmente útil para deshuesar—, rodeó la isla y fue hacia la mesa. Al moverse, su cuerpo se volvió ligeramente hacia la ventana, y Hoffmann pudo verlo bien por primera vez: una cabeza con la coronilla calva y con pelo canoso y largo en los lados, recogido en una coleta grasienta; unas mejillas descarnadas, sin afeitar. Llevaba un abrigo de piel marrón con rozaduras. Parecía una de esas personas errantes, como las que trabajan en los circos o en las atracciones de feria. Miraba fijamente el teléfono con cara de desconcierto, como si nunca hubiera visto uno; lo cogió, titubeó, pulsó la tecla de contestar y se lo acercó a la oreja.

Hoffmann se sintió sacudido por una oleada de furia asesina que lo inundó como una luz. En voz baja, dijo: «Sal de mi casa, cabrón», y se alegró de ver que el intruso daba un respingo de alarma, como si hubieran tirado de él desde arriba con un cable invisible. Giró rápidamente la cabeza —izquierda, derecha, izquierda, derecha— y al cabo posó la mirada en la ventana. Sus ojos, inquietos, se pararon un instante en los de Hoffmann, pero sin ver, porque lo que tenía delante era un cristal oscuro. Habría sido difícil discernir quién de los dos estaba más asustado. De pronto tiró el teléfono encima de la mesa y se abalanzó hacia la puerta con una agilidad sorprendente.

Hoffmann maldijo, se dio la vuelta y volvió sobre sus pasos, resbalando y tropezando por el arriate de flores, siguiendo la línea de aquella fachada de la mansión hacia la fachada principal; le costaba andar con las zapatillas, se torció un tobillo, cada inhalación era un sollozo. Había llegado a la esquina cuando oyó que se cerraba la puerta principal. Dedujo que el intruso había echado a correr hacia la calle. Pero no: pasaban los segundos y el hombre no aparecía. Debía de haberse encerrado dentro.

—Dios mío —susurró Hoffmann—. Dios, Dios.

Avanzó como pudo hacia el porche. Las botas seguían allí, con las lenguas colgando, viejas, achaparradas, malignas. Introdujo el código de seguridad con una mano temblorosa. A esas alturas ya había empezado a llamar a gritos a Gabrielle, pese a que el dormitorio principal estaba en el lado opuesto de la casa y había pocas posibilidades de

que ella lo oyera. Los cerrojos se deslizaron. Abrió la puerta de par en par y lo recibió la oscuridad. La lámpara del recibidor estaba apagada.

Se quedó un momento jadeando en el umbral, imaginando la distancia que tenía que cruzar, calculando sus probabilidades, y entonces se lanzó hacia la escalera gritando «¡Gabrielle! ¡Gabrielle!», pero todavía no había pasado del suelo de mármol del recibidor cuando le pareció que la casa explotaba alrededor, que las escaleras se derrumbaban, que las baldosas del suelo subían hacia él, que las paredes se alejaban y se perdían en la noche.

2

Un grano en la balanza puede determinar qué individuos han de vivir y cuáles han de morir...

CHARLES DARWIN,
El origen de las especies (1859)

Después de eso Hoffmann ya no recordaba nada —no había pensamientos ni sueños que perturbaran su mente, siempre agitada—, hasta que por fin salió de la niebla, como una lengua baja de tierra que emerge al final de un largo viaje, y percibió un despertar gradual de sensaciones —agua helada resbalando por un lado de su cuello y por su espalda, una presión fría en el cuero cabelludo, un intenso dolor de cabeza, un parloteo mecánico en sus oídos, el conocido olor a flores, intenso y empalagoso, del perfume de su mujer—, y se dio cuenta de que estaba tumbado sobre un costado, con algo blando contra la mejilla. Sintió una presión en la mano.

Abrió los ojos y vio un cuenco de plástico blanco, a escasos centímetros de su cara, en el que vomitó inmediatamente; notó en la boca el sabor amargo del pastel de pescado de la cena. Sintió náuseas y volvió a vomitar. Le retiraron el cuenco. Le apuntaron en los ojos con una luz intensa, primero en uno y luego en el otro. Le limpiaron la nariz y la boca. Le acercaron un vaso de agua a los labios. Al principio lo apartó, como haría un niño pequeño, pero luego lo cogió y se bebió toda el agua. Cuando hubo terminado, abrió los ojos otra vez y escudriñó aquel nuevo mundo.

Estaba en el suelo del recibidor, colocado en la postura de recuperación, con la espalda contra la pared. Las luces azules de un coche de policía destellaban al otro lado de la ventana como una tormenta eléctrica incesante, y en una radio se oía una conversación ininteligible. Gabrielle, que estaba arrodillada a su lado cogiéndole la

mano, sonrió y le apretó los dedos. «Gracias a Dios», dijo. Llevaba puestos unos vaqueros y un jersey. Hoffmann se incorporó y miró alrededor, desorientado. Sin las gafas lo veía todo ligeramente borroso: dos enfermeros inclinados sobre una caja llena de instrumental reluciente; dos gendarmes uniformados, uno junto a la puerta con aquella radio que no paraba de hacer ruido en el cinturón y otro que bajaba por la escalera; y un tercer hombre de aspecto cansado, de unos cincuenta años, con cazadora azul marino, camisa blanca y corbata oscura, que observaba a Hoffmann con una mezcla de compasión e indiferencia. Todos iban vestidos excepto Hoffmann, y de pronto consideró urgente ponerse algo de ropa. Pero cuando intentó levantarse un poco más, comprobó que no tenía suficiente fuerza en los brazos. Un fogonazo de dolor trazó un arco por su cráneo.

El hombre de la corbata oscura dijo:

—Espere, déjeme ayudarlo. —Y avanzó hacia él con un brazo extendido—. Soy Jean-Philippe Leclerc, inspector de la jefatura de policía de Ginebra.

Un enfermero cogió a Hoffmann por el otro brazo y, juntos, el inspector y él lo levantaron con cuidado. En la pintura color crema de la pared, donde había tenido apoyada la cabeza, había una mancha tenue de sangre. También había sangre en el suelo, formando trazos alargados, como si alguien hubiera resbalado en ella. A Hoffmann se le doblaron las rodillas.

—Yo lo sujeto —lo tranquilizó Leclerc—. Respire hondo. No tenga prisa.

Con voz angustiada, Gabrielle dijo:

—Tenemos que llevarlo al hospital.

—La ambulancia tardará diez minutos —anunció el enfermero—. Se ha retrasado.

—¿Por qué no esperamos aquí? —propuso Leclerc, y abrió la puerta del salón.

Sentaron a Hoffmann en el sofá, pues se negó a tumbarse, y el enfermero se puso en cuclillas en el suelo, a su lado.

—¿Cuántos dedos le estoy enseñando?

Hoffmann dijo:

—¿Dónde están mis...? —¿Cómo se llamaban? Se llevó las manos a los ojos.

—Necesita sus gafas —dijo Gabrielle—. Están aquí, cariño. —Se las puso y le dio un beso en la frente—. Tranquilo, ¿vale?

—¿Puede ver mis dedos ahora? —preguntó el enfermero.

Hoffmann se concentró y contó. Se pasó la lengua por los labios antes de contestar:

—Tres.

—¿Y ahora?

—Cuatro.

—Tenemos que tomarle la presión arterial, *monsieur*.

Hoffmann se quedó tranquilamente sentado mientras le subían la manga del pijama y le abrochaban el manguito de plástico alrededor del bíceps y lo inflaban. Notó el frío del extremo del estetoscopio en la piel. Su cerebro estaba empezando a conectarse otra vez, sección a sección. Repasó metódicamente el contenido de la habitación: las paredes de color amarillo claro, las *chaise longues* y los sillones tapizados de seda blanca, el piano de media cola Bechstein, el reloj Luis XV que hacía un débil tictac sobre la repisa de la chimenea, los tonos carbón del paisaje de Auerbach. En la mesita que tenía enfrente estaba uno de los primeros autorretratos de Gabrielle: un cubo de medio metro hecho con cien láminas de cristal Mirogard en el que ella había trazado con tinta negra las secciones de una resonancia magnética de su propio cuerpo. El resultado parecía una criatura alienígena, extraña y vulnerable, flotando en el aire. Hoffmann lo miró como si lo viera por primera vez. Había algo que debería recordar. ¿Qué era? Aquella experiencia de no poder recuperar de inmediato una información que necesitaba era nueva para él. Cuando el enfermero hubo terminado, Hoffmann le preguntó a Gabrielle:

—¿Hoy no tenías que hacer algo especial? —Arrugó la frente, en gesto de concentración, mientras registraba su caótica memoria—. Ya lo sé —dijo por fin con alivio—: inaugurar tu exposición.

—Sí, pero lo cancelaremos.

—¿Cómo vamos a cancelarlo? Es tu primera exposición.

—Estupendo —comentó Leclerc, que observaba a Hoffmann desde su butaca—. Esto es estupendo.

Hoffmann se volvió lentamente hacia él. El movimiento provocó otro espasmo de dolor que le recorrió la cabeza. Miró a Leclerc con los ojos entrecerrados y dijo:

—¿Estupendo?

—Es estupendo que recuerde cosas. —El inspector hizo un signo de aprobación con el pulgar—. Por ejemplo, ¿qué es lo último que recuerda que le pasara anoche?

—Creo que a Alex debería verlo un médico antes de contestar a ninguna pregunta —lo interrumpió Gabrielle—. Necesita descansar.

—¿Qué es lo último que recuerdo? —Hoffmann meditó concienzudamente la

pregunta, como si se hallara ante un problema matemático—. Creo que entrar por la puerta principal. Él debía de estar esperándome detrás de la puerta.

—¿Él? ¿Solo había un hombre? —Leclerc se desabrochó la cremallera de la cazadora y, con cierta dificultad, sacó un bloc de notas de algún bolsillo oculto; entonces cambió de postura en la butaca y extrajo un bolígrafo. Mientras lo hacía, seguía mirando a Hoffmann para animarlo a continuar.

—Sí, que yo sepa solo había uno. —Hoffmann se llevó una mano detrás de la cabeza. Sus dedos palparon un vendaje muy tenso—. ¿Con qué me ha golpeado?

—Por lo visto con un extintor.

—Madre mía. Y ¿cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Veinticinco minutos.

—¿Solo? —Hoffmann tenía la impresión de haber permanecido inconsciente varias horas. Pero cuando miró las ventanas vio que fuera estaba oscuro, y según el reloj Luis XV todavía no eran las cinco—. Y he gritado para avisarte —le dijo a Gabrielle—. De eso también me acuerdo.

—Sí, te he oído. He bajado y te he encontrado aquí tendido. La puerta principal estaba abierta. Y entonces ha llegado la policía.

Hoffmann volvió a mirar a Leclerc.

—¿Lo han atrapado?

—Por desgracia, ya se había ido cuando ha llegado el coche patrulla. —Leclerc pasó las páginas de su bloc revisando las notas—. Es extraño. Parece que haya entrado sin más por la verja y que haya vuelto a salir. Sin embargo, tengo entendido que se necesitan dos códigos diferentes para abrir la verja y la puerta principal. ¿Cree que ese hombre los conocía? Porque doy por hecho que usted no le ha abierto.

—No lo había visto en mi vida.

—Ah. —Anotó algo—. Entonces, ¿ha podido verlo bien?

—Estaba en la cocina. Lo he visto a través de la ventana.

—No lo entiendo. ¿Usted estaba fuera y él estaba dentro?

—Sí.

—Perdone, pero ¿cómo es eso?

Titubeando al principio, pero con mayor fluidez a medida que recuperaba las fuerzas y la memoria, Hoffmann lo revivió todo: había oído un ruido, había bajado del dormitorio, había descubierto que la alarma estaba desactivada, había abierto la puerta, había visto

las botas, se había fijado en que había luz en una ventana de la planta baja, había rodeado la casa y había visto al intruso por la ventana.

—¿Podría describirlo? —Leclerc escribía deprisa; pasaba la página antes de haberla llenado y empezaba a llenar otra.

—Alex... —intervino Gabrielle.

—No pasa nada, Gabby —dijo Hoffmann—. Tenemos que ayudarlos a atrapar a ese hijo de puta. —Cerró los ojos. Conservaba una imagen mental muy clara de él, casi demasiado clara: en la cocina, bajo una luz intensa, mirando con los ojos desorbitados—. Era de estatura media. Aspecto tosco. Cincuenta y tantos. Cara descarnada. Calva en la coronilla. Pelo largo y canoso recogido en una coleta. Llevaba un abrigo de piel, o quizá una chaqueta, no me acuerdo. —Apareció una duda en la mente de Hoffmann. Hizo una pausa. Leclerc lo miraba con fijeza y esperaba a que continuara—. He dicho que no lo había visto en mi vida, pero ahora que lo pienso, no estoy tan seguro. Puede ser que lo haya visto en algún sitio, por la calle tal vez. Tenía algo familiar... —No terminó la frase.

—Continúe —dijo Leclerc.

Hoffmann caviló un momento y luego sacudió levemente la cabeza.

—No. No me acuerdo. Lo siento. Pero si quiere que le diga la verdad... Mire, no pretendo darle demasiada importancia a esto, pero últimamente he tenido la extraña sensación de que me vigilaban.

—A mí nunca me has comentado nada —saltó Gabrielle, sorprendida.

—No quería que te preocuparas. Además, no habría sabido decir exactamente por qué me sentía vigilado.

—Podría ser que ese hombre llevara un tiempo controlando la casa —especuló Leclerc—, o siguiéndolo. Tal vez lo haya visto por la calle aunque no se haya fijado en él. No se preocupe. Ya lo recordará. ¿Qué estaba haciendo en la cocina?

Hoffmann miró a Gabrielle y vaciló.

—Estaba... afilando cuchillos.

—¡Dios mío! —Gabrielle se tapó la boca con una mano.

—¿Cree que podría identificarlo si volviera a verlo?

—Sí, claro —dijo Hoffmann con gravedad—. Ya lo creo.

Leclerc dio unos golpecitos en el bloc con el bolígrafo.

—Tenemos que transmitir esta descripción. —Se levantó—. Discúlpeme un momento

—dijo, y salió al recibidor.

Hoffmann se sintió de pronto demasiado cansado para continuar. Volvió a cerrar los ojos y apoyó la cabeza en el sofá, y entonces se acordó de la herida.

—Lo siento. Te estoy estropeando los muebles —le dijo a su mujer.

—Como si me importaran mucho los muebles.

La miró con fijeza. Sin maquillar parecía mayor, más frágil y —una expresión que él nunca había visto hasta entonces— asustada. Se conmovió. Consiguió sonreírle. Al principio ella sacudió la cabeza, pero luego, brevemente, a regañadientes, le devolvió la sonrisa, y por un instante Hoffmann se atrevió a confiar en que todo aquello no fuera tan grave, en que resultara que un viejo vagabundo había encontrado los códigos de acceso en un trozo de papel tirado en la calle, y en que algún día se reirían de todo aquello: del porrazo en la cabeza (¡con un extintor!), de su falso heroísmo, de la angustia de Gabrielle.

Leclerc volvió al salón con un par de bolsas de plástico transparentes para recogida de pruebas.

—Hemos encontrado esto en la cocina —anunció mientras volvía a sentarse dando un suspiro. Levantó las bolsas. Una contenía unas esposas, y la otra, una cosa que parecía un collar de piel negra con una pelota de golf también negra en el medio.

—¿Qué es eso? —preguntó Gabrielle.

—Una mordaza —contestó Leclerc—. Es nueva. Seguramente la compró en un sex shop. Las usan mucho los aficionados al sadomasoquismo. Con un poco de suerte averiguaremos de dónde ha salido.

—¡Dios mío! —Gabrielle, horrorizada, miró a su marido—. ¿Qué pensaba hacernos? Hoffmann volvió a sentirse débil; tenía la boca seca.

—No lo sé. ¿Secuestrarnos?

—Esa es una posibilidad, desde luego —concedió Leclerc recorriendo la habitación con la mirada—. Usted es rico, eso es bastante evidente. Pero debo decir que el secuestro es algo sin precedentes en Ginebra. Esta es una ciudad respetuosa de la ley. —Volvió a sacar el bolígrafo—. ¿Puedo preguntarle a qué se dedica?

—Soy físico.

—Físico. —Leclerc escribió en su bloc. Asintió con la cabeza y arqueó una ceja—. Esto no me lo esperaba. ¿Inglés?

—Norteamericano.

—¿Judío?

—¿Qué demonios tiene eso que ver?

—Discúlpeme. Su apellido... Solo se lo pregunto por si pudiera haber un móvil racista.

—No, no soy judío.

—¿Y *madame* Hoffmann?

—Soy inglesa.

—Y ¿cuánto tiempo llevan en Suiza, doctor Hoffmann?

—Catorce años. —El cansancio estuvo una vez más a punto de vencerlo—. Vine aquí en los años noventa a trabajar para el CERN, en el Gran Colisionador de Hadrones. Estuve unos seis años allí.

—¿Y ahora?

—Dirijo una empresa.

—¿Cómo se llama?

—Hoffmann Tecnologías de Inversión.

—Y ¿qué hace?

—¿Que qué hace? Hace dinero. Es un *hedge fund*.

—Muy bien. «Hace dinero.» ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Ya se lo he dicho: catorce años.

—No, no, me refiero a aquí, en esta casa.

—Ah... —Miró a Gabrielle, frustrado.

—Solo un mes —contestó ella.

—¿Un mes? Y ¿cambiaron los códigos de acceso antes de instalarse?

—Por supuesto.

—Y, aparte de ustedes dos, ¿quién conoce la combinación de la alarma antirrobo y demás sistemas de seguridad?

—Nuestra ama de llaves —contestó Gabrielle—. La empleada doméstica. El jardinero.

—Y ¿ninguno vive en esta casa?

—No.

—¿Conoce alguien de su oficina los códigos, doctor Hoffmann?

—Mi secretaria. —Hoffmann frunció el entrecejo. Con qué lentitud trabajaba su

cerebro: como un ordenador infectado por un virus—. Ah, y nuestro asesor de seguridad: él lo revisó todo antes de que compráramos la casa.

—¿Recuerda su nombre?

—Genoud. —Caviló un momento y añadió—: Maurice Genoud.

Leclerc levantó la cabeza.

—Había un Maurice Genoud en la policía de Ginebra. Creo recordar que se pasó al negocio de la seguridad privada. Vaya, vaya. —Leclerc se quedó pensativo un instante, con la mirada baja. Siguió tomando notas—. Como es lógico, habrá que cambiar cuanto antes todas las combinaciones. Le aconsejo que no revele los códigos nuevos a ninguno de sus empleados hasta que haya podido entrevistarme con ellos.

Sonó un timbre en el recibidor. Hoffmann se sobresaltó.

—Debe de ser la ambulancia —dijo Gabrielle—. Voy a abrir la verja.

Aprovechando que su mujer había salido de la habitación, Hoffmann dijo:

—Imagino que esto saldrá en la prensa, ¿verdad?

—¿Supone eso algún problema?

—Procuro evitar que mi nombre salga en los periódicos.

—Intentaremos ser discretos. ¿Tiene usted enemigos, doctor Hoffmann?

—No, que yo sepa. Desde luego, ninguno capaz de hacerme algo así.

—¿Algún inversor rico, ruso tal vez, que haya perdido dinero?

—Nosotros no perdemos dinero. —Sin embargo, Hoffmann intentó pensar si había alguien en su cartera de clientes que pudiera estar implicado. Pero no: era inconcebible—. ¿Cree usted que estamos seguros permaneciendo aquí, con ese maníaco suelto?

—Habrá agentes de policía en la casa todo el día, y esta noche podemos vigilarla. Dejaremos un coche en la calle. Pero quizá le interese saber que generalmente las personas de su posición prefieren tomar sus propias precauciones.

—¿Se refiere a contratar guardaespaldas? —Hoffmann hizo una mueca—. Yo no quiero vivir así.

—Por desgracia, una casa como esta siempre atrae más atención de la deseada. Y hoy en día los banqueros no son muy populares que digamos, ni siquiera en Suiza. —Leclerc miró alrededor—. ¿Le importaría decirme cuánto pagó por la casa?

En otras circunstancias, Hoffmann lo habría mandado a paseo, pero no tenía fuerzas.

—Sesenta millones de dólares —dijo.

—¡Madre mía! —Leclerc frunció los labios componiendo una mueca de dolor—. Yo

ya no puedo permitirme el lujo de vivir en Ginebra. Mi mujer y yo nos hemos mudado a una casa al otro lado de la frontera, en Francia, donde todo es más barato. Eso significa que tengo que conducir todos los días, pero qué remedio me queda.

De fuera llegó el ruido de un motor diésel. Gabrielle asomó la cabeza por la puerta.

—Ha llegado la ambulancia. Voy a buscarte algo de ropa para llevarnos.

Hoffmann intentó levantarse. Leclerc fue a ayudarlo, pero Hoffmann se lo impidió agitando una mano. «Suizos —pensó con amargura—, fingen ser hospitalarios con los extranjeros, pero en realidad no nos pueden ver. ¿Por qué iba a importarme que viva en Francia?» Tuvo que echarse hacia delante un par de veces antes de conseguir impulso suficiente para levantarse del sofá, pero al tercer intento lo logró y se quedó de pie, tambaleándose, sobre la alfombra Aubusson. El intenso dolor de cabeza volvió a producirle náuseas.

—Confío en que este desagradable incidente no le haga abandonar nuestro hermoso país —dijo Leclerc.

Hoffmann se preguntó si lo diría en broma, pero el inspector lo miraba con seriedad.

—En absoluto.

Salieron juntos al recibidor; Hoffmann ponía un cuidado exagerado en cada paso que daba, como un borracho que se esfuerza en pasar por sobrio. Por toda la casa había personal de los servicios de emergencia. Habían llegado más gendarmes, además de los enfermeros de la ambulancia, un hombre y una mujer que guiaban una camilla con ruedas. Ante sus aparatosos uniformes, Hoffmann volvió a sentirse desnudo y vulnerable, como un inválido. Sintió alivio cuando vio que Gabrielle bajaba la escalera con su gabardina. Leclerc la cogió y se la puso sobre los hombros a Hoffmann.

Hoffmann vio un extintor junto a la puerta principal, metido en una bolsa de plástico. Solo de verlo sintió una punzada de dolor.

—¿Van a distribuir un retrato robot de ese hombre? —preguntó.

—Sí, seguramente.

—Entonces, ahora que lo pienso, tengo que enseñarle una cosa. —Se le había ocurrido de pronto, con la fuerza de una revelación.

Ignorando las protestas de los enfermeros, que pretendían que se tumbara, Hoffmann dio media vuelta y recorrió el pasillo hasta su estudio. El terminal Bloomberg de su mesa todavía estaba encendido. Con el rabillo del ojo registró un resplandor rojizo. Casi todos los precios habían bajado. Los mercados de Extremo Oriente debían de estar

desangrándose. Encendió la luz y buscó en el anaquel hasta que encontró *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre*. Las manos le temblaban de emoción. Pasó rápidamente las páginas.

—Aquí está —dijo, y se dio la vuelta para mostrarles su descubrimiento a Leclerc y a Gabrielle. Dio unos golpecitos en la página con el índice—. Este es el hombre que me atacó.

Era la ilustración correspondiente al terror: un anciano con los ojos como platos y con la boca desdentada abierta. Duchenne, el gran médico francés, experto en galvanismo, le estaba aplicando unas pinzas eléctricas en los músculos faciales con el fin de provocar la expresión requerida.

Hoffmann percibió el escepticismo de los otros. O peor aún, su consternación.

—Lo siento —dijo Leclerc, desconcertado—. ¿Insinúa que ese es el hombre que entró en su casa anoche?

—Alex... —dijo Gabrielle.

—No digo que sea él literalmente, por supuesto. Ese hombre lleva más de un siglo muerto. Lo que quiero decir es que se le parece. —Ambos lo miraban con fijeza. «Creen que me he vuelto loco», pensó Hoffmann, e inspiró hondo—. Está bien. Este libro —le explicó meticulosamente a Leclerc— llegó ayer sin explicación alguna. No lo encargué yo, ¿me entiende? No sé quién me lo envió. Tal vez se trate de una coincidencia. Pero tendrá que reconocer que es extraño que unas horas después de que llegara el libro, un hombre que parece salido de estas páginas entre en mi casa para atacarnos. —Se quedaron callados—. En fin —concluyó—, lo único que digo es que si quieren hacer un retrato robot de ese tipo, deberían empezar por aquí.

—Gracias —dijo Leclerc—. Lo tendré en cuenta.

Hubo una pausa.

—Bueno —dijo Gabrielle con desparpajo—. Vamos a llevarte al hospital.

Leclerc los vio marchar desde la puerta principal.

La luna había desaparecido detrás de las nubes. Apenas había luz en el cielo, pese a que solo faltaba media hora para el amanecer. Uno de los enfermeros de la ambulancia ayudó al físico norteamericano —llevaba la cabeza vendada; se había puesto la gabardina negra encima del batín y el pijama de marca y se le veían los tobillos, rosa y

delgados— a subir a la parte trasera del vehículo. Hoffmann no había vuelto a decir nada después de hacer aquellos confusos comentarios sobre la ilustración victoriana; a Leclerc le pareció que estaba avergonzado. Se había llevado el libro con él. Detrás iba su mujer, que llevaba una bolsa con ropa. Parecían un par de refugiados. Se cerraron las puertas y la ambulancia arrancó; los siguió un coche patrulla.

Leclerc se quedó mirando hasta que los dos vehículos llegaron a la curva del camino que conducía a la calle principal. Las luces de freno emitieron un breve resplandor rojo antes de perderse de vista.

Leclerc entró en la mansión.

—Una casa muy grande para solo dos personas —masculló un gendarme que estaba de pie en el recibidor.

—Una casa muy grande, aunque fuera para diez personas —rezongó Leclerc.

El inspector inició una expedición solitaria con objeto de obtener más información sobre el caso que se le presentaba. Cinco, seis... no: siete dormitorios en el piso de arriba, cada uno con su cuarto de baño correspondiente, y todos por estrenar, aparentemente; el dormitorio principal era inmenso, con un gran vestidor forrado de puertas de espejo y cajones; en el cuarto de baño había un televisor de plasma, lavamanos dobles, una ducha ultramoderna con multitud de chorros. Al final del rellano, un gimnasio con una bicicleta estática, una máquina de remo, una bicicleta elíptica, pesas, otro televisor enorme. Y ni un solo juguete. Ni rastro de nada que indicara la presencia de niños; ni siquiera en las fotografías enmarcadas repartidas por el piso, casi todas de los Hoffmann durante las vacaciones en diversos destinos de lujo: esquiendo, por supuesto; tripulando un yate; cogidos de la mano en un porche que parecía construido sobre pilotes en una laguna de coral de un azul increíble.

Leclerc volvió a la planta baja y trató de imaginar cómo debía de haberse sentido Hoffmann, hacía hora y media, al bajar por aquella escalera para enfrentarse a lo desconocido. Bordeó las manchas de sangre del suelo y entró en el estudio. Había una pared completamente forrada de libros. Cogió uno al azar y leyó en el lomo: *Die Traumdeutung*, de Sigmund Freud. Lo abrió. Publicado en Leipzig y Viena, 1900. Una primera edición. Cogió otro. *La psychologie des foules*, de Gustave le Bon. París, 1895. Y otro: *L'homme machine* de Julien Offray de La Mettrie. Leiden, 1747. También una primera edición. Leclerc no sabía mucho de libros raros, pero sí lo suficiente para comprender que aquella colección debía de representar una fortuna. No le extrañó que

hubiera tantos detectores de humo repartidos por la casa. Los temas que abordaban aquellos libros eran básicamente científicos: sociología, psicología, biología, antropología. No había nada relacionado con las finanzas.

Fue hasta la mesa y se sentó en la silla de capitán antigua de Hoffmann. De vez en cuando, la enorme pantalla que tenía delante ondulaba ligeramente al cambiar la temblorosa extensión de cifras: $-1,06$, -78 , $-4,03$ %, $-\$0,95$. Para él, descifrar aquello habría sido como leer la piedra Rosetta. «Si encontrara la clave —pensó—, tal vez podría hacerme tan rico como ese tipo.» Sus inversiones, que unos años atrás le había animado a hacer un «asesor financiero» con la cara llena de granos para asegurarse una cómoda vejez, ya solo valían la mitad de lo que había pagado por ellas. Tal como estaban yendo las cosas, cuando se jubilara tendría que buscarse un trabajo a tiempo parcial: jefe de seguridad de un centro comercial, quizá. Trabajaría hasta desplomarse, algo que ni su padre ni su abuelo habían necesitado hacer. ¡Treinta años en la policía y ni siquiera podía permitirse vivir en la ciudad donde había nacido! Y ¿quién estaba comprando las propiedades más caras? Los blanqueadores de dinero: las mujeres y las hijas de presidentes de las llamadas «nuevas democracias», políticos de las repúblicas de Asia central, oligarcas rusos, caudillos afganos, traficantes de armas; es decir, los verdaderos criminales del mundo, mientras él se dedicaba a perseguir a adolescentes argelinos que vendían droga en los alrededores de la estación de ferrocarril. Hizo un esfuerzo, se levantó y fue a otra habitación para dejar de pensar en eso.

En la cocina se apoyó en la isla de granito y examinó los cuchillos. Obedeciendo sus instrucciones, los habían metido en bolsas y sellado con la esperanza de que conservaran huellas dactilares. Esa era la parte de la historia de Hoffmann que no entendía. Si el intruso había ido hasta allí con la intención de perpetrar un secuestro, ¿por qué no se había armado adecuadamente de antemano? Además, un secuestrador habría necesitado como mínimo un cómplice: Hoffmann era relativamente joven y parecía estar en forma: habría ofrecido resistencia. Así pues, ¿sería el robo el móvil? Pero un ladrón corriente habría entrado y salido tan deprisa como hubiera podido, llevándose todo lo que hubiera encontrado, y allí había mucho para robar. Por lo tanto, todo parecía apuntar a que el criminal estaba mentalmente trastornado. Pero ¿cómo podía conocer un psicópata violento los códigos de acceso? Era un misterio. Quizá hubiera alguna otra entrada que no estuviera cerrada con llave.

Leclerc volvió al pasillo y torció hacia la izquierda. La parte trasera de la casa daba a

una gran galería de estilo victoriano que estaba siendo utilizada como taller de artista, aunque aquello no era exactamente lo que el inspector entendía por arte. Más bien parecía una unidad de radiología, o quizá un taller de cristalería. Colgado en la que había sido la pared exterior de la casa había un amplio collage de imágenes electrónicas del cuerpo humano —digitales, infrarrojas y de rayos X— junto con dibujos anatómicos de diversos órganos, miembros y músculos.

Había láminas de cristal antirreflectante y metacrilato, de varios tamaños y grosores, almacenadas en estantes de madera. En un baúl metálico había montones de carpetas llenas de imágenes computerizadas cuidadosamente etiquetadas: «Resonancias magnéticas cabeza, 1-14 sagital, axial, frontal»; «Hombre, secciones, Hospital Virtual, sagital y frontal». En un banco había una caja, un pequeño torno y un montón de tinteros, herramientas de grabado y pinceles. Había un taladro manual en un soporte de goma negra, con una lata azul oscuro al lado —«Taylor's of Harrogate, Earl Grey Tea»— llena de brocas, y un montoncito de folletos de papel satinado de una exposición titulada «Contornos humanos» que iba a inaugurarse ese mismo día en una galería de la Plaine de Plainpalais. Dentro había una nota biográfica: «Gabrielle Hoffmann nació en Yorkshire, Inglaterra. Se licenció con matrícula de honor en Arte y Literatura francesa en la Universidad de Salford y cursó un máster del Royal College of Art de Londres. Trabajó varios años para las Naciones Unidas en Ginebra». Enrolló el folleto formando un cilindro y se lo guardó en el bolsillo.

Junto al banco, montada sobre un par de caballetes, había una obra de Gabrielle: una ecografía en 3D de un feto, compuesta por unas veinte secciones dibujadas en láminas de cristal transparente. Leclerc se agachó para examinarla. La cabeza era desproporcionadamente grande, y las piernas, flacas, estaban dobladas y pegadas al cuerpo. Vista desde un lado tenía profundidad, pero cuando desplazabas la perspectiva hacia la parte frontal parecía reducirse hasta desaparecer por completo. No supo si la obra estaba acabada o no. Admitió que poseía cierta fuerza, pero él no habría podido vivir con aquello en casa. Recordaba demasiado a un reptil fosilizado flotando en un acuario. Su mujer lo habría encontrado repugnante.

En la galería había una puerta que conducía al jardín. Estaba cerrada con llave y con pestillo; no vio cerca ninguna llave. Detrás del grueso cristal, las luces de Ginebra temblaban al otro lado del lago. Un par de faros solitarios avanzaban por el Quai du Mont-Blanc.

Leclerc salió de la galería y volvió al pasillo, en el que había otras dos puertas. Una resultó ser la de un lavabo que contenía un gran váter antiguo en el que Leclerc aprovechó para orinar; y la otra, un trastero donde se acumulaban lo que parecían restos de la anterior vivienda de los Hoffmann: rollos de moqueta atados con cordel, una máquina de hacer pan, tumbonas, un juego de croquet, y, al fondo, en perfecto estado, una cuna, un cambiador y un móvil de cuerda con estrellas y lunas.

La sospecha, hija del miedo, es eminentemente característica de la mayoría de los animales salvajes.

CHARLES DARWIN,
El origen del hombre (1871)

Según el registro presentado posteriormente por los servicios médicos de Ginebra, la ambulancia se comunicó por radio para informar de que salía de la residencia de los Hoffmann a las 5.22. A esas horas solo se tardaba cinco minutos en llegar al hospital por las calles desiertas del centro de Ginebra.

En la parte trasera de la ambulancia, Hoffmann siguió negándose a obedecer las normas y tumbarse en la camilla, y se quedó sentado con las piernas colgando, pensativo y rebelde. Era un hombre brillante, un hombre rico, acostumbrado a que lo escucharan con respeto. Pero de pronto se veía deportado a un territorio más pobre y desfavorecido: el reino de los enfermos, donde todos los ciudadanos eran de segunda clase. Le fastidiaba recordar cómo lo habían mirado Gabrielle y Leclerc cuando les había enseñado *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre*, como si la relación evidente entre el libro y la agresión no fuera más que el febril producto de un cerebro lesionado. Se había llevado el libro consigo; lo tenía encima de las rodillas y le iba dando golpecitos con un dedo.

La ambulancia dobló bruscamente la esquina y la enfermera alargó una mano para sujetarlo. Hoffmann la miró con mala cara. No confiaba en la policía de Ginebra ni, en general, en las administraciones del gobierno. En realidad no confiaba mucho en nadie excepto en sí mismo. Buscó su teléfono móvil en los bolsillos del batín.

Gabrielle, que lo observaba desde el asiento de enfrente, junto a la enfermera, dijo:

—¿Qué haces?

—Llamar a Hugo.

Ella miró al techo y dijo:

—Por el amor de Dios, Alex...

—¿Qué? Tiene que saber lo que ha pasado. —Mientras esperaba a que se estableciera la comunicación, Hoffmann estiró un brazo y le cogió la mano a Gabrielle para tranquilizarla—. Me encuentro mucho mejor, de verdad.

Al final, Quarry se puso al teléfono.

—¿Alex? —Por una vez, su voz, por lo general lánguida, tenía un deje de ansiedad: ¿cómo podía traer buenas noticias una llamada antes del amanecer?—. ¿Qué pasa?

—Perdona que te llame tan temprano, Hugo. Nos han entrado en casa.

—Dios mío, lo siento mucho. ¿Estáis bien?

—Gabrielle está bien. A mí me han dado un porrazo en la cabeza. Estamos en una ambulancia camino del hospital.

—¿Qué hospital?

—Creo que el universitario. —Hoffmann miró a Gabrielle buscando su confirmación. Ella asintió con la cabeza—. Sí, el universitario.

—Voy para allá.

Un par de minutos más tarde la ambulancia entró en el carril que conducía hasta el gran hospital clínico. Hoffmann atisbó brevemente sus dimensiones a través del cristal ahumado de la ventanilla. Era inmenso: diez plantas que, iluminadas, parecían la vasta terminal de algún aeropuerto extranjero; y entonces las luces desaparecieron como si alguien hubiera corrido una cortina delante de ellas. La ambulancia descendió por un túnel que describía una suave curva y se detuvo al llegar al final. Se apagó el motor. En medio del silencio, Gabrielle compuso una sonrisa tranquilizadora y Hoffmann pensó: «Abandona la esperanza si entras aquí». Se abrieron las puertas traseras y apareció ante ellos lo que parecía un aparcamiento subterráneo impecable. Un hombre gritó a lo lejos y su voz resonó en las paredes de hormigón.

Ordenaron a Hoffmann que se tumbara, y esa vez decidió no discutir: ya había entrado en el sistema y debía someterse a sus procedimientos. Se tumbó, bajaron la camilla y, con una sensación espantosa de impotencia, dejó que lo llevaran por misteriosos pasillos que recordaban a una fábrica y contempló las luces fluorescentes hasta que llegaron junto al mostrador de recepción y lo aparcaron un momento. Un gendarme que los había

acompañado entregó su documentación. Hoffmann vio cómo anotaban sus datos; entonces giró la cabeza sin levantarla de la almohada y miró hacia el fondo de la sala abarrotada, donde una audiencia de borrachos y drogadictos hacía caso omiso del canal de noticias sintonizado en el televisor. En la pantalla, unos operadores de bolsa japoneses, con el teléfono móvil pegado a la oreja, mostraban diversas actitudes de horror y desesperación. Pero antes de que pudiera enterarse de algo más, volvieron a empujar su camilla por un pasillo corto y lo metieron en un box vacío.

Gabrielle se sentó en una silla de plástico, sacó un estuche de polvos compactos y empezó a aplicarse lápiz de labios dándose toques cortos y nerviosos. Hoffmann la miraba como si fuera una desconocida: tan morena, tan pulcra y tan reservada, como una gata limpiándose la cara. La primera vez que la vio, en una fiesta en Saint-Genis-Pouilly, estaba haciendo exactamente eso. Entró un joven médico turco, muy abrumado, con una tablilla con sujetapapeles; Hoffmann supo por la etiqueta de identificación que llevaba en la bata blanca que era el doctor Muhammet Celik. Consultó las notas sobre Hoffmann. Le alumbró los ojos con una linterna, le golpeó la rodilla con un macillo y le pidió que nombrara al presidente de Estados Unidos y que contara al revés desde cien hasta ochenta.

Hoffmann contestó sin dificultad. Satisfecho, el médico se puso unos guantes quirúrgicos. Le retiró el vendaje provisional a Hoffmann, le separó el pelo y examinó la herida palpándola suavemente con los dedos. Hoffmann tuvo la impresión de que lo examinaban para comprobar si tenía piojos. Por encima de su cabeza se desarrollaba una conversación.

—Ha perdido mucha sangre —dijo Gabrielle.

—Las heridas en la cabeza siempre sangran mucho. Me parece que tendremos que darle unos puntos.

—¿Es una herida profunda?

—No, no muy profunda, pero la zona inflamada es bastante extensa. ¿Lo ve? El golpe ha sido con un objeto contundente, ¿no?

—Sí, con un extintor.

—De acuerdo. Déjeme anotarlo. Tendremos que hacerle un escáner.

Celik se agachó hasta que su cara quedó al mismo nivel que la de Hoffmann. Sonrió. Abrió mucho los ojos y habló muy despacio.

—Muy bien, *monsieur* Hoffmann. Luego le coseré la herida. Ahora vamos a llevarlo

abajo para hacerle unas fotografías del interior de su cabeza. Eso lo haremos con una máquina que se llama TAC. ¿Sabe lo que es un TAC, *monsieur* Hoffmann?

—La Tomografía Axial Computerizada utiliza un detector rotatorio y una fuente de rayos X para compilar imágenes radiológicas. Es tecnología de los años setenta, nada del otro mundo. Y por cierto, no me llame «monsieur Hoffmann», llámeme «doctor Hoffmann».

Mientras lo llevaban en la camilla al ascensor, Gabrielle dijo:

—No hacía falta que fueras tan grosero. Él solo intentaba ayudarte.

—Me hablaba como si fuera un crío.

—Pues deja de comportarte como un crío. Toma, aguanta esto. —Le puso la bolsa de la ropa en el regazo y se adelantó para pulsar el botón del ascensor.

Era evidente que Gabrielle sabía cómo llegar al departamento de radiología, un hecho que Hoffmann encontró irritante aunque sin saber muy bien por qué. Desde hacía un par de años, los empleados de aquel hospital la ayudaban con sus obras de arte: le habían permitido acceder a los escáneres cuando no los estaban utilizando y se habían quedado después de terminar sus turnos para realizar las imágenes que ella necesitaba. Gabrielle incluso había llegado a entablar amistad con algunos de ellos. Hoffmann debería estarles agradecido, pero no lo estaba. Las puertas del ascensor se abrieron en una planta inferior escasamente iluminada. Hoffmann recordó que allí tenían muchos escáneres. Era el hospital al que trasladaban en helicóptero a los heridos más graves desde las pistas de esquí de Chamonix, Megève e incluso Courchevel. Hoffmann comprobó que había numerosos despachos y equipamientos en aquellas dependencias a oscuras: todo un departamento vacío y en silencio, exceptuando aquella pequeña unidad de emergencias. Un joven de pelo negro, largo y rizado, fue hacia ellos caminando a grandes zancadas.

—¡Gabrielle! —exclamó. Le tomó la mano y se la besó; luego se dio la vuelta y miró a Hoffmann—. Veo que esta vez me has traído a un paciente auténtico.

—Te presento a mi marido, Alexander Hoffmann —le dijo Gabrielle—. Alex, este es Fabian Tallon, el técnico de guardia. ¿Te acuerdas de Fabian? Te he hablado mucho de él.

—Creo que no —respondió Hoffmann. Miró al joven. Tallon tenían unos grandes ojos, oscuros y brillantes, una boca grande, dientes muy blancos y barba oscura de dos días. Llevaba la camisa desabotonada más allá de lo imprescindible, atrayendo la atención hacia un torso de jugador de rugby. De pronto Hoffmann se preguntó si

Gabrielle estaría teniendo una aventura con él. Intentó desterrar esa idea de su cabeza, pero no pudo. Hacía años que no sentía la punzada de los celos; se le había olvidado que su agudeza podía resultar casi exquisita. Los miró a los dos y dijo—: Gracias por ayudar a Gabrielle.

—Ha sido un placer, Alex. Y ahora vamos a ver qué podemos hacer por ti. —Empujó la camilla con la misma facilidad con que habría movido un carrito de supermercado; atravesaron la zona de control y pasaron a la habitación donde estaba el TAC—. Levántate, por favor.

Hoffmann volvió a entregarse mecánicamente al protocolo. Le cogieron la gabardina y las gafas. Le dijeron que se sentara en el borde de la mesa de examen que formaba parte de la máquina. Le quitaron el vendaje de la cabeza. Le pidieron que se tumbara boca arriba en la mesa, con la cabeza apuntando hacia el escáner. Tallon le colocó la almohadilla de apoyo para el cuello. «Será menos de un minuto», dijo, y desapareció. La puerta se cerró detrás de él con un suspiro. Hoffmann levantó un poco la cabeza y vio que estaba solo. Más allá de sus pies descalzos, al otro lado de la ventana de cristal grueso que había al fondo de la estancia, vio a Gabrielle, que lo observaba. Tallon se reunió con ella. Se dijeron algo que Hoffmann no pudo oír. Se oyó un traqueteo, y a continuación la voz de Tallon, clara, por un altavoz.

—Túmbate, Alex. Procura quedarte todo lo quieto que puedas.

Hoffmann hizo lo que le ordenaban. Se oyó un zumbido y la mesa de examen empezó a deslizarse por el ancho tambor del escáner. Lo hizo dos veces: la primera brevemente, para establecer la posición; la segunda, más despacio, para recoger las imágenes. Hoffmann clavó la mirada en la cubierta de plástico blanco mientras pasaba por debajo de ella. Era como someterse a un lavado para coches radiactivo. La mesa se paró y dio marcha atrás, y Hoffmann imaginó su cerebro rociado por una luz limpiadora muy intensa, de la que nada podía esconderse: todas las impurezas quedaban expuestas y eliminadas con un silbido de materia candente.

El altavoz hizo un ruidito seco y Hoffmann oyó brevemente la voz de Gabrielle apagándose en segundo plano. Le pareció —¿sería verdad?— que hablaba en susurros. Tallon dijo: «Gracias, Alex. Hemos terminado. No te muevas, voy a buscarte». Siguió hablando con Gabrielle: «Pero mira...». El altavoz se desconectó.

Hoffmann se quedó allí tumbado lo que a él le pareció bastante rato: suficiente, por lo menos, para plantearse lo fácil que le habría resultado a Gabrielle tener una aventura

aquellos últimos meses. Había pasado muchas horas en el hospital recogiendo las imágenes que necesitaba para trabajar; y él había pasado días y noches enteros en su despacho desarrollando el VIXAL. ¿Qué podía mantener unido a un matrimonio después de más de siete años si no había hijos que ejercieran cierta fuerza gravitacional? De pronto experimentó otra sensación olvidada hacía mucho tiempo: el dolor delicioso e infantil de la autocompasión. Se dio cuenta, horrorizado, de que estaba empezando a llorar.

—¿Estás bien, Alex? —El rostro de Tallon apareció por encima de la mesa de examen: hermoso, preocupado, insufrible.

—Sí, no pasa nada.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, sí. —Hoffmann se enjugó rápidamente las lágrimas con la manga del batín y volvió a ponerse las gafas. La parte racional de su mente reconoció que esos repentinos altibajos anímicos debían de ser los síntomas de un traumatismo craneal, pero eso no hacía que fueran menos reales. Se negó a volver a tumbarse en la camilla. Bajó las piernas al suelo, respiró hondo varias veces seguidas y cuando entró por su propio pie en la habitación de al lado ya había recobrado el control de sí mismo.

—Alex —dijo Gabrielle—, esta es la radióloga, la doctora Dufort.

Señaló a una mujer menuda con el pelo canoso y muy corto que estaba sentada ante una pantalla de ordenador. Dufort giró la cabeza y le dirigió un somero saludo; luego siguió examinando los resultados del escáner.

—¿Ese soy yo? —preguntó Hoffmann mirando fijamente la pantalla.

—Sí, *monsieur*. —La doctora no se volvió.

Hoffmann contempló su cerebro con indiferencia, hasta con cierta decepción. La imagen en blanco y negro que mostraba la pantalla habría podido ser cualquier cosa: una sección de arrecife de coral filmada mediante una cámara submarina dirigida por control remoto, una panorámica de la superficie lunar, la cara de un mono. Su desorden, su falta de forma y de belleza, lo deprimieron. «Seguro que podemos hacerlo mejor —pensó—. Esto no puede ser el producto final. Esto debe de ser solamente una etapa de la evolución, y la tarea de la humanidad es preparar el camino para lo que ha de venir a continuación, de la misma manera que el gas creó la materia orgánica.» La inteligencia artificial, o razonamiento artificial autónomo, como él prefería llamarla —RAA—, era su gran obsesión desde hacía más de quince años. Los idiotas, animados por los

periodistas, creían que el objetivo consistía en replicar la mente humana y producir una versión digitalizada de nosotros mismos. Pero la verdad, ¿por qué iba uno a molestarse en imitar algo tan vulnerable y tan poco fiable, o con semejante obsolescencia programada: un procesador que podía destruirse completamente con solo que alguna parte mecánica auxiliar —como el corazón, por ejemplo, o el hígado— sufriera una interrupción temporal? Era como perder un superordenador Cray y todos sus archivos de memoria solo porque había que cambiar un enchufe.

La radióloga inclinó el cerebro sobre su eje, de arriba hacia abajo, y fue como si saludara con la cabeza a Hoffmann, un saludo del espacio sideral. Luego lo hizo rotar. Lo giró de un lado a otro.

—No hay signos de fractura —dijo—, ni hinchazón, que es lo más importante. Pero ¿qué será esto?

El hueso del cráneo parecía el negativo de una cáscara de nuez. Una línea blanca de grosor variable revestía la materia gris y esponjosa del cerebro. La doctora aumentó el tamaño de la imagen. La imagen se agrandó, se volvió borrosa y por último se disolvió formando una supernova de color gris claro. Hoffmann se inclinó hacia delante para examinarla.

—Aquí —dijo Dufort tocando la pantalla con un dedo sin anillo y con la uña mordida—. ¿Ve esos puntitos blancos? ¿Esas estrellas brillantes? Son hemorragias diminutas en el tejido del cerebro.

—¿Es grave? —preguntó Gabrielle.

—No, no necesariamente. Probablemente es lo que cabría esperar en una lesión de este tipo. Verá, cuando la cabeza recibe un golpe fuerte, el cerebro rebota. Es lógico que sangre un poco. Parece que la hemorragia haya parado. —Se levantó las gafas y se acercó mucho a la pantalla, como un joyero que examinara una piedra preciosa—. De todas formas —agregó—, me gustaría hacerle otra prueba.

Hoffmann había imaginado tantas veces ese momento —el hospital inmenso e impersonal, el resultado anómalo de una prueba, la frialdad con que se revelaba el diagnóstico, el primer paso del descenso irreversible hacia la impotencia y la muerte— que tardó unos segundos en darse cuenta de que aquello no era otra de sus fantasías hipocondríacas.

—¿Qué clase de prueba? —quiso saber.

—Me gustaría hacerle una resonancia magnética. Ofrece una imagen mucho más clara

de los tejidos blandos. Debería aclararnos si esto es una afección preexistente o no.

«Una afección preexistente...»

—¿Cuánto tardaremos?

—La prueba en sí no lleva mucho tiempo. La cuestión es saber cuándo podremos disponer de un escáner. —Abrió otra carpeta y buscó en sus archivos—. Veo que podríamos tener un hueco a mediodía, suponiendo que no haya ninguna urgencia.

—¿Esto no es una urgencia? —preguntó Gabrielle.

—No, no. No hay ningún peligro inmediato.

—En ese caso, prefiero dejarlo —dijo Hoffmann.

—No digas tonterías —replicó Gabrielle—. Hazte la prueba. Es lo mejor.

—No, no quiero hacérmela.

—Pero ¿qué dices?

—¡Digo que no quiero hacerme la maldita prueba!

Hubo un momento de silencio.

—Ya sabemos que estás molesto, Alex —intervino Tallon con serenidad—, pero no hay ninguna necesidad de que hables así a Gabrielle.

—¡No me digas cómo tengo que hablarle a mi mujer! —Se llevó una mano a la frente y notó los dedos muy fríos. Tenía la boca seca. Necesitaba salir del hospital cuanto antes. Tragó saliva antes de volver a hablar—: Lo siento, pero no quiero hacerme esa prueba. Hoy tengo cosas importantes que hacer.

—*Monsieur* —dijo Dufort con firmeza—, todos los pacientes que han perdido el conocimiento permanecen en observación en el hospital como mínimo veinticuatro horas.

—Me temo que eso va a ser imposible.

—¿Qué cosas importantes? —Gabrielle lo miraba fijamente, perpleja—. No pensarás ir a la oficina, ¿verdad?

—Sí, voy a ir a la oficina. Y tú vas a ir a la galería a inaugurar la exposición.

—Alex...

—Sí, Gabrielle. Llevas meses preparándola. Piensa en las horas que te has pasado aquí, sin ir más lejos. Y esta noche vamos a ir a cenar para celebrar tu éxito. —Se dio cuenta de que estaba empezando a subir la voz otra vez. Se obligó a bajar el tono—. Que ese desgraciado haya entrado en nuestra casa no significa que tenga que entrar en

nuestras vidas. A menos que nosotros se lo permitamos. Mírame. —Se señaló con un dedo—. Estoy bien. Ya has visto el resultado del escáner: no hay fractura ni hinchazón.

—Ni gota de sentido común —dijo alguien a sus espaldas.

—Hugo —dijo Gabrielle sin girar la cabeza—, ¿quieres hacer el favor de explicarle a tu socio que es de carne y hueso como el resto de los mortales?

—Ah, pero ¿lo es? —Quarry estaba de pie junto a la puerta con el abrigo desabrochado, una bufanda de lana roja alrededor del cuello y las manos en los bolsillos.

—¿Su socio? —repitió el doctor Celik, al que habían convencido para que llevara a Quarry hasta allí desde Urgencias, y que ahora lo miraba con recelo—. Pero ¿no ha dicho que era su hermano?

—No seas tozudo y hazte la prueba, Al —dijo Quarry—. Podemos aplazar la presentación.

—Exacto —coincidió Gabrielle.

—Os prometo que me haré la prueba —dijo Hoffmann controlándose—. Pero no hoy. ¿Le parece bien, doctora? No voy a sufrir un colapso ni nada parecido, ¿verdad?

—*Monsieur* —la radióloga de pelo entrecano, que había estado de guardia desde la tarde anterior, empezaba a perder la paciencia—, lo que usted decida hacer o no es asunto suyo. Creo que deberíamos coserle esa herida, eso sin duda, y si se marcha tendrá que firmar un formulario eximiendo al hospital de toda responsabilidad. El resto lo decide usted.

—Muy bien. Que me cosan la herida y firmaré el formulario. Y luego volveré para que me hagan la resonancia. ¿De acuerdo? —Miró a Gabrielle.

Antes de que ella pudiera contestar sonó una musiquilla electrónica. Hoffmann tardó un momento en darse cuenta de que era la alarma de su teléfono móvil, que había puesto a las 6.30 en lo que ya empezaba a parecerle una vida anterior.

Hoffmann dejó a su mujer sentada con Quarry en la recepción de Urgencias y volvió al box para que le cosieran la herida. Le pusieron una inyección de anestesia local —un momento de dolor intenso que le hizo dar un grito ahogado— y luego le afeitaron una franja estrecha alrededor de la herida con una maquinilla de afeitar de plástico desechable. La aplicación de los puntos le resultó extraña más que desagradable; notó como si le tensaran el cuero cabelludo. Después el doctor Celik sacó un espejito y le

enseñó su obra a Hoffmann, como un peluquero que busca la aprobación de su cliente. El corte solo tenía unos cinco centímetros de longitud. Una vez cosida, la herida parecía una boca torcida con gruesos labios blancos en la parte donde le habían afeitado el pelo. A Hoffmann le pareció que aquella boca le sonreía burlona en el espejo.

—Cuando se le pase el efecto de la anestesia le dolerá —dijo Celik alegremente—. Tendrá que tomar un analgésico. —Apartó el espejo y la sonrisa se desvaneció.

—¿No me la va a vendar?

—No, cicatrizará más deprisa si la dejamos destapada.

—Muy bien. En ese caso, me marchó.

Celik encogió los hombros.

—Está en su derecho. Pero antes tendrá que firmar un formulario.

Después de firmar una breve nota —«Declaro que abandono el Hospital Universitario contrariamente a las recomendaciones médicas, pese a haber sido informado de los riesgos, y que asumo toda la responsabilidad»—, Hoffmann recogió su bolsa de ropa y siguió a Celik hasta un cubículo más pequeño con una ducha. Celik encendió la luz. Al darse la vuelta, el turco murmuró de forma apenas audible: «Gilipollas»; o al menos eso fue lo que a Hoffmann le pareció que decía, pero la puerta se cerró antes de que pudiera reaccionar.

Era la primera vez que estaba solo desde que había recobrado el conocimiento, y se deleitó un momento con su soledad. Se quitó el batín y el pijama. En la pared de enfrente había un espejo; examinó el reflejo de su cuerpo desnudo bajo la luz implacable del fluorescente: la piel amarillenta, el abdomen flácido, los pechos un poco más marcados que antes, como los de una niña pubescente. Entre el vello del pecho se veían algunas canas. Por la cadera izquierda se extendía un largo cardenal negro. Se puso de lado para examinarse, pasó los dedos por la piel rasguñada y oscurecida, y luego se sostuvo brevemente el pene entre las manos. No hubo reacción, y se preguntó si un golpe en la cabeza podía dejarte impotente. Miró hacia abajo y sus pies le parecieron anormalmente separados y cubiertos de venas sobre el frío suelo de baldosas. «Esto es la vejez —se dijo, horrorizado—, esto es el futuro: parezco aquel retrato de Lucian Freud que quería comprarme Gabrielle.» Se agachó para coger la bolsa y por un instante la habitación se volvió borrosa, y Hoffmann se tambaleó un poco. Se sentó en la silla blanca de plástico y puso la cabeza entre las rodillas.

Cuando se hubo recuperado, se vistió despacio y con parsimonia —calzoncillos bóxer,

camiseta, calcetines, vaqueros, una camisa blanca de manga larga, chaqueta de sport—, y con cada prenda iba sintiéndose más fuerte, un poco menos vulnerable. Gabrielle le había metido la cartera en el bolsillo de la chaqueta. Revisó el contenido. Tenía tres mil francos suizos en billetes nuevos. Se sentó y se puso unas botas bajas de ante, y cuando se levantó y se miró otra vez en el espejo, se sintió satisfactoriamente camuflado. Su ropa no revelaba nada de él, como a él le gustaba. Hoy en día, el director de un *hedge fund* que gestionaba diez mil millones de dólares en activos podía pasar por el chico que entregaba los paquetes. Al menos en ese sentido, el dinero —dinero de verdad, dinero seguro, dinero que no tenía necesidad de exhibirse— se había convertido en algo democrático.

Llamaron a la puerta, y la radióloga, la doctora Dufort, lo llamó por su nombre:

—¿*Monsieur* Hoffmann? *Monsieur* Hoffmann, ¿se encuentra bien?

—Sí —contestó él—, mucho mejor.

—He terminado mi guardia. Tengo una cosa para usted.

Hoffmann abrió la puerta. La doctora se había puesto una gabardina y unas botas de lluvia y llevaba un paraguas en la mano.

—Tenga. Estos son los resultados de su TAC. —Le puso en las manos un CD en una funda de plástico transparente—. Si quiere un consejo, debería llevárselos a su médico cuanto antes.

—Lo haré, desde luego. Muchas gracias.

—¿Seguro que lo hará? —Lo miró con escepticismo—. Mire, se lo recomiendo encarecidamente. Si hay algún problema, no desaparecerá. Es mejor enfrentarse a los propios miedos cuanto antes y no dejar que degeneren.

—Entonces, ¿usted cree que hay algún problema? —Le desagradó el sonido de su propia voz: temblorosa, patética.

—No lo sé, *monsieur*. Para determinar eso necesita hacerse una resonancia.

—¿Qué cree usted que podría ser? —Hoffmann titubeó—. ¿Un tumor?

—No, no lo creo.

—Pues, ¿qué?

Hoffmann escudriñó los ojos de la doctora en busca de alguna pista, pero solo vio en ellos aburrimiento; comprendió que debía de estar acostumbrada a dar malas noticias.

La doctora dijo:

—Seguramente no será nada. Pero supongo que entre otras explicaciones podríamos

mencionar, y solo estoy especulando, ¿me entiende?, esclerosis múltiple o tal vez demencia. Es mejor estar preparado. —Le dio unas palmaditas en la mano y añadió—: Vaya a ver a su médico, *monsieur*. Hágame caso: lo desconocido es lo que más nos asusta.

La más pequeña ventaja de ciertos individuos, en cualquier edad o estación, sobre aquellos con quienes entran en competencia, o la mejor adaptación, por leve que sea, a las condiciones físicas ambientales harán a la larga inclinar la balanza a su favor.

CHARLES DARWIN,
El origen de las especies (1859)

Había en los círculos herméticos de los súper ricos quienes de vez en cuando se preguntaban en voz alta por qué Hoffmann había colocado a Quarry como accionista igualitario de Hoffmann Tecnologías de Inversión: al fin y al cabo, eran los algoritmos del físico los que generaban los beneficios; la empresa llevaba su apellido. Pero a Hoffmann, por su temperamento, le convenía que hubiera otra persona, más extrovertida, para esconderse detrás de ella. Además, sabía que sin su socio no habría habido empresa. No se trataba solo de que Quarry tuviera la experiencia y el interés por la banca de que él carecía; también tenía otra cosa que Hoffmann nunca podría poseer, por mucho que se esforzara: talento para tratar con la gente.

Ese talento era, en parte, encanto natural, por supuesto. Pero también algo más. Era una capacidad para dirigir a los seres humanos hacia un propósito mayor. Si hubiera habido otra guerra, Quarry habría sido el ayuda de campo perfecto para un mariscal (un puesto que, de hecho, habían ocupado en el ejército británico su bisabuelo y su tatarabuelo): se habría asegurado de que se cumplieran las órdenes, habría disipado resentimientos, habría despedido a subordinados con tanto tacto que estos habrían acabado creyendo que se habían marchado por decisión propia, habría requisado el mejor *château* de la región para instalar en él el cuartel general y, al finalizar una jornada

de dieciséis horas, habría reunido a rivales celosos en una cena para la que habría elegido personalmente los vinos más apropiados. Tenía matrícula de honor en política, filosofía y económicas por la Universidad de Oxford, una ex mujer y tres hijos bien escondidos en una tenebrosa mansión del arquitecto Lutyens en un rincón lluvioso de Surrey, y un chalet de esquí en Chamonix a donde en invierno iba los fines de semana con la novia de turno: una secuencia intercambiable de mujeres inteligentes, hermosas y desnutridas a las que siempre descartaba antes de que aparecieran en el horizonte ginecólogos o abogados. Gabrielle no podía ni verlo.

Sin embargo, aquella crisis los había convertido en aliados temporales. Mientras a Hoffmann le cosían la herida, Quarry fue a buscarle a Gabrielle una taza de café con leche a la máquina que había al final del pasillo. Se sentó con ella en la pequeña sala de espera, con sus sillas de madera y una galaxia de brillantes estrellas de plástico en el techo. Le cogió una mano y se la apretó en los momentos oportunos. Escuchó su relato de lo ocurrido. Cuando ella recitó la posterior serie de rarezas en el comportamiento de su marido, él la tranquilizó y le aseguró que todo se arreglaría.

—Seamos sinceros, Gabs, Alex nunca ha sido muy normal, ni siquiera en sus mejores momentos, ¿no? Ya lo solucionaremos, no te preocupes. Dame solo diez minutos.

Llamó a su secretaria y le dijo que necesitaba que le enviara inmediatamente un coche con chófer al hospital. Despertó al asesor de seguridad de la empresa, Maurice Genoud, y le ordenó con brusquedad que se presentara a una reunión de emergencia en la oficina al cabo de una hora, y que enviara a alguien a casa de los Hoffmann. Por último, consiguió que le pasaran al inspector Leclerc y le arrancó la promesa de que no exigirían al doctor Hoffmann que se presentara a declarar en la comisaría inmediatamente después de abandonar el hospital: Leclerc admitió que ya había tomado suficientes notas para componer un relato coherente que Hoffmann podría corregir donde fuera necesario y firmar más tarde, siempre que fuera ese mismo día.

Mientras Quarry hacía todo eso, Gabrielle lo observaba, a su pesar, con admiración. Era todo lo contrario de Alex: era guapo y lo sabía. Sus afectados modales del sur de Inglaterra también la ponían de los nervios (ella era una presbiteriana del norte). A veces se preguntaba si sería homosexual, y si todas sus hembras de pura sangre serían una mera pantalla.

—Hugo —dijo adoptando un tono muy serio cuando él dejó, por fin, de hablar por

teléfono—, quiero que me hagas un favor. Quiero que le ordenes que hoy no vaya a la oficina.

Quarry volvió a cogerle una mano.

—Querida, si creyera que diciéndoselo iba a conseguir algo, lo haría. Pero como ya sabes, por lo menos tan bien como yo, en cuanto decide hacer algo, lo hace pase lo que pase.

—Y eso que tiene que hacer hoy ¿de verdad es tan importante?

—Pues sí, bastante. —Quarry giró ligeramente la muñeca para ver la hora en su reloj sin soltarle la mano a Gabrielle—. Es decir, no es nada que no pudiera aplazarse si realmente su salud estuviera en juego, evidentemente. Pero si he de serte sincero, sería mucho mejor hacerlo que no hacerlo. Hay personas que han venido desde muy lejos para verlo.

Gabrielle retiró la mano.

—Ten cuidado, no vayas a matar a la gallina de los huevos de oro —dijo con amargura—. Eso sí que sería malo para el negocio.

—No creas que no lo sé —replicó Quarry con dulzura. Sonrió y, alrededor de sus ojos, de un azul intenso, aparecieron unas finas arrugas; tenía las pestañas de un rubio rojizo, como el pelo—. Mira, si tengo la más leve sospecha de que está poniendo en peligro su salud, lo mandaré a casa y al cabo de quince minutos lo tendrás en la cama y bien arropado. Te lo prometo, mamaíta. Y ahora —añadió mirando más allá del hombro de Gabrielle—, si no me equivoco, aquí viene nuestra querida gallina, un poco desplumada.

Se levantó al instante.

—¡Mi querido Al! —dijo saliendo a su encuentro en medio del pasillo—, ¿cómo te encuentras? Estás muy pálido.

—Me encontraré mucho mejor en cuanto salga de aquí. —Hoffmann se guardó el CD en el bolsillo de la gabardina para que no lo viera Gabrielle. La besó en la mejilla—. Ya verás como ahora todo irá bien.

Cuando salieron del hospital por el vestíbulo principal eran casi las siete y media. Fuera ya era de día, por fin: un día nublado, frío y remiso. Las gruesas nubes que había suspendidas encima del hospital eran del mismo tono de gris que el del tejido de su cerebro, o eso le pareció a Hoffmann, que ahora veía el TAC allí donde mi rara. Una

ráfaga de viento recorrió la explanada circular y le ciñó la gabardina alrededor de las piernas. Frente a la puerta principal había un grupito de fumadores, formado por médicos con bata blanca y pacientes con abrigo encima del pijama; estaban de pie y se apiñaban para protegerse del clima inusualmente frío del mes de mayo. Bajo las lámparas de vapor de sodio, el humo de sus cigarrillos ascendía en volutas y desaparecía entre finas gotas de lluvia.

Quarry encontró el coche, un gran Mercedes de un servicio de limusinas discreto y eficiente de Ginebra contratado por el *hedge fund*. Estaba aparcado en una plaza de aparcamiento reservada para minusválidos. El chófer —un personaje corpulento y con bigote— salió de detrás del volante al verlos acercarse y les abrió la puerta trasera. «Ya me ha llevado otras veces», pensó Hoffmann, y se esforzó para recordar su nombre mientras se reducía la distancia que los separaba.

—¡Georges! —lo saludó con alivio—. ¡Muy buenos días, Georges!

—Buenos días, *monsieur*. —El chófer sonrió y se tocó la visera de la gorra mientras Gabrielle subía al coche y se sentaba en el asiento trasero; después entró Quarry—. *Monsieur* —susurró en un aparte a Hoffmann—, perdóneme, pero me llamo Claude.

—Muy bien, chicos y chicas —dijo Quarry, sentado entre los Hoffmann, y les pellizcó a cada uno y a la vez la rodilla que tenía más cerca—, ¿adónde vamos?

Hoffmann dijo: «A la oficina» al mismo tiempo que Gabrielle respondía: «A casa».

—A la oficina —repitió Hoffmann—, y luego mi mujer irá a casa.

El tráfico ya empezaba a complicarse en los accesos al centro de la ciudad, y cuando el Mercedes entró en el boulevard de la Cluse, Hoffmann se sumió en su silencio habitual. Se preguntó si Gabrielle y Quarry se habrían percatado de su equivocación. ¿Por qué demonios lo había hecho? Normalmente no se fijaba en quién era el chófer, ni mucho menos hablaba con él: los trayectos en coche los pasaba en compañía de su iPad, buscando información técnica en internet o, cuando le apetecía una lectura más ligera, hojeando la edición digital del *Financial Times* o el *Wall Street Journal*. Casi nunca miraba siquiera por la ventanilla. Qué extraño se sintió al hacerlo ahora, cuando no había nada más que lo distrajera; fijarse por primera vez desde hacía años, por ejemplo, en la gente que hacía cola en la parada del autobús, con cara de agotamiento aun antes de haber empezado la jornada; o en la cantidad de jóvenes marroquíes y argelinos que había en las esquinas de las calles, una imagen que no existía cuando él llegó a Suiza. Pero

¿por qué no iban a poder estar allí? Su presencia en Ginebra también era consecuencia de la globalización, como lo era la suya o la de Quarry.

La limusina redujo la velocidad para girar a la izquierda. Sonó una campana. Un tranvía pasó a su lado. Hoffmann miró hacia arriba distraídamente y vio las caras de los pasajeros enmarcadas en las ventanillas iluminadas. Pareció que quedaran suspendidas un momento, inmóviles, en la penumbra de la mañana, para luego empezar a deslizarse silenciosamente: algunos miraban, inexpresivos, al frente; otros dormitaban; uno iba leyendo la *Tribune de Genève*, y por último, en la última ventanilla, el perfil demacrado de un hombre de unos cincuenta años con la frente abombada y el pelo gris y sucio recogido en una coleta. Se quedó a la misma altura que Hoffmann un instante, y entonces el tranvía aceleró y la aparición se esfumó en medio de un pestazo a electricidad y una cascada de chispas azules.

Fue todo tan rápido, tan irreal, que Hoffmann no estaba seguro de qué había visto. Quarry debió de notar que se sobresaltaba, o tal vez le oyera aspirar bruscamente. Se volvió hacia él y dijo:

—¿Estás bien, colega?

Pero Hoffmann estaba demasiado impresionado para hablar.

—¿Qué pasa? —Gabrielle estiró el cuello y miró a su marido por detrás de la cabeza de Quarry.

—Nada. —Hoffmann consiguió controlar la voz—. Debe de estar pasándose el efecto de la anestesia. —Hizo visera con una mano y miró por la ventanilla—. Apaga la radio, ¿quieres?

La voz de una locutora inundaba la cabina del coche con una alegría desconcertante, como si el guión le resultara desconocido; habría anunciado el Armagedón con una sonrisa.

—«Anoche el gobierno griego se comprometió a seguir adelante con las medidas de austeridad, pese a la muerte de tres empleados de banca en Atenas. Las tres víctimas perecieron cuando los manifestantes que protestaban contra los recortes presupuestarios atacaron el banco con cócteles molotov...»

Hoffmann trató de discernir si estaba alucinando o no. Si no era una alucinación, tenía que llamar enseguida a Leclerc, y luego decirle al chófer que no perdiera de vista el tranvía hasta que llegara la policía. Pero ¿y si solo eran imaginaciones suyas? Su mente retrocedió al pensar en las humillaciones que tendría que soportar. Peor aún: aquello

significaría que ya no podía confiar en las señales que le enviaba su propio cerebro. Estaba dispuesto a soportar cualquier cosa menos la locura. Prefería morir a volver a descender por aquel camino. Así que no dijo nada y ocultó el rostro a los demás para que no vieran el pánico en sus ojos mientras la radio seguía parlotando.

—«Se espera que los mercados financieros abran a la baja esta mañana tras las fuertes caídas de la semana anterior en Europa y Estados Unidos. La crisis la ha provocado el temor a que uno o más países de la eurozona no paguen sus deudas. En Extremo Oriente ha seguido habiendo fuertes pérdidas en la noche pasada...»

«Si mi mente fuera un algoritmo —pensó Hoffmann—, lo pondría en cuarentena. Lo desconectaría.»

—«En Gran Bretaña, los votantes irán hoy a las urnas para elegir un nuevo gobierno. Se espera que el Partido Laborista, de centro-izquierda, pierda el poder después de trece años...»

—¿Has votado por correo, Gabs? —preguntó Quarry informalmente.

—Sí. ¿Tú no?

—No, qué va. ¿Para qué iba a tomarme esa molestia? ¿A quién has votado tú? No, no me lo digas. Déjame adivinarlo. A los Verdes.

—Te recuerdo que es una votación secreta —dijo Gabrielle remilgadamente, y desvió la mirada. Le fastidió que Quarry hubiera acertado.

El *hedge fund* de Hoffmann tenía su sede en Les Eaux-Vives, un barrio situado al sur del lago, sólido y seguro como los empresarios suizos del siglo XIX que lo habían construido: edificios macizos, avenidas anchas que imitaban a las parisinas, con un entramado de cables de tranvía; cerezos que brotaban junto a los bordillos y dejaban caer una lluvia de flores blancas y rosadas sobre las aceras grises; tiendas y restaurantes en las plantas bajas y, encima, siete impasibles plantas de oficinas y apartamentos. En medio de tanta respetabilidad burguesa, Hoffmann Tecnologías de Inversión ofrecía al mundo una estrecha fachada victoriana, fácil de pasar por alto si no sabías lo que andabas buscando, con solo una pequeña etiqueta en un portero automático que delatara su existencia. Una rampa con puerta de acero, controlada por una cámara de videovigilancia, conducía a un aparcamiento subterráneo. A un lado había un *salon de thé*, y al otro, un supermercado que permanecía abierto toda la noche. A lo lejos, las montañas del Jura todavía conservaban una fina capa de nieve.

—¿Me prometes que tendrás cuidado? —dijo Gabrielle cuando se paró el Mercedes.

Hoffmann estiró un brazo por detrás de Quarry y le dio un apretón en el hombro a su mujer.

—Estoy cada vez mejor. Pero ¿y tú? ¿No te importa volver a la casa?

—Genoud ha enviado a alguien —intervino Quarry.

Gabrielle miró a Hoffmann e hizo una rápida mueca: la que siempre utilizaba para expresar su antipatía hacia Hugo, que consistía en bajar las comisuras de la boca, sacar la lengua y poner los ojos en blanco. A pesar de todo, Hoffmann casi soltó una carcajada.

—Hugo lo tiene todo controlado —dijo Gabrielle—, ¿verdad, Hugo? Como siempre. —Besó a Hoffmann la mano que todavía tenía sobre su hombro—. Pero no pienso quedarme allí. Solo recogeré mis cosas y me iré a la galería.

El chófer abrió la puerta.

—Oye —dijo Hoffmann. Se resistía a separarse de Gabrielle—. Que tengas buena suerte esta mañana. En cuanto pueda escaparme, me acercaré para ver cómo va todo.

—Estupendo.

Hoffmann salió del coche. De pronto Gabrielle tuvo la premonición de que no volvería a verlo, tan vívida que casi se mareó.

—¿Estás seguro de que no sería mejor que lo canceláramos todo los dos y nos tomáramos el día libre?

—Ni hablar. Será genial.

—Hasta luego, cielo —dijo Quarry, y deslizó su bonito trasero por la tapicería de cuero hacia la puerta abierta—. ¿Sabes qué? —añadió mientras se apeaba—, creo que yo también pasaré y te compraré uno de esos chismes. Quedaría muy bien en nuestra recepción.

Cuando el coche arrancó, Gabrielle los miró a través de la luna trasera. Quarry tenía un brazo sobre los hombros de Alex y lo guiaba por la acera mientras gesticulaba con el otro brazo. Gabrielle no supo qué quería decir aquel gesto, pero dedujo que estaba bromeando. Al cabo de un instante desaparecieron.

Para el visitante, las oficinas de Hoffmann Tecnologías de Inversión se revelaban como las etapas cuidadosamente ensayadas de un truco de magia. Primero se accedía por unas gruesas puertas de cristal ahumado que se abrían automáticamente a una recepción poco más ancha que un pasillo, con techos bajos y paredes de granito marrón débilmente

iluminadas. A continuación le enseñabas la cara a una cámara con analizador 3D: el algoritmo de geometría métrica tardaba menos de un segundo en cruzar tus facciones con su base de datos (durante ese proceso era importante que mantuvieras una expresión neutra); si eras un visitante, le dabas tu nombre al adusto vigilante. Una vez autorizado, pasabas por un torniquete de acero, recorrías otro pasillo corto y torcías a la izquierda, y de pronto te encontrabas ante un inmenso espacio abierto, iluminado con luz natural: entonces comprendías que en realidad aquello eran tres edificios convertidos en uno solo. La fachada trasera había sido demolida y sustituida por una cascada de hielo alpina, un cristal sin marco de ocho plantas de altura con vistas a un patio que se extendía alrededor de una fuente y unos cuidados helechos gigantes. Dos ascensores subían y bajaban sin hacer ruido por sus silos de cristal insonorizados.

Quarry, que era un gran vendedor y un gran *showman*, se había quedado atónito el día que les habían enseñado el local, nueve meses atrás. A Hoffmann, por su parte, le habían encantado los sistemas controlados por ordenador: la iluminación que se adaptaba a la cantidad de luz del exterior, las ventanas que se abrían automáticamente para regular la temperatura, los conductos de ventilación del tejado que hacían circular aire fresco para eliminar la necesidad de aire acondicionado en todos los espacios abiertos, el sistema de climatización geotérmica, la unidad de reciclado de agua de lluvia con su tanque de cien mil litros, que se utilizaban para las cisternas de los lavabos. Según el anuncio, se trataba de un edificio «holístico e informatizado con mínimas emisiones de carbono». En caso de incendio se cerraban los reguladores de tiro del sistema de ventilación para impedir que se propagara el humo, y los ascensores descendían automáticamente a la planta baja para evitar que los utilizaran. Y sobre todo, estaba conectado a la tubería de fibra óptica GV1, la más veloz de Europa. Eso fue lo que los ayudó a decidirse, y alquilaron toda la quinta planta. Las empresas que ocupaban el piso de arriba y el de abajo —DigiSyst, EcoTec, EuroTel— eran tan misteriosas como sus nombres. Nadie de ninguna empresa parecía reconocer la existencia de nadie de ninguna otra. En los ascensores se guardaba silencio, exceptuando el momento en que los pasajeros, al entrar, anunciaban a qué piso deseaban ir (los sistemas de reconocimiento de voz podían diferenciar los acentos regionales de veinticuatro idiomas); Hoffmann, celoso de su intimidad y que no soportaba las conversaciones superficiales, lo agradecía.

La quinta planta era un reino dentro de un reino. Una pared de cristal turquesa, opaco, impedía el acceso desde los ascensores. Para entrar, igual que abajo, era necesario

mostrar el rostro relajado a un escáner. El reconocimiento facial activaba un panel deslizante; el cristal vibraba ligeramente al retirarse para revelar la zona de recepción de Hoffmann Tecnologías de Inversión: unos cubos bajos tapizados de negro y gris, amontonados y distribuidos como piezas de un juego de construcción para formar butacas y sofás, una mesa de café de cristal y cromados, y consolas regulables con pantallas táctiles en las que los visitantes podían navegar por internet mientras esperaban a que los recibieran. Todas tenían un salvapantallas en el que aparecía la rúbrica de la empresa con letras rojas sobre un fondo blanco:

EN LA EMPRESA DEL FUTURO NO HABRÁ PAPEL
EN LA EMPRESA DEL FUTURO NO HABRÁ EXISTENCIAS
LA EMPRESA DEL FUTURO SERÁ TOTALMENTE DIGITAL
HA LLEGADO LA EMPRESA DEL FUTURO

En la zona de recepción no había revistas ni periódicos: la política de la empresa establecía que, en la medida de lo posible, no debía pasar de la puerta ningún material impreso, ni papel de escribir de ningún tipo. Esa norma no podía imponerse a los visitantes, por supuesto, pero los empleados, incluidos los directivos, tenían que pagar una multa de diez francos suizos cada vez que los sorprendían con artículos de tinta y pulpa de papel en lugar de silicio y plástico, y sus nombres aparecían en la intranet de la empresa. Era asombroso lo rápido que esa sencilla norma cambiaba los hábitos de la gente, incluso los de Quarry. Diez años después de que Bill Gates predicara por primera vez el evangelio de la empresa sin papel en *Los negocios en la era digital*, Hoffmann había conseguido llevarlo a la práctica. En cierto modo, casi estaba tan orgulloso de ese logro como de cualquiera de los otros.

De ahí que resultara bochornoso para él tener que pasar por la recepción con su primera edición de *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre*. Si hubiera sorprendido a alguien con un ejemplar, le habría recordado que ese texto estaba disponible online a través de Proyecto Gutenberg o en darwin-online.org, y le habría preguntado con sarcasmo si se creía un lector más rápido que el algoritmo VIXAL-4, o si había entrenado su cerebro para hacer búsquedas de palabras. No encontraba ninguna paradoja en su celo por prohibir los libros en el trabajo y exhibir exclusivas primeras ediciones en su casa. Los libros eran antigüedades, como cualquier otro artefacto del pasado. Habría sido como reprender a un coleccionista de candelabros venecianos o

sillas con orinal de la Regencia por utilizar una lámpara eléctrica o vaciar la cisterna de un váter. Sin embargo, escondió el libro debajo de su gabardina y miró con sentimiento de culpabilidad hacia una de las diminutas cámaras de videovigilancia que controlaban la planta.

—¿Violando tus propias normas, profesor? —dijo Quarry aflojándose la bufanda—. Tiene gracia.

—No me acordaba de que lo llevaba encima.

—Y un cuerno. ¿En tu despacho o en el mío?

—No lo sé. ¿Qué más da? Va, en el tuyo.

Para llegar al despacho de Quarry era necesario cruzar la sala de operaciones. La bolsa de valores japonesa iba a cerrar al cabo de un cuarto de hora, las europeas abrirían a las nueve, y ya había cuatro docenas de analistas cuantitativos —*quants* en la despectiva jerga del gremio— concentrados en su trabajo. Nadie hablaba más que en susurros. La mayoría miraban fijamente y en silencio sus monitores de seis pantallas. Unos televisores de plasma gigantescos con el volumen apagado sintonizaban la CNBC y el canal Bloomberg, mientras que debajo, una hilera de relojes digitales con números de color rojo registraban silenciosamente el paso incesante del tiempo en Tokio, Pekín, Moscú, Ginebra, Londres y Nueva York. Aquel era el ruido que hacía el dinero en la segunda década del siglo XXI. El ocasional repiqueteo de un teclado era la única indicación de que hubiera allí seres humanos.

Hoffmann se llevó una mano detrás de la cabeza y se tocó la herida con forma de sonrisa fruncida. Se preguntó si se vería mucho. ¿Debía ponerse una gorra de béisbol? Sabía que estaba pálido y que iba sin afeitarse y trató de esquivar las miradas de sus empleados, lo que resultó fácil, pues muy pocos se molestaron en levantar la cabeza al pasar él. El noventa por ciento de los *quants* de Hoffmann eran hombres, por motivos que él no acababa de entender. No era una estrategia deliberada de la empresa; sencillamente parecía ser que solo solicitaban ese empleo los hombres, casi todos refugiados de las dos grandes miserias del mundo académico: los salarios bajos y el inmovilismo alto. Media docena procedían del Gran Colisionador de Hadrones. A Hoffmann ni se le habría ocurrido contratar a alguien que no tuviera un doctorado en matemáticas o física; todas las tesis doctorales tenían que haber sido aprobadas tras un proceso de revisión por pares. La nacionalidad no importaba, ni tampoco las habilidades sociales, y el resultado era que la plantilla de Hoffmann parecía a veces un congreso de

las Naciones Unidas sobre el síndrome de Asperger. Quarry lo llamaba «el mundo de los *nerds*». En la prima del año anterior la remuneración media había ascendido a casi medio millón de dólares.

Solo cinco directores sénior tenían despacho propio: el director financiero, el de riesgos y el de operaciones, junto con Hoffmann, cuyo cargo era el de presidente de la empresa, y Quarry, que era el director ejecutivo. Los despachos eran cubículos de cristal insonorizado estándar con persianas de lamas blancas, moqueta beis y muebles escandinavos de madera clara y cromados. Las ventanas del despacho de Quarry daban a la calle y al banco alemán privado de enfrente, con gruesos visillos en las ventanas. Benetti le estaba construyendo un súper yate de sesenta y cinco metros en su sede de Viareggio. Había planos enmarcados y bocetos artísticos en las paredes; encima de su mesa había una maqueta. El casco estaría bordeado, justo por debajo de la cubierta, por una franja de luces que él podría encender y apagar y cambiar de color con su llavero mientras cenara en el puerto. Tenía pensado llamarlo *Trade Alpha*. Al principio, a Hoffmann, que se contentaba con un Hobie Cat, le preocupaba que sus clientes interpretaran aquella ostentación como una prueba de que estaban ganando demasiado dinero. Pero Quarry, como siempre, entendía su psicología mejor que Hoffmann: «No, no, les encantará. Les dirán a todos: “No tienes ni idea de cómo se están forrando esos chicos”. Y aún les interesará más formar parte de esto, créeme. Son como niños. Son un rebaño».

Sentado junto a la maqueta de su barco, Quarry miró por encima de una de las tres piscinas de la cubierta y dijo:

—¿Café? ¿Desayuno completo?

—Café, nada más. —Hoffmann cruzó la habitación y se quedó junto a la ventana.

Quarry llamó a su secretaria por el intercomunicador.

—Dos cafés solos —dijo, y luego le recordó a Hoffmann, que estaba dándole la espalda—: Y deberías beber agua para no deshidratarte. —Pero Hoffmann no le escuchaba—. Y un poco de agua sin gas, tesoro, y para mí un plátano y un yogur. ¿Ha llegado Genoud?

—Todavía no, Hugo.

—Hazlo venir en cuanto llegue. —Soltó el botón—. ¿Pasa algo ahí fuera?

Hoffmann tenía las manos apoyadas en el alféizar y contemplaba la calle. Un grupo de peatones esperaba en la esquina de enfrente a que cambiara el semáforo, pese a que no

venían coches en ninguna dirección. Tras observarlos un rato, Hoffmann murmuró con rabia:

—Estos malditos suizos reprimidos...

—Ya, pero acuérdate del maldito y reprimido ocho con ocho por ciento de tipo impositivo que nos aplican y te sentirás mejor.

Una mujer pecosa con músculos tonificados, un suéter escotado y una cascada de pelo rojo entró sin llamar a la puerta: era la secretaria de Hugo, una australiana (Hoffmann no recordaba su nombre). Sospechaba que se trataba de una ex novia de Hugo que ya había superado la edad de jubilación establecida para ese puesto, treinta y uno, y a la que su socio había buscado tareas más relajadas en otro sitio. Llevaba una bandeja. Un hombre con traje oscuro y corbata negra con una gabardina beis colgada del brazo esperaba permiso para entrar en el despacho.

—Ha llegado el señor Genoud —anunció la secretaria, y añadió con tono solícito—: ¿Cómo te encuentras, Alex?

Hoffmann miró a Quarry.

—¿Se lo has contado?

—Sí, la he llamado desde el hospital. Ella nos ha conseguido el coche. ¿Qué pasa? No es ningún secreto, ¿no?

—Preferiría que no lo supiera nadie más de la oficina, si no te importa.

—Como tú quieras. No lo comentes con nadie, ¿de acuerdo, Amber?

—Claro, Hugo. —Miró a Hoffmann, un poco turbada—. Lo siento, Alex.

Hoffmann levantó ambas manos en señal de aquiescencia. Cogió su café de la bandeja y volvió a la ventana. Los peatones habían cruzado la calle. Un tranvía se paró, vibrando, y abrió las puertas, y se apearon pasajeros a lo largo de todo el vehículo, como si lo hubieran cortado con un cuchillo desde un extremo hasta el otro, destripándolo. Hoffmann intentó distinguirles las caras, pero eran demasiados y se dispersaron demasiado deprisa. Se bebió el café. Cuando se dio la vuelta, Genoud había entrado en el despacho y la puerta estaba cerrada. Le estaban hablando, pero él no se había dado cuenta. Lo notó por el silencio que se produjo.

—¿Cómo?

—Le estaba explicando al señor Quarry, doctor Hoffmann —dijo Genoud con paciencia—, que he hablado con varios de mis antiguos colegas de la policía de Ginebra. Han divulgado una descripción de ese hombre. La policía científica ya está en su casa.

—El inspector que lleva el caso se llama Leclerc —dijo Hoffmann.

—Sí, lo conozco. Me han dicho que está a punto de jubilarse. Creo que va a ser su último caso. —Genoud titubeó y añadió—: Perdóneme que se lo pregunte, doctor Hoffmann, pero ¿está seguro de que se lo ha contado todo? Lo más sensato sería ser franco con él.

—Por supuesto que se lo he contado todo. ¿Por qué demonios no iba a hacerlo? —Hoffmann no se molestó en mostrarse amable.

—Me importa un cuerno lo que piense el inspector Clouseau —intervino Quarry—. Lo que importa es saber cómo consiguió burlar ese lunático el sistema de seguridad de Alex. Y si lo ha burlado una vez, ¿podrá volver a hacerlo? Y si ha burlado las medidas de seguridad de su casa, ¿puede entrar aquí, en la oficina? Para eso te pagamos, ¿verdad, Maurice? Para que te encargues de la seguridad.

A Genoud se le encendieron las descarnadas mejillas.

—Este edificio es de los mejor protegidos de Ginebra. En cuanto al domicilio del doctor Hoffmann, la policía sospecha que el intruso conocía los códigos de la verja, la puerta principal y seguramente también la alarma. No hay ningún sistema de seguridad en el mundo que pueda proteger de eso.

—Cambiaré los códigos esta misma noche —dijo Hoffmann—. Y a partir de ahora yo decidiré quién los sabe.

—Puedo asegurarle, doctor Hoffmann —señaló Genoud—, que solo dos personas de nuestra empresa conocían esas combinaciones: uno de mis técnicos y yo. Por nuestra parte no ha habido filtración.

—Eso es lo que tú dices. Pero ese tipo tiene que haberlos sacado de algún sitio.

—Bueno, olvidémonos de los códigos, de momento —intervino Quarry—. Lo más importante es que, hasta que hayan atrapado a ese tipo, quiero que Alex esté debidamente protegido. ¿Qué implicaría eso?

—Un vigilante permanente en la casa, desde luego; uno de mis hombres ya está allí. Otros dos hombres, como mínimo, de guardia esta noche: uno vigilando el jardín, y otro dentro de la casa, en la planta baja. Respecto a los desplazamientos del doctor Hoffmann por la ciudad, propongo que lo acompañen un chófer con entrenamiento antiterrorista y un experto en seguridad.

—¿Armados?

—Como quiera.

—¿Tú que dices, profesor?

Hacia una hora, Hoffmann habría descartado todas esas precauciones por absurdas. Pero el espectro del tranvía lo había sobresaltado. En su mente no paraban de prender pequeños destellos de pánico, como incendios de maleza.

—Quiero que vigilen también a Gabrielle. Estamos dando por hecho que ese maníaco iba por mí, pero ¿y si era a ella a la que buscaba?

Genoud tomaba notas en un organizador personal.

—Sí, podemos ocuparnos de eso.

—Solo hasta que lo hayan detenido, ¿de acuerdo? Luego podremos volver todos a la normalidad.

—¿Y usted, señor Quarry? —preguntó Genoud—. ¿No quiere tomar ninguna precaución?

Quarry se rió.

—Lo único que no me deja dormir por las noches es pensar en un litigio por paternidad.

—Muy bien —dijo Quarry cuando Genoud se hubo marchado—, hablemos de la presentación. ¿Sigues decidido a hacerla?

—Sí, claro.

—Bueno, menos mal. Nueve inversores, todos ellos clientes nuestros, tal como acordamos. Cuatro instituciones, tres multimillonarios, dos empresas familiares y una perdiz en lo alto de un peral.

—¿Una perdiz?

—De acuerdo, la perdiz no. No hay perdiz, lo admito. —Quarry estaba de un humor excelente. Tenía tres partes de jugador y una de vendedor, y desde hacía un tiempo esa parte crucial de él había conquistado su cabeza—. Las reglas básicas son estas: en primer lugar, tienen que firmar un acuerdo de confidencialidad respecto a nuestro producto de software, y en segundo, todos tienen autorización para venir acompañados de un asesor profesional. Calculo que llegarán dentro de una hora y media; propongo que te des una ducha y te afeites antes de que se presenten: necesitamos que ofrezcas una imagen brillante pero excéntrica, si no te importa que lo diga, y no la de un loco de atar. Les

explicas lo básico. Les enseñamos el hardware. Yo les suelto el discursito. Luego nos los llevamos a comer al Beau-Rivage.

—¿Cuánto buscamos recaudar?

—A mí me gustaría llegar a los mil millones. Me contentaría con setecientos cincuenta mil.

—¿Y la comisión? ¿Qué fue lo que decidimos? ¿Mantenemos el dos y el veinte?

—¿No te parece bien?

—No lo sé. Eso lo decides tú.

—Por encima de lo normal parece especulación; si pedimos menos, mañana habrán dejado de respetarnos. Con nuestra trayectoria, es un mercado favorable al vendedor, pero aun así, yo propongo que mantengamos el dos y el veinte. —Quarry retiró su silla y puso los pies encima de la mesa con un movimiento fluido—. Va a ser un gran día para nosotros, Alexi. Hemos esperado un año entero para enseñarles esto. Y ellos están que se derriten.

Unos honorarios de gestión del dos por ciento anual sobre mil millones de dólares eran veinte millones de dólares, y eso solo por levantarse por la mañana y aparecer por la oficina. Un veinte por ciento de gratificación sobre una inversión de mil millones de dólares, suponiendo que hubiera un rendimiento del veinte por ciento —modesto según el estándar actual de Hoffmann Tecnologías de Inversión—, suponía otros cuarenta millones anuales. Dicho de otro modo, unos ingresos anuales de sesenta millones de dólares a cambio de media mañana de trabajo y dos horas de insoportable charla superficial en un restaurante elegante. Hasta Hoffmann estaba dispuesto a tener paciencia con las estupideces de la gente.

—¿Quién va a venir exactamente?

—Bah, ya sabes: los sospechosos habituales. —Quarry dedicó los diez minutos posteriores a describirlos uno por uno—. Pero tú no te preocupes por ellos. De eso ya me encargo yo. Tú límitate a hablar de tus preciosos algoritmos. Y ahora vete a descansar un poco.

Apenas hay alguna facultad más importante para el progreso intelectual del hombre que la atención. Los animales manifiestan claramente esta capacidad, como cuando un gato observa a través de un agujero y se prepara para saltar sobre su presa.

CHARLES DARWIN,
El origen del hombre (1871)

El despacho de Hoffmann era idéntico al de Quarry, con la excepción de que no había fotos de barcos ni ningún otro tipo de decoración aparte de tres fotografías enmarcadas. Una era de Gabrielle; estaba tomada durante una comida en la playa de Pampelonne, en Saint-Tropez, dos años atrás: miraba directamente a la cámara, riendo, con el sol en la cara; tenía una blanca filigrana de sal seca en la mejilla, la huella del largo baño que se había dado en el mar aquella mañana. Hoffmann nunca había visto un retrato que expresara tanta vitalidad; se ponía de buen humor cada vez que contemplaba aquella fotografía. Otra era de Hoffmann y había sido tomada en 2001; aparecía con un casco amarillo, de pie, a ciento setenta y cinco metros bajo tierra en el túnel que albergaría el sincrotrón del Gran Colisionador de Hadrones. En la tercera aparecía Quarry con traje de etiqueta en Londres, recibiendo el premio al mejor director de *hedge funds* algorítmicos de manos de un ministro del gobierno laborista; Hoffmann, de más está decirlo, se había negado a asistir siquiera a la ceremonia, una decisión con la que Quarry había estado de acuerdo, pues según él contribuía a fortalecer el aura de misterio de la empresa.

Hoffmann cerró la puerta y bajó todas las persianas de lamas de las paredes de cristal de su despacho. Colgó su gabardina, se sacó del bolsillo el CD con los resultados del TAC y se dio unos golpecitos en los dientes con la funda mientras decidía qué hacía con

él. Su mesa estaba despejada, exceptuando el inevitable monitor de seis pantallas del Bloomberg, un teclado, un ratón y un teléfono. Se sentó en la silla giratoria ergonómica de dos mil dólares con mecanismo neumático y tapicería de color crudo, abrió un cajón y guardó en él el CD, escondiéndolo tan al fondo como pudo. Cerró el cajón y encendió el ordenador. En Tokio, el Nikkei Stock Average de 225 empresas perdía un 3,3 %. Mitsubishi Corporation había bajado un 5,4 %; Japan Petroleum Exploration Company, un 4 %, Mazda Motors, un 5 %, y Nikon, un 3,5 %. El Shanghai Composite había bajado un 4,1 tras ocho meses de caída. «Esto se está convirtiendo en una huida en desbandada», pensó Hoffmann.

De pronto, sin que tuviera tiempo para darse cuenta de lo que estaba pasando, las pantallas que tenía delante se pusieron borrosas, y Hoffmann empezó a llorar. Le temblaban las manos. De su garganta salía un extraño gemido. Todo su torso se sacudía violentamente. «Me estoy derrumbando», pensó, y apoyó la frente en la mesa, desconsolado. Sin embargo, al mismo tiempo se mantenía extrañamente distanciado de su colapso, como si se observara a sí mismo desde un rincón del techo. Se daba cuenta de que jadeaba como un animal exhausto. Al cabo de un par de minutos, cuando disminuyeron los temblores y consiguió tomar aliento, vio que se encontraba mucho mejor, incluso un poco eufórico; era la económica catarsis de llanto: comprendía que pudiera volverse adictivo. Se incorporó, se quitó las gafas, se enjugó las lágrimas con las yemas de los dedos, todavía temblorosos, y se frotó la nariz con el dorso de la mano. Infló las mejillas.

—Dios mío —susurró—. Dios mío, Dios mío.

Se quedó inmóvil un par de minutos hasta estar seguro de haberse recuperado; entonces se levantó, fue a donde había dejado la gabardina y cogió el volumen de Darwin. Lo puso encima de la mesa y se sentó. La cubierta de tela verde de ciento treinta y ocho años de antigüedad y el lomo ligeramente deshilachado desentonaban en el entorno de su despacho, donde no había nada que tuviera más de seis meses. Vacilante, abrió el libro por donde había dejado de leer poco después de la medianoche (Capítulo XII: «Sorpresa-Asombro-Miedo-Horror»). Sacó la tarjeta de la librería holandesa y le pasó la mano para alisarla. «Rosengarden & Nijenhuis, Libros antiguos médicos y científicos. Fundada en 1911.» Cogió el teléfono. Tras considerar brevemente si aquella era la mejor opción, marcó el número de teléfono de la librería de Amsterdam.

El teléfono sonó largo rato sin que nadie contestara, pero no era de extrañar, porque

todavía no eran las 8.30. Hoffmann era insensible a los matices del tiempo: si él estaba sentado a su mesa, daba por hecho que todos los demás también lo estaban. Dejó que el teléfono siguiera sonando y pensó en Amsterdam. Había visitado la ciudad dos veces. Le gustaba su elegancia, su carácter histórico; se respiraba inteligencia: debía llevar a Gabrielle allí cuando hubiera solucionado todo aquello. Fumarían hierba en un coffee-shop —¿no era eso lo que hacía la gente en Amsterdam?— y luego se pasarían toda la tarde haciendo el amor en la buhardilla de un hotel boutique. Se quedó escuchando el largo ronroneo del tono de llamada. Imaginó los timbrazos resonando en una librería polvorienta con pequeñas ventanas de grueso cristal victoriano, en una calle adoquinada, con árboles bordeando un canal; altos anaqueles a los que se accedía por unas escalerillas desvencijadas; complicados instrumentos científicos hechos de latón reluciente —un sextante quizá, un microscopio—; un bibliófilo anciano, encorvado y calvo, introduciendo la llave en la puerta y apresurándose hacia su mesa justo a tiempo para contestar el teléfono...

—*Goedemorgen. Rosengaarden en Nijenhuis.*

La voz no era ni anciana ni masculina, sino joven y femenina; cantarina, chispeante.

—¿Habla usted inglés? —preguntó Hoffmann.

—Sí. ¿En qué puedo ayudarlo?

Hoffmann carraspeó y se reclinó en la silla.

—Creo que anteayer me enviaron ustedes un libro. Me llamo Alexander Hoffmann. Vivo en Ginebra.

—¿Hoffmann? ¡Sí, doctor Hoffmann! Claro que me acuerdo. La primera edición de Darwin. Un libro precioso. ¿Ya lo ha recibido? Espero que no haya habido ningún problema con el envío.

—Sí, ya lo tengo. Pero no venía ninguna nota con él, y no puedo dar las gracias a la persona que me lo ha comprado. ¿Podría darme esa información?

Hubo una pausa.

—¿No me ha dicho que se llama Alexander Hoffmann?

—Sí, exacto.

Esa vez la pausa fue más larga, y cuando la chica volvió a hablar parecía aturdida.

—Lo compró usted, doctor Hoffmann.

Hoffmann cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos le pareció que su despacho se había desplazado ligeramente sobre su eje.

—No puede ser —dijo—. No lo compré yo. Debe de haber sido alguien que se hacía pasar por mí.

—Pero si lo pagó usted mismo. ¿Está seguro de que no se le ha olvidado?

—Lo pagué ¿cómo?

—Por transferencia bancaria.

—Y ¿qué importe pagué?

—Diez mil euros.

Hoffmann se agarró al borde de la mesa con la mano que tenía libre.

—Espere un momento. ¿Cómo ha podido pasar esto? ¿Entró alguien en su tienda y dijo que era yo?

—No, ya no hay tienda. Desde hace cinco años. Solo una lista de correos. Ahora estamos en un almacén de las afueras de Rotterdam.

—Bueno, al menos alguien debió de hablar conmigo por teléfono, ¿no?

—No, ya casi nunca hablamos con los clientes. Recibimos todos los encargos por correo electrónico.

Hoffmann sujetó el auricular con la barbilla, apretándolo contra el hombro. Tecleó en el ordenador y abrió su buzón de correo. Revisó la bandeja de salida.

—¿Cuándo se supone que les envié ese correo electrónico?

—El 3 de mayo.

—Pues tengo aquí delante mis correos electrónicos de ese día y puedo asegurarle que el 3 de mayo no les envié ningún mensaje. ¿Cuál es la dirección de correo electrónico del pe dido?

—A-punto-Hoffmann-arroba-Hoffmann Tecnologías de Inversión-punto-com.

—Sí, esa es mi dirección. Pero no veo ningún mensaje dirigido a ninguna librería.

—¿No lo enviaría desde otro ordenador?

—No, estoy seguro. —Pero al mismo tiempo que pronunciaba esas palabras, la seguridad desapareció de su voz y sintió un pánico casi físico, como si se abriera un abismo bajo sus pies. La radióloga había mencionado la demencia como posible explicación de los puntitos blancos que aparecían en su TAC. Quizá hubiera utilizado su teléfono móvil, su ordenador portátil o el ordenador de su casa y lo había olvidado por completo; aunque, incluso si hubiera sido así, allí habría quedado registrado de alguna forma, ¿no? Dijo—: ¿Qué decía exactamente el mensaje que les envié? ¿Podría leérmelo?

—No había mensaje. Es un proceso automático. El cliente marca el título de nuestro catálogo online y rellena el formulario de pedido: nombre, dirección, forma de pago. — La chica debía de haber percibido la incertidumbre de la voz de Hoffmann; ahora la cautela se filtraba en la suya—. Espero que no quiera cancelar el pedido.

—No, solo quiero aclarar todo esto. Dice usted que se pagó por transferencia bancaria. ¿De qué número de cuenta procedía el dinero?

—Lo siento, no puedo revelar esa información.

Hoffmann reunió toda la fuerza que pudo.

—Escúcheme. Es evidente que he sido víctima de un fraude. Esto es suplantación de identidad. Y por supuesto que cancelaré el pedido, y pondré este maldito asunto en manos de la policía, y de mis abogados, si no me da ese número de cuenta ahora mismo para que pueda averiguar qué demonios está pasando.

Siguió un silencio al otro lado de la línea. Al final la chica dijo fríamente:

—No puedo dar esa información por teléfono, pero puedo enviarla a la dirección de correo electrónico que figura en el pedido. Puedo hacerlo ahora mismo. ¿Le parece bien?

—Sí, me parece bien. Gracias.

Hoffmann colgó el auricular y exhaló. Puso los codos sobre la mesa, se sujetó la cabeza con las yemas de los dedos y miró fijamente la pantalla de su ordenador. Tenía la impresión de que el tiempo transcurría muy despacio, pero en realidad solo pasaron veinte segundos hasta que la bandeja de entrada de su correo electrónico anunció la llegada de un mensaje nuevo. Lo abrió. Era de la librería. No había saludo, solo una línea de veinte dígitos y letras, y el nombre del titular de la cuenta: A. J. Hoffmann. Se quedó mirándolo embobado y llamó a su secretaria por el intercomunicador.

—Marie-Claude, ¿podría enviarme una lista de todos mis números de cuenta personales? La necesito ahora mismo, por favor.

—Por supuesto.

—Y tiene un fichero con los códigos de seguridad de mi casa, ¿verdad?

—Sí, doctor Hoffmann. —Marie-Claude Durade era una suiza enérgica de cincuenta y tantos años que llevaba cinco años trabajando para Hoffmann. Era la única persona del edificio que no se dirigía a él por su nombre de pila. A Hoffmann le parecía inconcebible que estuviera implicada en cualquier tipo de actividad ilegal.

—¿Dónde los tiene?

—En su carpeta personal, en mi ordenador.

—¿Se los ha pedido alguien?

—No.

—¿No ha hablado de ellos con nadie?

—Por supuesto que no.

—¿Ni siquiera con su marido?

—Mi marido murió el año pasado.

—Ah, ¿sí? Ah. Claro. Lo siento. Verá, anoche entró un intruso en mi casa. Es posible que la policía quiera hacerle algunas preguntas. Se lo digo para que esté avisada.

—Sí, doctor Hoffmann.

Mientras esperaba a que su secretaria le enviara los detalles de sus cuentas, hojeó el libro de Darwin. Buscó «desconfianza» en el índice:

Un hombre puede estar lleno de la desconfianza o el odio más profundos, o estar corroído por la envidia y los celos; pero como esos sentimientos no mueven inmediatamente a la acción, y como generalmente duran cierto tiempo, no hay ninguna señal externa que los revele...

Con el debido respeto hacia Darwin, Hoffmann creía que eso era empíricamente falso. Él mismo estaba lleno de la desconfianza más profunda y no tenía ninguna duda de que esta se reflejaba en su cara: en las caídas comisuras de su boca y en la mirada inquieta de sus ojos, entornados y huraños. ¿Dónde se había visto un caso de suplantación de identidad en que el suplantador le compraba un regalo a la víctima? Alguien estaba intentando jugar con su mente: eso era lo que ocurría. Estaban intentando hacerle dudar de su propia cordura, quizá incluso matarlo. O eso, o de verdad estaba volviéndose loco.

Se levantó con esfuerzo y se paseó por su despacho. Separó las lamas de las persianas y escudriñó la sala de operaciones. ¿Tenía algún enemigo allí fuera? Sus sesenta *quants* estaban divididos en tres equipos: Incubación, que componía y ponía a prueba los algoritmos; Tecnología, que convertía los prototipos en herramientas operativas; y Ejecución, que supervisaba las operaciones reales. Algunos eran un poco raros, eso no podía negarse. El húngaro, Imre Szabo, por ejemplo, no podía recorrer un pasillo sin tocar los picaportes de todas las puertas. Y había otro chico que tenía que comérselo todo con cuchillo y tenedor, aunque fuera una galleta o un paquete de patatas fritas. Hoffmann los había contratado a todos personalmente, sin importarles sus rarezas, pero no los conocía bien. No eran sus amigos, sino sus colegas. Ahora lo lamentaba. Soltó la lama y volvió frente a su monitor.

La lista de sus cuentas bancarias esperaba en la bandeja de entrada. Tenía ocho: francos suizos, dólares, libras esterlinas, euros, corriente, de ahorro, *offshore* y conjunta. Miró si algún número coincidía con el que habían utilizado para comprar el libro. Ninguno coincidía. Tamborileó en la mesa con los dedos unos segundos; luego cogió el auricular y llamó al director financiero de la empresa, Lin Ju-Long.

—¿LJ? Soy Alex. Hazme un favor. Compruébame un número de cuenta, ¿quieres? Está a mi nombre, pero no lo reconozco. Quiero saber si está en nuestro sistema. —Le reenvió el correo electrónico de la librería—. Te lo estoy enviando. ¿Lo tienes?

Hubo una pausa.

—Sí, Alex, ya lo tengo. Bueno, de entrada ya puedo decirte una cosa: empieza por KYD. Ese es el prefijo IBAN de las islas Caimán para las cuentas en dólares norteamericanos.

—¿Podría ser una especie de cuenta de empresa?

—Voy a comprobarlo. ¿Tienes algún problema?

—No. Solo quiero chequearlo, nada más. Te agradecería que esto quedara entre nosotros dos.

—Muy bien. Oye, siento lo de tu...

—Estoy bien —se apresuró a decir Hoffmann—. No ha sido grave.

—Vale, me alegro. Por cierto, ¿has hablado con Gana?

Se refería a Ganapathi Rajamani, el director de riesgos de la empresa.

—No —contestó Hoffmann—. ¿Por qué?

—¿Tú autorizaste una gran venta en corto de Procter & Gamble anoche? ¿Dos millones a sesenta y dos por acción?

—Y ¿qué?

—Gana está preocupado. Dice que hemos superado nuestro límite de riesgo. Quiere convocar una reunión del Comité de Riesgos.

—Bueno, dile que hable con Hugo. Y dime algo de esa cuenta, ¿vale?

Hoffmann estaba demasiado cansado para hacer nada más. Volvió a llamar a Marie-Claude y le pidió que se asegurara de que no lo molestaban durante una hora. Apagó su teléfono móvil. Después se tumbó en el sofá y trató de imaginar quién demonios se habría tomado la molestia de robarle el nombre para comprarle un valioso libro de historia natural de la época victoriana utilizando una cuenta bancaria de las islas Caimán

que por lo visto era suya. Pero lo extraño de todo aquel acertijo lo superaba incluso a él, y no tardó en quedarse dormido.

El inspector Leclerc sabía que el jefe de la jefatura de policía de Ginebra, obsesionado con la puntualidad, llegaba a la comisaría del boulevard Carl-Vogt a las nueve en punto y que lo primero que hacía era leer el resumen de lo ocurrido en el cantón durante la noche. Por lo tanto, cuando a las 9.08 sonó el teléfono de su despacho, ya sabía quién debía de estar al otro lado de la línea.

Una voz enérgica dijo:

—¿Jean-Philippe?

—Buenos días.

—Esta agresión al financiero norteamericano, Hoffmann.

—¿Sí, jefe?

—¿Qué tenemos?

—Ha pedido el alta voluntaria del Hospital Universitario. La policía científica está ahora en la casa. Hemos divulgado una descripción detallada. Tenemos a un agente vigilando la propiedad. Creo que nada más.

—Entonces, ¿no está gravemente herido?

—Por lo visto no.

—Menos mal. ¿Tú qué opinas?

—Me parece raro. La casa es una fortaleza, pero parece como si el intruso hubiera entrado sin ningún problema. Iba preparado para inmovilizar a su víctima, o sus víctimas, y por lo visto manejaba unos cuchillos mientras estaba en la casa. Pero acabó golpeando a Hoffmann en la cabeza y huyendo. No robó nada. Sinceramente, tengo la impresión de que Hoffmann no nos lo ha contado todo, pero no sé si es una actitud deliberada o si está aturdido.

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea. Leclerc oía a alguien moviéndose al fondo.

—¿Has terminado tu turno?

—Estaba a punto de marcharme, jefe.

—Hazme un favor y dobla el turno, ¿quieres? Ya me ha llamado el consejero federal

de Finanzas para saber qué había pasado. Me gustaría que te encargaras de este caso.

—¿El consejero federal de Finanzas? —dijo Leclerc, sorprendido—. ¿Cómo es que está tan interesado?

—Bueno, ya sabes, supongo que es lo de siempre. Hay una ley para los ricos y otra para los pobres. Mantenme informado, ¿de acuerdo?

Después de colgar, Leclerc soltó una sarta de improperios por lo bajo. Fue con andares cansados por el pasillo hasta la máquina de café y se compró una taza de expreso muy negro e inusualmente malo. Tenía los ojos irritados y le dolían los senos nasales. «Soy demasiado viejo para esto», pensó. Ni siquiera había gran cosa que él pudiera hacer: había enviado a uno de sus subordinados a entrevistar al personal doméstico. Volvió a su despacho, llamó a su mujer y le dijo que no llegaría a casa hasta después de comer. A continuación se conectó a internet para ver si encontraba algo sobre el doctor Alexander Hoffmann, físico y presidente de un *hedge fund*. Pero para su sorpresa no había casi nada: ninguna entrada en la Wikipedia, ningún artículo de periódico ni ninguna imagen. Sin embargo, el consejero federal de Finanzas en persona se había interesado por el caso.

Para empezar, ¿qué demonios era un *hedge fund*? Lo buscó: «Un fondo de inversión privado que podía invertir en una gran variedad de activos y podía utilizar una gran variedad de estrategias de inversión para mantener una cartera de acciones cubierta con el objetivo de proteger a los inversores del fondo de las caídas del mercado y, al mismo tiempo, maximizar los rendimientos de las alzas del mercado».

Seguía sin entenderlo. Volvió a hojear sus notas. Hoffmann le había dicho que había trabajado en el sector financiero los ocho últimos años; anteriormente había trabajado seis años desarrollando el Gran Colisionador de Hadrones. Casualmente, Leclerc tenía un conocido, un ex inspector de la policía, que ahora trabajaba en el departamento de seguridad del CERN, la Organización Europea para la Investigación Nuclear. Lo llamó por teléfono y, quince minutos más tarde, estaba al volante de su pequeño Renault, conduciendo lentamente en el tráfico de la mañana; fue en dirección noroeste hasta más allá del aeropuerto, tomó la Route de Meyrin y atravesó la monótona zona industrial de Zimeysa.

Más allá, enmarcado por las lejanas montañas, el inmenso globo de madera de color herrumbre del CERN parecía surgir de las tierras de cultivo como un anacronismo gigantesco: una visión de los años sesenta de cómo se suponía que sería el futuro. Leclerc aparcó enfrente y entró en el edificio principal. Dio su nombre y se colgó en la

cazadora la insignia de identificación que lo acreditaba como visitante. Mientras esperaba a que su contacto fuera a recogerlo, examinó la pequeña exhibición que había en la zona de recepción. Por lo visto había mil seiscientos imanes súper conductores, cada uno de casi treinta toneladas de peso, instalados en un túnel subterráneo circular de veintisiete kilómetros, que lanzaban rayos de partículas a tanta velocidad que completaban el circuito once mil veces por segundo. Se suponía que las colisiones de los rayos a una energía de siete billones de electronvoltios por protón revelarían los orígenes del universo, descubrirían nuevas dimensiones y explicarían la naturaleza de la materia oscura. Que Leclerc supiera, nada de todo aquello tenía relación alguna con los mercados financieros.

Los invitados de Quarry empezaron a llegar poco después de las diez; los primeros —un ginebrino de cincuenta y seis años, Étienne Mussard, y su hermana menor Clarisse— lo hicieron en autobús. «Llegarán pronto —le había advertido Quarry a Hoffmann—. Siempre llegan pronto a todas partes.» Ambos eran solteros y vivían juntos en un pequeño apartamento de tres dormitorios del barrio de Lancy que habían heredado de sus padres. Vestían con poca gracia. No conducían. No iban de vacaciones. Casi nunca cenaban en restaurantes. Quarry calculaba que la fortuna personal de *monsieur* Mussard ascendía aproximadamente a setecientos millones de euros, y la de *madame* Mussard, a quinientos cincuenta millones. El abuelo de su madre, Robert Fazy, era propietario de un banco privado que se había vendido en los años ochenta tras un escándalo relacionado con unos activos judíos confiscados por los nazis y depositados en Fazy et Cie durante la Segunda Guerra Mundial. Los acompañaba el abogado de la familia, el doctor Max-Albert Gallant, cuyo bufete también se encargaba de los asuntos legales de Hoffmann Tecnologías de Inversión, lo que resultaba muy práctico. A través de Gallant, Quarry había conseguido que le presentaran a los Mussard. «Me tratan como a un hijo —decía Quarry—. Son increíblemente groseros y no hacen otra cosa que quejarse.»

A aquella insulsa pareja la siguió la que tal vez fuera la cliente más exótica de Hoffmann Tecnologías de Inversión: Elmira Gulzhan, de treinta y ocho años, hija del presidente de Kazajistán. Elmira, residente en París y licenciada del INSEAD de Fontainebleau, era la responsable de la administración de las propiedades de la familia Gulzhan en el extranjero, que, según los cálculos de la CIA, ascendían a

aproximadamente diecinueve mil millones de dólares en 2009. Quarry se las había ingeniado para que se la presentaran en una fiesta en la estación de esquí de Val d'Isère. Los Gulzhan ya tenían ciento veinte millones de dólares invertidos en el *hedge fund*, una cifra que Quarry confiaba en poder doblar, como mínimo, si la convencía. En la estación de esquí también había entablado amistad con su amante fijo, François de Gombart-Tonnelle, un abogado parisino que la acompañaba a la cita. Elmira salió de su Mercedes blindado con una levita de seda verde esmeralda y, en la cabeza, un pañuelo a juego cubriéndole su reluciente cabello negro. Quarry la esperaba en el vestíbulo para recibirla. «No te engañes —le había advertido a Hoffmann—. Quizá te parezca que se va a las carreras, pero mañana mismo podría conseguir un empleo en Goldman. Y además puede hacer que su papá te arranque las uñas.»

Los siguientes en aparecer, compartiendo una limusina del Hotel Président Wilson, situado al otro lado del lago, fueron una pareja de norteamericanos que habían viajado desde Nueva York especialmente para la presentación. Ezra Klein era analista jefe de Winter Bay Trust, un fondo de fondos de catorce mil millones de dólares cuyo objetivo, según las palabras de su prospecto, era «reducir el riesgo y, al mismo tiempo, obtener rendimientos elevados invirtiendo en una selección variada de carteras de acciones y no en bonos o valores individuales». Klein tenía fama de ser súper inteligente, y su costumbre de hablar a un promedio de seis palabras por segundo, más o menos el doble de la velocidad normal (en una ocasión, sus apabullados subordinados lo habían cronometrado subrepticamente), y el hecho de que una de cada tres palabras que empleaba era un acrónimo o un término de jerga financiera fortalecían esa reputación. «Ezra está en el espectro —dijo Quarry—. No tiene esposa, ni hijos, ni órganos sexuales de ningún tipo, que yo sepa. Winter Bay podría aportar otros cien millones. Ya veremos.»

A su lado, sin fingir siquiera que escuchaba la cháchara ininteligible de Klein, había un individuo corpulento de unos cincuenta años, con el uniforme completo de Wall Street: traje negro con chaleco y corbata a rayas rojas y blancas. Era Bill Easterbrook, del conglomerado de bancos estadounidense AmCor. «A Bill ya lo conoces —previno Quarry a Hoffmann—. ¿Te acuerdas de él? Es ese dinosaurio que parece que acabe de salir de una película de Oliver Stone. Desde la última vez que lo viste lo han pasado a una entidad aparte llamada AmCor Alternative Investments, que básicamente no es más que un truco de contabilidad para mantener contentos a los organismos reguladores.»

Quarry también había trabajado diez años para la sede de AmCor en Londres, y su relación con Easterbrook venía de muy lejos: «de muy, muy lejos», como decía él con aire soñador. Demasiado lejos para acordarse, insinuaba: de los días gloriosos de coca y prostitutas de la década de los noventa que el tiempo había dejado envueltos en una densa neblina. Cuando Quarry se marchó de AmCor para montar la empresa con Hoffmann, Easterbrook les pasó sus primeros clientes a cambio de una comisión. Ahora AmCor Alternative era el principal inversor de Hoffmann, con cerca de mil millones de dólares en activos. Easterbrook era otro de los asistentes a los que Quarry se tomó la molestia de recibir personalmente en el vestíbulo.

Acudieron todos: Amschel Herxheimer, de veintisiete años, miembro de la dinastía de financieros y agentes de bolsa Herxheimer, cuya hermana había estudiado con Quarry en Oxford, y al que estaban preparando para ponerse al frente del banco privado de la familia, de doscientos años de antigüedad; el insulso Iain Mould, de lo que en su día fuera la insulsa sociedad de crédito hipotecario Fife, hasta que a principios de siglo había salido a bolsa y, en el transcurso de tres años, había acumulado deudas por valor de la mitad del producto nacional bruto de Escocia, requiriendo la adquisición por parte del gobierno británico; el multimillonario Mieczyslaw Łukasinski, ex catedrático de matemáticas y líder de la Unión de Juventudes Comunistas polaca, que ahora era propietario de la tercera aseguradora más importante de Europa del Este; y por último dos empresarios chinos, Liwei Xu y Qi Zhang, que representaban a un banco de negocios con sede en Shanghai y que llegaron con nada menos que seis socios vestidos con traje oscuro (insistieron en que eran abogados, pero Quarry estaba convencido de que eran expertos informáticos que habían ido para inspeccionar la seguridad cibernética de Hoffmann; tras un pulso frenéticamente educado, los «abogados» accedieron a marcharse, aunque de mala gana).

Ni uno solo de los inversores a los que Quarry había convocado rechazaron la invitación. «Vienen por dos motivos —le había explicado a Hoffmann—. En primer lugar, porque en tres años, pese a las continuas caídas de los mercados financieros, les hemos dado unos beneficios del ochenta y tres por ciento, y desafío a cualquiera a que encuentre algún *hedge fund* que haya producido un alfa tan consistente. Es lógico que se pregunten qué demonios hacemos aquí, y sin embargo hemos declinado aceptar un solo centavo de más en inversión.

»—Y ¿cuál es el otro motivo por el que vienen?

»—Va, no seas tan modesto.

»—No te sigo.

»—El segundo motivo eres tú, capullo. Quieren verte. Quieren descubrir qué has estado haciendo. Te estás convirtiendo en una leyenda y ellos quieren tocar el dobladillo de tus pantalones solo para ver si sus dedos se convierten en oro.»

Marie-Claude despertó a Hoffmann.

—¿Doctor Hoffmann? —Le sacudió ligeramente un hombro—. ¿Doctor Hoffmann? El señor Quarry me ha pedido que le diga que lo esperan en la sala de juntas.

Había tenido unos sueños muy vívidos, pero cuando abrió los ojos las imágenes se desvanecieron como pompas de jabón. Por un instante, la cara de su secretaria inclinada sobre él le recordó a la de su madre. Tenía los mismos ojos de color verde grisáceo, la misma nariz prominente, la misma expresión ansiosa e inteligente.

—Gracias —dijo, y se incorporó—. Dígale que voy enseguida. —Y añadió, impulsivamente—: Siento lo de su marido. A veces... —agitó una mano en vano— me despisto.

—No pasa nada. Gracias.

En el pasillo de su despacho había un cuarto de baño. Abrió el grifo de agua fría y ahuecó las manos bajo el chorro. Se tiró agua helada en la cara una y otra vez y se dio cachetadas. No tenía tiempo para afeitarse. En lugar de lisa y suave, notaba la piel de la barbilla y alrededor de la boca pinchuda y con relieve, como la de un animal. Era sorprendente —sin duda un cambio de humor irracional provocado por la lesión—, pero empezaba a sentirse eufórico. Había sobrevivido a un encuentro con la muerte —algo estimulante por sí mismo—, y ahora lo esperaba una sala de juntas llena de suplicantes deseosos, en palabras de Hugo, de tocarle el dobladillo del pantalón con la esperanza de que se les pegara su don para hacer dinero. Los ricos de la tierra habían abandonado sus yates, sus piscinas y sus circuitos de carreras, las salas de operaciones de Manhattan y las contadurías de Shanghai y se habían reunido en Suiza para escuchar al doctor Alexander Hoffmann, el legendario —otro término de Hugo— creador de Hoffmann Tecnologías de Inversión, predicando su visión del futuro. ¡Y menuda historia iba a contarles! ¡Menudo evangelio el que tenía que predicar!

Mientras esos pensamientos invadían su lesionada cabeza, Hoffmann se secó la cara,

cuadró los hombros y se dirigió a la sala de juntas. Al atravesar la sala de operaciones, la ágil figura de Ganapathi Rajamani, el director de riesgos de la empresa, lo interceptó con un movimiento fluido, pero Hoffmann se libró de él con un ademán: cualquiera que fuese su problema, tendría que esperar.

No hay duda de que la riqueza, cuando es muy grande, tiende a convertir a los hombres en zánganos inútiles, pero su número nunca es elevado; y aquí se da un cierto grado de eliminación, porque diariamente vemos hombres ricos, que resultan ser necios o derrochadores, que dilapidan su riqueza.

CHARLES DARWIN,
El origen del hombre (1871)

La sala de juntas tenía el mismo estilo impersonal y empresarial —las mismas paredes de cristal insonorizado y las mismas persianas de lamas desde el techo hasta el suelo— que los despachos de los directivos. Una pantalla gigantesca para teleconferencias ocupaba casi toda la pared del fondo, frente a una gran mesa ovalada de madera clara escandinava. Cuando Hoffmann entró en la sala, las dieciocho sillas colocadas alrededor de la mesa estaban ocupadas, excepto una, por los clientes y sus asesores; la única silla vacía era la contigua a la de Quarry, en la cabecera. Quarry, con notorio alivio, siguió con la mirada a Hoffmann mientras este avanzaba bordeando la mesa.

—Por fin llega —dijo—. Damas y caballeros, les presento al doctor Alexander Hoffmann, presidente de Hoffmann Tecnologías de Inversión. Como verán, su cerebro es tan grande que hemos tenido que abrirle la cabeza para dejarle un poco más de espacio. Perdóname, Alex, solo era una broma. Me temo que se ha dado un pequeño golpe, de ahí los puntos, pero ya se encuentra bien, ¿verdad?

Todos se quedaron mirándolo. Los que estaban más cerca de Hoffmann giraron el torso para poder verlo mejor. Pero Hoffmann, abochornado, evitó establecer contacto visual. Se sentó al lado de Quarry, juntó las manos sobre la mesa y se quedó mirando

fijamente sus dedos entrelazados. Notó el peso de la mano de Quarry en un hombro, y la presión aumentó cuando el inglés se levantó de la silla.

—Muy bien, ya podemos empezar. Queridos amigos, bienvenidos a Ginebra. Ya hace casi ocho años que Alex y yo montamos este negocio juntos, combinando su inteligencia y mi belleza para crear un tipo muy especial de fondo de inversión, basado exclusivamente en operaciones algorítmicas. Empezamos con poco más de cien millones de dólares en activos gestionados, en gran parte cortesía de mi viejo amigo Bill Easterbrook, de AmCor. Bienvenido, Bill. Aquel primer año ya obtuvimos beneficios, y hemos seguido obteniendo beneficios todos los años, y por eso ahora somos cien veces más grandes que cuando empezamos, con un valor de activos gestionados de diez mil millones de dólares.

»No voy a alardear de nuestra trayectoria. Confío en que no sea necesario. Todos ustedes reciben el informe trimestral y saben lo que juntos hemos conseguido. Solo les daré un dato. El 9 de octubre de 2007, el Dow Jones Industrial Average cerró a 14,164. Anoche (lo comprobé antes de marcharme de la oficina), el Dow cerró a 10,866. Eso representa unas pérdidas, en más de dos años y medio, de casi un cuarto. ¡Imagínense! Todos esos pobres diablos con sus planes de jubilación y sus *tracker bonds* han perdido aproximadamente el veinticinco por ciento de su inversión. Pero ustedes, al depositar su confianza en nosotros durante ese mismo período, han visto aumentar su valor en libros en un ochenta y tres por ciento. Damas y caballeros, creo que estarán de acuerdo conmigo si digo que traernos su dinero fue una decisión muy inteligente.

Por primera vez Hoffmann se atrevió a echar un rápido vistazo alrededor de la mesa. El público de Quarry escuchaba atentamente. («Las dos cosas más interesantes del mundo —había comentado Quarry en una ocasión— son la vida sexual de los demás y tu propio dinero.») Hasta Ezra Klein, que se mecía adelante y atrás como un alumno en una madraza, se había quedado quieto, y Mieczyslaw Łukasinski no podía borrar la sonrisa de su rollizo rostro de campesino.

Quarry seguía apoyando la mano derecha en el hombro de Hoffmann; la izquierda la tenía metida en el bolsillo con aire informal.

—En nuestro gremio llamamos «alfa» a la brecha entre los rendimientos del mercado y los rendimientos de los fondos. En los tres últimos años Hoffmann ha generado un alfa del ciento doce por ciento. Esa es la razón por la que la prensa financiera nos ha elegido dos veces *Hedge Fund* Algorítmico del Año.

»Pues bien —continuó—, les aseguro que la solidez de estos resultados no es una cuestión de suerte. Hoffmann Tecnologías de Inversión se gasta todos los años treinta y dos millones de dólares en investigación. Tenemos contratadas a sesenta de las mentes científicas más brillantes del mundo. O por lo menos me han asegurado que son brillantes: yo no entiendo ni una sola palabra de lo que dicen.

Agradeció las risas un tanto afligidas. Hoffmann vio que el financiero británico, Iain Mould, reía con especial entusiasmo, y supo de inmediato que era un idiota. Quarry retiró las manos del hombro de Hoffmann y del interior de su bolsillo y las apoyó en la mesa. Se inclinó hacia delante y adoptó una expresión seria y apremiante.

—Hace unos dieciocho meses, Alex y su equipo lograron un gran avance tecnológico. Como consecuencia de ello tuvimos que tomar la difícil decisión de bloquear el fondo. —«Bloquear el fondo» significaba rechazar nuevas inversiones, incluso las procedentes de clientes ya existentes—. Y sé que a cada una de las personas que se encuentran hoy en esta sala, porque por eso los hemos invitado a venir, les molestó y les desconcertó esa decisión, y que algunos de ustedes, de hecho, se enfadaron mucho.

Le lanzó una mirada a Elmira Gulzhan, que escuchaba desde el extremo opuesto de la mesa. Hoffmann sabía que le había gritado a Quarry por teléfono, y que incluso había amenazado con retirar el dinero de su familia del fondo, o algo peor («Si ustedes cierran a los Gulzhan, los Gulzhan los cerrarán a ustedes...»).

—Bueno —continuó Quarry tras lanzarle un levísimo beso a Elmira—, les pedimos disculpas. Pero decidimos que teníamos que concentrarnos en ejecutar esta nueva estrategia de inversión basada en el tamaño existente de nuestro activo. En todo fondo existe siempre el riesgo, ustedes ya lo saben, de que al aumentar el tamaño se produzca una disminución del rendimiento. Queríamos estar tan seguros como fuera posible de que eso no iba a suceder.

»Ahora creemos que este nuevo sistema, al que hemos llamado VIXAL-4, es lo bastante sólido para enfrentarse a una expansión de la cartera de acciones. El alfa generado en los seis últimos meses ha sido considerablemente mayor que cuando confiábamos en nuestros algoritmos originales. Por lo tanto, hoy tengo el placer de anunciar que estamos dispuestos a aceptar nuevas inversiones que provengan únicamente de clientes existentes, aunque el fondo seguirá cerrado a nuevos inversores.

Hizo una pausa y tomó un sorbo de agua para dejar que su público asimilara sus palabras. La sala permaneció en un silencio absoluto.

—Va, ánimo —dijo alegremente—, se supone que esto es una buena noticia.

Las risas aligeraron la tensión, y por primera vez desde que Hoffmann había entrado en la sala los clientes se miraron abiertamente unos a otros. Hoffmann se dio cuenta de que se habían convertido en un club privado, una hermandad unida por un secreto compartido. Las sonrisas de complicidad se extendieron alrededor de la mesa. Estaban en una situación de ventaja.

—Y llegados a este punto —continuó Quarry mirando a los asistentes con satisfacción—, creo que lo mejor que puedo hacer es dejarlos en manos de Alex, quien podrá darles más información sobre los aspectos técnicos. —Hizo un amago de sentarse y volvió a levantarse—. Con un poco de suerte, hasta yo lo entenderé.

Más risas. Hoffmann tenía la palabra.

No era una persona a la que resultara fácil hablar en público. Las pocas clases que había dado en Princeton antes de marcharse de Estados Unidos habían sido una tortura tanto para el profesor como para los alumnos. Pero ahora se sentía lleno de una energía y una claridad insólitas. Se palpó suavemente la herida de la cabeza, inspiró hondo un par de veces y se levantó.

—Damas y caballeros, tenemos que ser discretos respecto a los detalles de lo que hacemos en esta empresa, para que nuestros competidores no nos roben las ideas, pero el principio básico no es ningún misterio, como ustedes saben. Cogemos un par de centenares de valores diferentes y negociamos con ellos en un ciclo de veinticuatro horas. Los algoritmos que tenemos programados en nuestros ordenadores escogen las posiciones que tomamos basándose en un análisis detallado de las tendencias anteriores, sobre todo futuros líquidos (el Dow, por ejemplo, o el S&P 500) y las materias primas más habituales: petróleo Brent, gas natural, oro, plata, cobre, trigo, lo que sea. También hacemos operaciones de *high-frequency*, manteniendo ciertas posiciones durante solo unas milésimas de segundo. En realidad no es muy complicado. Hasta la media móvil de doscientos días del S&P puede ser un pronosticador bastante fiable del mercado: si el índice actual es más elevado que el promedio precedente, es probable que el mercado sea alcista; si es inferior, el mercado es de tendencia bajista. O podemos predecir, basándonos en datos acumulados a lo largo de veinte años, dónde es probable que se sitúe el DAX si el estaño está a tal precio y el yen a tal otro. Evidentemente, tenemos muchísimos más pares de promedios con que trabajar, varios millones, pero el principio básico es sencillo: la guía más fiable para el futuro es el pasado. Y para obtener

beneficios solo tenemos que acertar con los mercados el cincuenta por ciento de las veces.

»Cuando nosotros empezamos, pocos podían imaginar lo importantes que llegarían a ser las operaciones algorítmicas. A los pioneros de este negocio se los llamaba *quants*, o *geeks*, o *nerds*; nosotros éramos los chicos con los que las chicas nunca bailaban en las fiestas...

—Me temo que eso no ha cambiado mucho —lo interrumpió Quarry.

Hoffmann descartó la interrupción con un ademán.

—Quizá no, pero los éxitos que hemos conseguido en esta empresa hablan por sí solos. Hugo ya ha señalado que en un período en que el Dow ha descendido casi un veinticinco por ciento, nosotros hemos crecido un ochenta y tres por ciento en valor. ¿Cómo es eso posible? Muy sencillo. Ha habido dos años de pánico en los mercados, y a nuestros algoritmos les sienta de maravilla el pánico, porque los humanos siempre se comportan de forma muy predecible cuando están asustados.

Levantó las manos.

—«El cielo está lleno de cuerpos desnudos que lo surcan. Hombres, hombres desnudos, mujeres desnudas que surcan los aires y provocan tempestades y ventiscas. ¿Oís el rugido? ¿Un rugido como el batir de alas de unos pájaros enormes en lo alto de los cielos? Ese es el miedo de los hombres desnudos. Es el ruido que hacen los hombres desnudos al huir.»

Hizo una pausa. Recorrió con la mirada las caras de sus clientes. Había varios que tenían la boca abierta, como crías de pájaro que esperan a que los alimenten. Él tenía la boca seca.

—Esas palabras no son mías. Son las palabras de un santo inuit, citadas por Elias Canetti en *Masa y poder*. Cuando estaba diseñando el VIXAL-4, las tenía de salvapantallas. ¿Me das un poco de agua, Hugo?

Quarry se inclinó y le acercó una botella de Evian y un vaso. Hoffmann, sin coger el vaso, desenroscó el tapón de plástico y bebió directamente de la botella. No sabía qué efecto estaba causando en su público, pero no le importaba mucho. Se secó los labios con el dorso de la mano.

—Hacia el año 350 antes de Cristo, Aristóteles definió al ser humano como *zoon logon echon*, el «animal racional» o, más exactamente, «el animal que posee lenguaje». El lenguaje es, por encima de todo, lo que nos distingue del resto de las criaturas del

planeta. El desarrollo del lenguaje nos liberó de un mundo de objetos físicos y lo sustituyó por un universo de símbolos. Quizá los animales inferiores también se comuniquen entre ellos a veces, de forma primitiva; hasta se les puede enseñar el significado de unos cuantos símbolos humanos. Un perro puede aprender a entender «siéntate» o «ven», por ejemplo. Pero durante cuarenta mil años solo los humanos fueron *zoon logon echon*: animales con lenguaje. Ahora, por primera vez, eso ha dejado de ser cierto. Compartimos nuestro mundo con los ordenadores.

»Los ordenadores... —Hoffmann hizo un ademán hacia la sala de operaciones con la botella en la mano, y derramó un poco de agua sobre la mesa—. Antes imaginábamos que los ordenadores, los robots, se encargarían de realizar los trabajos de baja categoría de nuestras vidas, que se pondrían delantales y se pasearían por ahí y serían nuestras sirvientas, y que harían las tareas domésticas o lo que fuera, liberándonos para que pudiéramos disfrutar de nuestro tiempo libre. De hecho lo que está ocurriendo es todo lo contrario. Tenemos gran cantidad de material humano sobrante, poco inteligente, apto para realizar esos trabajos sencillos de baja categoría, muchas veces con horarios muy prolongados y salarios muy bajos. En cambio, los humanos a los que están sustituyendo los ordenadores pertenecen a las clases instruidas: traductores, técnicos médicos, técnicos jurídicos, contables, operadores financieros.

»Los ordenadores son traductores cada vez más fiables en los sectores del comercio y la tecnología. En medicina pueden escuchar los síntomas de un paciente y diagnosticar enfermedades, e incluso recetar tratamientos. En el ámbito jurídico buscan y evalúan grandes cantidades de complejos documentos por un porcentaje mínimo del coste de un analista jurídico. El reconocimiento de voz permite a los algoritmos extraer el significado de la palabra hablada así como de la escrita. Los boletines de noticias pueden analizarse en tiempo real.

»Cuando Hugo y yo creamos este fondo, los datos que utilizábamos eran únicamente estadísticas financieras digitalizadas: no había casi nada más. Pero en los últimos dos años se ha puesto a nuestro alcance toda una nueva galaxia de información. Pronto toda la información del mundo, hasta el más insignificante conocimiento que poseen los humanos, cada pequeño pensamiento que hemos tenido y que se ha considerado que vale la pena preservar durante miles de años... todo eso estará disponible digitalmente. Todas las carreteras del planeta han sido trazadas en los mapas. Todos los edificios han sido fotografiados. En todos los sitios a los que vamos los humanos, todo lo que compramos,

todas las webs que visitamos dejan un rastro digital tan claro como la baba de una babosa. Y los ordenadores pueden leer, buscar y analizar esos datos y extraerles un valor de formas que todavía no podemos ni siquiera concebir.

»La mayoría de la gente no es consciente de lo que ha ocurrido. ¿Por qué iba a serlo? Si sales de este edificio y echas a andar por la calle, todo tiene más o menos el mismo aspecto de siempre. Un tipo que hubiera vivido en esta ciudad hace cien años podría pasear por esta parte de Ginebra y todavía se sentiría como en su casa. Pero tras la fachada física, tras la piedra, el ladrillo y el cristal, el mundo se ha distorsionado, se ha combado, se ha encogido, como si el planeta hubiera entrado en otra dimensión. Les pondré un ejemplo. En 2007 el gobierno británico perdió los registros de veinticinco millones de personas: sus códigos fiscales, los números de sus cuentas bancarias, sus direcciones, sus fechas de nacimiento. Pero lo que perdieron no fue un par de camiones: fueron solo dos CD. Y eso no es nada. Algún día Google digitalizará todos los libros que se hayan publicado jamás. Ya no harán falta bibliotecas. Lo único que necesitaremos será una pantalla que podamos coger con una mano.

»Pero aquí está. Los humanos todavía leemos a la misma velocidad a la que leía Aristóteles. El estudiante universitario medio norteamericano lee cuatrocientas cincuenta palabras por minuto. Los más inteligentes pueden llegar a las ochocientas. Eso equivale a unas dos páginas por minuto. Pero el año pasado IBM anunció que está construyendo un nuevo ordenador para el gobierno de Estados Unidos que puede realizar 20.000 billones de cálculos por segundo. La cantidad de información que nosotros, como especie, podemos absorber tiene un límite físico. Hemos llegado al tope. Pero la cantidad de información que puede absorber un ordenador no tiene límite.

»Y el lenguaje, la sustitución de objetos por palabras, plantea otro gran inconveniente a los humanos. El filósofo griego Epicteto lo reconoció hace dos mil años cuando escribió: “Lo que altera y alarma al hombre no son las cosas, sino sus opiniones y sus fantasías sobre las cosas”. El lenguaje desató el poder de la imaginación, y con él llegaron el rumor, el pánico, el miedo. En cambio, los algoritmos no tienen imaginación. No les entra pánico. Y por eso son tan perfectamente apropiados para operar en los mercados financieros.

»Lo que hemos intentado hacer con nuestra nueva generación de algoritmos VIXAL ha sido aislar, medir y factorizar en nuestros cálculos de mercado el elemento de precio que se deriva completamente de patrones previsibles del comportamiento humano. ¿Por

qué, por ejemplo, unas acciones cuyo precio sube cuando se prevén resultados positivos casi siempre caen por debajo de su precio anterior si esos resultados resultan más pobres de lo que se esperaba? ¿Por qué a veces los operadores se aferran obstinadamente a un determinado valor aunque este pierda valor y aumenten sus pérdidas, mientras que otras veces venden una acción excelente que deberían conservar, sencillamente porque el mercado, en general, muestra una tendencia a la baja? El algoritmo capaz de adaptar su estrategia en respuesta a esos misterios será mucho más competitivo. Creemos que ahora existen suficientes datos disponibles para empezar a anticipar esas anomalías y beneficiarnos de ellas.

Ezra Klein, que cada vez se mecía más deprisa, ya no pudo contenerse:

—¡Pero si eso no son más que finanzas conductuales! —saltó, como si aquello fuera una herejía—. Vale, de acuerdo, la HEM es una pérdida de tiempo, pero ¿cómo filtras el ruido para obtener una herramienta a partir de FC?

—Cuando sustraes las variaciones en el tiempo de la valoración de unas acciones, lo que obtienes es el efecto conductual, si es que obtienes algo.

—Sí, pero ¿cómo averiguas qué fue lo que causó el efecto conductual? ¡Si sabes eso, sabes el origen del universo!

—Estoy de acuerdo contigo, Ezra —dijo Hoffmann con calma—. No podemos analizar todos los aspectos del comportamiento humano en los mercados ni qué ha sido lo que lo ha causado en los últimos veinte años, por muchos datos que ya tengamos disponibles digitalmente, y por muy deprisa que nuestro hardware pueda escanearlos. Nos dimos cuenta desde el principio de que tendríamos que reducir mucho el foco. La solución que se nos ocurrió fue escoger una emoción determinada de la que sabemos que tenemos datos de peso.

—Y ¿qué emoción escogisteis?

—El miedo.

Un breve murmullo se extendió por la mesa. Pese a que Hoffmann había intentado evitar la jerga —qué típico de Klein, pensó, mencionar la HEM, la hipótesis de eficiencia de los mercados—, había percibido un desconcierto creciente en su público. Sin embargo, no cabía duda de que ahora volvía a acaparar toda su atención. Continuó:

—El miedo es, históricamente, la emoción más potente en economía. ¿Recuerdan a Roosevelt durante la Gran Depresión? Es la cita más famosa de la historia de las finanzas: «Lo único que debemos temer es al miedo mismo». De hecho, seguramente el

miedo es la emoción humana más potente, y punto. ¿Quién se despierta a las cuatro de la mañana porque está contento? Es tan potente que ha resultado relativamente fácil filtrar el ruido provocado por otros *inputs* emocionales y centrarnos en esta única señal. Una cosa que hemos conseguido hacer, por ejemplo, es relacionar las fluctuaciones recientes del mercado con la frecuencia de aparición de palabras relacionadas con el miedo en los medios de comunicación: terror, alarma, pánico, horror, consternación, pavor, susto, ántrax, nuclear. Nuestra conclusión es que el miedo dirige el mundo mucho más que antes.

Elmira Gulzhan dijo:

—Eso es Al Qaeda.

—En parte sí. Pero ¿por qué debería despertar más miedo Al Qaeda del que despertó la amenaza de destrucción mutuamente asegurada durante la Guerra Fría en los años cincuenta y sesenta, que, por cierto, fueron años de gran estabilidad y crecimiento de mercado? Nuestra conclusión es que la digitalización en sí está creando una epidemia de miedo, y que Epicteto tenía razón: no vivimos en un mundo de cosas reales sino de opiniones y fantasía. El aumento de la volatilidad del mercado, a nuestro modo de ver, es una función de la digitalización, que está exagerando los cambios de humor de los humanos mediante una difusión de información sin precedentes a través de internet.

—Y hemos encontrado la manera de ganar dinero con eso —dijo Quarry alegremente. Dio una cabezada para animar a Hoffmann a continuar.

—Como la mayoría de ustedes sabrán, la bolsa de Chicago tiene listado lo que se conoce como el Índice de Volatilidad S&P 500, o VIX. El VIX funciona, de una forma u otra, desde hace diecisiete años. Es un indicador, a falta de otra palabra mejor, que rastrea el precio de las opciones, de compra y de venta, de las acciones negociadas en el S&P 500. Por si les interesan las matemáticas, se calcula tomando el promedio ponderado de la volatilidad implícita de ocho opciones *call* y *put* del S&P 500 para un período de treinta días. Si no les interesan las matemáticas, digamos que lo que hace es mostrar la volatilidad implícita del mercado para el mes posterior. Sube y baja minuto a minuto. Cuanto más elevado es el índice, mayor es la incertidumbre en los mercados; por eso los operadores lo llaman «el índice del miedo». Y tiene su propia liquidez, por supuesto: hay disponibles opciones y futuros VIX, y nosotros negociamos con ellos.

»Así pues, el VIX fue nuestro punto de partida. Nos ha proporcionado gran cantidad de datos útiles que se remontan a 1993 y que podemos emparejar con los nuevos índices

conductuales que hemos recopilado; además nos ha permitido seguir empleando la metodología de que ya disponíamos. Al principio también nos proporcionó el nombre de nuestro algoritmo prototipo, el VIXAL-1, que hemos conservado todo este tiempo, si bien hemos ido mucho más allá del propio VIX. Ahora nos encontramos en la cuarta iteración, que con notable falta de imaginación llamamos VIXAL-4.

Klein volvió a saltar.

—La volatilidad implícita del VIX puede ser tanto alcista como bajista.

—Lo tenemos en cuenta —dijo Hoffmann—. En nuestras mediciones, el optimismo tiene una gama que va desde la ausencia de miedo hasta una reacción contra el miedo. Tengan presente que el miedo no solo significa el pánico generalizado del mercado y una huida hacia la seguridad. También existe lo que llamamos el «efecto lapa», que se produce cuando se conservan determinadas acciones desafiando la razón; y el efecto adrenalina, cuando las acciones experimentan un fuerte aumento de valor. Todavía estamos analizando todas esas categorías diversas para determinar el impacto en el mercado y refinar nuestro modelo. —Easterbrook levantó una mano—. ¿Sí, Bill?

—Ese algoritmo ¿ya está en funcionamiento?

—Si les parece bien, dejaré que Hugo conteste a esa pregunta, ya que es más práctica que teórica.

—Incubación empezó a hacer el *back-testing* del VIXAL-1 hace casi dos años —dijo Quarry—, aunque como es lógico, solo era una simulación, sin exposición real en los mercados. En mayo de 2009 empezamos a funcionar con el VIXAL-2: le dejamos disponer de cien millones de dólares. En noviembre, una vez superados los problemas iniciales, pasamos al VIXAL-3 y le dimos acceso a mil millones. Tuvimos tanto éxito que hace una semana decidimos dejar que el VIXAL-4 asumiera el control de todo el fondo.

—¿Con qué resultados?

—Al final les mostraremos las cifras detalladas. Grosso modo, VIXAL-2 ganó doce millones de dólares en un período de seis meses. VIXAL-3 ganó ciento dieciocho millones. Anoche, el VIXAL-4 iba por los setenta y nueve millones setecientos mil.

Easterbrook arrugó la frente.

—Había entendido que solo llevaba una semana en funcionamiento.

—Así es.

—Pero eso significa...

—Eso significa —intervino Ezra Klein, que había hecho el cálculo mentalmente y casi saltó de la silla— que sobre un fondo de diez mil millones de dólares buscan obtener un beneficio de cuatro mil ciento cuarenta millones al año.

—Y el VIXAL-4 es un algoritmo de aprendizaje automático autónomo —terció Hoffmann—. A medida que recoge y analiza más datos, va haciéndose más efectivo.

Hubo silbidos y murmullos alrededor de la mesa. Los dos chinos se susurraron al oído.

—Ahora comprenderán por qué hemos decidido que queremos invertir más —dijo Quarry con una sonrisita de suficiencia—. Necesitamos explotar esto al máximo antes de que alguien desarrolle una estrategia clónica. Y ahora, damas y caballeros, me parece que este podría ser un momento adecuado para dejarles echar un vistazo al VIXAL en funcionamiento.

A tres kilómetros de allí, en Cologny, la policía científica había completado su examen de la residencia de los Hoffmann. Los agentes —un chico y una chica jóvenes que tanto habrían podido ser estudiantes como amantes— habían recogido su material y se habían marchado. En el camino de la casa, un gendarme esperaba con cara de aburrido en su coche.

Gabrielle estaba en su taller, desmontando el retrato del feto; levantaba las láminas de cristal, una a una, para sacarlas de las ranuras de la base de madera, las envolvía primero con papel de seda y luego con plástico de burbujas y las ponía en una caja de cartón. Se sorprendió pensando lo raro que era que hubiera surgido tanta energía creativa del agujero negro de aquella tragedia. Había perdido el bebé hacía dos años, cuando estaba embarazada de cinco meses y medio: no era su primer embarazo que acababa en un aborto, pero sí el más largo, y el más demoledor. En el hospital le habían dado la resonancia magnética que le habían hecho cuando empezaron a sospechar que había problemas, aunque eso no era habitual. Después, en lugar de quedarse en Suiza, había acompañado a Alex en un viaje de negocios a Oxford. Paseando por un museo mientras él entrevistaba a sus aspirantes en el Randolph Hotel, Gabrielle había topado con un modelo en 3D de la estructura de la penicilina que Dorothy Hodgkin, la premio Nobel de Química, había construido con láminas de metacrilato en 1944. Se le había ocurrido una idea, y cuando volvió a Ginebra aplicó la misma técnica sobre la resonancia magnética de su útero, que era lo único que le quedaba del bebé.

Había necesitado una semana de pruebas y errores para escoger las doscientas imágenes que imprimiría, y para decidir cómo calcarlas en el cristal, qué tinta utilizar y cómo impedir que se corriera. Se había cortado las manos varias veces con los bordes afilados de las láminas de cristal. Pero la tarde en que por primera vez puso en fila las láminas y apareció el contorno —los dedos de las manos apretados, los de los pies enroscados—, se produjo un milagro que Gabrielle no olvidaría jamás. Al otro lado de la ventana del apartamento donde vivían entonces, el cielo se había oscurecido mientras ella trabajaba; las líneas zigzagueantes de los rayos apuñalaban las nubes por encima de las montañas. Gabrielle sabía que nadie se lo habría creído si se lo hubiera contado; era demasiado teatral. Había tenido la sensación de que aprovechaba una fuerza elemental, de que jugaba con los muertos. Cuando Alex llegó a casa del trabajo y vio el retrato, se quedó diez minutos sentado, aturdido.

Después de aquello, Gabrielle se había concentrado totalmente en las posibilidades de unir arte y ciencia para crear imágenes de formas vivientes. Casi siempre se utilizaba a ella misma como modelo: había convencido a los radiólogos del hospital para que la escanearan de la cabeza a los pies. El cerebro era la parte de la anatomía que más costaba reproducir. Tuvo que aprender cuáles eran las mejores líneas para calcar: el acueducto de Silvio, la vena cerebral magna, el tentorium cerebelli y la médula. Lo que más la atraía era la sencillez de las formas, y las paradojas que conllevaban: claridad y misterio, lo impersonal y lo íntimo, lo genérico y al mismo tiempo absolutamente único. Esa mañana, al ver a Alex examinando su TAC, le habían dado ganas de hacerle un retrato. No sabía si los médicos le dejarían utilizar los resultados del TAC, ni si su marido le daría permiso para hacerlo.

Envolvió con mucho cuidado las últimas láminas de vidrio, y luego la base; por último, selló la caja de cartón con cinta adhesiva marrón, ancha y pegajosa. Presentar esa obra, de entre todas sus obras, en la exposición había sido una decisión dolorosa: Gabrielle sabía que si alguien la compraba, seguramente no volvería a verla nunca. Y sin embargo le parecía importante hacerlo: crear consistía en eso, en darle a la obra una existencia propia, en dejarla en libertad en el mundo.

Cogió la caja y la llevó al pasillo como si fuera una ofrenda. En los picaportes de las puertas del pasillo y en los paneles de madera había restos de un polvo blanco azulado: eran las superficies en las que habían buscado huellas dactilares. Ya habían limpiado la sangre que había en el suelo del recibidor. La superficie todavía estaba húmeda, y

mostraba el sitio donde Gabrielle había encontrado tumbado a Alex. Bordeó con cuidado esa parte del suelo. Se oyó un ruido en el estudio, y a Gabrielle se le puso la piel de gallina: un individuo corpulento apareció en el umbral. Gabrielle dio un grito de alarma y estuvo a punto de soltar la caja.

Lo reconoció. Era el experto en seguridad, Genoud. Le había enseñado a utilizar el sistema de alarma cuando se habían instalado en la casa. Con él había otro hombre recio, con pinta de luchador.

—Perdónenos si la hemos asustado, *madame* Hoffmann. —Genoud tenía unos modales sobrios y profesionales. Presentó a su acompañante—. Su marido ha enviado a Camille para que la proteja el resto del día.

—No necesito que me protejan... —empezó a decir ella. Pero estaba demasiado nerviosa para oponer mucha resistencia, y acabó dejando que el guardaespaldas le cogiera la caja de las manos y la llevara hasta el Mercedes que esperaba fuera. Gabrielle protestó y exigió que por lo menos la dejaran ir a la galería en su propio coche. Pero Genoud insistió en que era peligroso —al menos hasta que detuvieran al hombre que había agredido a su marido—, y mostró una inflexibilidad tan profesional y tan rotunda que Gabrielle volvió a ceder e hizo lo que le aconsejaban.

—Has estado genial —susurró Quarry agarrando a Hoffmann por el codo al salir de la sala de juntas.

—¿Tú crees? Ha habido un momento en que me ha parecido que los perdía.

—No les importa perderse, siempre que los lleves a lo que en realidad les interesa ver, que es el balance final. Y a todo el mundo le encanta oír un poco de filosofía griega. —Colocó a Hoffmann delante—. Dios, Ezra es un capullo, pero le habría dado un beso en los morros por ese cálculo mental que ha hecho al final.

Los clientes esperaban, pacientes, en la entrada de la sala de operaciones, todos excepto el joven Herxheimer y el polaco, Łukasinski, que estaban de espaldas a los demás y hablaban en voz baja pero muy animadamente por sus teléfonos móviles. Quarry miró a Hoffmann, y este encogió los hombros. Aunque estuvieran violando el acuerdo de confidencialidad, no podían hacer gran cosa. Los acuerdos de confidencialidad eran difíciles de hacer respetar sin pruebas de incumplimiento, y además a esas alturas ya era demasiado tarde.

—Por aquí, por favor —dijo Quarry, y levantando un dedo a modo de guía turístico los llevó en fila por la amplia estancia.

Herxheimer y Łukasinski se apresuraron a terminar sus llamadas y se unieron al grupo. Elmira Gulzhan, con unas grandes gafas de sol, se colocó automáticamente en la cabecera de la fila. Clarisse Mussard la siguió arrastrando los pies; con su rebeca y sus pantalones holgados parecía su doncella. Hoffmann, instintivamente, echó un vistazo al *ticker* del canal CNBC para ver qué estaba pasando en los mercados bursátiles europeos. La caída de las cotizaciones, que ya duraba una semana, parecía estar frenando; el FTSE 100 había subido casi un 0,5 %.

Formaron un corro alrededor de una pantalla de operaciones de la sección de Ejecución. Uno de los *quants* se levantó de su mesa para que pudieran ver mejor.

—Bueno, esto es el VIXAL-4 en funcionamiento —dijo Hoffmann. Se apartó para dejar que los inversores se acercaran más al monitor. Decidió no sentarse: eso les habría permitido verle la herida de la cabeza—. El algoritmo selecciona las operaciones. Están en la parte izquierda de la pantalla, en el archivo de órdenes pendientes. A la derecha están las órdenes ejecutadas. —Se acercó un poco más para poder leer las cifras—. Aquí, por ejemplo —empezó—, tenemos... —Hizo una pausa, sorprendido por el tamaño de la operación; por un instante pensó que había un punto mal puesto—. Verán que tenemos un millón y medio de opciones para vender Accenture a cincuenta y dos dólares la acción.

—¡Uau! —exclamó Easterbrook—. ¡Es una apuesta muy fuerte para una posición corta! ¿Sabéis algo de Accenture que nosotros no sepamos?

—Descenso de un tres por ciento en los beneficios en el segundo trimestre fiscal —recitó Klein de memoria—, ganancias de sesenta centavos por acción: no es mucho, pero no entiendo la lógica de esa posición.

—Bueno, tiene que haber alguna lógica —dijo Quarry—, porque si no, el VIXAL no habría cogido las opciones. ¿Por qué no les enseñas otra operación, Alex?

Hoffmann cambió de ventana.

—Muy bien. Aquí... ¿Lo ven? Aquí hay otra venta corta que hemos hecho esta misma mañana: doce millones y medio de opciones de vender Vista Airways a siete euros con veintiocho la acción.

Vista Airways era una compañía aérea low cost europea de gran volumen que a ninguno de los presentes se le habría ocurrido jamás utilizar.

—¿Doce millones y medio? —se extrañó Easterbrook—. Eso debe de representar una buena parte del mercado. Vuestra máquina los tiene bien puestos, eso hay que reconocerlo.

—No sé, Bill —respondió Quarry—. ¿Tan arriesgado es? Hoy en día todas las acciones de líneas aéreas son frágiles. No le veo ningún problema a esa posición. —Pero lo dijo con un tono defensivo, y Hoffmann dedujo que debía de haberse fijado en que los mercados europeos habían subido: si se extendía la recuperación técnica al otro lado del Atlántico, podían quedar atrapados por la subida de la marea y acabar teniendo que vender las opciones con pérdidas.

—Vista Airways tuvo un aumento del doce por ciento de pasajeros en el trimestre final —comentó Klein—, y una previsión revisada de beneficios del nueve por ciento. Acaban de recibir una nueva flota de aviones. Yo tampoco le encuentro el sentido a esa posición.

—Wynn Resorts —dijo Hoffmann pasando a la siguiente ventana—. Venta corta de un millón doscientos mil a ciento veinticuatro. —Frunció el entrecejo, desconcertado. Aquellas apuestas tan enormes a la baja eran impropias del intrincado patrón de operaciones cubiertas que normalmente seguía el VIXAL.

—Vaya, esto sí que me sorprende —dijo Klein—, porque en el primer trimestre crecieron de setecientos cuarenta millones a novecientos nueve, con un dividendo en efectivo de veinticinco centavos la acción, y además tienen un nuevo complejo turístico enorme en Macao que es literalmente una licencia para imprimir dinero. Solo en el primer trimestre produjo más de veinte mil millones en mesas de juego. ¿Puedo? —Sin esperar a que le dieran permiso, se inclinó por delante de Hoffmann, cogió el ratón y empezó a clicar sobre las operaciones más recientes. Su traje olía a tintorería; Hoffmann tuvo que apartarse—. Procter & Gamble, venta corta de seis millones a sesenta y dos... Exelon, venta corta de tres millones a cuarenta y uno con cincuenta... más todas las opciones... Madre mía, Hoffmann, ¿hay un meteorito a punto de estrellarse contra la Tierra, o qué?

Tenía la cara casi pegada a la pantalla. Se sacó un bloc del bolsillo interior de la chaqueta y empezó a anotar las cifras, pero Quarry estiró un brazo y se lo quitó de las manos con destreza.

—Ni hablar, Ezra —dijo—. Ya sabes que esto es una oficina sin papel. —Arrancó la hoja, hizo una bola con ella y se la metió en el bolsillo.

François de Gombart-Tonnelle, el amante de Elmira, dijo:

—Dime, Alex, estas ventas cortas tan grandes ¿las realiza el algoritmo de forma enteramente independiente, o requieren la intervención humana?

—Independientemente —contestó Hoffmann. Borró los detalles de las operaciones de la pantalla—. Primero el algoritmo determina las acciones con las que quiere operar. Luego examina el patrón de las cotizaciones de esas acciones en los veinte últimos días. Entonces ejecuta la orden sin alertar al mercado y sin afectar al precio.

—Entonces, ¿todo el proceso es realmente pilotaje por cable? ¿Sus operadores son como los pilotos de un jumbo?

—Exactamente. Nuestro sistema habla directamente con el sistema del broker, y utilizamos su infraestructura para operar en la bolsa. Ya nadie llama por teléfono a un broker. Al menos, no desde esta empresa.

—Supongo que habrá supervisión humana en algún punto del proceso —dijo Iain Mould.

—Sí, como en la cabina de mando de un jumbo: hay supervisión constante, pero no suele haber intervención, a menos que algo empiece a ir mal. Si alguien de Ejecución ve una orden que le preocupa, lógicamente puede detenerla hasta que Hugo, yo o alguno de nuestros directivos la hayamos autorizado.

—¿Ha pasado alguna vez?

—No. Con el VIXAL-4 no. Hasta la fecha.

—¿Cuántas órdenes maneja al día el sistema?

—Unas ochocientas —respondió Quarry.

—¿Y todas se deciden algorítmicamente?

—Sí. Ya no me acuerdo de la última vez que hice yo mismo una operación.

—Supongo que su principal broker será AmCor, dada su larga relación.

—Actualmente tenemos varios brokers principales, no solo AmCor.

—Qué pena —dijo Easterbrook riendo.

—Con todo mi respeto hacia Bill —dijo Quarry—, no queremos que haya un solo broker que conozca todas nuestras estrategias. De momento utilizamos una mezcla de grandes bancos y casas especializadas: tres para valores de renta variable, tres para materias primas y cinco para renta fija. Vamos a ver el hardware, ¿les parece?

El grupo se puso en marcha, y Quarry se llevó a Hoffmann aparte.

—¿Me estoy perdiendo algo —dijo en voz baja—, o esas posiciones están fuera de

lugar?

—Sí, parecen un poco más desprotegidas de lo que es habitual —concedió Hoffmann—, pero nada preocupante. Ahora que lo pienso, LJ ha mencionado que Gana quería reunir al Comité de Riesgos. Le he dicho que hablara de eso contigo.

—Ay, madre mía. ¿Era eso lo que quería? No he tenido tiempo para contestar su llamada. Maldita sea. —Quarry miró su reloj y luego dirigió la mirada hacia los *tickers* de las pantallas. Los mercados europeos estaban manteniendo sus ganancias—. Bueno, podemos arañar cinco minutos mientras estén todos tomando café. Le diré a Gana que nos reuniremos en mi despacho. Tú ve y hazlos felices.

Los ordenadores estaban en una gran estancia sin ventanas, en el lado opuesto al de la sala de operaciones, y esa vez fue Hoffmann quien guió a los visitantes. Se colocó ante la cámara de reconocimiento facial (solo unos pocos tenían autorización para entrar en aquel sanctasanctórum) y esperó a que se corrieran los cerrojos. Entonces empujó la puerta. Era una puerta maciza, antiincendios, con un panel de cristal blindado en el centro y cierres herméticos de goma en los bordes; al abrirse, el cierre de la parte inferior rozó el suelo de baldosas blancas y produjo un débil soplido.

Hoffmann entró primero, y los otros lo siguieron. Comparado con el relativo silencio de la sala de operaciones, el bullicio de los ordenadores parecía el de una nave industrial. Los displays estaban amontonados en unos estantes de almacén, y sus hileras de luces indicadoras rojas y verdes parpadeaban rápidamente al procesar los datos. Al fondo de la sala, metidos en sendas vitrinas de plexiglás alargadas, dos robots de una biblioteca de cintas IBM TS3500 patrullaban arriba y abajo sobre unos monorraíles; disparaban de un extremo al otro con la rapidez de una serpiente que ataca a medida que el VIXAL-4 les transmitía las órdenes de almacenar o retirar datos. Allí la temperatura era unos grados más baja que en el resto del edificio. El ruido de la potente instalación de aire acondicionado, necesaria para reducir la temperatura de los procesadores, combinado con el ronroneo de los ventiladores de las propias placas madre, hacía que resultara asombrosamente difícil oír. Una vez que estuvieron todos dentro, Hoffmann tuvo que subir la voz para que lo oyeran los que se habían quedado más atrás.

—Por si esto les parece impresionante, les diré que solo representa un cuatro por ciento de la capacidad de la granja de procesadores del CERN, donde trabajaba antes. Pero el principio es el mismo. Tenemos casi un millar de procesadores estándar —dijo apoyando la mano con orgullo en los estantes—, cada uno con entre dos y cuatro

núcleos, exactamente iguales que los que tienen ustedes en sus casas, solo que sin la caja, empaquetados especialmente para nosotros. Hemos constatado que es mucho más fiable y rentable que invertir en superordenadores, y que resulta más fácil elevar su nivel de prestaciones, cosa que hacemos continuamente. Supongo que conocen la Ley de Moore, que afirma que el número de transistores que pueden colocarse en un circuito integrado (lo que básicamente significa tamaño de memoria y velocidad de procesamiento) se duplica cada dieciocho meses, y que los precios se reducen a la mitad. La Ley de Moore se ha mantenido con una consistencia asombrosa desde 1965, y sigue manteniéndose. En el CERN, en los años noventa, teníamos un superordenador Cray X-MP/48 que costó quince millones de dólares y tenía la mitad de la capacidad que tiene hoy en día un Xbox Microsoft, que cuesta cien pavos. Ya se pueden imaginar lo que significa esa tendencia para el futuro.

Elmira Gulzhan, con los brazos cruzados, temblaba exageradamente.

—¿Por qué demonios tiene que hacer tanto frío aquí dentro?

—Los procesadores generan mucho calor. Tenemos que mantenerlos fríos para que no se estropeen. Si apagáramos el aire acondicionado, la temperatura se elevaría a un ritmo de un grado centígrado por minuto. Al cabo de veinte minutos el ambiente resultaría muy incómodo. Al cabo de media hora se habría producido una paralización total.

—Y ¿qué pasa si se produce un corte de electricidad? —preguntó Étienne Mussard.

—Si hay una interrupción breve, pasamos a utilizar baterías de coche. Si transcurridos diez minutos siguiera sin haber corriente, se pondrían en marcha los generadores diésel del sótano.

—¿Qué ocurriría si se declarara un incendio —preguntó Łukasinski—, o si los terroristas atacaran este edificio?

—Tenemos un centro de respaldo, por supuesto. Seguiríamos operando. Pero no se preocupen, eso no va a suceder. Hemos invertido mucho en seguridad: sistemas de rociadores, detectores de humo, cortafuegos, videovigilancia, vigilantes, ciberprotección. Y estamos en Suiza, no lo olviden.

La mayoría sonrieron, pero Łukasinski no.

—La seguridad ¿es interna o externa?

—Externa. —Hoffmann se preguntó por qué estaría el polaco tan obsesionado con la seguridad. La paranoia de los ricos, supuso—. Todo está externalizado: la seguridad, los asuntos legales, la contabilidad, el transporte, el catering, el soporte técnico, la limpieza.

Estas oficinas son alquiladas. Hasta los muebles son alquilados. No solo aspiramos a ser una empresa que hace dinero aprovechando todo lo que ofrece la era digital: queremos ser digitales. Por eso intentamos eliminar al máximo la fricción, con inventario cero.

—¿Y su seguridad personal? —insistió Łukasinski—. Esos puntos en la cabeza... Tengo entendido que anoche lo agredieron en su propia casa.

Hoffmann sintió una extraña punzada de culpabilidad y bochorno.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo han contado —dijo Łukasinski como si tal cosa.

Elmira le puso una mano en el brazo a Hoffmann; tenía unas uñas largas, pintadas de rojo oscuro, que parecían garras.

—Lo siento mucho, Alex —dijo en voz baja—. Qué desagradable.

—¿Quién? —preguntó Hoffmann.

—Si me permiten intervenir —dijo Quarry, que había aparecido sin que nadie se diera cuenta—, lo que le sucedió a Alex anoche no tiene nada que ver con la empresa. El agresor solo era un chiflado al que sin duda la policía no tardará en detener. Y para responder directamente a tu pregunta, Mieczyslaw, ya hemos tomado medidas para proporcionar a Alex protección adicional hasta que se resuelva este asunto. ¿Alguien tiene alguna pregunta más relacionada con el hardware? —Hubo un silencio—. ¿No? En ese caso, propongo que salgamos todos de aquí antes de que muramos congelados. En la sala de juntas nos espera el café para entrar en calor. Si quieren ir pasando, nosotros nos reuniremos con ustedes allí dentro de un par de minutos. Necesito hablar un momento con Alex.

Estaban atravesando la sala de operaciones —tenían a sus espaldas las enormes pantallas de televisión— cuando uno de los *quants* dio un grito ahogado. En una estancia donde nadie hablaba más que en susurros, la exclamación resonó como un disparo en una biblioteca. Hoffmann se paró en seco, se dio la vuelta y vio que la mitad de sus empleados se levantaban de sus asientos, atraídos por las imágenes de los canales Bloomberg y CNBC. El físico que estaba más cerca de él se tapó la boca con una mano.

Ambos canales de televisión por satélite mostraban las mismas secuencias, grabadas con un teléfono móvil, de un avión de pasajeros tomando tierra en un aeropuerto. Era

evidente que tenía algún problema, pues descendía demasiado deprisa, y en un ángulo extraño, con un ala mucho más alta que la otra y despidiendo humo por uno de los lados.

Alguien cogió un mando a distancia y subió el volumen.

El avión desapareció detrás de una torre de control y luego reapareció casi rozando los tejados de unos edificios bajos de color rojizo, hangares tal vez; al fondo había unos abetos. Dio la impresión de que llegaba a tocar uno de los edificios con la parte inferior del fuselaje, casi una caricia, y de repente explotó formando una enorme bola de fuego amarillo que crecía y crecía. Una de las alas, que todavía conservaba el motor, se elevó por encima de aquel infierno y dio una serie de elegantes volteretas en el aire. La cámara, temblorosa, siguió su trayectoria hasta que el avión desapareció del encuadre, y entonces llegaron el sonido de la explosión y la onda expansiva. Se oyeron chillidos agudos y unos gritos frenéticos en un idioma que Hoffmann no logró distinguir —ruso, quizá—; la imagen tembló, y entonces apareció otra toma, posterior y más estable, en la que se veía una densa nube de humo negro y grasiento, en la que se distinguían llamas de color naranja y amarillo que se extendían sobre el aeropuerto.

La voz de la locutora norteamericana dijo entrecortadamente:

—«Esas imágenes son de hace tan solo unos minutos, cuando un avión de pasajeros de la compañía Vista Airways con noventa y ocho personas a bordo se ha estrellado cuando realizaba las maniobras de aterrizaje en el aeropuerto Domodedovo de Moscú...»

—¿Vista Airways? —dijo Quarry dándose la vuelta para mirar a Hoffmann—. ¿Ha dicho Vista Airways?

En la sala de operaciones estallaron una docena de conversaciones a la vez. «Dios mío, llevamos toda la mañana vendiendo esas acciones.» «Qué raro.» «Qué mal rollo.»

—¿Queréis hacer el favor de apagar eso? —dijo Hoffmann. Como nadie hizo nada, pasó a grandes zancadas entre las mesas y le quitó el mando a distancia de la mano al desafortunado *quant*. Estaban empezando a repetir las secuencias, como sin duda harían a lo largo de todo el día hasta que la familiaridad acabara gastando su capacidad para despertar interés. Encontró el botón para apagar el sonido y la sala volvió a quedar en silencio—. Bueno, ya basta —dijo—. Sigamos con lo nuestro.

Tiró el mando a distancia en la mesa y regresó junto a sus clientes. Easterbrook y Klein, veteranos curtidos en las salas de operaciones, ya se habían abalanzado sobre la terminal más cercana y estaban revisando los precios. Los otros permanecían inmóviles,

aturdidos, como crédulos campesinos que acabaran de presenciar un fenómeno sobrenatural. Hoffmann notó que lo miraban. Clarisse Mussard hasta se santiguó.

—Dios mío —dijo Easterbrook girando la cabeza—, ha ocurrido hace solo cinco minutos y las acciones de Vista ya han caído un quince por ciento. Se va a pique.

—Está cayendo en picado —añadió Klein con una risita nerviosa.

—Por favor, chicos —dijo Quarry—, hay civiles presentes. —Se dirigió a los clientes —: Recuerdo a un par de agentes de Goldman que casualmente estuvieron vendiendo en corto seguros de compañías aéreas en la mañana del 11 de septiembre. Cuando se estrelló el primer avión, entrechocaron las manos en medio de la oficina. Ellos no podían saber nada. Nadie puede saberlo. Así es la vida.

Klein seguía con la mirada clavada en los datos de los mercados.

—Uau —murmuró, admirado—, tu cajita negra está limpiando a base de bien, Alex.

Hoffmann miró por encima del hombro de Klein. Las cifras de la columna de Ejecución cambiaban rápidamente a medida que el VIXAL recogía los beneficios de sus opciones de vender acciones de Vista Airways a los precios de antes del accidente. La P&L —la cuenta de resultados—, expresada en dólares, era una masa borrosa de puro beneficio.

—No sé cuánto vais a ganar con esta única operación, chicos —dijo Easterbrook—, ¿veinte millones? ¿Treinta? Dios, Hugo, los organismos reguladores se van a poner las botas.

—Tendríamos que ir a esa reunión, Alex —dijo Quarry.

Pero Hoffmann, incapaz de desviar la mirada de las cifras que aparecían en la pantalla, no lo escuchaba. Notaba una fuerte presión en el cráneo. Se tocó la herida y resiguió los puntos de sutura. Le dio la impresión de que estaban tan tirantes que iban a saltar en cualquier momento.

No puede continuar eternamente. La naturaleza de los exponenciales es que las fuerzas hasta que al final ocurre el desastre.

GORDON MOORE,
inventor de la Ley de Moore (2005)

El Comité de Riesgos de Hoffmann Tecnologías de Inversión se reunió brevemente a las 11.57, según una nota redactada posteriormente por Ganapathi Rajamani, el director de riesgos de la empresa. Estaban presentes los cinco miembros del equipo de dirección: el doctor Alexander Hoffmann, presidente de la empresa; Hugo Quarry, director ejecutivo; Lin Ju-Long, director financiero; Pieter van der Zyl, director de operaciones; y el propio Rajamani.

No fue una reunión tan formal como parecían reflejar las actas. De hecho, después, cuando compararon lo que cada uno recordaba, todos coincidieron en que ninguno de los asistentes había llegado siquiera a sentarse. Se quedaron todos de pie en el despacho de Quarry, excepto el propio Quarry, que se sentó en el borde de su mesa, desde donde veía el monitor de su ordenador. Hoffmann se colocó donde antes, junto a la ventana, y de vez en cuando separaba las lamas de las persianas para echar un vistazo a la calle. Eso era la otra cosa que todos recordarían: lo distraído que parecía.

—Muy bien —dijo Quarry—, a ver si despachamos esto deprisa. Tengo cien mil millones de dólares desatendidos en la sala de juntas y necesito volver allí. Cierra la puerta, ¿quieres, LJ? —Esperó para asegurarse de que no podrían oírles desde fuera—. Supongo que todos hemos visto lo que acaba de pasar. La primera pregunta es si por haber hecho una apuesta tan bajista sobre Vista Airways poco antes de que el precio de sus acciones cayera en picado vamos a dar pie a una investigación oficial. ¿Gana?

—La respuesta lógica es que sí, casi con toda seguridad. —Rajamani era un joven ordenado y preciso, con una sólida conciencia de su propia importancia. Su trabajo consistía en vigilar los niveles de riesgo del fondo y asegurarse de que cumplieran la legislación. Quarry se lo había robado al Organismo de Control Financiero de Londres seis meses atrás, un poco para guardar las apariencias.

—¿Sí? —dijo Quarry—. ¿Aunque fuera imposible que supiéramos que iba a pasar?

—El proceso es automático. Los algoritmos de los reguladores habrán detectado cualquier actividad inusual alrededor de las acciones de la compañía aérea justo antes de la caída de los precios. Eso los conducirá directamente hasta nosotros.

—Pero nosotros no hemos hecho nada ilegal.

—No. A menos que hayamos saboteado el avión.

—Pero no lo hemos saboteado, ¿no? —Quarry miró alrededor—. Es decir, me encanta que nuestros empleados tengan iniciativa propia, pero...

—Pero lo que sí querrán saber —continuó Rajamani— es por qué vendimos doce millones y medio de acciones en ese preciso momento. Ya sé que parece una pregunta absurda, Alex, pero ¿hay alguna posibilidad de que el VIXAL recibiera la noticia del accidente antes que el resto del mercado?

Hoffmann soltó las lamas de la persiana a regañadientes y se dio la vuelta hacia sus colegas.

—El VIXAL recibe información digital directamente de Reuters, lo que quizá le proporcione una ventaja de un segundo o dos respecto a un operador humano, pero hay muchos otros sistemas algorítmicos que hacen lo mismo.

—Además —intervino Van der Zyl—, en tan poco tiempo no habríamos podido hacer gran cosa. Nos habría llevado horas reunir una posición del tamaño de la nuestra.

—¿Cuándo hemos empezado a adquirir las opciones? —preguntó Quarry.

—En cuanto han abierto los mercados europeos —contestó Ju-Long—. A las nueve en punto.

—¿A qué viene todo esto? —dijo Hoffmann con irritación—. Solo necesitaríamos cinco minutos para demostrarle al regulador más necio que vendimos esas acciones como parte de un diseño de apuestas a la baja. No tiene nada de especial. Ha sido una coincidencia. No le deis más vueltas.

—Bueno, como antiguo regulador, necio o no —dijo Rajamani—, tengo que decir que

estoy de acuerdo contigo, Alex. Lo que importa es el diseño, y precisamente por eso intentaba hablar con vosotros esta mañana, no sé si te acuerdas.

—Sí, ya, lo siento, pero llegábamos tarde a la presentación. —Hoffmann pensó que Quarry no debería haber contratado a Rajamani. Si habías sido regulador, seguías siéndolo toda la vida. Pasaba lo mismo que con el acento extranjero: nunca conseguías ocultar de dónde eras.

—En lo que de verdad necesitamos concentrarnos —prosiguió Rajamani— es en el nivel de nuestro riesgo si los mercados repuntan. Procter & Gamble, Accenture, Exelon y muchos más: hemos adquirido decenas de millones en opciones desde el martes por la noche. Son todas apuestas muy fuertes.

—Y luego está nuestra exposición al VIX —añadió Van der Zyl—. Eso es algo que me inquieta desde hace unos días. Te lo comenté la semana pasada, Hugo, ¿te acuerdas? —Había sido profesor de ingeniería en la Universidad de Tecnología de Delft y conservaba un tono pedagógico.

—A ver, ¿cómo estamos en relación al VIX? —preguntó Quarry—. He estado tan ocupado preparando la presentación que últimamente no he revisado nuestras posiciones.

—La última vez que las examiné, habíamos alcanzado los veinte mil contratos.

—¿Veinte mil? —Quarry le lanzó una mirada a Hoffmann.

—En abril empezamos a acumular futuros de VIX —dijo Ju-Long—, cuando el índice marcaba dieciocho. Si hubiéramos vendido a principios de semana nos habría ido muy bien, y supuse que eso sería lo que pasaría. Pero en lugar de seguir una línea lógica y vender, todavía seguimos comprando. Otros cuatro mil contratos anoche, a veinticinco. Eso es un nivel altísimo de volatilidad implícita.

—Yo estoy muy preocupado, la verdad —terció Rajamani—. Se nos ha desmontado todo el esquema. Tenemos posición larga en oro. Tenemos posición larga en el dólar. Tenemos posición corta en todos los índices de futuros de acciones.

Hoffmann los miró uno a uno —a Rajamani, a Ju-Long y a Van der Zyl— y de pronto comprendió que se habían reunido con anterioridad. Aquello era una emboscada, una emboscada por parte de los burócratas financieros. Ninguno de los tres estaba capacitado para ser un *quant*. Notó que empezaba a enfurecerse.

—Y ¿qué propones que hagamos, Gana? —quiso saber.

—Creo que tenemos que empezar a liquidar algunas de esas posiciones.

—Esa es la estupidez más grande que he oído en mi vida —replicó Hoffmann. Golpeó

con frustración las persianas, que vibraron contra la ventana—. Hostia, Gana. La semana pasada ganamos cerca de ochenta millones de dólares. Esta mañana hemos ganado otros cuarenta millones. ¿Y tú quieres que pasemos por alto el análisis del VIXAL y volvamos a las transacciones discrecionales?

—No que lo pasemos por alto, Alex. Yo no he dicho eso.

—No te pongas así, Alex —intervino Quarry intentando transmitir serenidad—. Solo ha sido una sugerencia. Su trabajo es preocuparse por el riesgo.

—¿Cómo que no me ponga así? ¡Pretende que abandonemos una estrategia que está produciendo un alfa enorme, cuando esa es exactamente la clase de reacción ilógica e insensata al éxito, basada en el miedo, que el VIXAL está diseñado para explotar! Y si Gana no cree que los algoritmos son intrínsecamente superiores a los seres humanos cuando se trata de invertir en los mercados, se ha equivocado de empresa.

No obstante, Rajamani no se inmutó ante la diatriba del presidente de la empresa. Tenía fama de cabezota: cuando trabajaba en el Organismo de Control Financiero había ido a por Goldman.

—Permíteme recordarte, Alex —dijo—, que el prospecto de esta empresa promete a sus clientes una exposición a una volatilidad anual de no más del veinte por ciento. Si veo que esos límites de riesgo establecidos están en peligro, estoy obligado a intervenir.

—Y eso ¿qué significa?

—Significa que si no corregimos nuestro nivel de exposición tendré que notificárselo a los inversores. Significa que tengo que hablar con su junta.

—Olvidas que esta empresa es mía.

—Y el dinero, o casi todo el dinero, es de los inversores.

Se hizo un silencio, y Hoffmann empezó a masajearse las sienes enérgicamente con los nudillos. Volvía a dolerle mucho la cabeza: necesitaba un analgésico.

—¿Su junta? —masculló—. Ni siquiera sé muy bien quién compone su maldita junta. —Para él no era más que una entidad legal técnica, registrada en las islas Caimán a efectos de impuestos, que controlaba el dinero de los clientes y pagaba al *hedge fund* sus honorarios de gestión y sus incentivos.

—Bueno —terció Quarry—, creo que todavía no hemos llegado a ese punto. Como decían en la guerra, mantengamos la sangre fría y sigamos adelante. —Obsequió a todos los presentes con una de sus sonrisas más encantadoras.

—Debo exigir, por motivos legales, que mis preocupaciones consten en acta —dijo

Rajamani.

—Muy bien. Redacta un acta de la reunión y la firmaré. Pero no olvides que eres nuevo aquí y que esta es la empresa de Alex. De Alex y mía, aunque si estamos los dos aquí es solo gracias a él. Y si él confía en el VIXAL, todos deberíamos confiar también. Bien sabe Dios que es difícil encontrarle defectos. Ahora bien, estoy de acuerdo en que también tenemos que vigilar el nivel de riesgo; no debemos obsesionarnos con contemplar el panel de mandos y estrellarnos contra la ladera de una montaña. ¿Te parece bien, Alex? Dado que la mayoría de ese capital cotiza en Estados Unidos, lo que propongo es que volvamos a reunirnos en este despacho a las tres y media, cuando abran los mercados norteamericanos, y revisemos la situación.

—En ese caso —dijo Rajamani con un tono inquietante—, creo que sería prudente que estuviera presente un abogado.

—Muy bien. Le pediré a Max Gallant que se quede después de comer. ¿Te parece bien, Alex?

Hoffmann hizo un gesto cansado de asentimiento.

Según las actas, la reunión terminó a las 12.08.

—Ah, por cierto, Alex —dijo Ju-Long antes de salir por la puerta—. Casi se me olvida lo de ese número de cuenta que querías que te buscara. Resulta que está en nuestro sistema.

—¿Qué cuenta es esa? —preguntó Quarry.

—Ah, nada —dijo Hoffmann—. Solo era una duda que tenía. Enseguida voy y me lo cuentas, LJ.

Los tres empleados volvieron a sus despachos; Rajamani iba en cabeza. Tras verlos marchar, la expresión conciliadora con que Quarry los había despedido se tornó en una sonrisita desdeñosa.

—Ese gilipollas es un pedante de mierda —dijo, e imitando el inglés impecable y cortado de Rajamani, añadió—: «Tengo que hablar con su junta». «Sería prudente que estuviera presente un abogado.» —Mediante mímica, hizo como si lo apuntara con un fusil.

—Pues lo contrataste tú —dijo Hoffmann.

—Sí, tienes razón, y seré yo quien lo despida, no te preocupes. —Apretó un gatillo

imaginario un segundo después de que el trío doblara la esquina y se perdiera de vista—. Y si se cree que le pago dos mil francos la hora a Max Gallant para que venga a cubrirle el culo, se va a llevar una sorpresa. —De repente Quarry bajó la voz—: Todo va bien, ¿verdad Alexi? No tengo que preocuparme por nada, ¿no? Es que ha habido un momento en que he tenido la misma sensación que tenía cuando estaba en AmCor vendiendo deuda colateralizada.

—Y ¿qué sensación tenías?

—La de que me hago cada día más rico pero sin saber muy bien cómo.

Hoffmann lo miró con gesto de desconcierto. En ocho años jamás había oído que Quarry expresara ansiedad. Era tan perturbador como algunas de las cosas que habían sucedido esa mañana.

—Mira, Hugo —dijo—, si eso es lo que quieres, esta misma tarde podemos anular el automatismo del VIXAL. Podemos reducir paulatinamente las posiciones y devolver el dinero a los inversores. En realidad, si participo en este juego es únicamente por ti, ¿te acuerdas?

—Pero ¿y tú, Alexi? —preguntó Quarry con apremio—. ¿Tú quieres parar? Porque podríamos parar, lo sabes. Hemos ganado más que suficiente para vivir el resto de nuestros días rodeados de lujos. No necesitamos seguir acicateando a nuestros clientes.

—No, no quiero parar. Técnicamente tenemos recursos para hacer cosas que nadie más se atrevería a intentar. Pero si quieres dejarlo, estoy dispuesto a comprarte tu parte.

Esa vez fue Quarry quien se sorprendió, pero entonces, de repente, sonrió.

—¡Y un cuerno! No vas a librarte de mí tan fácilmente. —Recuperó la frescura tan deprisa como la había perdido—. No, no, me quedaré hasta el final. Supongo que habrá sido ver ese avión... Me ha asustado un poco. Pero si tú estás tranquilo, yo también. ¡Bueno! —Indicó con un ademán a Hoffmann que pasara primero—. ¿Volvemos con esa pandilla de psicópatas y criminales a quienes con orgullo llamamos nuestros queridos clientes?

—Ve tú. Yo no tengo nada más que decirles. Si quieren poner más dinero, perfecto. Y si no, que se jodan.

—Pero si es a ti a quien han venido a ver.

—Pues ya me han visto.

Quarry torció las comisuras de la boca hacia abajo.

—Supongo que al menos vendrás a la comida.

—De verdad, Hugo, no soporto a esa gente. —Pero Quarry se había quedado tan compungido que Hoffmann capituló de inmediato—. De acuerdo. Si tan importante es, iré a la maldita comida.

—Beau-Rivage. A la una en punto. —Quarry fue a decir algo más, pero entonces miró la hora y maldijo por lo bajo—. Mierda, ya llevan un cuarto de hora solos. —Se dirigió hacia la sala de juntas—. A la una en punto —dijo volviéndose y caminando hacia atrás. Hizo como si apuntara a Hoffmann con una pistola y añadió—: Así me gusta. —Ya tenía el teléfono móvil en la otra mano y estaba marcando un número.

Hoffmann dio media vuelta y se encaminó en la dirección opuesta. El pasillo estaba vacío. Asomó rápidamente la cabeza por la esquina y miró en la cocina comunitaria con su cafetera, su microondas y su nevera gigantesca: también estaba vacía. Unos pasos más allá, la puerta del despacho de Ju-Long permanecía cerrada, y su secretaria no se encontraba en su mesa. Hoffmann llamó con los nudillos y entró sin esperar respuesta.

Fue como si hubiera interrumpido a un grupo de adolescentes que miraran pornografía en el ordenador de sus padres. Ju-Long, Van der Zyl y Rajamani se apartaron rápidamente del monitor y Ju-Long hizo clic con el ratón para cerrar la ventana.

—Estábamos revisando los mercados de divisas, Alex —dijo Van der Zyl. El holandés tenía unas facciones un poco grandes para su cara, lo que hacía que pareciera una gárgola inteligente y lúgubre.

—¿Y?

—El euro se está debilitando respecto al dólar.

—Creo que eso es lo que habíamos previsto. —Hoffmann empujó la puerta hasta abrirla del todo—. No quiero entreteneros.

—Alex... —empezó a decir Rajamani.

—Era con LJ con quien quería hablar. En privado —lo interrumpió Hoffmann. Se quedó mirando fijamente al frente mientras los otros salían del despacho. Entonces dijo —: ¿Qué dices, que esa cuenta está en nuestro sistema?

—Sí, sale dos veces.

—¿Quieres decir que es nuestra, que la utilizamos en la empresa?

—No. —La lisa frente de Ju-Long se contrajo formando una arruga asombrosamente marcada—. En realidad creía que era para tu uso personal.

—¿Por qué?

—Porque pediste al *back office* que le transfiriera cuarenta y dos millones de dólares.

Hoffmann escudriñó el rostro de Ju-Long en busca de alguna señal que indicara que estaba bromeando. Pero como siempre decía Quarry, Ju-Long, pese a poseer innumerables virtudes, carecía por completo de sentido del humor.

—¿Cuándo ordené esa transferencia?

—Hace once meses. Acabo de enviarte el correo electrónico original para recordártelo.

—Vale, gracias. Lo comprobaré. ¿Y dices que había dos transacciones?

—Sí, sí. El mes pasado se devolvió todo el dinero, con intereses.

—¿Y no me preguntaste nada?

—No, Alex —contestó el chino en voz baja—. ¿Por qué iba a preguntarte? Como dices tú, la empresa es tuya.

—Sí, claro. Muy bien. Gracias, LJ.

—De nada.

Antes de salir por la puerta, Hoffmann se volvió y dijo:

—¿Y no se lo has mencionado a Gana ni a Pieter?

—No. —Ju-Long lo miraba con unos ojos muy abiertos que rebosaban inocencia.

Hoffmann volvió a toda prisa a su despacho. ¿Cuarenta y dos millones de dólares? Estaba seguro de que jamás había ordenado una transferencia por esa cantidad. Era difícil que se le hubiera olvidado. Tenía que ser un fraude. Pasó a grandes zancadas por delante de Marie-Claude, que tecleaba sentada a su mesa, ante la puerta de su despacho, y fue derecho a su escritorio. Entró en su ordenador y abrió la bandeja de entrada del correo. Y sí, allí estaba su orden de transferir 42.032.127,88 dólares al Royal Grand Cayman Bank Limited, con fecha de 17 de junio del año anterior. Inmediatamente después había una notificación del banco del *hedge fund* correspondiente a un pago de 43.188.037,09 dólares hecho desde la misma cuenta, con fecha del 3 abril.

Hizo el cálculo mentalmente. ¿A qué estafador se le ocurriría devolver la cantidad que le había robado a su víctima más el 2,75 % exacto de intereses?

Retrocedió y volvió a examinar lo que presuntamente era su correo electrónico original. No había saludo ni firma, sino únicamente la instrucción estándar de transferir la cantidad X a la cuenta Y. LJ debía de haberla tramitado sin vacilar ni un segundo, confiado de que su intranet era más segura que el mejor cortafuegos que pudiera comprarse con dinero y de que a su debido tiempo se haría cuadrar electrónicamente las cuentas. Si el dinero hubiera estado en forma de lingotes de oro o maletas de billetes, tal

vez habrían tenido más cuidado. Pero en realidad aquello no era dinero en el sentido físico, sino solo filas y secuencias de símbolos verdes relucientes, con la misma solidez que el protoplasma. Por eso tenían valor para hacer con él lo que hacían.

Miró a qué hora se suponía que había enviado el correo electrónico ordenando la transferencia: exactamente a medianoche.

Se inclinó hacia atrás en la silla y contempló el detector de humo del techo. A menudo se quedaba trabajando hasta tarde en su despacho, pero nunca hasta medianoche. Por lo tanto, el mensaje, de ser auténtico, tenía que haberse enviado desde el ordenador de su casa. ¿Encontraría un registro de ese correo, junto con el pedido a la librería holandesa, cuando fuera a comprobarlo en el ordenador de su estudio? ¿Estaría sufriendo algún tipo de síndrome Jekyll y Hyde que hacía que una mitad de su mente hiciera cosas de las que la otra mitad no sabía absolutamente nada?

Abrió el cajón de su mesa sin pensarlo, sacó el CD y lo insertó en el lector de su ordenador. El programa tardó un momento en ejecutarse; entonces apareció en la pantalla un índice de doscientas imágenes en blanco y negro del interior de su cabeza. Las abrió una tras otra rápidamente buscando la que le había llamado la atención a la radióloga, pero fue inútil. Visto a esa velocidad, su cerebro parecía surgir del vacío, hincharse hasta formar un chaparrón de materia gris y por último contraerse hasta desaparecer.

Llamó a su secretaria por el intercomunicador.

—Marie-Claude, si busca en mi directorio personal, verá un contacto de una tal doctora Jeanne Polidori. ¿Quiere pedirme una cita con ella para mañana? Dígale que es urgente.

—Sí, doctor Hoffmann. ¿A qué hora?

—No importa. También quiero ir a la galería donde mi mujer inaugura su exposición. ¿Sabe la dirección?

—Sí, doctor Hoffmann. ¿A qué hora quiere ir?

—Ahora mismo. ¿Puede pedirme un coche?

—Ahora tiene un chófer a su disposición a todas horas. Así lo ha dispuesto *monsieur* Genoud.

—Ah, sí, claro. Se me había olvidado. Bueno, dígale que enseguida bajo.

Extrajo el CD y volvió a meterlo en el cajón junto con el libro de Darwin, y a continuación cogió su gabardina. Al atravesar la sala de operaciones echó un vistazo a la

sala de juntas. A través de las lamas de una sección de las persianas que no estaba cerrada del todo vio a Elmira Gulzhan y a su novio encorvados sobre un iPad; Quarry los observaba con los brazos cruzados con aire de suficiencia. Étienne Mussard, ofreciendo a los demás una espalda curvada que parecía un caparazón de tortuga, marcaba cifras, con una lentitud de anciano, en una calculadora de bolsillo enorme.

En la pared opuesta, los canales Bloomberg y CNBC mostraban líneas de flechas rojas, todas descendientes. Los mercados europeos habían perdido sus anteriores ganancias y habían empezado a caer rápidamente. Con toda seguridad eso deprimiría la apertura en Estados Unidos, lo que a su vez haría que el *hedge fund* estuviera mucho menos expuesto a las pérdidas hacia media tarde. Hoffmann sintió alivio y se animó. Es más, experimentaba un claro estremecimiento de orgullo. El VIXAL estaba demostrando una vez más que era más listo que los humanos que lo rodeaban, más listo incluso que su creador.

Su buen humor se mantuvo mientras descendía en ascensor hasta la planta baja y se dirigía al vestíbulo, donde un individuo corpulento con un traje oscuro de mala calidad se levantó para saludarlo. De todas las afectaciones de los ricos, ninguna le parecía más absurda a Hoffmann que la imagen de un guardaespaldas esperando junto a las puertas de una sala de reuniones o un restaurante; se había preguntado muchas veces quién exactamente se imaginaban los ricos que podía atacarlos, excepto seguramente sus propios accionistas o familiares. Pero aquel día en concreto agradeció que se le acercara aquel tipo educado con cara de matón que le mostró su placa de identidad y se presentó como Olivier Paccard, *l'homme de la sécurité*.

—Un momento, por favor, doctor Hoffmann —dijo Paccard. Levantó educadamente una mano pidiendo silencio y se quedó mirando a lo lejos. Un cable salía de su oreja y se perdía bajo el cuello de la camisa—. Muy bien —dijo—. Ya podemos irnos.

Fue con paso ágil hasta la entrada y pulsó el botón de salida con la base de la mano en el preciso instante en que un largo y oscuro Mercedes paraba junto al bordillo; lo conducía el mismo chófer que había recogido a Hoffmann en el hospital. Paccard salió primero, abrió la puerta trasera y apremió a Hoffmann para que entrara en el vehículo, llegando a rozar brevemente con la mano la nuca del físico. Antes de que Hoffmann hubiera tenido oportunidad de acomodarse en el asiento, Paccard ya se había sentado en el delantero, todas las puertas del coche se habían cerrado por dentro y circulaban para

incorporarse al tráfico del mediodía. Todo ese procedimiento no debió de durar ni diez segundos.

Dieron un viraje brusco a la izquierda que hizo chirriar los neumáticos y se metieron a gran velocidad por una oscura callejuela que iba a parar al lago y desde donde se veían las montañas a lo lejos. Las nubes todavía tapaban el sol. La alta columna blanca del Jet d'Eau se elevaba ciento cuarenta metros contra el cielo gris y se disolvía, en lo alto, en una lluvia helada que descendía en picado hasta detonar contra la inmóvil y negra superficie del lago. Los destellos de flash de las cámaras de los turistas que se fotografiaban unos a otros junto a su base contrastaban con la oscuridad de la escena.

El Mercedes aceleró para salvar un semáforo en rojo; dio otro giro brusco y entró en una calzada doble, pero tuvo que detenerse nada más llegar a la altura del Jardin Anglais, retenido por algún obstáculo que había más adelante pero no podía verse. Paccard estiró el cuello para ver qué pasaba.

Allí era a donde a veces iba Hoffmann a correr si tenía algún problema que resolver. Corría desde allí hasta el Parc des Eaux-Vives y volvía, dos o tres veces si era necesario, hasta que encontraba una respuesta; no hablaba con nadie, no se fijaba en nada. La verdad era que nunca se había parado a examinar la zona, y ahora contemplaba como maravillado aquel paisaje a la vez nuevo y familiar: el parque infantil con los toboganes de plástico azules, la *crêperie* al aire libre bajo los árboles, el paso de peatones donde a veces tenía que esperar, sin parar de correr en el sitio, hasta que cambiaba el semáforo. Por segunda vez ese día tuvo la impresión de que solo estaba en su vida de visita, y le dieron ganas de ordenar al chófer que detuviera el coche y lo dejara apearse. Pero nada más surgir ese pensamiento, el Mercedes se puso en marcha. Se metieron en el denso tráfico al final del Pont du Mont-Blanc y salieron a gran velocidad unos segundos más tarde, serpenteando hacia el oeste para esquivar camiones y autobuses, hacia la zona de galerías y tiendas de antigüedades de la Plaine de Plainpalais.

Esta regla no tiene excepción: todo ser orgánico se aumenta naturalmente en una proporción tan alta que, si no se le destruyera pronto, la tierra estaría cubierta por la progenie de una sola pareja.

CHARLES DARWIN,
El origen de las especies (1859)

*C*ontours de l'homme: Une exposition de l'oeuvre de Gabrielle Hoffmann —ella creía que quedaba mucho más impresionante en francés que en inglés— estaba programada solo una semana en la Galerie d'Art Contemporain Guy Bertrand, un pequeño local de paredes blancas que en su día había sido un taller de Citroën, en un callejón cerca del MAMCO, la galería de arte contemporáneo más importante de la ciudad.

Cinco meses atrás, en Navidad, Gabrielle se había encontrado un buen día sentada al lado de su propietario, *monsieur* Bertrand, en una subasta benéfica celebrada en el Hotel Mandarin Oriental —un acto al que Alex se había negado rotundamente a asistir—, y al día siguiente él había entrado en su estudio para ver en qué trabajaba. Tras diez minutos de halagos escandalosos, se había ofrecido a montar una exposición a cambio de la mitad de lo recaudado con la condición de que ella pagara los gastos. Gabrielle enseguida se había dado cuenta de que el principal atractivo era el dinero de Alex, y no su talento. Desde hacía dos años venía observando que la riqueza actuaba como un campo magnético invisible que empujaba a las personas y las obligaba a apartarse de su patrón de comportamiento habitual. Pero también había aprendido a convivir con ello. Podías enloquecer intentando averiguar quién actuaba con sinceridad y quién con hipocresía. Además, tenía muchas ganas de exponer; eso era algo que deseaba como nunca había deseado nada, excepto tener un hijo.

Bertrand la había animado a organizar una inauguración nocturna: eso haría que aumentara el interés, dijo, y le conseguiría un poco de publicidad. Pero Gabrielle había puesto reparos. Sabía que su marido estaría amargado los días previos ante la perspectiva de semejante acto. Al final habían llegado a un acuerdo. Ese día, a las once de la mañana, cuando se abrieron las puertas como cualquier otro día, dos camareras jóvenes con blusa blanca y minifalda negra empezaron a ofrecer flautas de Pol Roger y bandejas de canapés a cualquiera que se asomara a la galería. A Gabrielle le preocupaba que no entrara nadie, pero claro que entraron: los clientes habituales de la galería, que habían recibido por correo electrónico un folleto que anunciaba la exposición; transeúntes atraídos por una copa gratis; y sus amigos y conocidos, a los que llevaba semanas llamando por teléfono y enviando correos electrónicos: nombres rescatados de agendas antiguas, gente a la que llevaba años sin ver. Habían acudido todos, y hacia mediodía ya se había congregado un grupo considerable de más de cien personas que ocupaban el local y la acera, donde se concentraban los fumadores.

Cuando iba por la segunda copa de champán, Gabrielle se dio cuenta de que se lo estaba pasando bien. Su obra consistía en veintisiete piezas: todo lo que había terminado en los tres últimos años, con excepción de su primer autorretrato, que Alex le había pedido que conservaran y que permanecía en la mesita del salón de su casa. Y lo cierto era que, una vez que estaba todo junto y debidamente iluminado —sobre todo los grabados sobre cristal—, sí parecía una obra sólida y profesional, como mínimo tan impresionante como la mayoría de las inauguraciones a las que ella había asistido en sus tiempos. Nadie se había reído. Los visitantes observaban con atención y hacían comentarios reflexivos, casi todos elogiosos. Un periodista joven y muy serio del *Tribune* de Ginebra había llegado a comparar el énfasis de Gabrielle en la simplicidad de las líneas con la topografía de la cabeza de Giacometti. Lo único que seguía preocupando a Gabrielle era que todavía no se había vendido nada, lo que atribuía a los elevados precios que Bertrand había insistido en cobrar, que iban de los cuatro mil quinientos francos suizos —unos cinco mil dólares— de los TAC de las cabezas de animales más pequeñas hasta los dieciocho mil del gran retrato de la resonancia magnética, *El hombre invisible*. Si al final de la jornada no había vendido nada, lo consideraría una humillación.

Intentó no pensar en eso y prestar atención a lo que le decía el hombre que tenía

delante. Había tanto ruido que le costaba oírle. Tuvo que interrumpirlo. Le puso una mano en el brazo y dijo:

—Perdón, ¿cómo ha dicho que se llama?

—Bob Walton. Trabajaba con Alex en el CERN. Le estaba diciendo que creo que ustedes dos se conocieron en una fiesta en mi casa.

—Dios mío —dijo ella—, tiene usted razón. ¿Cómo está? —Le estrechó la mano y lo miró por primera vez fijándose en él: alto, delgado, elegante, gris. Ascético, decidió; o eso o simplemente austero. Habría podido ser un monje; no, algo más, porque emanaba autoridad: un abad. Comentó—: Qué gracia, a esa fiesta me llevaron unos amigos por casualidad. De hecho creo que nunca nos han presentado formalmente, ¿verdad?

—Creo que no.

—Bueno, gracias con retraso. Usted me cambió la vida.

Su interlocutor no sonrió.

—Hace años que no veo a Alex. Supongo que vendrá, ¿no?

—Eso espero. —Volvió a desviar brevemente la mirada hacia la puerta con la esperanza de ver entrar a Alex por ella. Hasta ese momento, lo único que había hecho su marido era enviarle a aquel guardaespaldas taciturno que se había situado junto a la entrada como un portero de discoteca y que de vez en cuando parecía que hablara con la manga de su chaqueta—. Y ¿cómo es que ha venido? ¿Es usted un asiduo de la galería o solo pasaba por aquí?

—Ninguna de las dos cosas. Me invitó Alex.

—¿Alex? —Gabrielle reaccionó tarde—. Lo siento. No sabía que Alex hubiera enviado invitaciones. Él no suele hacer esas cosas.

—A mí también me sorprendió un poco. Sobre todo porque la última vez que nos vimos tuvimos una pequeña discusión. He venido a hacer las paces y ahora resulta que él no está. Pero no importa. Me gusta su trabajo.

—Gracias. —Todavía estaba intentando asimilar la idea de que Alex hubiera invitado a alguien por su cuenta y sin decirle nada—. A lo mejor compra algo.

—Me temo que los precios no están al alcance del bolsillo de un empleado del CERN. —Y tras decir eso sonrió por primera vez, una sonrisa aún más cálida por lo excepcional, como un rayo de sol en un paisaje gris. Metió una mano en el bolsillo interior de su chaqueta—. Si algún día le apetece crear algo a partir de la física de partículas, llámeme. —Le dio su tarjeta.

Gabrielle leyó:

Profesor Robert Walton
Director del Departamento de Informática
CERN-Organización Europea para la Investigación Nuclear
1211 Ginebra 23 - Suiza

Se guardó la tarjeta en el bolsillo.

—Gracias. Lo tendré en cuenta. Pero hábleme de Alex y...

—Querida, qué lista eres —dijo una voz de mujer a sus espaldas.

Gabrielle notó que le apretaban el codo, y al darse la vuelta se encontró ante la cara pálida y redonda y los grandes ojos grises de Jenny Brinkerhof, otra inglesa de treinta y tantos casada con el presidente de un *hedge fund*. (Gabrielle se había fijado en que estaban proliferando en Ginebra: emigrantes económicos llegados de Londres huyendo del nuevo tipo impositivo del cincuenta por ciento del Reino Unido. De lo único que hablaban era de lo que costaba encontrar colegios decentes.)

—Qué ilusión que hayas venido, Jen.

—Qué ilusión que me hayas invitado.

Se besaron; Gabrielle se dio la vuelta para presentársela a Walton, pero él ya se había separado de ellas y hablaba con el periodista del *Tribune*. Eso era lo malo de aquellas fiestas: quedarte atrapado con una persona con la que no querías hablar mientras tenías casi a tu alcance a otra con la que sí querías. Se preguntó cuánto tardaría Jen en mencionar a sus hijos.

—No sabes cuánto te envidio por tener espacio en tu vida para hacer algo como esto. Porque desde luego, tener tres hijos apaga cualquier chispa de creatividad...

Con el rabillo del ojo Gabrielle vio una figura extraña y al mismo tiempo familiar que entraba en la galería.

—Perdóname un momento, Jen. —Se encaminó hacia la puerta—. ¡Inspector Leclerc!

—*Madame* Hoffmann. —Leclerc le estrechó educadamente la mano.

Gabrielle se fijó en que el hombre llevaba la misma ropa que vestía a las cuatro de la madrugada: cazadora oscura, una camisa blanca que ahora tenía el cuello gris y una corbata negra anudada demasiado cerca de la parte ancha, como siempre la llevaba el padre de Gabrielle. La barba incipiente de sus mejillas se extendía como una mancha de hongos plateados hacia unas ojeras muy marcadas. Se lo veía completamente fuera de

lugar. Una camarera se les acercó con una bandeja llena de copas de champán que Gabrielle supuso que él rechazaría —¿no era eso lo que hacían los policías cuando estaban de servicio, rechazar el alcohol?—, pero Leclerc dijo alegremente: «Excelente, gracias», y cogió la copa con cuidado por el pie, como si temiera romperla.

—Está muy bueno —comentó tras dar un sorbo y relamerse—. ¿Cuánto vale? ¿Ochenta francos la botella?

—No sabría decirle. Lo ha organizado todo la oficina de mi marido.

El fotógrafo del *Tribune* se les acercó y les tomó una fotografía juntos. La cazadora de Leclerc desprendía el olor mohoso de algo viejo y húmedo. El inspector esperó a que se marchara el fotógrafo y entonces dijo:

—La policía científica ha obtenido un juego de huellas dactilares excelentes de su teléfono móvil y de los cuchillos de la cocina. Por desgracia no hemos encontrado ninguna correspondencia en nuestros archivos. Su intruso no tiene antecedentes penales, al menos en Suiza. ¡Es un auténtico fantasma! Ahora lo estamos cotejando con la Interpol. —Cogió al vuelo un canapé de una bandeja y se lo tragó entero—. ¿Y su marido? ¿Está aquí? No lo veo por ninguna parte.

—Todavía no ha llegado. ¿Por qué lo pregunta? ¿Quiere hablar con él?

—No, he venido a ver su obra.

Guy Bertrand se les acercó furtivamente sin disimular su curiosidad. Gabrielle le había contado que habían entrado en su casa.

—¿Va todo bien? —preguntó, y Gabrielle tuvo que presentar al policía y al dueño de la galería.

Bertrand era un joven regordete vestido de seda negra de pies a cabeza: camiseta Armani, chaqueta, pantalones, zapatillas holísticas zen. Leclerc y él se miraron con mutua incompreensión; casi podía afirmarse que pertenecían a especies diferentes.

—Un inspector de policía —caviló Bertrand—. Supongo que le interesará *El hombre invisible*.

—¿El hombre invisible?

—Déjeme enseñárselo —dijo Gabrielle, que agradecía aquella oportunidad de separarlos. Guió a Leclerc hasta el objeto más grande en exposición, una vitrina iluminada desde abajo en la que un hombre desnudo de tamaño real, aparentemente compuesto de telarañas azul claro, parecía sostenerse en el aire a escasos centímetros del

suelo. Producía un efecto fantasmagórico, perturbador—. Le presento a Jim, el hombre invisible.

—Y ¿quién es Jim?

—Era un asesino. —Leclerc se volvió bruscamente y la miró—. James Duke Johnson —continuó ella, complacida por haber provocado esa reacción—, ejecutado en Florida en 1994. Antes de morir, el capellán de la prisión lo convenció de que donara su cuerpo para la investigación científica.

—¿Y también para que lo expusieran en público?

—Eso lo dudo. ¿Le horroriza?

—Confieso que sí.

—Me alegro. Era el efecto que buscaba.

Leclerc dio un gruñido y dejó su copa de champán. Se acercó más a la vitrina y se quedó mirando la obra con los brazos en jarras. La barriga que sobresalía del cinturón de su pantalón le recordó a Gabrielle los relojes blandos de Dalí. Leclerc dijo:

—Y ¿cómo consigues esa impresión de que flota?

—Secreto profesional. —Gabrielle se rió—. No, se lo explicaré. Es bastante sencillo. Cojo secciones de un escáner de resonancia magnética y las calco en un cristal muy transparente, Mirogard de dos milímetros, el más transparente que existe. Pero a veces, en lugar de usar tinta, utilizo un taladro de dentista para grabar la línea. A la luz del día apenas se ve la marca. Pero si iluminas el cristal con luz artificial desde el ángulo correcto... bueno, consigues este efecto.

—Asombroso. Y ¿qué opina su marido?

—Cree que tengo una obsesión morbosa. Pero él tiene sus propias obsesiones. —Se terminó la copa de champán. Estaba todo agradablemente acentuado: los colores, los ruidos, las sensaciones—. Debe de pensar que formamos una pareja muy extraña.

—Le aseguro, *madame*, que mi trabajo me pone en contacto con personas mucho más extrañas de lo que usted podría llegar a imaginar. —De pronto la miró fijamente con unos ojos enrojecidos—. ¿Le importaría que le hiciera un par de preguntas?

—No, en absoluto.

—¿Cuándo conoció al doctor Hoffmann?

—Precisamente estaba recordándolo hace un momento. —Veía mentalmente a Alex con toda claridad. Él estaba hablando con Hugo Quarry (siempre tenía que estar el maldito Quarry por medio, incluso al principio) y ella tuvo que dar el primer paso, pero

había bebido lo suficiente para que eso no le importara—. Fue en una fiesta en Saint-Genis-Pouilly, hará unos ocho años.

—Saint-Genis-Pouilly —repitió Leclerc—. Tengo entendido que allí viven muchos científicos del CERN.

—En esa época sí. ¿Ve a ese hombre alto con el pelo entrecano? Se llama Walton. Fue en su casa. Después fui al apartamento de Alex y recuerdo que allí solo había ordenadores. El apartamento se calentaba tanto que un día apareció en el monitor de infrarrojos de un helicóptero de la policía y la brigada antidroga fue a hacer una redada. Creían que cultivaba cannabis.

Sonrió al recordarlo, y Leclerc sonrió también, pero por cortesía, sospechó Gabrielle, para animarla a seguir hablando. Se preguntó qué quería de ella.

—¿Usted también trabajaba en el CERN?

—No, qué va, yo trabajaba de secretaria en las Naciones Unidas. Era la típica ex estudiante de Bellas Artes con pocas perspectivas de futuro y buenos conocimientos de francés. —Hablaba demasiado deprisa y sonreía demasiado. Leclerc iba a pensar que estaba achispada.

—Pero ¿el doctor Hoffmann todavía trabajaba en el CERN cuando usted lo conoció?

—Estaba a punto de marcharse y montar su propia empresa con su socio, Hugo Quarry. Curiosamente, los tres nos conocimos aquella noche. ¿Es importante?

—Y ¿por qué lo hizo? ¿Por qué se marchó del CERN?

—Eso tendrá que preguntárselo a él. O a Hugo.

—Se lo preguntaré. El señor Quarry es americano, ¿verdad?

—No, es inglés —contestó Gabrielle riendo—. Muy inglés.

—Supongo que una de las razones por las que el doctor Hoffmann se marchó del CERN era que quería ganar más dinero.

—Pues no, la verdad. El dinero nunca le ha preocupado. O no le preocupaba entonces. Me dijo que podría desarrollar su línea de investigación más fácilmente si montaba su propia empresa.

—Y ¿qué línea de investigación era?

—Inteligencia artificial. Pero ya le digo, los detalles tendrá que preguntárselos a él. Me temo que yo nunca lo he entendido muy bien.

Tras una pausa, Leclerc preguntó:

—¿Sabe si alguna vez ha necesitado ayuda psiquiátrica?

Esa pregunta la sorprendió.

—Que yo sepa, no. ¿Por qué me lo pregunta?

—Es que tengo entendido que sufrió una crisis nerviosa cuando trabajaba en el CERN, y que esa fue la razón por la que se marchó. Me preguntaba si habría tenido alguna recaída.

Gabrielle se percató de que lo estaba mirando con la boca abierta. Leclerc la observaba atentamente.

—Lo siento —dijo el inspector—. ¿He hablado demasiado? ¿Usted no lo sabía?

Gabrielle se recompuso lo suficiente para mentir.

—Bueno, claro que lo sabía. Sabía algo.

Se dio cuenta de que estaba resultando muy poco convincente. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Admitir que su marido era, en gran medida, un misterio para ella, que una gran parte de lo que ocupaba su mente todos los días siempre había sido territorio impenetrable, y que ese carácter incognoscible era al mismo tiempo lo que la había atraído de él al principio y lo que siempre la había asustado?

—Tengo que investigar todos los hechos, *madame* —dijo Leclerc remilgadamente—. Podría ser que el agresor conociera a su marido y le guardara rencor por algo. Solo le he preguntado a un conocido mío del CERN, extraoficialmente y en la más estricta confidencialidad, se lo aseguro... por qué se había marchado.

—Y esa persona ¿le ha dicho que había sufrido una crisis nerviosa y ahora usted piensa que Alex podría estar inventándose toda esta historia del agresor misterioso?

—No, solo trato de entender todas las circunstancias. —Se terminó la copa de un trago—. Lo siento, no quiero retenerla más.

—¿Le apetece otra copa?

—No. —Se llevó una mano a los labios y reprimió un eructo—. Tengo que irme. Gracias. —Saludó a Gabrielle con un gesto de la cabeza un tanto anticuado—. Ha sido muy interesante ver su obra. —Se interrumpió y volvió a contemplar al asesino ejecutado en su caja de cristal—. ¿Qué fue exactamente lo que hizo ese pobre diablo?

—Mató a un anciano que lo sorprendió robándole su manta eléctrica. Le pegó un tiro y lo apuñaló. Pasó doce años en el corredor de la muerte. Cuando rechazaron su última petición de clemencia lo ejecutaron mediante una inyección letal.

—Brutal —musitó Leclerc, aunque Gabrielle no estaba segura de si se refería al crimen, al castigo o a lo que ella había hecho con aquello.

Después Leclerc se sentó en su coche al otro lado de la calle, con el bloc de notas sobre la rodilla, y anotó cuanto consiguió recordar de lo que le acababan de contar. Por el escaparate de la galería veía a la gente pululando alrededor de Gabrielle; de vez en cuando el flash de una cámara le confería un toque de sofisticación. Pensó que le caía bastante bien; en cambio, no podía afirmar que le hubiera gustado mucho su exposición. ¿Tres mil francos por unos trozos de cristal con el cráneo de un caballo garabateado? Infló los carrillos y sopló. Madre mía, por la mitad de esa cantidad podías comprarte un animal de labor decente, y enterito, no solo la cabeza.

Terminó de escribir y revisó sus notas, como si mediante un proceso de asociación aleatoria pudiera encontrar alguna pista que hasta ese momento hubiera pasado por alto. Su amigo del CERN había echado un vistazo al archivo del departamento de personal y Leclerc había anotado lo más destacado: que Hoffmann se había unido al equipo que manejaba el Gran Colisionador Electrón-Positrón a la edad de veintisiete años, y que era uno de los pocos norteamericanos que habían trabajado en esa fase del proyecto; que su jefe de sección lo consideraba uno de los matemáticos más brillantes de la empresa; que después de participar en la construcción del nuevo acelerador de partículas, el Gran Colisionador de Hadrones, se había encargado de diseñar el software y los sistemas informáticos necesarios para analizar los miles de millones de datos generados por los experimentos; que tras un período prolongado de exceso de trabajo su comportamiento se había vuelto tan irregular que sus compañeros del CERN se habían quejado, y que el departamento de seguridad le había pedido que dejara las instalaciones; finalmente, tras una extensa baja por enfermedad, le habían cancelado el contrato.

Leclerc estaba convencido de que Gabrielle no estaba al corriente de la crisis nerviosa de su marido: otra de sus cualidades atractivas era su evidente incapacidad para mentir. Por lo visto, Hoffmann era un misterio para todos: sus colegas científicos, el mundo financiero y su mujer. Dibujó un círculo alrededor del nombre de Hugo Quarry.

El ruido de un poderoso motor lo sacó de su ensimismamiento; miró hacia el otro lado de la calle y vio un Mercedes enorme de color carbón con los faros encendidos que paraba enfrente de la galería. Antes incluso de que se hubiera detenido por completo, una figura corpulenta con traje oscuro saltó del asiento del copiloto, echó un rápido vistazo arriba y abajo de la calle y abrió la puerta de atrás del vehículo. Las personas que estaban en la acera con sus copas y sus cigarrillos se volvieron perezosamente para ver quién

salía del coche, y desviaron rápidamente la mirada, poco interesadas, cuando el desconocido recién llegado fue rápidamente escoltado por la puerta.

Incluso cuando nos hallamos muy solos, ¡con qué frecuencia pensamos con placer o dolor en lo que los demás piensan de nosotros, en su aprobación o censura imaginadas! Y todo eso se sigue de la simpatía, un elemento fundamental de los instintos sociales. Un hombre que no poseyera ninguna traza de tales instintos sería un monstruo anormal.

CHARLES DARWIN,
El origen del hombre (1871)

El inexistente perfil público de Hoffmann no era algo que él hubiera conseguido sin esfuerzo. Un día, en los inicios de Hoffmann Tecnologías de Inversión, cuando la empresa solo tenía unos dos mil millones de dólares en activos gestionados, había invitado a desayunar en el Hotel Président Wilson a los socios de la empresa de relaciones públicas más antigua de Suiza y les había ofrecido un trato: una cuota fija anual de doscientos mil francos suizos a cambio de que su nombre no apareciera en los periódicos. Solo puso una condición: si lo mencionaban por algún motivo, él reduciría diez mil francos de su cuota; si lo mencionaban más de veinte veces en un año, ellos tendrían que empezar a pagarle. Tras una prolongada discusión, los socios aceptaron sus condiciones e invirtieron todos los consejos que normalmente daban a sus clientes. Hoffmann no hacía donativos públicos, no asistía a cenas de gala ni a ceremonias de entrega de premios de la industria, no cultivaba su relación con ningún periodista, no aparecía en la lista de millonarios de ningún periódico, no apoyaba a ningún partido político, no dotaba de fondos a ninguna institución educativa y no daba conferencias ni discursos. Cuando surgía algún periodista curioso, lo desviaban hacia los brokers

principales del *hedge fund*, que siempre estaban encantados de atribuirse el mérito de la empresa, o, en caso de insistencia extrema, a Quarry. Los socios siempre habían cobrado la cuota completa y Hoffmann había conservado su anonimato.

De ahí que asistir a la primera exposición de su mujer fuera una experiencia poco frecuente y, francamente, un suplicio para él. Desde el momento en que se apeó del coche, atravesó la abarrotada acera y entró en la ruidosa galería, deseó poder dar media vuelta y largarse. Se le acercaron para hablar con él varios amigos de Gabrielle a los que sospechaba haber conocido, pero si bien poseía una mente capaz de realizar operaciones aritméticas mentales de hasta cinco decimales, tenía una memoria pésima para las caras. Era como si su personalidad hubiera ido torciéndose para compensar sus otros dones. Oía lo que decían los otros, los clásicos lugares comunes y los comentarios sin sentido, pero era como si no los asimilara. Era consciente de que las respuestas que murmuraba eran inapropiadas o declaradamente raras. Le ofrecieron una copa de champán, pero él prefirió agua, y entonces fue cuando vio a Bob Walton mirándolo fijamente desde el otro extremo de la estancia.

¡Walton, nada más y nada menos!

Antes de que Hoffmann pudiera maniobrar para eludir la situación, su antiguo colega ya avanzaba entre la multitud con el brazo extendido, decidido a hablar con él.

—Cuánto tiempo, Alex —dijo.

—Hola, Bob. —Le estrechó la mano con frialdad—. Creo que no había vuelto a verte desde el día en que te ofrecí trabajo y me dijiste que era el diablo y que había ido a robarte el alma.

—Creo que no lo expresé con esas palabras.

—¿No? Pues yo creo recordar que dejaste muy claro lo que pensabas de los científicos que se pasaban al lado oscuro y se convertían en *quants*.

—¿En serio? Lo siento. —Walton estiró el brazo con que sujetaba la copa señalando la sala—. En fin, me alegro de que todo te haya ido tan bien. Lo digo sinceramente, Alex.

Lo dijo con tanto cariño que Hoffmann lamentó haberse mostrado tan agresivo. Cuando llegó a Ginebra proveniente de Princeton, sin conocer a nadie y sin nada más que dos maletas y un diccionario inglés-francés, Walton había sido su jefe de sección en el CERN. Su mujer y él lo habían acogido: lo invitaban a comer los domingos, lo

ayudaron a buscar apartamento, lo llevaban en coche al trabajo y hasta intentaron buscarle novia.

Hoffmann se propuso mostrarse más simpático y dijo:

—Y ¿cómo va la búsqueda de la partícula de Dios?

—Ya casi la tenemos. ¿Y tú? ¿Cómo va el elusivo Santo Grial del razonamiento artificial autónomo?

—Lo mismo digo. Ya casi lo tenemos.

—¿En serio? —Walton arqueó las cejas, sorprendido—. Entonces, ¿sigues con eso?

—Por supuesto.

—Vaya, qué valiente. ¿Qué te ha pasado en la cabeza?

—Nada. Un accidente tonto. —Miró hacia donde estaba Gabrielle—. Creo que voy a ir a saludar a mi mujer...

—Claro, claro. —Walton volvió a ofrecerle la mano—. Bueno, me alegro de haber hablado contigo, Alex. Deberíamos quedar algún día. Ya tienes mi dirección de correo electrónico.

Walton ya estaba dándole la espalda, y Hoffmann dijo:

—Pues no, no la tengo.

Walton se dio la vuelta.

—Claro que la tienes. Me enviaste una invitación.

—¿Una invitación? ¿De qué?

—De esta inauguración.

—Yo no he enviado ninguna invitación.

—Creo que sí. Un momento...

Un buen ejemplo de la pedantería académica de Walton, pensó Hoffmann: insistir en un detalle sin importancia incluso cuando se equivocaba. Pero entonces, para su sorpresa, Walton le pasó su BlackBerry mostrándole la invitación enviada desde la dirección de correo electrónico de Hoffmann.

—Ah, sí, perdona —dijo Hoffmann a regañadientes, porque él también detestaba tener que admitir un error—. Ya nos veremos.

Le dio rápidamente la espalda para ocultar su consternación y fue a buscar a Gabrielle. Cuando por fin consiguió llegar hasta ella, su mujer le dijo, con un tono que delataba malhumor:

—Empezaba a pensar que no ibas a venir.

—Me he largado en cuanto he podido. —La besó en los labios y percibió el sabor amargo del champán en su aliento.

—Aquí, doctor Hoffmann —lo llamó alguien, y a menos de un metro de distancia se disparó el flash de un fotógrafo.

Hoffmann echó la cabeza hacia atrás instintivamente, como si le hubieran tirado ácido en la cara. Con una sonrisa falsa en los labios, dijo:

—¿Qué demonios hace Bob Walton aquí?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Lo has invitado tú.

—Sí, acaba de decírmelo. Pero ¿sabes qué? Estoy seguro de que yo no le he mandado ninguna invitación. ¿Por qué iba a hacerlo? Fue él quien cerró mis investigaciones en el CERN. Hacía años que no lo veía...

De pronto el dueño de la galería apareció a su lado.

—Debe de estar muy orgulloso de ella, doctor Hoffmann —dijo Bertrand.

—¿Qué? —Hoffmann todavía miraba a su antiguo colega entre el gentío—. Ah, sí. Sí, estoy muy orgulloso. —Se concentró para apartar a Walton de su pensamiento y pensar en algo apropiado que decirle a Gabrielle—. ¿Ya has vendido algo?

—Gracias, Alex —repuso Gabrielle—, pero no se trata solo de dinero.

—Ya lo sé. Solo era una pregunta.

—Todavía nos queda mucho tiempo —terció Bertrand. Su teléfono móvil emitió una alerta, dos compases de Mozart. Leyó el mensaje, parpadeó con gesto de sorpresa, musitó «Perdóñenme» y se marchó.

Hoffmann todavía estaba un poco deslumbrado por el flash de la cámara. Cuando miraba los retratos, veía los centros vacíos. Sin embargo se esforzó para hacer comentarios elogiosos.

—Es fantástico verlos todos juntos, ¿verdad? Tienes la sensación de que contemplas el mundo de otra manera. Ves lo que hay oculto bajo la superficie.

—¿Cómo va tu cabeza? —le preguntó Gabrielle.

—Bien. Si no llegas a mencionarlo, ya ni me acuerdo. Ese de ahí me gusta mucho. —Señaló un cubo que tenían cerca—. Eres tú, ¿verdad?

Hoffmann recordó que a Gabrielle le había llevado todo un día posar para aquel retrato, agachada en el escáner como una víctima de Pompeya, con las rodillas pegadas al pecho, sujetándose la cabeza con las manos, la boca abierta como si gritara. En casa,

la primera vez que se lo enseñó, a él le había impresionado tanto como el feto, del que era un eco deliberado.

—Ha venido Leclerc —comentó Gabrielle—. Casi os habéis cruzado.

—No me digas que ya han encontrado a ese tipo.

—No, no, no era eso.

Su tono puso a Hoffmann en guardia.

—Entonces, ¿qué quería?

—Quería preguntarme por la crisis nerviosa que por lo visto tuviste cuando trabajabas en el CERN.

Hoffmann no estaba seguro de haberla oído bien. El ruido de tanta gente hablando, que rebotaba en las paredes encaladas, le recordó al estruendo de la sala de ordenadores.

—¿Ha hablado con el CERN?

—Sobre tu crisis nerviosa —repitió ella subiendo la voz—. Esa crisis nerviosa de la que nunca me has dicho nada.

A Hoffmann se le cortó la respiración, como si hubiera recibido un puñetazo.

—Yo no lo llamaría exactamente una crisis nerviosa. No sé por qué Leclerc tiene que meter al CERN en esto.

—Pues ¿cómo lo llamarías?

—¿Tenemos que hablar de esto ahora? —La expresión de Gabrielle indicaba que sí. Hoffmann se preguntó cuántas copas de champán se habría bebido—. Está bien, supongo que sí. Tuve una depresión. Pedí una baja. Fui a ver a un psiquiatra. Me recuperé.

—¿Fuiste a ver a un psiquiatra? ¿Recibiste tratamiento para la depresión? ¿Y en ocho años no me lo has mencionado nunca?

Una pareja que estaba cerca se volvió y los miró.

—Le estás dando demasiada importancia —dijo Hoffmann, irritado—. No seas ridícula. Por el amor de Dios, eso pasó antes de que nos conociéramos. —Y con tono más amable añadió—: Va, Gabby, no estropeemos esto.

Por un momento Hoffmann pensó que ella iba a discutir. Tenía la barbilla levantada, apuntándolo, y eso siempre era señal de tormenta. Sus ojos se veían vidriosos y enrojecidos, y Hoffmann recordó que ella tampoco había dormido mucho. Pero entonces se oyeron unos ruiditos de metal contra cristal.

—Damas y caballeros —dijo Bertrand. Tenía una copa de champán en la mano y la golpeaba con un tenedor—. ¡Damas y caballeros! —Resultó asombrosamente eficaz. El

silencio se apoderó rápidamente de la abarrotada sala, y Bertrand dejó la copa—. No se alarmen, amigos. No voy a pronunciar ningún discurso. Además, para los artistas los símbolos son más elocuentes que las palabras.

Llevaba algo en la mano, pero Hoffmann no alcanzaba a ver qué era. Se acercó al autorretrato —ese en el que Gabrielle gritaba en silencio—, despegó un círculo adhesivo de color rojo del rollo de cinta que llevaba escondido en la palma de la mano y lo pegó con firmeza en la etiqueta de la obra. Un murmullo de satisfacción se extendió por la galería.

—Gabrielle —dijo volviéndose hacia ella con una sonrisa en los labios—, permíteme felicitarte. Ahora ya eres oficialmente una artista profesional.

Los asistentes aplaudieron y alzaron sus copas de champán a modo de saludo. La tensión se borró de la cara de Gabrielle. Parecía transformada, y Hoffmann aprovechó ese momento para cogerle la muñeca y levantarle la mano por encima de la cabeza como si fuera un campeón de boxeo. Hubo otra ovación. La cámara volvió a disparar, pero esa vez Hoffmann se aseguró de que su sonrisa no vacilaba.

—Te felicito, Gabby —susurró sin despegar los labios—. Te lo mereces.

Ella le sonrió, feliz.

—Gracias. —Brindó con los asistentes—. Gracias a todos. Y gracias muy especialmente a quienquiera que lo haya comprado.

—Espera un momento. No he terminado —dijo Bertrand.

Al lado del autorretrato estaba la cabeza de un tigre siberiano que había muerto en el zoo de Servion el año anterior. Gabrielle había mantenido el cadáver refrigerado hasta que consiguió meter el cráneo decapitado en un escáner de resonancia magnética. El grabado sobre cristal estaba iluminado desde abajo con una luz rojo sangre. Bertrand colocó otro adhesivo junto a esa obra. Se había vendido por cuatro mil quinientos francos.

—Un poco más y estarás ganando más dinero que yo —susurró Hoffmann.

—Va, Alex, deja de hablar de dinero.

Pero él se dio cuenta de que Gabrielle estaba contenta, y cuando Bertrand pegó otro círculo rojo, esa vez en *El hombre invisible*, el eje de la exposición, valorado en dieciocho mil francos, ella dio una palmada de alegría.

Más tarde Hoffmann pensó con amargura que si todo hubiera terminado ahí, la inauguración habría sido un gran éxito. ¿Cómo podía ser que Bertrand no lo hubiera

visto? ¿Por qué no miró más allá de su codicia, un poco más a largo plazo, y se detuvo allí? Pero no: recorrió metódicamente toda la galería dejando un rastro de círculos rojos —una viruela, una peste, una epidemia de pústulas que brotaban por las blancas paredes — en las cabezas de caballo, el niño momificado del Museo Etnológico de Berlín, el cráneo de bisonte, la cría de antílope y media docena de autorretratos más, y por último también el feto: no paró hasta haberlos marcado todos como vendidos.

La reacción del público fue extraña. Al principio la gente lanzaba vítores cada vez que Bertrand enganchaba un círculo rojo. Pero al cabo de un rato su locuacidad empezó a disminuir, y poco a poco se apoderó de la galería una sensación de incomodidad, de modo que Bertrand pegó su último adhesivo en medio de un silencio casi absoluto. Era como si estuvieran presenciando una broma pesada que al principio era graciosa pero que se había alargado demasiado y se había vuelto cruel. Tanta esplendidez resultaba apabullante. Hoffmann, compungido, vio que la expresión de Gabrielle pasaba de la felicidad al desconcierto, a la incomprensión y, por último, a la desconfianza.

—Por lo visto tienes un admirador —dijo a la desesperada.

Ella no parecía haberlo oído.

—¿Todo esto es de un solo comprador?

—Sí —confirmó Bertrand. Sonreía, radiante, y se frotaba las manos.

Poco a poco volvió a iniciarse el murmullo de las conversaciones. La gente hablaba en voz baja, excepto un norteamericano que dijo en voz alta:

—Madre mía, esto es absolutamente ridículo.

—¿Quién es? —preguntó Gabrielle, incrédula.

—Por desgracia no puedo decírtelo. —Bertrand miró brevemente a Hoffmann—. Lo único que puedo decirte es que se trata de un coleccionista anónimo.

Gabrielle siguió la dirección de la mirada de Bertrand hasta Hoffmann. Tragó saliva antes de hablar. Con un hilo de voz preguntó:

—¿Eres tú?

—Claro que no.

—Porque si eres tú...

—¡Te digo que no!

Se abrió la puerta y sonó una campanilla. Hoffmann giró la cabeza. La gente empezaba a marcharse; Walton era de los primeros y ya se estaba abrochando la chaqueta para protegerse de un viento helado. Bertrand vio lo que estaba pasando y,

discretamente, hizo señas a las camareras para que dejaran de servir bebidas. La fiesta había dejado de tener una razón de ser y nadie quería ser el último en marcharse. Dos mujeres se acercaron a Gabrielle y le dieron las gracias, y ella tuvo que fingir que la felicitaban sinceramente.

—Yo habría comprado algo —dijo una—, pero no he tenido oportunidad.

—Esto es extraordinario.

—Nunca había visto nada parecido.

—Lo repetirás pronto, ¿verdad, querida?

—Sí, sí, te lo prometo.

Cuando las mujeres se marcharon, Hoffmann le dijo a Bertrand:

—Por el amor de Dios, al menos dile que no he sido yo.

—No puedo decir quién ha sido, porque la verdad es que no lo sé. Es así de sencillo.

—Bertrand extendió las manos. Era evidente que estaba disfrutando con aquella situación: el misterio, el dinero, la necesidad de discreción profesional; su cuerpo se hinchaba bajo el traje de seda negra de marca—. Mi banco acaba de enviarme un mensaje diciéndome que habían recibido una transferencia electrónica relacionada con esta exposición. Confieso que me ha sorprendido la cantidad. Pero cuando he abierto la calculadora y he sumado el precio de todas las obras expuestas, he visto que ascendía a ciento noventa y dos mil francos, que es exactamente la cantidad transferida.

—¿Una transferencia electrónica? —repitió Hoffmann.

—Así es.

—Quiero que la devuelvas —dijo Gabrielle—. No quiero que mi obra sea tratada así.

Un nigeriano muy alto vestido con el traje típico de su país —una especie de toga muy entretejida de color negro y beis, con tocado a juego— saludó a Gabrielle con la mano mostrando una palma inmensa y rosada. Era otro de los protegidos de Bertrand, Nneka Osoba, especializado en crear máscaras tribales con residuos industriales occidentales como protesta contra el imperialismo.

—¡Adiós, Gabrielle! —gritó—. ¡Felicidades!

—Adiós —le contestó ella componiendo una sonrisa forzada—. Gracias por venir. — Volvió a sonar la campanilla de la puerta.

—Mi querida Gabrielle —dijo Bertrand, sonriente—, me parece que no lo entiendes. Esto es una situación legal. En una subasta, cuando baja el martillo, el lote está vendido.

En una galería pasa lo mismo. Cuando alguien compra una obra de arte, esta desaparece. Si no quieres vender, no expongas.

—Te pagaré el doble —dijo Hoffmann a la desesperada—. Tú te llevas una comisión del cincuenta por ciento, así que has ganado casi cien mil francos, ¿no? Te pagaré doscientos mil si le devuelves su obra a Gabrielle.

—No, Alex —protestó Gabrielle.

—Eso es imposible, doctor Hoffmann.

—Está bien, doblaré mi oferta. Cuatrocientos mil.

Bertrand se tambaleó en sus zapatillas de seda zen; la ética y la avaricia se aferraban a tortazos a los lisos contornos de su cara.

—Bueno, la verdad es que no sé qué decir...

—¡Basta! —gritó Gabrielle—. ¡Basta ya, Alex! ¡Los dos! No soporto oíros hablar así.

—Gabby...

Pero Gabrielle esquivó las manos tendidas de Hoffmann y echó a correr hacia la puerta, empujando a los invitados que salían por ella. Hoffmann la siguió, abriéndose paso entre la gente. Le pareció que estaba en una pesadilla por cómo su mujer evitaba continuamente sus intentos de agarrarla. Hubo un momento en que le rozó la espalda con las yemas de los dedos. Hoffmann salió a la calle justo detrás de Gabrielle, y tras dar una docena de pasos más consiguió, por fin, cogerla del codo. La atrajo hacia sí y la metió en un portal.

—Escúchame, Gabby...

—No. —Le dio un golpe con la mano que tenía libre.

—¡Escúchame! —La zarandeó hasta que ella dejó de intentar zafarse; Hoffmann era fuerte, no le costó mucho—. Cálmate. Gracias. Y ahora escúchame, por favor. Está pasando algo muy raro. Estoy seguro de que la persona que ha comprado toda tu exposición es la misma que me envió ese libro de Darwin. Alguien se ha propuesto que me vuelva loco.

—¡Venga, Alex, basta ya! No vuelvas a empezar. Has sido tú el que ha comprado todas mis obras, lo sé. —Forcejeó para soltarse.

—No, escúchame. —Volvió a zarandearla. Tuvo la vaga conciencia de que el miedo lo estaba volviendo agresivo, e intentó tranquilizarse—. Te lo prometo. No he sido yo. Ese libro de Darwin lo compraron exactamente de la misma forma: una transferencia bancaria por internet. Apuesto algo a que si volvemos a entrar y conseguimos que

monsieur Bertrand nos dé el número de cuenta del comprador, coincidirán. Pero tienes que entender que aunque esa cuenta esté a mi nombre, no es mía. No sé qué cuenta es. Pero te prometo que voy a llegar hasta el fondo de esto. Vale. Ya está. —La soltó—. Esto era lo que quería decirte.

Gabrielle lo miró fijamente y empezó a masajearse lentamente el codo. Lloraba en silencio. Hoffmann se dio cuenta de que debía de haberle hecho daño.

—Lo siento.

Gabrielle miró el cielo conteniendo los sollozos. Al final volvió a dominar sus emociones y dijo:

—Supongo que no tienes ni idea de lo importante que era esta exposición para mí, ¿verdad?

—Claro que lo sé...

—Todo se ha hechado a perder..., por tu culpa.

—Venga, Gabrielle, ¿cómo puedes decir eso?

—Es la verdad, Alex. Porque o lo has comprado todo tú pensando, con tus ideas descabelladas de macho alfa, que me hacías un favor, o lo ha comprado esa otra persona que, según dices, intenta volverte loco. Sea como sea, has sido tú.

—Eso no es verdad.

—Muy bien. A ver, ¿quién es ese hombre misterioso? Es evidente que no tiene nada que ver conmigo. Supongo que tendrás alguna idea. ¿Es un competidor tuyo? ¿Un cliente? ¿O la CIA?

—No digas tonterías.

—¿O es Hugo? ¿Es esto una de esas bromas graciosas de alumnos de colegio privado de Hugo?

—No es Hugo. De eso sí estoy seguro.

—Ah, no, claro que no. No puede ser tu queridísimo Hugo, ¿verdad? —Ya no lloraba—. ¿En qué te has convertido, Alex? Mira, Leclerc quería saber si el dinero era la razón por la que te habías marchado del CERN, y le he dicho que no. Pero ¿alguna vez dejas de escucharte a ti mismo últimamente? Doscientos mil francos... Cuatrocientos mil francos... Sesenta millones de dólares por una casa que no necesitamos...

—Que yo recuerde, cuando la compramos no te quejaste. Dijiste que te gustaba el taller.

—¡Sí, pero solo lo dije para hacerte feliz! No creerás que el resto me gusta, ¿verdad?

Es como vivir en una maldita embajada. —Entonces cambió de tono, como si acabara de ocurrírsele algo—. ¿Cuánto dinero tienes ahora, por curiosidad?

—Déjalo, Gabrielle.

—No. Dime. Quiero saberlo. ¿Cuánto?

—No lo sé. Depende de cómo calcules las cosas.

—Pues inténtalo. Dame una cifra.

—¿En dólares? ¿Una cifra aproximada? No lo sé, de verdad. Mil millones. Mil doscientos millones.

—¿Mil millones de dólares? ¿Cifra aproximada? —Se quedó un momento sin hablar—. ¿Sabes qué? Olvídalo. Se acabó. Para mí, ahora lo único que importa es salir de esta maldita ciudad donde lo único que le interesa a la gente es el dinero.

Se dio la vuelta.

—Se acabó ¿qué? —Volvió a agarrarla por el brazo, pero débilmente, sin convicción, y esa vez Gabrielle se volvió hacia él y le dio un bofetón. No fue muy fuerte, solo un cachete de advertencia, un aviso, pero Hoffmann la soltó inmediatamente. Era la primera vez que se pegaban.

—Ni se te ocurra —le espetó ella amenazándolo con el índice— volver a cogerme así.

Y se marchó. Fue a grandes zancadas hasta el final de la calle y dobló la esquina, dejando a Hoffmann con la mano en la mejilla, incapaz de comprender la catástrofe que tan inesperadamente se había producido.

Leclerc lo había presenciado todo cómodamente sentado en su coche. La escena se había desarrollado ante él como una película proyectada en un autocine. Vio cómo Hoffmann se daba lentamente la vuelta y regresaba a la galería. Uno de los dos guardaespaldas que estaban de pie con los brazos cruzados junto a la puerta le dijo algo, y Hoffmann hizo un gesto cansado, seguramente ordenándole que siguiera a su mujer. El hombre se puso en marcha. Entonces Hoffmann entró en la galería, seguido del otro guardaespaldas. Era muy fácil saber lo que pasaba: el escaparate era grande y la galería ya estaba casi vacía. Hoffmann fue hacia el dueño, *monsieur* Bertrand, y empezó a reprenderlo. Sacó su teléfono móvil y lo agitó ante la cara de su interlocutor. Bertrand alzó las manos e

intentó ahuyentar a Hoffmann, pero este lo agarró por las solapas de la chaqueta y lo empujó contra la pared.

—Madre de Dios, y ahora ¿qué? —masculló Leclerc. Veía a Bertrand forcejeando para soltarse mientras Hoffmann lo sujetaba con los brazos estirados para luego empujarlo de nuevo hacia atrás, esa vez más fuerte. Leclerc maldijo por lo bajo, abrió la puerta del coche y se apeó. Se le habían quedado las rodillas entumecidas, y mientras cruzaba la calle, dolorido, reflexionó una vez más sobre la crueldad de su destino y de la injusticia de que, con casi sesenta años, todavía tuviera que hacer aquellas cosas.

Cuando Leclerc entró en la galería, el guardaespaldas de Hoffmann se había plantado con solidez entre su cliente y *monsieur* Bertrand. Este se alisaba la chaqueta e insultaba a gritos a Hoffmann, que le devolvía los improperios. Detrás de ellos, el asesino ejecutado miraba al frente, imperturbable, desde su celda de cristal.

—Por favor, caballeros —dijo Leclerc—, hagan el favor. —Le mostró la placa al guardaespaldas, que la miró y luego miró a Leclerc y puso los ojos en blanco—. Tranquilos. Doctor Hoffmann, esta no es forma de comportarse. Me dolería mucho tener que detenerlo después de lo que ya ha tenido que soportar hoy, pero lo haré si me obliga. ¿Qué está pasando aquí?

—Mi mujer está muy disgustada, y todo porque este hombre ha actuado de una forma increíblemente estúpida... —empezó Hoffmann.

—¡Sí, sí —lo interrumpió Bertrand—, increíblemente estúpida! ¡Le he vendido todas sus obras, el mismo día de la inauguración de su primera exposición, y ahora su marido me agrade por ello!

—Lo único que quiero —replicó Hoffmann con un tono de voz que a Leclerc le pareció cercano al histerismo— es el número de la cuenta bancaria del comprador.

—¡Y yo le he dicho que no puedo dárselo! Esa información es confidencial.

Leclerc se volvió hacia Hoffmann.

—¿Por qué es tan importante?

—Es evidente —dijo Hoffmann tratando de controlar la voz— que alguien intenta destrozarme la vida. He conseguido el número de cuenta que utilizaron para enviarme un libro anoche, presuntamente para asustarme. Lo tengo aquí, en mi teléfono móvil. Y creo que la misma cuenta bancaria, que presuntamente está a mi nombre, ha sido utilizada para sabotear la exposición de mi mujer.

—¡Sabotear! —exclamó Bertrand, burlón—. ¡Eso se llama vender!

—Pero no ha sido una sola venta, ¿no? Se ha vendido todo de golpe. ¿Había pasado alguna vez?

—¡Bah! —Bertrand hizo un ademán despectivo.

Leclerc se quedó mirándolos. Dio un suspiro y dijo:

—*Monsieur* Bertrand, enséñeme ese número de cuenta, por favor.

—No puedo. ¿Por qué debería hacerlo?

—Porque si no me lo enseña, lo detendré por obstaculizar una investigación criminal.

—¡No se atreverá!

Leclerc lo miró a los ojos. A pesar de su avanzada edad, podía tratar con los Guy Bertrand de este mundo con los ojos cerrados.

—De acuerdo, está en mi despacho —acabó mascullando Bertrand.

—¿Me permite ver su móvil, doctor Hoffmann?

Hoffmann le mostró la pantalla con el correo electrónico.

—Este es el mensaje que recibí de la librería, con el número de cuenta.

Leclerc cogió el teléfono.

—Quédese aquí, por favor. —Siguió a Bertrand hasta el pequeño despacho de la trastienda. Allí se amontonaban catálogos antiguos, marcos de cuadros, herramientas; olía a una mezcla acre de café y pegamento. Había un ordenador encima de un escritorio de tapa corrida, desvencijado y con arañazos. Junto al ordenador había un buen número de cartas y recibos clavados en un pinchapapeles. Bertrand cogió el ratón, movió el cursor por la pantalla del ordenador y cliqueó.

—Aquí está el correo electrónico de mi banco. —Se levantó de la silla haciendo un mohín—. Por cierto, déjeme decirle que no me he tomado en serio su amenaza de detenerme. Si colaboro es únicamente porque soy un buen ciudadano suizo.

—Agradezco su colaboración, *monsieur* —repuso Leclerc—. Gracias. —Se sentó ante el monitor y escudriñó la pantalla. Colocó el teléfono móvil de Hoffmann al lado y comparó meticulosamente los dos números de cuenta. Eran una combinación idéntica de letras y dígitos. El nombre del titular de la cuenta era A. J. Hoffmann. Sacó su bloc de notas y anotó la secuencia—. ¿Y este es el único mensaje que ha recibido?

—Sí.

Salieron del despacho y Leclerc le devolvió el teléfono a Hoffmann.

—Tenía usted razón. Los números coinciden. Aunque confieso que no entiendo qué tiene que ver esto con la agresión de que fue víctima anoche.

—Está relacionado —afirmó Hoffmann—. He intentado explicárselo esta mañana. Madre mía, ustedes no durarían ni cinco minutos en mi negocio. Ni siquiera pasarían por la puerta. Y ¿se puede saber por qué demonios ha ido al CERN a hacer preguntas sobre mí? Debería estar buscando a ese tipo, y no investigándome a mí.

Estaba ojeroso y tenía los ojos enrojecidos, como si se los hubiera frotado mucho. Con la barba de un día parecía un fugitivo.

—Le pasaré el número de cuenta a nuestro departamento de delitos financieros y les pediré que lo investiguen —dijo Leclerc con amabilidad—. A los suizos, al menos, las cuentas bancarias se nos dan bastante bien, y la suplantación de identidad es un delito. Si averiguamos algo, le informaré inmediatamente. Entretanto, le aconsejo que vaya a su casa, vea a su médico y duerma un poco. —«Y que haga las paces con su mujer», le habría gustado añadir, pero le pareció más prudente callarse.

[...] el instinto de cada especie es bueno para la misma; pero no ha sido nunca producido, en cuanto nosotros podemos pensar, en beneficio exclusivo de otras especies.

CHARLES DARWIN,
El origen de las especies (1859)

Hoffmann intentó llamarla desde el Mercedes, pero le salió el buzón de voz. Se le hizo un nudo en la garganta al oír la alegre cantinela de Gabrielle: «Hola, soy Gabby, ni se te ocurra colgar sin dejarme un mensaje».

Tuvo la terrible premonición de que su mujer se había ido para siempre. Aunque pudieran arreglar las cosas, la persona que ella había sido hasta antes de ese día había dejado de existir. Era como escuchar la grabación de alguien que acababa de morir.

Se oyó un pitido. Tras una larga pausa, que Hoffmann sabía que a ella le parecería rara cuando escuchara el mensaje pero que tuvo que esforzarse para no prolongar, dijo por fin: «Llámame, ¿quieres? Tenemos que hablar». No se le ocurría nada más que decir. «Bueno, vale. Nada más. Adiós.»

Cortó la comunicación y se quedó mirando el teléfono móvil un rato, sopesándolo en la palma de la mano, deseando que sonara, preguntándose si debería haber dicho algo más o si habría alguna otra forma de ponerse en contacto con ella. Se inclinó hacia delante y le preguntó al guardaespaldas:

—¿Sabe si su colega ha alcanzado a mi mujer?

Paccard, con la vista fija en la calzada, habló por encima del hombro:

—No, *monsieur*. Cuando ha llegado al final de la calle, ella ya se había perdido de vista.

Hoffmann soltó un gruñido.

—¿Es que en esta maldita ciudad no hay nadie capaz de hacer un trabajo sencillo sin cagarla? —Se dejó caer en el respaldo del asiento, cruzó los brazos y se puso a mirar por la ventanilla. Al menos estaba seguro de una cosa: él no había sido quien había comprado la exposición de Gabrielle. No había tenido ocasión. Sin embargo, no sería fácil convencerla. Volvió a oír su voz en su cabeza: «¿Mil millones de dólares? ¿Cifra aproximada? ¿Sabes qué? Olvídalo. Se acabó».

Al otro lado de las aguas plomizas del Ródano veía el distrito financiero: BNP Paribas, Goldman Sachs, Barclays Private Wealth... Ocupaba la ribera norte del ancho río y parte de la isla que había en el medio. Desde Ginebra se controlaban un billón de dólares en activos, de los que Hoffmann Tecnologías de Inversión solo manejaba un uno por ciento; de ese uno por ciento, su participación personal era menos de una décima parte. Viéndolo en proporción, ¿por qué tenían que escandalizarla tanto mil millones? Dólares, euros, francos: esas eran las unidades en que él medía el éxito o el fracaso de su experimento, igual que en el CERN había utilizado teraelectronvoltios, nanosegundos y microjulios. Con todo, tenía que admitir que había una gran diferencia entre las dos cosas; era un problema que él nunca había abordado ni solucionado completamente. Con un nanosegundo o un microjulio no podías comprar nada, mientras que el dinero era una especie de subproducto tóxico de sus investigaciones. A veces tenía la sensación de que lo envenenaba poco a poco, como la radiación que había matado a Marie Curie.

Al principio no le hacía mucho caso a su fortuna, y la reinvertía en la empresa o la aparcaba en una cuenta de ahorro. Pero detestaba la idea de convertirse en un excéntrico como Étienne Mussard y retorcerse en la misantropía por la propia presión de su buena suerte. Por eso últimamente imitaba a Quarry y trataba de gastársela. Aunque lo había conducido directamente a la mansión recargada de Cologny, abarrotada de lujosas colecciones de libros y antigüedades que él no necesitaba pero que requerían ser protegidas con sofisticadas medidas de seguridad: una especie de cámara funeraria faraónica para los vivos. Suponía que la última opción sería deshacerse de ella —al menos Gabrielle lo aprobaría—, pero la filantropía también podía corromper: distribuir cientos de millones de dólares de forma responsable se convertiría en un trabajo a jornada completa. A veces tenía la fantasía de que podía convertir su superávit en papel moneda e incinerarlo las veinticuatro horas, como hacían en las refinerías de petróleo

con los excedentes de gasolina: unas llamas azules y amarillas iluminarían el cielo nocturno de Ginebra.

El Mercedes empezó a cruzar el río.

No le gustaba imaginarse a Gabrielle deambulando sola por las calles. Lo que lo preocupaba era su impulsividad. Cuando se enfadaba era capaz de cualquier cosa. Podría desaparecer varios días, coger un avión e irse a casa de su madre en Inglaterra, dejar que le llenaran la cabeza de tonterías. «¿Sabes qué? Olvídalo. Se acabó.» ¿Qué había querido decir con eso? ¿Qué se había acabado? ¿La exposición? ¿Su carrera artística? ¿Su conversación? ¿Su matrimonio? El pánico volvió a surgir en su interior. La vida sin ella sería un vacío insoportable. Apoyó la frente en el frío cristal y por un vertiginoso momento, mientras miraba las aguas turbias y opacas, imaginó que era absorbido hacia la nada, como un pasajero succionado a través del fuselaje de un avión a varios kilómetros de altitud.

Entraron en el Quai du Mont-Blanc. La ciudad, agazapada alrededor del oscuro lago, parecía apagada y sombría, tallada en la misma roca gris que la lejana cadena del Jura. No tenía ni pizca de la vulgar exuberancia animal de vidrio y acero de Manhattan o la City de Londres: allí los rascacielos se elevaban y se derrumbaban, había booms y descalabros; en cambio la astuta Ginebra, con la cabeza agachada, lo soportaría todo. El Hotel Beau-Rivage, bien ubicado casi en la parte central de la ancha avenida bordeada de árboles, plasmaba esos valores en ladrillo y piedra. Allí no había pasado nada emocionante desde 1898, cuando la emperatriz de Austria, al salir del hotel después de comer, murió apuñalada por un anarquista italiano. Un detalle de ese asesinato se había grabado en la mente de Hoffmann: la emperatriz no se había percatado de su herida hasta que le quitaron el corsé, y a esas alturas ya estaba casi muerta a consecuencia de la hemorragia interna. En Ginebra, hasta los asesinatos se llevaban a cabo con discreción.

El Mercedes paró en la acera de enfrente, y Paccard, alzando una mano con autoridad para detener el tráfico, escoltó a Hoffmann por el paso de peatones, por la escalinata y hasta el grandioso interior estilo Habsburgo. Si el conserje se alarmó al ver aparecer a Hoffmann, no dejó que se le notara en el sonriente rostro cuando relevó a Paccard y guió a *le cher docteur* por la escalera hasta el comedor.

Más allá de las altas puertas el ambiente era el de un salón del siglo XIX: cuadros, antigüedades, sillas doradas, cortinas doradas drapeadas; la emperatriz se habría sentido allí como en su casa. Quarry había reservado una mesa larga junto a los ventanales y

estaba sentado de espaldas a la vista del lago, vigilando la entrada. Se había colgado una servilleta del cuello de la camisa, al estilo de los clubs ingleses, pero cuando apareció Hoffmann se la quitó rápidamente y la dejó en la silla. Fue al encuentro de su socio en medio de la sala.

—¡Profesor! —dijo alegremente para que lo oyeran los demás, y luego, en voz baja, apartándose un poco, añadió—: ¿Dónde demonios te habías metido?

Hoffmann fue a contestar, pero Quarry lo interrumpió sin escucharle. Estaba entusiasmado con el cierre del trato; le brillaban los ojos.

—Vale, no importa. Lo principal es que parece que están de acuerdo, al menos la mayoría, y tengo el presentimiento de que vamos a estar más cerca del millón de dólares que de los setecientos cincuenta mil. Así que lo único que te pido, por favor, maestro, son sesenta minutos de garantías técnicas. A ser posible con la mínima agresividad, no sé si serás capaz de eso. —Hizo un gesto hacia la mesa—. Ven a sentarte con nosotros. Te has perdido el *grenouille de Vallorbe*, pero seguro que el *filet mignon de veau* estará divino.

Hoffmann no se movió.

—¿Tú le has comprado todas las obras a Gabrielle? —preguntó con recelo.

—¿Cómo dices? —Quarry se detuvo, se dio la vuelta y lo miró con los ojos entrecerrados, perplejo.

—Alguien acaba de comprarle toda la colección utilizando una cuenta registrada a mi nombre. Gabrielle cree que podrías haber sido tú.

—¡Pero si ni siquiera he visto la exposición! Y ¿por qué iba a tener yo una cuenta a tu nombre? Para empezar, eso es ilegal. —Miró por encima del hombro a sus clientes, y luego otra vez a Hoffmann. Parecía absolutamente desconcertado—. Oye, ¿no podemos hablar de esto más tarde?

—¿Estás completamente seguro de que no se la has comprado? ¿Ni siquiera para gastarle una broma? Si has sido tú, dímelo.

—Mira, tío, yo no gasto esa clase de bromas. Lo siento.

—Ya, eso mismo he pensado yo. —Hoffmann recorrió la sala con la mirada: los clientes, los camareros, las dos salidas, los altos ventanales y el balcón—. Hay alguien que va por mí, Hugo. Se ha propuesto destruirme poco a poco. Te confieso que empieza a fastidiarme.

—Sí, ya lo veo, Alexi. ¿Qué tal la cabeza?

Hoffmann se llevó una mano al cuero cabelludo y pasó los dedos por encima de los bultitos duros y extraños de los puntos. Se dio cuenta de que tenía un dolor de cabeza punzante.

—Ha empezado a dolerme otra vez.

—De acuerdo —dijo Quarry con calma. En otras circunstancias, Hoffmann habría encontrado graciosa aquella petulancia tan inglesa ante el posible desastre—. ¿Qué quieres decir exactamente? ¿Crees que deberías volver al hospital?

—No. Me sentaré y ya está.

—Y ¿no comerás un poco? —dijo Quarry, esperanzado—. No has comido nada en todo el día, ¿no? No me extraña que no te encuentres muy bien. —Cogió a Hoffmann por el brazo y lo llevó hacia la mesa—. Ahora te sientas enfrente de mí, donde yo pueda vigilarte, y más adelante quizá nos cambiemos todos de sitio. Por cierto, buenas noticias de Wall Street —añadió en voz baja—. Por lo visto el Dow va a abrir muy bajo.

Un camarero ayudó a Hoffmann a sentarse entre el abogado parisino François de Gombart-Tonnelle y Étienne Mussard. Quarry estaba flanqueado por sus respectivas parejas, Elmira Gulzhan y Clarisse Mussard. Los chinos tendrían que arreglárselas solos en un extremo de la mesa; los financieros norteamericanos, Klein y Easterbrook, estaban en el otro extremo. Entremedio se habían sentado Herxheimer, Mould, Łukasinski y varios abogados y asesores que irradiaban la cordialidad natural de quienes cobran honorarios por hora y al mismo tiempo disfrutaban de una comida gratis. El camarero desplegó una gruesa servilleta de lino y se la puso en el regazo a Hoffmann. El *sommelier* le dejó elegir entre vino blanco o tinto —un Louis Jadot Montrachet Grand Cru de 2006 o un Latour de 1995—, pero él los rechazó ambos. Pidió agua mineral sin gas.

De Gombart-Tonnelle dijo:

—Estábamos hablando de tipos impositivos, Alex. —Arrancó un trocito de panecillo con sus largos dedos y se lo metió en la boca—. Decíamos que Europa parece seguir los pasos de la antigua Unión Soviética. Francia cuarenta por ciento, Alemania cuarenta y cinco por ciento, España cuarenta y siete por ciento, el Reino Unido cincuenta por ciento...

—¡Cincuenta por ciento! —intervino Quarry—. No me interpreten mal, soy patriota como el que más, pero ¿de verdad quiero asociarme al cincuenta por ciento con el gobierno de Su Majestad? Me parece que no.

—Ya no hay democracia —dijo Elmira Gulzhan—. El Estado controla como nunca. Estamos perdiendo todas nuestras libertades y a nadie parece importarle. Esto es lo que encuentro tan deprimente de este siglo.

De Gombart-Tonnelle seguía con lo suyo:

—... hasta Ginebra: cuarenta y cuatro por ciento.

—No me digáis que vosotros pagáis el cuarenta y cuatro por ciento —dijo Iain Mould. Quarry sonrió, como si esa pregunta se la hubiera hecho un niño pequeño.

—En teoría tienes que pagar el cuarenta y cuatro por ciento sobre el sueldo. Pero si tratas tus ingresos como dividendos y tu negocio está registrado en el extranjero, cuatro quintas partes de tus dividendos están legalmente libres de impuestos. Así que solo pagas el cuarenta y cuatro por ciento de una quinta parte. De lo que resulta un tipo marginal máximo del ocho coma ocho por ciento. ¿No es así, Amschel?

Herxheimer, que vivía en Zermatt pero que por algún misterio de la teletransportación trabajaba en Guernsey, corroboró sus palabras.

—Ocho coma ocho —repitió Mould. Parecía a punto de vomitar—. Lo has dicho bien.

—¡Pienso venir a vivir a Ginebra! —dijo Easterbrook dirigiéndose a todos en general.

—Sí, pero intenta contarle eso a Tío Sam —dijo Klein con pesimismo—. Hacienda te perseguirá hasta el último rincón del mundo mientras tengas un pasaporte de Estados Unidos. Y ¿has intentado alguna vez renunciar a la ciudadanía estadounidense? No puedes. Es como ser un judío soviético que pretendiera emigrar a Israel en los años setenta.

—Ya no hay libertad —insistió Elmira Gulzhan—, ya lo digo yo. El Estado nos lo quita todo, y si nos atrevemos a protestar, nos detendrán por no ser políticamente correctos.

Hoffmann se quedó mirando el mantel y dejó que la discusión se desarrollara sin intervenir en ella. Ahora se acordaba de por qué no le gustaban los ricos: detestaba su autocompasión. El terreno común de sus conversaciones era la persecución, del mismo modo que para el resto de los mortales lo eran el deporte o el tiempo. Los despreciaba.

—Os desprecio —dijo, pero nadie le hizo caso, tan enfrascados estaban en las injusticias de los elevados impuestos y la criminalidad inherente de todos los empleados. Y entonces pensó: «A lo mejor me he convertido en uno de ellos; ¿será por eso por lo que estoy tan paranoico?». Se miró las palmas de las manos debajo de la mesa, y luego los dorsos, como si esperara descubrir que les estaban creciendo pelo.

En ese momento las puertas se abrieron de par en par y por ellas pasó una fila de ocho camareros con frac, cada uno con dos platos tapados con cubreplatos de plata. Se colocaron entre la pareja de comensales que les correspondía, les pusieron los platos delante, asieron los cubreplatos con sus manos enfundadas en guantes blancos y, a una señal del maître, los levantaron. El plato principal era ternera con colmenillas y espárragos, y se lo sirvieron a todos excepto a Elmira Gulzhan, que tomó pescado a la plancha, y a Étienne Mussard, que comió una hamburguesa con patatas fritas.

—No puedo con la ternera —dijo Elmira inclinándose confiadamente hacia Hoffmann y dejándole entrever brevemente sus pechos de piel dorada—. Esos pobres animales sufren mucho.

—Ah, pues yo prefiero comer animales que hayan sufrido —dijo Quarry alegremente blandiendo el cuchillo y el tenedor; había vuelto a colgarse la servilleta del cuello de la camisa—. Creo que el miedo libera una sustancia de sabor muy intenso que va del sistema nervioso a los músculos. Chuletas de ternera joven, langosta termidor, *pâté de foie*... Cuanto más desagradable sea la muerte, mejor, esa es mi filosofía: sin dolor no hay recompensa.

Elmira lo golpeó con una punta de su servilleta.

—Eres malo, Hugo. ¿Verdad que es malo, Alex?

—Sí, es malo —coincidió Hoffmann. Paseó su comida por el plato con el tenedor. No tenía apetito. Veía, detrás de Quarry, el Jet d'Eau en el extremo opuesto del lago, explorando el cielo encapotado como un reflector de agua.

Lukasinski empezó a hacer algunas preguntas técnicas sobre el nuevo fondo, y Quarry dejó los cubiertos para contestarlas. Todo el dinero invertido estaría bloqueado durante un año, y una vez transcurrido ese plazo podría rescatarse cuatro veces al año: 31 de mayo, 31 de agosto, 30 de noviembre y 28 de febrero; los rescates tendrían que ser notificados con cuarenta y cinco días de antelación. La estructura del fondo sería la de siempre: los inversores formarían parte de una empresa de responsabilidad limitada registrada en las islas Caimán a efectos de impuestos, que contrataría a Hoffmann Tecnologías de Inversión para negociar sus acciones.

—¿Cuándo necesitáis que os demos una respuesta? —preguntó Herxheimer.

—Nos gustaría volver a bloquear el fondo a finales de este mes —respondió Quarry.

—Entonces, ¿tres semanas?

—Así es.

De pronto la atmósfera alrededor de la mesa se tornó seria. Cesaron las conversaciones. Todos escuchaban.

—Bueno, yo os doy mi respuesta ahora mismo —dijo Easterbrook. Apuntó a Hoffmann con el tenedor y añadió—: ¿Sabes qué es lo que me gusta de ti, Hoffmann?

—No, Bill. ¿Qué?

—Que no pegas rollos. Dejas que hablen los números. He tomado la decisión en cuanto he visto estrellarse ese avión. Habrá que cumplimentar ciertos trámites, por supuesto, pero voy a recomendar que AmCor doble su apuesta.

Quarry miró rápidamente a Hoffmann. Abrió mucho sus ojos azules y se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—Eso son mil millones de dólares, Bill —dijo en voz baja.

—Ya sé que son mil millones de dólares, Hugo. Hubo un tiempo en que eso era mucho dinero.

Los que les escuchaban rieron. Todos recordarían ese momento. Sería una anécdota en la que se recrearían en los muelles de Antibes y Palm Beach en los años venideros: el día en que el viejo Bill Easterbrook de AmCor puso mil millones de dólares durante una comida y comentó que en otra época era mucho dinero. El semblante de Easterbrook delataba que sabía lo que estaban pensando los demás; precisamente por eso lo había dicho.

—Eres muy generoso, Bill —dijo Quarry con voz quebrada—. Alex y yo estamos abrumados. —Miró a su socio.

—Abrumados —repitió Hoffmann.

—Winter Bay también participará —dijo Klein—. No puedo decir exactamente con qué cantidad (no tengo tantas atribuciones como Bill), pero será una cifra importante.

—Lo mismo digo —terció Łukasinski.

—Y yo hablaré con mi padre —dijo Elmira—, y él hará lo que yo le diga.

—Entonces, ¿puedo interpretar que el sentir general es que todos quieren invertir? —preguntó Quarry. Un murmullo de asentimiento recorrió la mesa—. Bueno, eso ha sonado prometedor. Formularé la pregunta de otra forma: ¿alguno de los presentes no quiere aumentar su inversión? —Los comensales se miraron unos a otros; varios se encogieron de hombros—. ¿Tú también, Étienne?

Mussard dejó de contemplar su hamburguesa y, displicente, dijo:

—Sí, sí, supongo que sí. ¿Por qué no iba a querer? Pero si no os importa, no lo

hablemos en público. Prefiero hacer las cosas al estilo tradicional suizo.

—¿Con la ropa puesta y las luces apagadas? —bromeó Quarry, y se levantó en medio de una carcajada general—. Amigos míos, ya sé que todavía estamos comiendo, pero creo que esta es una ocasión ideal para hacer un brindis espontáneo al estilo ruso. Con tu permiso, Mieczyslaw. —Carraspeó. Parecía a punto de llorar—. Queridos invitados, nos honra vuestra presencia, vuestra amistad y vuestra confianza. Creo, sinceramente, que estamos presenciando el nacimiento de una nueva potencia en la gestión global de activos, producto de la unión de la vanguardia de la ciencia y la inversión agresiva, o, si lo preferís, de Dios y Mammón. —Más risas—. Y en esta feliz efeméride me parece justo que nos pongamos en pie y alcemos nuestras copas para brindar por el genio que lo ha hecho posible. No, no, no me refiero a mí. —Miró a Hoffmann con una sonrisa radiante—. Por el padre del VIXAL-4, ¡por Alex!

Con un arrastrar de sillas, un coro de «¡Por Alex!» y un tintineo de copas de cristal tallado, los inversores se levantaron y brindaron por Hoffmann. Lo miraban con cariño —hasta Mussard consiguió torcer un poco el labio—, y después de sentarse siguieron sonriéndole y asintiendo con la cabeza hasta que él comprendió, con consternación, que esperaban que dijera algo.

—Oh, no —dijo.

Quarry lo acució con suavidad:

—Venga, Alexi, solo un par de frases, y luego te dejarán en paz otros ocho años.

—No puedo, en serio.

Pero su negativa fue recibida con una salva tan afable de «¡No!» y «¡Qué pena!» que Hoffmann no tuvo más remedio que levantarse. La servilleta resbaló de su regazo y cayó sobre la moqueta. Hoffmann apoyó una mano en la mesa para afianzarse e intentó pensar qué podía decir. Casi distraídamente, miró por la ventana y contempló el paisaje, que, como ahora él estaba de pie, se había ensanchado y abarcaba no solo la orilla opuesta, la alta fuente y las negras aguas del lago sino también el paseo donde habían apuñalado a la emperatriz, justo debajo del hotel. El Quai du Mont-Blanc alcanza su anchura máxima en ese punto. Forma una especie de parque en miniatura con limeros, bancos, pequeños parterres de césped, ornamentadas farolas *belle époque* y setos podados de un verde muy oscuro. Un dique semicircular con balaustrada de piedra se adentra en el lago; por él se accede a un embarcadero y una estación de ferris. Esa tarde en particular había una docena de personas frente al quiosco de metal blanco haciendo cola para comprar sus

billetes de ferri. Una joven con gorra de béisbol roja se deslizaba con sus patines. Dos hombres en vaqueros paseaban a un gran caniche negro. Por último, la mirada de Hoffmann se posó en una aparición esquelética arrebujaada en un abrigo de piel marrón que estaba de pie bajo uno de los limeros. Tenía la cara demacrada y muy pálida, como si acabara de vomitar o desmayarse, y las cuencas de los ojos quedaban ensombrecidas por su abultada frente, desde la que todo el pelo estaba peinado hacia atrás y recogido en una coleta gris. El hombre había alzado la vista hacia la ventana desde la que estaba mirando Hoffmann.

Hoffmann se quedó paralizado. Durante unos segundos que se le hicieron larguísimos no pudo moverse. Entonces, involuntariamente, dio un paso hacia atrás y derribó la silla. Quarry, que lo miraba asustado, dijo:

—Dios mío, vas a desmayarte —e hizo ademán de levantarse, pero Hoffmann alzó una mano para rechazar su ayuda. Dio otro paso para separarse de la mesa y se le enredaron los pies con las patas de la silla. Tropezó y estuvo a punto de caerse, pero a quienes lo estaban observando les pareció que eso rompía el hechizo que lo tenía atenazado, porque de pronto apartó la silla hacia un lado de una patada, se dio la vuelta y echó a correr hacia la puerta.

Hoffmann apenas registró las exclamaciones de sorpresa que sus clientes proferían a sus espaldas, ni los gritos de Quarry llamándolo por su nombre. Salió al pasillo decorado con espejos y bajó por la escalera circular agarrándose al pasamano para girar en los rellanos. Al llegar abajo salvó de un salto los últimos escalones, pasó corriendo al lado de su guardaespaldas —que hablaba con el conserje— y llegó al paseo.

[...] la lucha [por la existencia] será casi invariablemente la más severa entre individuos de la misma especie, porque estos frecuentan las mismas localidades, necesitan el mismo alimento y están expuestos a los mismos peligros.

CHARLES DARWIN,
El origen de las especies (1859)

No había nadie bajo el limero en la acera de enfrente, al otro lado de la ancha calzada. Hoffmann se detuvo en medio de las hileras de maletas de los huéspedes, miró a derecha e izquierda y soltó una palabrota. El portero le preguntó si necesitaba un taxi. Hoffmann no le hizo caso y recorrió la acera del hotel hasta la esquina. Enfrente había un letrero, «HSBC Private Bank»; a su izquierda discurría una calle estrecha de un solo carril, paralela a la fachada lateral del Beau-Rivage: la rue Docteur-Alfred-Vincent. Como no se le ocurrió ninguna idea mejor, enfiló esa calle y recorrió unos cincuenta metros a la carrera; dejó atrás un andamio, una hilera de motocicletas aparcadas y una iglesia pequeña. Al final había un cruce. Allí se detuvo otra vez.

Una manzana más allá, una figura con abrigo marrón cruzaba la calle. El hombre se paró al llegar a la otra acera, volvió la cabeza y miró a Hoffmann. Era él, no cabía duda. Una furgoneta blanca pasó entre los dos y el hombre desapareció cojeando por una calle lateral.

Hoffmann echó a correr. Una energía poderosa y justificable inundaba su cuerpo e impulsaba sus piernas, que daban pasos largos y rápidos. Corrió hasta el punto donde había visto al hombre por última vez. Era otra calle de un solo sentido; el hombre había vuelto a desaparecer. Hoffmann fue hasta el siguiente cruce. Las vías eran estrechas,

tranquilas, con poco tráfico y muchos coches aparcados. Allá donde mirara había pequeños comercios —una peluquería, una farmacia, un bar—, gente que hacía sus compras aprovechando el descanso de la comida. Giró sobre sí mismo, impotente; fue hacia la derecha, corrió, volvió a torcer a la derecha, abriéndose paso por el cerrado laberinto de calles de sentido único, resistiéndose a rendirse pero cada vez más convencido de que había perdido a su presa. El barrio había cambiado. Al principio Hoffman solo se percató de eso vagamente. Los edificios estaban más descuidados; había algunos abandonados, con las fachadas cubiertas de grafitis; y de pronto se encontraba en otra ciudad. Una adolescente de color con jersey ceñido y minifalda de plástico blanco le gritó desde la acera de enfrente. Estaba plantada junto a la puerta de una tienda con un letrero de neón morado que rezaba VIDEO CLUB XXX. Más allá había otras tres prostitutas, todas negras, que patrullaban la acera mientras sus proxenetas fumaban en los portales u observaban a las mujeres desde la esquina: jóvenes, bajos y delgados, con la piel aceitunada y el pelo corto y negro, norteafricanos quizá, o albaneses.

Hoffmann aminoró el paso y trató de orientarse. Se dio cuenta de que debía de haber llegado casi hasta la estación de tren de Cornavin, y entrado en el barrio chino. Al final se detuvo frente a una discoteca con la puerta cegada con tablones y cubierta con una capa pelada de pósters: Le Black Kat (XXX, PELÍCULAS, CHICAS, SEXO). Con el rostro contraído, las manos en las caderas, un fuerte dolor en el costado, se inclinó sobre la alcantarilla y trató de recobrar el aliento. Una prostituta asiática lo observaba desde el escaparate de una tienda a menos de tres metros de distancia. Llevaba medias y un corsé negros y estaba sentada con las piernas cruzadas en una butaca de damasco rojo. Descruzó las piernas, volvió a cruzarlas, sonrió y le hizo señas a Hoffmann hasta que de pronto un mecanismo oculto hizo descender una persiana que tapó la escena.

Hoffmann se enderezó, consciente de que las chicas y sus proxenetas lo observaban. Un hombre con cara de rata, algo mayor que los otros, con marcas de acné en la cara, lo miraba mientras hablaba por un teléfono móvil. Hoffmann volvió sobre sus pasos escudriñando los callejones y los patios de ambos lados de la calle por si el hombre se había escondido en alguno de ellos. Pasó por delante de un sex shop, Je Vous Aime, y dio media vuelta. En el escaparate había un surtido de artículos expuestos con desgana: vibradores, pelucas, ropa interior erótica. Unas medias negras, estiradas y sujetas con alfileres a una tabla, parecían un murciélago muerto. La puerta estaba abierta, pero una

cortina de tiras de plástico multicolores impedía ver el interior. Hoffmann pensó en las esposas y la mordaza que el intruso se había dejado en su casa. Leclerc había comentado que seguramente habrían salido de un establecimiento como aquel.

De pronto su teléfono móvil emitió el tono de recepción de un mensaje de texto: «Rue de Berne 91 habitación 68».

Se quedó mirándolo unos segundos. ¿No acababa de dejar atrás la rue de Berne? Se dio la vuelta y allí estaba, justo detrás de él, lo bastante cerca para poder leer el letrero azul con el nombre de la calle. Volvió a leer el mensaje: lo habían enviado desde un número oculto. Miró alrededor para comprobar si alguien lo observaba. Las tiras de plástico de la cortina se agitaron y se separaron. Salió un individuo gordo y calvo con tirantes por encima de una camiseta sucia.

—*Que voulez-vous, monsieur?*

—*Rien.*

Hoffmann retrocedió hasta la rue de Berne. Era una calle larga y cochambrosa, pero al menos estaba más concurrida —dos carriles, con tendido de cables de tranvía en lo alto—, y eso le hizo sentirse más seguro. En el cruce había una tienda de fruta y verdura con el escaparate abierto, y junto a ella, una pequeña y lúgubre cafetería con unas cuantas mesas y sillas de aluminio en la acera y un *tabac* donde se anunciaban «*Cartes telephoniques, Videos X, DVDs X, Revues X USA*». Se fijó en los números de la calle, que ascendían a su izquierda. Echó a andar, contándolos, y al cabo de treinta segundos había salido del norte de Europa y había entrado en el sur del Mediterráneo: restaurantes libaneses y marroquíes, caligrafía árabe en los letreros de las tiendas, música árabe que salía de pequeños altavoces a todo volumen, un olor a kebabs grasientos y picantes que le revolvió el estómago; solo la extraña ausencia de basura delataba que se hallaba en Suiza.

Encontró el número 91 en el lado norte de la rue de Berne, frente a una tienda donde vendían ropa africana. Era un edificio ruinoso de siete plantas, con estuco amarillo desconchado, de unos cien años de antigüedad, con persianas verdes metalizadas en las ventanas. En cada una de las plantas había cuatro ventanas, y a uno de los lados, sobresaliendo del edificio, colgaban casi desde el techo hasta el suelo las letras que formaban el nombre del establecimiento: HOTEL DIODATI. Casi todas las persianas estaban cerradas, pero había algunas medio levantadas, como párpados caídos, y el interior quedaba oculto por unos gruesos visillos de un blanco grisáceo con estampado

de flores. En la planta baja había una puerta vieja y maciza de madera que curiosamente a Hoffmann le recordó a Venecia; no cabía duda de que era más vieja que el edificio, y tenía labrados lo que parecían elaborados símbolos masónicos. Mientras la observaba, la puerta se abrió hacia dentro, y del interior en penumbra salió un hombre con vaqueros y zapatillas de deporte y con una capucha puesta. Era imposible verle la cara. El hombre se metió las manos en los bolsillos, encorvó los hombros y echó a andar por la calle. Un minuto más tarde volvió a abrirse la puerta. Esa vez salió por ella una mujer, joven y delgada, con el pelo suave y sedoso, teñido de naranja, y una minifalda a cuadros blanca y negra. Llevaba un bolso colgado del hombro. Se paró en el umbral, abrió el bolso, buscó en él, sacó unas gafas de sol, se las puso y echó a andar en la dirección opuesta en la que lo había hecho el hombre.

Hoffmann no tomó en ningún momento la firme decisión de entrar en el hotel. Se quedó un rato mirando, y luego cruzó la calle y se paró frente a la puerta. Al final la abrió y miró dentro. El sitio olía a cerrado, y ese olor lo enfatizaba, en lugar de disimularlo, una varilla de incienso que ardía en algún lugar. Había un exiguo vestíbulo con un mostrador, vacío, y una zona de descanso con un sofá negro y rojo con patas de madera y butacas a juego. Un pequeño acuario relucía en la penumbra, pero no parecía que dentro hubiera peces.

Hoffmann dio unos pasos y traspuso el umbral. Se dijo que si alguien le preguntaba algo, podía decir que buscaba una habitación: llevaba dinero en el bolsillo, así que podía pagarla. Seguramente las alquilaban por horas. La puerta se cerró detrás de él, ahogando los ruidos provenientes de la calle. Oyó moverse a alguien en el piso de arriba, y música; los golpazos de los graves hacían temblar las delgadas paredes. Cruzó la vacía recepción con suelo de linóleo ondulado y siguió por un estrecho pasillo hasta un pequeño ascensor. Pulsó el botón y las puertas se abrieron inmediatamente, como si lo estuvieran esperando.

Era un ascensor diminuto, con las paredes forradas de metal gris y cubiertas de rayones, como un archivador viejo, en el que apenas había espacio para dos personas, y cuando se cerraron las puertas a Hoffmann lo abrumó la claustrofobia. Los botones del panel le daban a elegir entre siete plantas. Pulsó el correspondiente a la sexta. Se oyó el gemido de un motor, la caja del ascensor se sacudió y empezó a ascender muy despacio. Hoffmann ya no tenía exactamente una sensación de peligro, sino de irrealidad, como si

se hallara en un sueño recurrente de la infancia que no recordara muy bien, y del que la única forma de despertar era seguir adelante hasta encontrar la salida.

El viaje se le hizo eterno. Se preguntó si habría alguien esperándolo al final. Cuando se detuvo el ascensor, Hoffmann levantó las manos para protegerse. Las puertas se abrieron dando sacudidas en la sexta planta.

El rellano estaba vacío. Hoffmann no estaba decidido a salir, pero entonces las puertas empezaron a cerrarse y tuvo que sacar una pierna para no quedar de nuevo aprisionado. Las puertas temblaron, volvieron a abrirse y Hoffmann salió con cuidado al rellano. Allí estaba más oscuro que en el vestíbulo, y tuvo que ajustar otra vez la visión. Las paredes estaban desnudas. Había el mismo olor a cerrado, casi fétido, a un aire que había sido respirado mil veces y que nunca habían refrescado abriendo una puerta o una ventana. Hacía calor. Enfrente tenía dos puertas; a derecha e izquierda, sendos pasillos con más puertas. Un letrero chapucero compuesto con letras sueltas de plástico de colores, de esas que venden en las tiendas de juguetes, indicaba que la habitación sesenta y ocho estaba a la derecha. El ruido del motor al ponerse de nuevo en funcionamiento el ascensor lo sobresaltó. Esperó hasta que oyó bajar la cabina hasta la planta baja. Entonces volvió a reinar el silencio.

Dio un par de pasos hacia la derecha y se asomó a un largo pasillo. La habitación sesenta y ocho estaba al final y tenía la puerta cerrada. No muy lejos se oía un ruido rítmico, un chirrido metálico que al principio confundió con el de una sierra pero que no tardó en identificar como el de los muelles de una cama. Se oyó un golpazo. Un hombre dio un gemido de dolor.

Hoffmann sacó su teléfono móvil con la intención de llamar a la policía. Pero no tenía cobertura, lo que le extrañó, habida cuenta de que se encontraba en el centro de Ginebra. Se lo guardó en el bolsillo y avanzó con cautela hacia el fondo del pasillo. Sus ojos quedaban exactamente a la altura del protuberante y opaco cristal de la mirilla. Aguzó el oído y no oyó nada. Llamó a la puerta con los nudillos, acercó la oreja a la madera y volvió a escuchar. Nada: hasta los muelles de la cama del vecino habían dejado de chirriar.

Intentó girar el picaporte de plástico negro, pero la puerta no se abrió. Sin embargo solo había un cerrojo viejo, y Hoffmann vio que la jamba de la puerta estaba podrida: hincó la uña en la madera esponjosa y arrancó unas astillas desmigajadas de color naranja, del tamaño de palillos. Dio un paso atrás, giró la cabeza para comprobar que no

había nadie y embistió la puerta con el hombro. La puerta cedió un poco. Retrocedió un par de pasos más y volvió a lanzarse contra la puerta. Esa vez oyó que la madera se astillaba y la puerta se abrió un par de centímetros. Metió los dedos de ambas manos por la rendija y empujó. Se oyó un crujido y la puerta se abrió por completo.

Dentro estaba oscuro, pero la persiana no se había cerrado del todo y se veía una débil franja de luz gris sobre el marco inferior de la ventana. Caminó lentamente por la moqueta, buscó a tientas el interruptor entre los visillos, lo pulsó y la persiana empezó a subir ruidosamente. La ventana, por la que pasaba una escalera de incendios, daba a la parte trasera de una hilera de edificios situados a unos cincuenta metros de distancia, separados del hotel por un muro de ladrillo y dos patios adyacentes llenos de cubos de basura, malas hierbas y desperdicios. La luz, aunque tenue, permitió a Hoffmann examinar la habitación: una cama individual sin hacer, con ruedas, con una sábana grisácea que colgaba sobre la moqueta roja y negra; una pequeña cómoda con una mochila encima, una silla de madera con asiento de cuero marrón arañado. El radiador de debajo de la ventana estaba tan caliente que quemaba. Había un olor extraño a tabaco rancio, sudor masculino y jabón barato. Alrededor de los apliques de la pared, las bombillas desnudas habían quemado el papel pintado. En el diminuto cuarto de baño había una pequeña bañera con una cortina de ducha de plástico transparente alrededor, un lavamanos en el que las pérdidas de los grifos habían dejado manchas de un negro verdoso y un váter con marcas parecidas; en un estante de madera había una taza de cristal con un cepillo de dientes y una maquinilla de afeitar desechable azul.

Hoffmann volvió al dormitorio. Llevó la mochila a la cama y la volcó para vaciarla. Dentro había, sobre todo, ropa sucia —una camisa a cuadros, camisetas, ropa interior, calcetines—, pero escondida entre la ropa había una vieja cámara Zeiss con una lente potente, y también un ordenador portátil en modo «sleep» que todavía estaba caliente al tacto.

Dejó el ordenador y volvió a la puerta, que había quedado abierta. El marco se había astillado alrededor de la cerradura, pero no se había roto, y pudo poner en su sitio el hueco del cerrojo y cerrar la puerta con cuidado. Si empujaban desde el otro lado volvería a abrirse, pero desde lejos parecía intacta. Detrás de la puerta había un par de botas. Las cogió con el índice y el pulgar y las examinó. Eran idénticas a las que había visto junto a la puerta de su casa. Las dejó otra vez en el suelo, se sentó en el borde de la

cama y abrió el ordenador. Y entonces se oyó un fuerte sonido metálico que salía de las entrañas del edificio. El ascensor se había puesto en marcha.

Hoffmann apartó el ordenador y escuchó el gemido que producía el ascensor en su largo ascenso. Al final la cabina se paró, y se oyó el traqueteo de las puertas al abrirse. Hoffmann cruzó rápidamente la habitación y miró por la mirilla en el preciso instante en que el hombre entraba en el pasillo. Llevaba una bolsa de plástico blanca en una mano y con la otra rebuscaba en su bolsillo. Llegó ante la puerta y sacó su llave. La distorsionadora lente de la mirilla hacía que su cara pareciera aún más cadavérica que antes, y Hoffmann notó que se le erizaba el vello de la nuca.

Se apartó de la puerta, miró rápidamente alrededor y se metió en el cuarto de baño. Un instante más tarde oyó la llave al introducirse en la cerradura, y a continuación un gruñido de sorpresa al abrirse la puerta sin necesidad de girar la llave. En la penumbra, a través de la rendija que quedaba entre la puerta del cuarto de baño y la jamba, Hoffmann veía claramente el centro de la habitación. Contuvo la respiración. Siguió unos momentos en que no pasó nada. Rezó para que el hombre hubiera dado media vuelta y bajado a la recepción para informar de un robo; pero entonces su silueta pasó brevemente por el campo de visión de Hoffmann, camino de la ventana. Hoffmann estaba a punto de salir corriendo cuando, a una velocidad asombrosa, el hombre se dio la vuelta y le pegó una fuerte patada a la puerta del cuarto de baño.

Agachado y con las piernas separadas, sosteniendo un largo cuchillo a la altura de la cabeza, recordaba a un escorpión. Era más corpulento de lo que Hoffmann recordaba, y lo abultaba aún más el abrigo de piel. No había forma de esquivarlo. Pasaron unos largos segundos mientras se miraban fijamente el uno al otro, y entonces el hombre dijo, con una voz sorprendentemente serena y educada:

—*Zurück. In die Badewanne.*

Apuntó con el cuchillo hacia el cuarto de baño y Hoffmann sacudió la cabeza sin comprender.

—*In die Badewanne* —repitió el hombre con tono acuciante, señalando con el cuchillo primero a Hoffmann y luego la bañera.

Tras otra pausa interminable, Hoffmann vio que sus extremidades hacían lo que les ordenaban. Apartó la cortina de la ducha con una mano y pasó las piernas, temblorosas, por encima del borde de la bañera. Sus botas de ante pisaron fuerte en el plástico barato. El hombre entró en el cuarto de baño, tan pequeño que apenas había espacio para dos

personas. Tiró de un interruptor de cuerda y el fluorescente que había sobre el lavamanos se encendió con un parpadeo. Cerró la puerta.

—*Ausziehen* —dijo, y esa vez se molestó en añadir una traducción—: Desnúdate. — Con su largo abrigo de piel parecía un carnicero.

—*Nein* —contestó Hoffmann sacudiendo la cabeza y levantando las manos, como si invitara a su interlocutor a adoptar una actitud más razonable—. No. Ni hablar.

El hombre soltó una palabrota que Hoffmann no entendió y lo atacó con el cuchillo; la hoja le pasó tan cerca que, aunque se había metido en el rincón bajo el grifo de la ducha, le cortó la parte delantera de la gabardina, y un faldón quedó colgando sobre sus rodillas. Hubo un momento espantoso en que Hoffmann creyó que era su piel, y se apresuró a decir:

—*Ja, ja*, de acuerdo. Me desnudaré.

Toda aquella situación era tan insólita que parecía desarrollarse al margen de la realidad o estar sucediéndole a otra persona. Se sacudió rápidamente la gabardina del hombro izquierdo, y luego del derecho. No tenía espacio suficiente para sacar los dos brazos de las mangas; la prenda se le quedó un momento atascada detrás de la espalda y Hoffmann tuvo que retorcerse como si intentara desprenderse de una camisa de fuerza.

Trató de pensar algo que decir, establecer contacto con su agresor, pasar aquel encuentro a otro plano menos peligroso.

—¿Eres alemán? —preguntó, y como el hombre no contestaba, se esforzó para rescatar lo poco de aquel idioma que había aprendido en el CERN—: *Sie sind Deutscher?* —No obtuvo respuesta.

Por fin consiguió quitarse la estropeada gabardina. La dejó caer a sus pies. A continuación se quitó la chaqueta y se la tendió a su captor, quien le indicó moviendo el cuchillo que la tirara al suelo. Hoffmann empezó a desabrocharse la camisa. Decidió que si era necesario seguiría quitándose la ropa hasta quedarse desnudo, pero que si el hombre intentaba atarlo, pelearía. Sí, entonces pelearía. Prefería morir a quedar completamente indefenso.

—¿Por qué haces esto? —preguntó.

El hombre lo miró arrugando la frente, como un niño desconcertado, y contestó en inglés:

—Porque tú me invitaste.

Hoffmann le clavó los ojos, perplejo.

—Yo no te he invitado a hacer nada.

El hombre volvió a blandir el cuchillo.

—Continúa, por favor.

—Mira, esto es absurdo...

Hoffmann terminó de desabrocharse la camisa y la dejó caer encima de su chaqueta. Mientras lo hacía trataba de calcular sus riesgos y sus oportunidades. Se cogió el borde inferior de la camiseta y se la quitó por la cabeza, y cuando se destapó la cara y vio los ojos ávidos de su agresor notó un escalofrío. Pero había detectado una debilidad, una oportunidad. Se obligó a hacer una bola con la camiseta y ofrecérsela. «Toma», dijo, y cuando el hombre estiró un brazo para recogerla, Hoffmann corrigió la posición de los pies en el fondo de la bañera para prepararse. Se inclinó hacia delante, insistiendo —«Toma»—, y entonces se lanzó sobre él.

Se abatió sobre su agresor con suficiente fuerza para hacerlo caer hacia atrás; el cuchillo saltó por los aires, y cayeron los dos juntos, tan entrelazados que ninguno de los dos pudo golpear al otro. En realidad lo único que quería Hoffmann era salir de aquel claustrofóbico y horrible lavabo. Intentó ponerse en pie, agarrándose al lavamanos con una mano y al cordón del fluorescente con la otra, pero ambos cedieron enseguida. La habitación quedó a oscuras y Hoffmann notó que algo lo sujetaba por el tobillo y tiraba de él hacia abajo. Lo golpeó con el otro tobillo y lo pisó, y el hombre dio un aullido de dolor. Hoffmann buscó a tientas el picaporte de la puerta, mientras lanzaba patadas a diestro y siniestro. Tocó algo duro, seguramente hueso, y confió en que fuera aquel cráneo con coleta. «Pégale mientras esté en el suelo», pensó, fuera de sí; y le dio una patada, y otra, y otra. Su víctima gimoteó y se encogió hasta colocarse en posición fetal. Cuando dejó de parecer una amenaza, Hoffmann abrió la puerta del cuarto de baño y salió tambaleándose.

Se dejó caer en la silla de madera. Puso la cabeza entre las rodillas y sintió náuseas. Pese al calor que hacía en la habitación, temblaba de frío. Necesitaba recoger su ropa. Volvió con cuidado al cuarto de baño y empujó la puerta. Oyó ruidos: el hombre había ido arrastrándose hasta el váter y bloqueaba la puerta. Hoffmann le dio un empujón y el hombre gimió y se apartó. Hoffmann pasó por encima de él y recogió su ropa y el cuchillo. Volvió al dormitorio y se vistió a toda prisa. «Tú me invitaste», pensó, furioso. ¿Qué había querido decir con eso de que lo había invitado? Cogió su teléfono móvil, pero seguía sin tener cobertura.

En el cuarto de baño el hombre tenía la cabeza sobre el váter. Al ver entrar a Hoffmann, levantó la cabeza. Hoffmann, blandiendo el cuchillo, lo miró sin piedad.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

El hombre giró la cabeza y escupió sangre. Hoffmann se le acercó con cuidado, se puso en cuclillas y escudriñó su cara desde una distancia de medio metro. Tendría unos sesenta años, aunque costaba decirlo con tanta sangre en la cara; mostraba un corte en una ceja. Sobreponiéndose a su repugnancia, Hoffmann se pasó el cuchillo a la mano izquierda, se inclinó hacia delante y le abrió el abrigo de piel. El hombre levantó los brazos y dejó que Hoffmann lo registrara hasta que encontró un bolsillo interior del que sacó primero una cartera y luego un pasaporte de la Unión Europea de color rojo oscuro. Era alemán. Lo abrió; el hombre de la fotografía no guardaba un gran parecido con él. El texto lo identificaba como Johannes Karp, nacido el 14 de abril de 1952 en Offenbach am Main.

—¿Y me dices en serio que has venido desde Alemania porque yo te invité? —preguntó Hoffmann.

—Ja.

Hoffmann retrocedió.

—Estás loco —dijo.

—No, capullo, tú estás loco —dijo el alemán con una chispa de aliento—. Me diste los códigos de tu casa. —Le burbujeaba la sangre en las comisuras de la boca. Escupió un diente en la palma de la mano y lo examinó—. *Ein verrückter Mann!*

—¿Dónde está esa invitación?

El hombre apuntó débilmente con la cabeza hacia la habitación.

—En el ordenador.

Hoffmann se levantó. Apuntó con el cuchillo a Karp y dijo:

—No te muevas, ¿entendido?

En la habitación, Hoffmann se sentó en la silla y abrió el ordenador portátil. La pantalla se iluminó al instante y apareció en ella una imagen de la cara de Hoffmann. La fotografía era de escasa calidad, una ampliación de una imagen tomada por una cámara de vigilancia, al parecer. En ella Hoffmann miraba a la cámara con gesto inexpresivo, en un momento de descuido. La imagen estaba tan recortada que resultaba imposible saber dónde la habían tomado.

Pulsó un par de teclas y accedió al registro del disco duro. Los nombres de los

programas estaban en alemán. Abrió una lista de los archivos consultados más recientemente. La última carpeta, modificada poco después de las seis de la tarde anterior, se llamaba «*Der Rotenburg Cannibal*». Dentro había un sinfín de archivos Adobe que contenían artículos de periódico sobre el caso de Armin Meiwes, un técnico informático y caníbal por internet que había conocido a su víctima voluntaria en una web, la había drogado y había empezado a comérsela. Actualmente cumplía cadena perpetua en Alemania por asesinato. Otra carpeta contenía lo que parecían capítulos de una novela, *Der Metzgermeister* —*El maestro carnicero, ¿no?*—, un torrente de decenas de miles de palabras que Hoffmann no entendía, sin un solo punto y aparte, que al parecer componían una obra de fantasía. Y había una carpeta llamada «*Das Opfer*», que Hoffmann sabía que significaba «La víctima». Esa estaba en inglés y contenía lo que parecían transcripciones de un *chat room* de internet: un diálogo, como discernió al seguir leyendo, entre un participante que fantaseaba sobre cometer un asesinato y otro que soñaba con cómo sería morir. La segunda voz tenía algo que le resultaba vagamente familiar, expresiones que reconocía, secuencias de sueños que antaño habían adornado su mente como sucias telarañas hasta que él los había eliminado, o creía haber eliminado.

De pronto parecieron fusionarse ante él en un reflejo oscuro, y estaba tan enfrascado en lo que veía en la pantalla que fue casi un milagro que una mínima alteración de la luz o el aire le hiciera levantar la cabeza en el preciso instante en que la navaja descendía destellando sobre él. Echó la cabeza hacia atrás y evitó por muy poco que la hoja de quince centímetros de una navaja automática se le clavara en un ojo: el hombre debía de tenerla escondida en el bolsillo del abrigo. El alemán arremetió a patadas contra él y le dio debajo de las costillas; luego intentó de nuevo clavarle la navaja. Hoffmann dio un grito de dolor y de sorpresa; la silla cayó hacia atrás y de pronto tenía a Karp encima. La navaja destellaba en la luz tenue. Sin saber cómo, más por un acto reflejo que por una decisión consciente, agarró al hombre por la muñeca con la mano izquierda, la más débil. La navaja tembló brevemente cerca de su cara.

—*Es ist, was Sie sich wünschen* —susurró Karp con voz tranquilizadora—. Es lo que tú deseas.

La punta de la navaja llegó a pinchar a Hoffmann; este, con el rostro crispado por el esfuerzo, siguió apartando la navaja, ganando unos milímetros, hasta que por fin el brazo de su agresor se dobló hacia atrás y, admirado de su propia fuerza, Hoffmann lo lanzó

contra el bastidor metálico de la cama. La cama se deslizó brevemente sobre las ruedas, chocó contra la pared y se detuvo. Hoffmann seguía sujetando de la otra muñeca a Karp con la mano izquierda, y con la derecha le cogió la cara: le metió los dedos en las profundas cuencas de los ojos y le apretó la garganta con la base de la mano. Karp rugió de dolor e intentó apartarle los dedos con la mano que tenía libre. Hoffmann reaccionó corrigiendo la posición de la mano de modo que abrazara por completo la escuálida tráquea, ahogando el sonido. Ahora estaba encima de él; consiguió cargar todo el peso del cuerpo en la mano con que lo agarraba, y todo su miedo y su rabia, inmovilizando a Karp contra el lado de la cama. Le llegaba el olor animal de la piel del abrigo del alemán y notaba el roce de su barbilla sin afeitar en el cuello. Había perdido la noción del tiempo, arrastrada por la adrenalina, pero le pareció que solo habían pasado unos segundos cuando los dedos dejaron poco a poco de escarbarle la mano y la navaja cayó ruidosamente sobre la moqueta. El cuerpo de Karp se puso flácido y, cuando Hoffmann apartó las manos, cayó hacia un lado y quedó tendido en el suelo.

Oyó que alguien golpeaba la pared y una voz masculina que gritaba con marcado acento francés exigiendo saber qué demonios estaba pasando. Se levantó con esfuerzo, cerró la puerta y, a modo de protección adicional, arrastró la silla y la calzó bajo el picaporte. Al moverse puso en marcha un fuerte dolor en varias partes del cuerpo: la cabeza, los nudillos, los dedos, pero sobre todo debajo de las costillas; le dolían hasta los dedos de los pies, con los que había golpeado la cabeza del hombre. Se palpó el cuero cabelludo y cuando retiró la mano tenía los dedos manchados de sangre. La herida debía de habersele abierto en algún momento de la pelea. Tenía las manos cubiertas de arañazos, como si las hubiera utilizado para salir de una mata de espino. Los golpes en la pared habían cesado.

Hoffmann estaba temblando; volvía a sentir náuseas. Fue al cuarto de baño y vomitó en la taza del váter. El lavamanos se había desprendido de la pared, pero los grifos todavía funcionaban. Se echó agua en la cara y volvió al dormitorio.

El alemán estaba tendido en el suelo. No se había movido. Tenía los ojos abiertos y miraba más allá del hombro de Hoffmann, con una expresión extrañamente optimista, como si buscara a un invitado que nunca iba a llegar en una fiesta. Hoffmann se arrodilló y le buscó el pulso en la muñeca. Le dio unos cachetes en la cara. Lo sacudió como si con eso fuera a reanimarlo.

—Venga —susurró—. No me jodas.

Tenía la cabeza colgando, como un pájaro con el cuello roto.

Se oyeron unos golpes enérgicos en la puerta. Un hombre gritó: «*Ça va? Qu'est-ce qui se passe?*». Era la misma voz con marcado acento que había gritado a través de la pared desde la habitación de al lado. Intentaron abrir la puerta varias veces y luego se reanudaron los golpes. Esa vez los gritos eran más fuertes y más apremiantes: «*Allez! Laissez-moi rentrer!*».

Hoffmann consiguió ponerse en pie con mucho dolor. El picaporte volvió a sacudirse y quienquiera que fuese el que estaba fuera empezó a empujar la puerta. La silla se movió un poco, pero aguantó. Cesaron los empujones. Hoffmann supuso que volverían a intentarlo, pero esperó y no pasó nada. Se acercó con sigilo a la mirilla y miró por ella. El pasillo estaba vacío.

De pronto volvía a sentir aquel miedo animal, sereno y taimado, que controlaba sus impulsos y sus extremidades y le hacía hacer cosas que solo una hora antes habría considerado imposibles. Cogió las botas del alemán y les quitó rápidamente los cordones, estirándolos y atándolos unos a otros hasta formar una sola tira de un metro de largo. Agarró el aplique de la pared, pero era demasiado endeble. La barra de la cortina de ducha se desprendió y se le quedó en la mano en medio de una rociada de yeso rosa. Al final se decidió por el picaporte de la puerta del lavabo. Arrastró el cadáver del alemán hasta la puerta y lo apoyó contra ella. Hizo una soga con el extremo de la tira de cordones, se la pasó por la cabeza a Karp, enroscó la tira alrededor del picaporte y tiró. Le costó trabajo —tuvo que tirar del cordón con una mano y sujetar el cadáver por debajo de la axila con la otra—, pero al final consiguió levantarlo lo suficiente para que la escena pareciera mínimamente verosímil. Volvió a enroscar el cordón alrededor del picaporte y lo ató.

Tras meter los artículos personales del alemán en la mochila y arreglar un poco la cama, el dormitorio quedó asombrosamente inalterado para lo que acababa de ocurrir. Hoffmann se metió el teléfono móvil de Karp en el bolsillo, cerró el ordenador portátil y se lo llevó a la ventana. Separó los visillos. La ventana se abrió sin dificultad; era evidente que la utilizaban a menudo. En la escalera de incendios, entre los excrementos de paloma encostrados, había un centenar de colillas de cigarrillo mojadas y una veintena de latas de cerveza. Salió al rellano de la escalera de incendios, metió la mano por la ventana y pulsó el interruptor. La persiana descendió detrás de él.

Tenía que bajar seis plantas, y era consciente del ruido que hacía en la escalera

metálica y lo sospechoso que debía de parecer: cualquiera que mirara desde los edificios de enfrente o que estuviera en alguna de las habitaciones del hotel cerca de la ventana podría verlo fácilmente. Pero por suerte la mayoría de las ventanas por las que pasó tenían las persianas bajadas, y en las otras no apareció ninguna cara fantasmagórica detrás de las mortajas de muselina. El Hotel Diodati estaba tranquilo por la tarde. Siguió bajando sin pensar en otra cosa que en poner la máxima distancia entre él y el cadáver.

Vio que la escalera de incendios conducía a un pequeño patio de hormigón. Habían hecho algún intento de convertir aquel espacio en una zona de descanso exterior. Había algunos muebles de jardín de madera y un par de sombrillas verdes desteñidas con publicidad de una marca de cerveza. Calculó que la mejor forma de salir a la calle sería pasar por el hotel, pero cuando llegó a la planta baja y vio la puerta corredera que conducía a la recepción, su miedo animal se lo desaconsejó: no podía arriesgarse a encontrarse con el hombre de la habitación de al lado. Arrastró una de las sillas de madera hasta el muro trasero y se subió en ella.

Desde allí contempló una caída de dos metros hasta el patio contiguo, una jungla de maleza urbana entre la que se entreveían algunos electrodomésticos oxidados y un cuadro de bicicleta viejo; al fondo había unos grandes contenedores de basura. Era evidente que aquel patio pertenecía a un restaurante. Vio a los cocineros con sus gorros blancos moviéndose por la cocina, oyó sus gritos y el estruendo de sus cacharros. Puso el ordenador en lo alto del muro y se dio impulso para sentarse a horcajadas en él. Empezó a sonar una sirena de policía a lo lejos. Cogió el ordenador, pasó la otra pierna y saltó al otro lado, y fue a parar en medio de una mata de ortigas. Renegó. Un joven salió de entre los contenedores de basura para ver qué pasaba. Llevaba un cubo vacío en una mano y fumaba un cigarrillo; parecía árabe, iba bien afeitado y no debía de tener ni veinte años. Se quedó mirando a Hoffmann, sorprendido.

—*Où est la rue?* —preguntó Hoffmann tímidamente. Dio unos golpecitos con el dedo en el ordenador, como si de alguna forma aquello explicara su presencia allí.

El joven lo miró, arrugó la frente, se quitó el cigarrillo de los labios lentamente y señaló por encima del hombro.

—*Merci.* —Hoffmann recorrió el estrecho callejón, salió por una puerta de madera y llegó a la calle.

Gabrielle Hoffmann había pasado más de una hora rondando furiosa por los jardines públicos del Parc des Bastions, declamando mentalmente todo lo que le habría gustado decirle a Alex en la acera, hasta que comprendió, en la tercera o cuarta vuelta, que estaba farfullando como una anciana demente y que los transeúntes la miraban; entonces paró un taxi y se marchó a casa. En la calle, frente a la puerta, había un coche patrulla con dos gendarmes dentro. Al otro lado de la reja, delante de la mansión, el condenado guardaespaldas y chófer que Alex había enviado para que la protegiera hablaba por su teléfono móvil. Colgó y la miró con gesto de reproche. Con aquella cabeza abombada y afeitada y aquella figura mastodónica parecía un buda malvado.

—¿Todavía tienes ese coche, Camille? —le preguntó Gabrielle.

—Sí, *madame*.

—Y se supone que tienes que llevarme a donde yo quiera, ¿no?

—Así es.

—Pues tráelo, ¿quieres? Nos vamos al aeropuerto.

Fue al dormitorio y empezó a meter ropa en una maleta mientras rememoraba la escena de humillación que había vivido en la galería. ¿Cómo había podido hacerle aquello? No tenía ninguna duda de que había sido Alex quien había saboteado su exposición, aunque estaba dispuesta a conceder que no debía de haberlo hecho con mala intención. No, lo que la encolerizaba era que aquello era el concepto torpe y estúpido que tenía Alex de un gesto romántico. Una vez, hacía un par de años, cuando estaban de vacaciones en el sur de Francia, cenando en una marisquería desorbitadamente cara de Saint-Tropez, Gabrielle había hecho un comentario sobre lo cruel que era tener todas aquellas langostas en un acuario a la espera de su turno para que las hirvieran vivas; sin pensárselo dos veces, Alex las había comprado todas por el doble del precio de la carta y había hecho que se las llevaran y las tiraran en el puerto. El alboroto que se formó cuando cayeron al agua y se escabulleron: eso sí que había tenido gracia, y evidentemente Alex ni se había enterado. Abrió otra maleta y metió en ella unos zapatos. Pero la escena que había montado en la galería no podía perdonársela, al menos todavía. Gabrielle tardaría como mínimo unos días en tranquilizarse.

Entró en el cuarto de baño y se quedó contemplando, confundida, los cosméticos y perfumes dispuestos en los estantes de cristal. No era fácil decidir qué querías llevarte si no sabías adónde ibas ni cuánto tiempo pasarías fuera. Se miró en el espejo y, al verse con el maldito atuendo que había pasado horas eligiendo para el lanzamiento de su

carrera artística, rompió a llorar; pero no era autocompasión lo que sentía —detestaba la autocompasión—, sino miedo. «Que no se ponga enfermo —pensó—. Dios mío, por favor, no te lo lleves de mi lado así.» Mientras lloraba no dejaba de escudriñar su rostro desapasionadamente. Era asombroso lo feo que podías ponerte cuando llorabas, como si garabatearas encima de un dibujo. Al cabo de un rato metió una mano en el bolsillo de su chaqueta buscando un pañuelo de papel y lo que notó fueron las esquinas puntiagudas de una tarjeta de visita.

Profesor Robert Walton Director del
Departamento de Informática
CERN-Organización Europea para la Investigación Nuclear
1211 Ginebra 23 - Suiza

Las variedades son especies en el proceso de formación, o, como ya las hemos llamado, especies incipientes.

CHARLES DARWIN,
El origen de las especies (1859)

Ya eran más de las tres cuando Hugo Quarry volvió a la oficina. Le había dejado varios mensajes en el móvil a Hoffmann, que él no le había contestado, y estaba un poco inquieto por no saber el paradero de su socio: al supuesto guardaespaldas de Hoffmann lo había encontrado charlando con una chica en la recepción, sin saber siquiera que la persona que tenía a su cargo había salido del hotel. Quarry lo había despedido en el acto.

Pese a todo, el inglés estaba de buen humor. Creía que seguramente podrían reunir el doble de la nueva inversión prevista —dos mil millones de dólares—, lo que equivalía a cuarenta millones de dólares más simplemente en concepto de honorarios de gestión. Se había bebido varias copas de un vino francamente excelente. Mientras conducía hacia la oficina desde el restaurante lo había celebrado llamando a Benetti y encargando una pista de aterrizaje para helicópteros para su yate.

Sonreía tanto que el escáner de reconocimiento facial no consiguió cotejar sus facciones con su base de datos, y Quarry tuvo que intentarlo otra vez tras relajar el rostro. Pasó por debajo de los anodinos pero atentos ojos de las cámaras de seguridad del vestíbulo, dijo alegremente «Cinco» al entrar en el ascensor y se puso a tararear mientras ascendía por el tubo de cristal. Era aquella antigua canción escolar, o lo que recordaba de ella —«sonent voces omnium, tum-ti tum-ti tum-titum»—, y cuando se abrieron las puertas saludó a sus compañeros de viaje, aquellos plastas de DigiSyst o EcoTec o como demonios se llamaran, llevándose una mano a la frente como si se tocara el ala del

sombrero. Hasta consiguió mantener la sonrisa cuando la puerta corredera de cristal de acceso a Hoffmann Tecnologías de Inversión se abrió y reveló al inspector Jean-Philippe Leclerc de la jefatura de policía de Ginebra, que lo esperaba en la recepción. Examinó su pase de visitante y comparó la fotografía con la arrugada figura que tenía delante. Los mercados estadounidenses abrirían al cabo de diez minutos. Tendría que prescindir de aquello.

—¿No sería posible, inspector, que habláramos en algún otro momento? Solo lo digo porque hoy, aquí, estamos todos un poco liados.

—Lamento mucho molestarlo, *monsieur*. Confiaba en poder hablar con el doctor Hoffmann, pero en su ausencia hay algunos asuntos que me gustaría tratar con usted. Le prometo que solo serán diez minutos.

Por la postura del inspector, con los pies ligeramente separados, Quarry comprendió que tendría que arreglárselas como pudiera.

—Claro —rectificó componiendo su sonrisa característica—. Todo el tiempo que usted quiera. Vamos a mi despacho. —Estiró un brazo y dejó pasar al policía delante—. Todo recto hasta el final.

Tenía la sensación de que ese día ya llevaba unas quince horas con la sonrisa en los labios. Le dolía la cara de tanta cordialidad. En cuanto Leclerc le dio la espalda, Quarry se permitió fruncir el entrecejo.

Leclerc atravesó lentamente la sala de operaciones, examinando el entorno con interés. La gran sala sin particiones, con aquellas pantallas y aquellos relojes que marcaban las diferentes zonas horarias, era más o menos lo que esperaba encontrar en una compañía financiera. Lo había visto en la televisión. No obstante, le sorprendieron los empleados —eran todos muy jóvenes, y ninguno llevaba traje ni corbata— y el silencio que reinaba. Cada uno estaba sentado a su mesa, y la concentración se palpaba en el aire. Aquel sitio le recordó a un aula de exámenes de una facultad solo para hombres. O quizá a un seminario: sí, un seminario de Mammón. Esa imagen le gustó. En varias pantallas vio un eslogan, rojo sobre blanco, como en la antigua Unión Soviética:

EN LA EMPRESA DEL FUTURO NO HABRÁ PAPEL
EN LA EMPRESA DEL FUTURO NO HABRÁ EXISTENCIAS
LA EMPRESA DEL FUTURO SERÁ TOTALMENTE DIGITAL
HA LLEGADO LA EMPRESA DEL FUTURO

—Bueno —dijo Quarry, y volvió a sonreír—, ¿qué puedo ofrecerle, inspector? ¿Té, café, agua?

—Creo que tomaré té, ya que estoy con un inglés. Gracias.

—Dos té, Amber, por favor. *English breakfast*.

—Tienes muchas llamadas, Hugo —dijo la secretaria.

—Sí, ya me lo temía. —Abrió la puerta de su despacho y se hizo a un lado para dejar pasar a Leclerc primero, y luego fue derecho a su mesa—. Por favor, siéntese, inspector. Perdóneme. Solo será un segundo. —Revisó su pantalla. Los mercados europeos estaban bajando bastante deprisa. El DAX había caído un uno por ciento, el CAC un dos, el FTSE un uno y medio. El euro se había devaluado un centavo respecto al dólar. No tuvo tiempo de comprobar todas sus posiciones, pero la P&L señalaba que el VIXAL-4 ya llevaba ganados sesenta y ocho millones de dólares aquel día. Sin embargo, todo aquello tenía algo que le resultaba vagamente amenazador, pese a su buen humor; intuía que estaba a punto de caer una tormenta—. Estupendo. Muy bien. —Se sentó a su mesa con gesto alegre—. Dígame, ¿ya han detenido a ese maníaco?

—Todavía no. Tengo entendido que el doctor Hoffmann y usted llevan ocho años trabajando juntos.

—Sí. Montamos este negocio en 2002.

Leclerc sacó su bloc de notas y su bolígrafo. Los levantó y dijo:

—¿Le importa si...?

—No, aunque a Alex sí le importaría.

—¿Cómo dice?

—Tenemos prohibido utilizar en la oficina sistemas de recuperación de datos basados en el carbono: libretas y periódicos, para que usted me entienda. Se supone que la empresa es completamente digital. Pero Alex no está aquí ahora, de modo que no se preocupe. Adelante.

—Eso suena un poco excéntrico. —Leclerc lo anotó en su bloc.

—Podríamos llamarlo así. O podríamos llamarlo una parida del copón. Pero Alex es como es. Es un genio, y los genios no suelen ver el mundo igual que nosotros. Dedico gran parte de mi tiempo a explicarles su comportamiento a los simples mortales. Como Juan Bautista, voy por delante de él. O por detrás.

Lo dijo pensando en la comida en el Beau-Rivage, en la que había tenido que justificar dos veces el comportamiento de Hoffmann ante los simples mortales: la primera, cuando

había tardado media hora en presentarse («Me ha pedido que lo disculpéis, está trabajando en un nuevo teorema muy complejo»), y la segunda cuando de pronto había abandonado la mesa en medio del primer plato («Bueno, allá va Alex, amigos. Supongo que habrá tenido otro de sus momentos Eureka»). Pero aunque sus clientes habían murmurado un poco y puesto los ojos en blanco, estaban dispuestos a aceptarlo. Por ellos, Hoffmann podía terminar el día columpiándose desnudo de las vigas del techo mientras tocaba el ukelele, con tal de que siguiera generándoles un rendimiento del ochenta y tres por ciento.

—¿Podría decirme cómo se conocieron? —preguntó Leclerc.

—Claro. Cuando empezamos a trabajar juntos.

—Y ¿cómo fue eso?

—Ah, pero ¿quiere que le cuente toda la historia de amor? —Quarry se cogió las manos detrás de la cabeza y se recostó adoptando su postura favorita, con los pies en la mesa; le encantaba contar una historia que ya había contado cientos de veces, tal vez mil, hasta pulirla y convertirla en una leyenda empresarial: cuando Sears conoció a Roebuck, cuando Rolls conoció a Royce y cuando Quarry conoció a Hoffmann—. Fue en las Navidades de 2001. Yo vivía en Londres y trabajaba para un gran banco norteamericano. Quería probar y montar mi propio fondo. Sabía que podía reunir el dinero (tenía los contactos necesarios: eso no suponía ningún problema), pero no tenía ningún plan de juego que pudiera sostenerse a largo plazo. En este negocio necesitas una estrategia. ¿Sabía usted que la esperanza de vida de un *hedge fund* es de tres años?

—No —contestó Leclerc educadamente.

—Pues es cierto. Es la vida media de un hámster. En fin, un colega de nuestra oficina en Ginebra comentó que había oído hablar de un científico chiflado del CERN que por lo visto tenía ideas interesantes relacionadas con los algoritmos. Creímos que tal vez podríamos contratarlo como *quant*, pero él no quiso jugar con nosotros. Ni siquiera aceptó reunirse con nosotros, no quería saber nada: por lo visto estaba como una cabra, loco de atar. Nos reímos mucho. ¡Ay, los *quants*! ¿Qué le íbamos a hacer? Pero aquel en particular tenía algo que me hizo sentir curiosidad: no sé, fue una corazonada. Resultó que yo estaba planeando ir a esquiar aquellas vacaciones, y se me ocurrió buscarlo...

Había decidido contactar con él la noche de fin de año: imaginó que hasta un loco de atar se vería obligado a soportar alguna compañía en Nochevieja. De modo que había dejado a Sally y a los niños en el chalet de Chamonix —lo habían alquilado con los Baker, sus horrendos vecinos de Wimbledon— e, ignorando sus reproches, había bajado él solo al valle, a Ginebra, contento de tener una excusa para huir. Las montañas mostraban un azul luminoso bajo el creciente de luna y las carreteras estaban desiertas. En el coche de alquiler no había navegador en aquella época, y cuando llegó cerca del aeropuerto de Ginebra había tenido que parar en la cuneta y consultar el mapa Hertz. Saint-Genis-Pouilly estaba un poco más allá, pasado el CERN, en medio de una llanura de tierras cultivables que relucían bajo la helada: un pueblecito francés, una cafetería en el centro de calles adoquinadas, hileras de casas pulcras con tejados rojos, y por último unos cuantos bloques de apartamentos modernos, de hormigón, construidos recientemente y pintados de color ocre, con los balcones adornados con campanillas, sillas metálicas dobladas y jardineras secas. Quarry había tocado el timbre de Hoffmann mucho rato sin obtener respuesta, pese a que se vislumbraba una franja de luz tenue bajo la puerta e intuía que dentro había alguien. Al final había salido un vecino y le había dicho que *tout le monde par le CERN* estaba en una fiesta en una casa cerca del estadio deportivo. Por el camino Quarry había parado en un bar y había comprado una botella de coñac, y recorrió las calles oscuras hasta que encontró la casa.

Habían pasado más de ocho años y todavía recordaba la emoción que sintió cuando se cerraron las puertas del coche con aquel alegre chasquido electrónico y echó a andar por la acera hacia las luces navideñas multicolores y la música machacona. Otras personas, algunas solas y otras formando parejas y riendo, convergían hacia el mismo lugar, y Quarry tuvo la impresión de que aquello iba a ser un éxito: que las estrellas que brillaban por encima de aquel espantoso pueblecito europeo se habían alineado y que estaba a punto de ocurrir algún suceso extraordinario. Los anfitriones recibían a sus invitados en la puerta: Bob y Maggie Walton, un matrimonio inglés, mayores que sus invitados, deprimentes. Se habían alegrado muchísimo de verlo, y mucho más cuando Quarry les dijo que era amigo de Hoffmann: le pareció que él era el primero que hacía aquella afirmación. Walton había rechazado la botella de coñac como si se tratara de un soborno: «Llévatela cuando te marches». No había sido muy simpático con él, pero la verdad era que se estaba colando en su fiesta, y además no encajaba allí con su anorak de esquiar de marca, rodeado de todos aquellos *nerds* con sueldo del gobierno. Preguntó dónde podía

encontrar a Hoffmann, y Walton le contestó, con cierto recelo, que no estaba muy seguro pero que seguramente Quarry lo reconocería cuando lo viera, «si es verdad que son ustedes tan amigos».

—Y ¿lo reconoció?

—Sí, claro. Es fácil reconocer a un norteamericano, ¿no cree? Estaba solo en medio de una habitación de la planta baja y la gente circulaba alrededor de él (era un tipo apuesto, destacaba en las multitudes), pero él no les prestaba ninguna atención. Parecía que estuviera en algún otro sitio, muy lejos de allí. No tenía una expresión hostil, no sé si me explico; era solo que parecía ausente. Yo ya me he acostumbrado a eso.

—Y ¿fue esa la primera vez que habló con él?

—Sí.

—¿Qué le dijo?

—«El doctor Hoffmann, supongo.»

Había sacado la botella de coñac y se había ofrecido para ir a buscar un par de copas, pero Hoffmann le había dicho que no bebía, y Quarry había replicado: «Si no bebes, ¿qué haces en una fiesta de fin de año?», y Hoffmann había contestado que unos colegas suyos muy amables pero muy sobreprotectores habían pensado que sería preferible que no se quedara solo aquella noche. Pero se equivocaban, añadió: le encantaba estar solo. Y dicho eso, se había ido a otra habitación, obligando a Quarry, tras un breve intervalo, a seguirlo. Aquel fue su primer contacto con el legendario encanto de Hoffmann. Le había cabreado bastante.

—He recorrido cien kilómetros para verte —dijo mientras lo perseguía—. He dejado a mi mujer y mis hijos llorando en una cabaña en la ladera de una montaña y he conducido por el hielo y bajo la nieve para llegar hasta aquí. Lo menos que puedes hacer es hablar conmigo.

—¿Por qué te intereso tanto?

—Porque tengo entendido que estás desarrollando un software muy interesante. Un colega mío de AmCor me dijo que había hablado contigo.

—Sí, y le expliqué que no me interesa trabajar para un banco.

—A mí tampoco.

Hoffmann lo miró por primera vez con una pizca de interés.

—Entonces, ¿qué quieres hacer?

—Quiero montar un *hedge fund*.

—¿Qué es un *hedge fund*?

Quarry, sentado enfrente de Leclerc, echó la cabeza hacia atrás y rió. Tenían diez mil millones de dólares, que pronto se convertirían en doce mil millones de dólares, en activos gestionados, y sin embargo solo ocho años atrás Hoffmann ni siquiera sabía qué era un *hedge fund*. Y a pesar de que seguramente una fiesta de fin de año abarrotaba y bulliciosa no era el mejor sitio para explicarlo, Quarry no tenía alternativa. Le había gritado la definición a Hoffmann al oído.

—Es una forma de maximizar los rendimientos al mismo tiempo que se minimizan los riesgos. Para que funcione hacen falta muchas matemáticas. Ordenadores.

—Vale. Sigue —dijo Hoffmann.

—Muy bien. —Quarry miró alrededor en busca de inspiración—. Mira, ¿ves a esa chica de allí, esa morena con el pelo corto que está en ese grupo y que no para de mirarte? —Quarry la había saludado levantando la botella de coñac y le había sonreído—. Vale, supongamos que estoy convencido de que lleva bragas negras (le pega llevar bragas negras), y estoy tan seguro, tan convencido, que quiero apostar un millón de dólares. El problema es que si me equivoco, me quedo sin blanca. Por eso también apuesto a que lleva unas bragas que no son negras, sino de cualquier otro color a elegir entre un cesto lleno de colores. Supongamos que apuesto novecientos cincuenta mil dólares a esa posibilidad: eso es el resto del mercado; eso es el *hedge*, la cobertura. Es un ejemplo muy burdo, ya lo sé, en todos los sentidos, pero escúchame. Si acierto, me llevo cincuenta mil, pero si me equivoco solo pierdo cincuenta mil, porque estoy cubierto. Y como el noventa y cinco por ciento de mi millón de dólares no está expuesto (nunca van a pedirme que lo enseñe: el único riesgo está en el *spread*), puedo hacer apuestas similares con otras personas. O puedo apostar a algo completamente diferente. Y lo más bonito es que no tengo que acertar siempre: con que acierte el color de sus bragas el cincuenta y cinco por ciento de las veces, me hago rico. Oye, te está mirando, ¿lo sabías?

—¿Estáis hablando de mí? —les había dicho ella desde el otro extremo de la habitación. Sin esperar una respuesta, se había separado de sus amigos y se les había acercado sonriendo. Hola. Me llamo Gabby. —Le tendió la mano a Hoffmann.

—Alex.

—Y yo soy Hugo.

—Sí, tienes cara de llamarte Hugo.

Su presencia había fastidiado a Quarry, y no solo porque era evidente que Gabby solo

tenía ojos para Hoffmann y en cambio él no le interesaba lo más mínimo. Quarry no había terminado su explicación, y el papel de Gabby en aquella conversación se limitaba al de una ilustración, pero eso no quería decir que tuviera que participar en ella.

—Estábamos haciendo una apuesta —dijo con voz melosa— sobre el color de tus bragas.

Quarry había cometido muy pocos errores sociales en su vida, pero aquel fue, y él lo reconocía abiertamente, sensacional.

—Desde entonces me odia.

Leclerc sonrió y anotó algo en su bloc.

—¿Y su relación con el doctor Hoffmann empezó aquella noche?

—Sí, sí. En retrospectiva, yo diría que él estaba esperando a que apareciera alguien como yo en la misma medida en que yo andaba buscando a alguien como él.

A medianoche los invitados habían salido al jardín y habían encendido velitas —«ya sabe, de esas que se usan como calentaplatos»— y las habían puesto en unos globos de papel. Docenas de faroles que resplandecían débilmente habían salido volando, elevándose rápidamente en el aire frío como lunas amarillas. Alguien había gritado: «¡Pedid un deseo!», y Quarry, Hoffmann y Gabrielle se habían quedado de pie, juntos y en silencio, mirando el cielo y echando nubes de vaho por la boca hasta que las luces se habían reducido a puntitos que parecían estrellas y habían desaparecido. Después Quarry se había ofrecido para acompañar a Hoffmann a su casa, y Gabrielle, para irritación de Quarry, se les había unido, se había sentado en el asiento trasero del coche y les había contado su vida sin que nadie se lo pidiera: tenía no sé qué doble licenciatura en Arte y Literatura francesa de una universidad del norte de la que Quarry nunca había oído hablar; había hecho un máster en el Royal College of Art y un curso de secretariado; y había tenido varios trabajos temporales, alguno en las Naciones Unidas. Pero hasta ella se había callado cuando entraron en el apartamento de Hoffmann.

Hoffmann habría preferido que no entraran, pero Quarry había mentido diciendo que necesitaba ir al lavabo —«francamente, era como intentar ligar con una chica al final de una mala noche»—, y Hoffmann, a regañadientes, los había precedido hasta el rellano y había abierto la puerta que conducía a un vivero de ruido y calor tropical: había por todas partes placas madre que zumbaban, ojos rojos y verdes que parpadeaban debajo del sofá, detrás de la mesa, amontonados en los estantes, manojos de cables negros que colgaban de las paredes como lianas formando festones. A Quarry le recordó a una historia que

había leído poco antes de Navidad sobre un tipo de Maidenhead que tenía un cocodrilo en el garaje. En un rincón había un terminal Bloomberg para inversores particulares. Al volver del cuarto de baño, Quarry se había asomado al dormitorio y había visto que media cama también estaba ocupada por ordenadores.

Había regresado al salón y se había encontrado con que Gabrielle se había apoderado del sofá y se había descalzado.

—¿Qué es todo esto, Alex? —preguntó Quarry—. Parece un centro de control.

Al principio Hoffmann se había mostrado reacio a hablar de ello, pero había ido abriéndose poco a poco. Dijo que el objetivo era el aprendizaje automático autónomo: crear un algoritmo que, una vez que le daban una tarea, sería capaz de operar independientemente y enseñarse él mismo a una velocidad muy superior a la capacidad de los seres humanos. Hoffmann iba a dejar el CERN para dedicarse a sus investigaciones, y eso significaba que ya no tendría acceso a los datos experimentales que proporcionaba el Gran Colisionador Electrón-Positrón. Por eso, desde hacía seis meses, utilizaba el flujo de datos de los mercados financieros. Quarry comentó que parecía un negocio caro. Hoffmann le dio la razón, aunque para él el coste principal no era el de los microprocesadores —muchos de los cuales había podido salvar del chatarrero—, ni el coste del servicio de Bloomberg, sino el de la electricidad: necesitaba dos mil francos semanales solo para obtener suficiente energía; ya había dejado el barrio a oscuras dos veces. El otro problema, por supuesto, era la amplitud de banda.

—Si quisieras, yo podría ayudarte con los costes —dijo Quarry con cautela.

—No hace falta. He conseguido que el algoritmo se autofinancie.

Quarry había tenido que hacer un esfuerzo para contener un grito de emoción.

—¿En serio? Qué concepto tan ingenioso. Y ¿funciona?

—Ya lo creo. Son solo un puñado de extrapolaciones extraídas a partir de un análisis de patrones básico. —Hoffmann le había enseñado la pantalla—. Estas son las acciones que ha propuesto desde el 1 de diciembre, basándose en comparaciones de precios utilizando datos de los cinco últimos años. Luego solo tengo que mandar un correo electrónico a un agente de bolsa y ordenarle que compre o venda.

Quarry examinó las operaciones. Eran buenas, aunque pequeñas: cosas de poca monta.

—¿Podría hacer algo más que cubrir costes? ¿Podría obtener beneficios?

—Sí, en teoría, pero para eso necesitaría una gran inversión.

—A lo mejor yo puedo conseguírtela.

—¿Sabes qué? En realidad no me interesa ganar dinero. No te ofendas, pero no le veo la gracia.

Quarry no daba crédito a lo que estaba oyendo: ¡no le veía la gracia!

Hoffmann no le había ofrecido una copa, ni siquiera lo había invitado a sentarse; aunque tampoco había mucho sitio donde sentarse ahora que Gabrielle lo había ocupado todo. Quarry se quedó de pie, sudando bajo el anorak.

—Pero si ganaras dinero —dijo— podrías usar los beneficios para financiar más investigaciones, ¿no? Sería lo mismo que intentas hacer ahora, solo que a una escala mucho mayor. No quiero ser grosero, tío, pero mira alrededor. Necesitas un local como Dios manda, equipos más fiables, fibra óptica...

—Una asistenta doméstica... —aportó Gabrielle.

—Tiene razón. No te vendría mal una asistenta doméstica. Mira, Alex, te dejo mi tarjeta. Voy a estar por aquí una semana. ¿Por qué no quedamos un día y lo hablamos tranquilamente?

Hoffmann cogió la tarjeta y se la guardó en el bolsillo sin mirarla siquiera.

—Ya veremos.

Antes de marcharse, Quarry se había agachado y le había susurrado a Gabrielle:

—¿Necesitas que te lleve? Vuelvo a Chamonix. Puedo dejarte en la ciudad.

—No, gracias. —Compuso una sonrisa dulce y ácida a la vez—. Creo que me quedaré un rato aquí, a ver si resuelvo tu apuesta.

—Como quieras, preciosa, pero ¿has visto el dormitorio? Te deseo mucha suerte.

Quarry había aportado el capital simiente. Había utilizado su bonificación anual para trasladar a Hoffmann y sus ordenadores a una oficina de Ginebra: necesitaba un sitio donde pudiera recibir a sus futuros clientes e impresionarlos con el hardware. Su mujer había protestado. ¿Por qué no podía tener la sede en Londres aquel proyecto de empresa de la que llevaba tanto tiempo hablando? ¿No le decía siempre que la City era la capital del mundo de los *hedge funds*? Pero Ginebra era otro factor que atraía a Quarry: no solo por los reducidos impuestos, sino también por la posibilidad de cortar con el pasado. Nunca había tenido intención de llevarse a su familia a Suiza (aunque a ellos no se lo había dicho; en realidad le costaba reconocerlo). Pero lo cierto era que la vida doméstica

era un valor que ya no entraba en su cartera. Estaba cansado de ella. Había llegado el momento de vender y pasar a otra cosa.

Decidió que se llamarían Hoffmann Tecnologías de Inversión, en un guiño a la legendaria *quant shop* de Jim Simons con sede en Long Island, Renaissance Technologies, la madre de todos los *hedge funds* algorítmicos. Hoffmann se había opuesto enérgicamente —fue la primera vez que Quarry se enfrentó a su obsesión por el anonimato—, pero Quarry se mostró inflexible: vio desde el principio que el halo de misterio de Hoffmann como genio de las matemáticas, al igual que el de Jim Simons, sería un punto a su favor a la hora de vender el producto. AmCor accedió a ejercer de broker y a dejar que Quarry se llevara a algunos de sus clientes más antiguos a cambio de una reducida comisión de gestión y el diez por ciento de los beneficios. A continuación Quarry había iniciado una gira de conferencias para captar inversores por Estados Unidos y Europa; había arrastrado su maleta con ruedas por cincuenta aeropuertos diferentes. Había disfrutado mucho con aquella parte: le encantaba interpretar el papel de vendedor que viaja solo, entrar en la refrigerada sala de conferencias de un hotel desconocido, con vistas a una autopista, en un día de calor sofocante y conquistar a una audiencia escéptica. Su método consistía en mostrarles los resultados del algoritmo de Hoffmann, comprobados por una empresa independiente, y las seductoras proyecciones de futuros beneficios, para luego anunciarles que el fondo ya estaba cerrado: si había acudido a la cita para hablar con ellos era solo por educación, lo sentía en el alma, pero ya no necesitaban más dinero. Más tarde los inversores irían a buscarlo al bar del hotel; casi siempre funcionaba.

Quarry había contratado a un empleado de BNP Paribas para supervisar la contabilidad, una recepcionista, una secretaria y un operador de renta fija de AmCor, francés, que había tenido problemas con los organismos reguladores y necesitaba largarse cuanto antes de Londres. Para la parte técnica, Hoffmann había reclutado a un astrofísico del CERN y a un profesor de matemáticas polaco que ejercerían de *quants*. Se habían pasado todo el verano haciendo simulaciones y en octubre de 2002 habían empezado a funcionar con ciento siete millones de dólares en activos gestionados. El primer mes ya habían obtenido beneficios, y habían seguido obteniéndolos desde entonces.

Quarry hizo una pausa en su relato para que Leclerc pudiera transcribir con un bolígrafo barato su torrente de palabras.

Y para contestar sus otras preguntas: no, no sabía exactamente cuándo Gabrielle se había ido a vivir con Hoffmann. Alex y él no se veían mucho fuera del trabajo; además, aquel primer año él había viajado sin parar. No, no había ido a su boda: había sido una de esas ceremonias solipsistas celebrada al atardecer en alguna playa del Pacífico, con dos empleados del hotel como testigos y sin familiares ni amigos. Y no, nadie le había dicho que Hoffmann hubiera tenido una crisis nerviosa cuando trabajaba en el CERN, pero se lo había imaginado: cuando entró en el cuarto de baño de su apartamento aquella primera noche, había hurgado en el armario de Hoffmann, como hace todo el mundo, y había encontrado una verdadera minifarmacia de antidepresivos —mirtazapina, litio, fluvoxamina—; no los recordaba todos exactamente, pero la cosa parecía grave.

—Y eso ¿no le hizo desistir de montar un negocio con él?

—¿Qué? ¿El hecho de que no fuera «normal»? Por supuesto que no. Parafraseando a Bill Clinton, que no es precisamente una fuente de sabiduría en todos los casos, se lo aseguro, pero que en este tiene razón, «la normalidad está sobrevalorada: la mayoría de las personas normales son gilipollas».

—¿Y no tiene ni idea de dónde se encuentra ahora el doctor Hoffmann?

—No, ni idea.

—¿Cuándo lo ha visto por última vez?

—A la hora de comer. En el Beau-Rivage.

—¿Y se ha marchado sin dar ninguna explicación?

—Sí. Alex es así.

—¿Parecía nervioso?

—No especialmente. —Quarry bajó los pies de la mesa y llamó por el intercomunicador a su secretaria—. ¿Se sabe si Alex ha vuelto ya?

—No, Hugo. Lo siento. Por cierto, acaba de llamar Gana. El Comité de Riesgos te espera en su despacho. Necesitan hablar con Alex urgentemente. Por lo visto hay algún problema.

—Me sorprendes. ¿Qué pasa?

—Me ha dicho que te diga que «el VIXAL está deshaciendo la cobertura delta». Me ha dicho que tú lo entenderías.

—Muy bien, gracias. Dile que voy para allá. —Quarry soltó el interruptor y se quedó mirando el intercomunicador con aire pensativo—. Me temo que voy a tener que dejarlo.

—Por primera vez sintió un claro espasmo de ansiedad en el fondo del estómago. Miró a

Leclerc, que lo observaba atentamente desde el otro lado de la mesa, y de pronto se dio cuenta de que había hablado con excesiva franqueza: el poli ya no parecía estar investigando la agresión de que había sido víctima Hoffmann, sino al propio Hoffmann.

—¿Es importante? —Leclerc señaló el intercomunicador con el mentón—. Eso de la cobertura delta.

—Sí, bastante. ¿Me disculpa? Mi secretaria lo acompañará a la salida.

Se marchó precipitadamente, sin estrecharle la mano a Leclerc, y al cabo de un momento la elegante secretaria pelirroja de Quarry, con su jersey escotado, guió al inspector por la sala de operaciones. Parecía tener prisa por sacarlo de allí, lo que lógicamente hizo que Leclerc redujera el paso. Se percató de que la atmósfera había cambiado. Había por toda la sala grupitos de tres o cuatro personas que formaban ansiosas estampas alrededor de una pantalla; uno cliqueaba con el ratón mientras los otros se inclinaban por encima de sus hombros, y de vez en cuando alguien señalaba un gráfico o una columna de cifras. La escena ya no le recordó a Leclerc a un seminario, sino más bien a unos médicos reunidos a los pies de la cama de un paciente, comentando sus graves y desconcertantes síntomas. En una de las pantallas gigantes de televisión, un canal mostraba imágenes de un accidente aéreo. De pie bajo la pantalla había un hombre con traje oscuro y corbata. Estaba entretenido enviando un mensaje de texto con su teléfono móvil, y Leclerc tardó un momento en recordar quién era.

—Genoud —murmuró, y luego dijo en voz alta, avanzando hacia él—: ¡Maurice Genoud!

Genoud levantó la cabeza, y a Leclerc le pareció que sus estrechas facciones se tensaban ligeramente al ver a aquella figura cerniéndose sobre él desde el pasado.

—Jean-Philippe —dijo con cautela, y se dieron la mano.

—Maurice Genoud. Has engordado. —Leclerc se volvió hacia la secretaria de Quarry—. ¿Me disculpa un momento, *mademoiselle*? Somos viejos amigos. Me acompañarás hasta la puerta, ¿verdad, Maurice? Déjame verte, chico. Veo que te has convertido en un próspero civil.

Genoud no era persona que sonriera con naturalidad; más habría valido que no se molestara en hacerlo, pensó Leclerc.

—¿Y tú? Me habían dicho que te habías jubilado, Jean-Philippe.

—El año que viene —lo corrigió Leclerc—. Estoy deseándolo. Dime, ¿qué demonios

hacen aquí? —Estiró un brazo señalando la sala de operaciones—. Supongo que tú lo entiendes. Yo soy demasiado viejo.

—Yo tampoco lo sé. Solo me pagan para protegerlos.

—¡Pues se ve que no lo haces muy bien! —Leclerc le dio una palmada en el hombro. Genoud frunció el entrecejo—. Solo era una broma. Pero en serio, ¿qué opinas de todo esto? Un poco raro, ¿no te parece? Tantas medidas de seguridad y luego vas y dejas que un desconocido entre en tu casa y te agreda. ¿Las instalaste tú, por cierto?

Genoud se pasó la lengua por los labios antes de contestar, y Leclerc pensó: «Quiere ganar tiempo; eso era lo que hacía en el boulevard Carl-Vogt cuando intentaba inventar alguna historia». Leclerc siempre había desconfiado de Genoud, desde la época en que era un novato a su cargo; estaba convencido de que su antiguo colega estaría dispuesto a hacer cualquier cosa —a traicionar cualquier principio, romper cualquier trato, mirar para otro lado— con tal de ganar suficiente dinero y permanecer justo dentro de los límites de la ley.

—Sí, las instalé yo —respondió Genoud—. ¿Por qué?

—No hace falta que te pongas a la defensiva. No te acuso de nada. Tú y yo sabemos que puedes rodear a un sujeto de las mejores medidas de seguridad del mundo, pero que si se olvida de utilizarlas, no hay nada que hacer.

—Cierto. Y ahora, si no te importa, tengo que seguir con mi trabajo. Esto no es el sector público, ya sabes. No puedo quedarme aquí chismorreando.

—Chismorreando se puede aprender mucho.

Siguieron hacia la recepción. Leclerc, en un tono de hombre a hombre, dijo:

—Oye, ¿qué tal es ese doctor Hoffmann?

—Apenas lo conozco.

—¿Tiene enemigos?

—Eso tendrás que preguntárselo a él.

—Entonces, ¿aquí no has oído que le caiga mal a nadie? ¿No han despedido a nadie?

Genoud ni siquiera fingió que lo pensaba.

—No. Disfruta de tu jubilación, Jean-Philippe. Te la mereces.

La extinción de las especies y de grupos enteros de especies que ha desempeñado un papel tan importante en la historia del mundo orgánico es consecuencia casi inevitable del principio de la selección natural, por el cual las formas viejas son suplantadas por otras nuevas y mejoradas.

CHARLES DARWIN,
El origen de las especies (1859)

El Comité de Riesgos de Hoffmann Tecnologías de Inversión se reunió por segunda vez en el día a las 16.25, hora centroeuropea, cincuenta y cinco minutos después de la apertura de los mercados de Estados Unidos. Estaban presentes Hugo Quarry, director ejecutivo; Lin Ju-Long, director financiero; Pieter van der Zyl, director de operaciones; y Ganapathi Rajamani, director de riesgos, que era quien redactaba las actas y en cuyo despacho se celebraba la reunión.

Rajamani estaba sentado a su mesa, como un director de colegio. Su contrato estipulaba que no participaba del dividendo adicional, a diferencia del resto de los empleados. Se suponía que eso le permitía ser más objetivo respecto a los riesgos, pero Quarry opinaba que solo había servido para convertirlo en un mojigato acreditado que podía permitirse el lujo de contemplar con desprecio los grandes beneficios de la empresa. El holandés y el chino ocupaban las dos sillas. Quarry estaba repantigado en el sofá; a través de las persianas, que no estaban cerradas, vio cómo Amber acompañaba a Leclerc a la recepción.

El primer punto tratado en la reunión fue la ausencia injustificada del doctor Alexander Hoffmann, presidente de la empresa, y el hecho de que Rajamani quisiera que

esa negligencia en el cumplimiento del deber constara en acta fue, para Quarry, la primera indicación de que su director mojigato se estaba preparando para actuar despiadadamente. Rajamani parecía deleitarse exponiendo lo peligrosa que se había vuelto su posición. Anunció que desde la anterior reunión del comité, unas cuatro horas atrás, la exposición al riesgo del fondo se había incrementado radicalmente. Se habían encendido todos los indicadores de alerta de la cabina de mando. Había que tomar decisiones rápidamente.

Empezó a leer datos de su ordenador. El VIXAL había abandonado casi por completo la posición larga de la empresa en futuros de S&P, su cobertura principal contra un mercado alcista, y los había dejado encallados en su plétora de posiciones cortas. También se estaba deshaciendo de todas —«repito: todas»— sus parejas de apuestas largas en los aproximadamente ochenta valores que estaba vendiendo en corto: solo en los últimos minutos, los últimos restos de una posición larga de setenta millones de dólares en Deloitte, tomada para cubrir la fuerte venta corta contra su competidor, Accenture, habían sido liquidados. Y quizá lo más preocupante: a medida que, una a una, se liquidaban las apuestas largas, no había habido un movimiento correspondiente para volver a comprar las acciones que habían vendido en corto.

—Jamás había visto nada parecido —concluyó Rajamani—. El hecho es que ha desaparecido toda la cobertura delta del fondo.

Quarry siguió con cara de póquer, pero hasta él estaba asustado. Siempre había tenido una fe inquebrantable en el VIXAL, pero se suponía que aquello era un fondo de cobertura: la clave estaba en el nombre, caray. Si hacías desaparecer la cobertura —si prescindías de todas las complicadísimas fórmulas matemáticas que se suponía que aseguraban que cubrías tu riesgo—, era como si cogieras la plata de la familia y la apostaras toda en las carreras de Newmarket. Cierto, la cobertura ponía un techo a tus ganancias, pero también ponía un suelo bajo tus pérdidas. Y dado que no había ningún fondo que no pasara por una mala racha de vez en cuando, si no tenías cobertura, una serie de malas decisiones podía borrarte del mapa. Se estremeció solo de pensarlo. El *filet mignon de veau* de la comida amenazaba con ascender como la bilis por su garganta. Se tocó la frente con el dorso de la mano. Se dio cuenta de que le estaba dando un sudor frío.

Rajamani siguió machacando:

—No solo estamos abandonando nuestra posición larga en futuros de S&P, sino que

estamos vendiendo en corto futuros de S&P. Además hemos aumentado nuestra posición en futuros de VIX hasta cerca de los mil millones de dólares. Y estamos comprando *puts out-of-the-money* tan extremadas, que presuponen un deterioro tan masivo del mercado en general, que nuestro único consuelo es que al menos las estamos comprando por unos pocos centavos. Además...

Quarry levantó una mano.

—Vale, Gana. Gracias. Ya lo entendemos. —Necesitaba tomar las riendas de la reunión cuanto antes y evitar que se convirtiera en una derrota aplastante. Era consciente de que los estaban observando desde la sala de operaciones. Todos sabían que la cobertura había desaparecido. De vez en cuando, una cara angustiada asomaba por detrás del monitor de seis pantallas, como dianas en un puesto de tiro al blanco.

—Voy a cerrar las cortinas —anunció Van der Zyl, y fue a levantarse.

—No, déjalas abiertas, Piet —dijo Quarry bruscamente—. O creerán que estamos firmando un pacto de suicidio. Es más, me gustaría veros sonreír un poco, si no os importa. Todos a sonreír: es una orden. Tú también, Gana. Mostremos a nuestras tropas un poco de la sangre fría de los oficiales.

Puso los pies encima de la mesita de salón y entrelazó las manos detrás de la cabeza fingiendo despreocupación, pero se le clavaban tanto las uñas en la piel que durante el resto del día las marcas que le dejaron parecerían cicatrices. Echó un vistazo a las fotografías personales que Rajamani se había llevado de su casa para aliviar la melancolía escandinava de la decoración: una foto de grupo en una boda, tomada por la noche en un jardín de Delhi, los novios enguirnaldados en el centro, sonriendo como posesos; Rajamani el día de su graduación en Cambridge, de pie frente a la University Senate House; y un niño y una niña con uniforme escolar mirando muy serios a la cámara.

—Está bien, Gana —dijo—. ¿Qué nos recomiendas?

—Solo hay una opción: cancelar el VIXAL y reconstruir la cobertura.

—¿Pretendes que pasemos del VIXAL sin consultar siquiera a Alex? —preguntó Ju-Long.

—Se lo consultaría si pudiera encontrarlo —replicó Rajamani—. Pero no contesta al teléfono.

—Creía que estaba comiendo contigo, Hugo —dijo Van der Zyl.

—Sí. Se ha marchado corriendo a media comida.

—¿Adónde ha ido?

—No lo sé. Se ha largado sin decir nada.

—Eso es de una irresponsabilidad pasmosa —dijo Rajamani—. Lo siento. Él sabía que había un problema. Sabía que íbamos a volver a reunirnos esta tarde.

Siguió un silencio.

—En mi opinión —terció Ju-Long—, y esto es algo que solo diría entre nosotros, Alex padece algún tipo de crisis nerviosa.

—Cállate, LJ —espetó Quarry.

—Es la verdad, Hugo —dijo Van der Zyl.

—Y tú cállate también.

El holandés se apresuró a rectificar.

—Vale, vale.

—¿Queréis que esto conste en acta? —preguntó Rajamani.

—No, claro que no. —Quarry señaló el monitor del ordenador de Rajamani con la punta de un elegante zapato—. Y ahora, Gana, escúchame bien: si aparece en esa acta la más sutil insinuación de que Alex sufre algún tipo de inestabilidad mental, esta empresa estará acabada y tú tendrás que responsabilizarte de ello ante todos esos colegas de ahí fuera, que ahora mismo están observando cada uno de nuestros movimientos, y ante todos nuestros inversores, que han ganado muchísimo dinero gracias a Alex y que nunca te perdonarán. ¿Entiendes lo que te digo? Déjame resumirte la situación en cinco palabras: sin Alex no hay empresa.

Rajamani le sostuvo la mirada unos segundos. Entonces arrugó la frente y levantó las manos del teclado.

—Muy bien —continuó Quarry—. En ausencia de Alex, vamos a intentar verlo al revés. Si no pasamos del VIXAL ni recuperamos la cobertura delta, ¿qué van a decir los brokers?

—Últimamente le dan mucha importancia a la garantía —dijo Ju-Long—, después de lo que le pasó a Lehman. No nos dejarán operar sin tener la cobertura acordada previamente.

—Y ¿cuándo tendremos que empezar a mostrarles algo de dinero?

—Creo que deberemos presentar un nivel sustancial de garantías mañana antes del cierre del negocio.

—Y ¿cuánto crees que querrán que aportemos?

—No estoy seguro. —Ju-Long movió su pulcra y blanda cabeza de un lado a otro, cavilando—. Quizá quinientos millones.

—¿Quinientos millones en total?

—No, quinientos millones cada uno.

Quarry cerró un momento los ojos. Cinco brokers principales —Goldman, Morgan Stanley, Citi, AmCor, Credit Suisse—, quinientos millones a depositar en cada uno: dos mil quinientos millones de dólares. Y no dinero de pacotilla: ni pagarés ni bonos, sino dinero contante y sonante que tendrían que enviarles antes de las cuatro de la tarde del día siguiente. No era que Hoffmann Tecnologías de Inversión no dispusiera de esa clase de dinero. Solo operaban con aproximadamente el veinticinco por ciento del capital que los inversores tenían depositado en ellos; el resto no necesitaban aportarlo. La última vez que miró, tenían al menos cuatro mil millones de dólares guardados solo en letras del Tesoro de Estados Unidos. Podían echar mano de eso cuando quisieran. Pero Dios santo, qué golpe tan colosal para sus reservas; qué paso hacia el borde del precipicio...

Rajamani interrumpió sus pensamientos:

—Lo siento, pero esto es una locura, Hugo. Este nivel de riesgo supera con mucho lo prometido en nuestro prospecto. Si los mercados experimentaran una fuerte subida, nos enfrentaríamos a pérdidas de miles de millones. Hasta podríamos quebrar. Nuestros clientes nos demandarían.

Ju-Long añadió:

—Y aunque continuemos operando, será lamentable tener que informar a la junta del fondo de nuestros acelerados niveles de riesgo precisamente cuando determinados inversores están a punto de aportar otros mil millones de dólares al VIXAL-4.

—Se retirarán —dijo Van der Zyl, compungido—. Cualquiera lo haría.

Quarry ya no podía seguir sentado. Se levantó, y se habría puesto a pasear por el despacho, pero no había suficiente espacio. ¡Cómo podía pasar aquello justo ahora que acababa de conseguir dos mil millones de dólares! ¡Qué injusticia! Agarrotó las manos y miró al techo con el rostro crispado. No soportaba ni un momento más la expresión de superioridad moral de Rajamani, así que dio la espalda a sus colegas y se apoyó en la mampara de cristal, con los dedos extendidos, contemplando la sala de operaciones sin importarle que lo miraran. Intentó visualizar cómo sería dirigir un fondo de inversiones sin cobertura, descontrolado, expuesto a toda la fuerza de los mercados mundiales: el océano de setecientos billones de dólares de acciones y bonos, divisas y derivados

financieros que día tras día subían y bajaban incesantemente unos contra otros, azotados por corrientes y mareas y tormentas formando vorágines que nadie podía imaginar. Sería como intentar atravesar el Atlántico Norte en una tapa de cubo de basura utilizando una cuchara de madera como remo. Y había una parte de él —la parte que contemplaba la existencia como un juego que tarde o temprano uno estaba condenado a perder; la parte que antes apostaba diez mil dólares a qué mosca echaría a volar primero en la mesa de un bar solo para sentir el cosquilleo del miedo— que en otras circunstancias habría disfrutado con aquello. Pero ahora quería, además, conservar lo que tenía. Le gustaba que lo conocieran como un director de *hedge fund* rico, la flor y nata de la élite, el equivalente financiero de la Guardia Real. Estaba clasificado con el número 177 en la última lista de millonarios publicada por *Sunday Times*; hasta habían sacado una fotografía suya en el puente de mando de un Riva 115 («El soltero Hugo Quarry lleva una vida de ensueño a orillas del lago Lemán. Y ¿por qué no iba a hacerlo, si es el director ejecutivo de uno de los *hedge funds* de mayor éxito de Europa?»). ¿De verdad iba a poner en peligro todo eso, solo porque un maldito algoritmo había decidido ignorar las reglas básicas de las inversiones financieras? Por otra parte, la única razón por la que figuraba en la lista de millonarios era precisamente ese maldito algoritmo. Dio un gruñido. Era increíble. ¿Dónde estaba Hoffmann?

Se dio la vuelta y dijo:

—Necesitamos hablar con Alex antes de anular el automatismo. A ver, ¿cuándo fue la última vez que alguno de nosotros hizo una operación?

—No te ofendas, Hugo, pero no se trata de eso —dijo Rajamani.

—Claro que se trata de eso. Es de lo único de que se trata. Esto es un *hedge fund* algorítmico. No estamos preparados para dirigir un valor en libros de diez mil millones de dólares. Necesitaría como mínimo a veinte traders de primera fila con huevos de acero ahí fuera, que conocieran bien los mercados; lo único que tengo son unos pocos *quants* con caspa que evitan mirarte a los ojos.

—La verdad —dijo Van der Zyl— es que deberíamos haber abordado este asunto antes. —El holandés tenía una voz grave, resonante, marinada en café y puros—. No me refiero a que deberíamos haberlo pensado más pronto hoy, sino la semana o el mes pasados. El VIXAL lleva tanto tiempo teniendo tanto éxito que nos ha deslumbrado a todos. Nunca hemos previsto procedimientos adecuados para actuar en caso de que fallara.

En el fondo Quarry sabía que era cierto. Había dejado que la tecnología lo debilitara. Era como un conductor perezoso que se había vuelto absolutamente dependiente de los sensores de aparcamiento y los navegadores para moverse por la ciudad. Sin embargo, incapaz de concebir un mundo sin el VIXAL, salió en su defensa:

—¿Os importa que os recuerde que no ha fallado? A ver, la última vez que miré, llevábamos ganados sesenta y ocho millones en el día. ¿Qué dice ahora la P&L, Gana?

Rajamani miró su pantalla.

—Setenta y siete —concedió.

—Vale, gracias. Es una definición muy extraña de fracaso, ¿no os parece? ¿Un sistema que ha ganado nueve millones de dólares en lo que tardo en llevar mi trasero de un extremo a otro de este despacho?

—Sí —dijo Rajamani con paciencia—, pero es un beneficio puramente teórico, que podría desaparecer en cuanto el mercado se recupere.

—Y ¿se está recuperando el mercado?

—No, admito que de momento el Dow sigue cayendo.

—Bueno, ahí está nuestro dilema, caballeros, justo ahí. Todos estamos de acuerdo en que deberíamos cubrir el fondo, pero también hemos de admitir que el VIXAL ha demostrado ser mejor juez de los mercados que nosotros.

—¡Venga ya, Hugo! ¡Es evidente que algo va mal! El VIXAL tiene que operar dentro de determinados parámetros de riesgo, y si no lo hace, significa que no funciona bien.

—No estoy de acuerdo. Se ha demostrado que tenía razón respecto a Vista Airways, ¿no? Eso ha sido absolutamente extraordinario.

—Ha sido una coincidencia. Hasta Alex lo ha reconocido. —Rajamani pidió a Ju-Long y Van der Zyl que lo secundaran—: Venga, chicos, apoyadme. Para que esas posiciones tuvieran sentido, el mundo entero tendría que estrellarse.

Ju-Long levantó la mano como haría un colegial en clase.

—Ya que ha salido el tema, Hugo, ¿puedo preguntar lo de la venta corta de Vista Airways? ¿Alguien ha visto las últimas noticias?

Quarry se dejó caer en el sofá.

—No, no las he visto. He estado muy ocupado. ¿Por qué? ¿Qué dicen?

—Resulta que la causa del accidente no ha sido un fallo mecánico, sino la explosión de una bomba.

—Vale. ¿Y?

—Parece ser que se publicó un aviso en una página web yihadista cuando el avión todavía estaba volando. Como es lógico, hay mucha indignación por el hecho de que los servicios de inteligencia lo pasaran por alto. Eso ha sido a las nueve de la mañana.

—Lo siento, LJ. Soy un poco duro de mollera. ¿Qué nos importa eso a nosotros?

—Solo que las nueve de la mañana es exactamente la hora a la que empezamos a vender en corto las acciones de Vista Airways.

Quarry tardó un poco en reaccionar.

—¿Me estás diciendo que monitorizamos páginas yihadistas?

—Eso parece.

—De hecho sería absolutamente lógico —intervino Van der Zyl—. El VIXAL está programado para rastrear la web en busca de muestras de lenguaje relacionado con el miedo y detectar correlaciones de mercados. ¿Qué mejor sitio para buscarlos?

—Pero eso supone un salto cuántico, ¿no? —preguntó Quarry—. Ver el aviso, hacer la deducción y vender las acciones.

—No lo sé. Tendríamos que preguntárselo a Alex. Pero es un algoritmo de aprendizaje automático. En teoría, evoluciona continuamente.

—En ese caso —terció Rajamani—, es una lástima que no se hubiera desarrollado lo suficiente para advertir a la compañía aérea.

—Venga, por favor —dijo Quarry—, no seáis tan condenadamente beatos. Es una máquina para hacer dinero, y no un puñetero embajador de buena voluntad de Naciones Unidas. —Apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y se quedó mirando el techo mientras intentaba asimilar lo que implicaba todo aquello—. Cielo santo. Todo esto me supera.

—Podría ser una coincidencia, desde luego —dijo Ju-Long—. Como ha dicho Alex esta mañana, la venta corta de la compañía aérea solo era una parte de todo un patrón de apuestas a la baja.

—Sí, pero incluso así, esa es la única venta corta en que hemos vendido la posición y hemos obtenido el beneficio. Las otras las conservamos. Y eso plantea una pregunta: ¿por qué las estamos conservando? —Lo recorrió un escalofrío—. Me pregunto qué creará el VIXAL que va a pasar a continuación.

—El VIXAL no piensa nada —dijo Rajamani, impacientándose—. Es un algoritmo, Hugo, una herramienta. Está tan vivo como una llave inglesa o un gato hidráulico. Y nuestro problema es que esa herramienta se ha vuelto demasiado inestable para que confiemos en ella. Bueno. El tiempo apremia y tengo que pedirle a este comité que

autorice formalmente la cancelación del VIXAL y empiece a cubrir el fondo de inmediato.

Quarry miró a los otros dos. Sabía apreciar los matices, y detectó que algo había cambiado ligeramente en el ambiente. Ju-Long miraba al frente con gesto impasible, y Van der Zyl examinaba una pelusa de la manga de su chaqueta. Parecían avergonzados. Eran hombres decentes e inteligentes, pensó, pero débiles. Y les tenían un profundo cariño a sus bonus. Para Rajamani era muy fácil ordenar que pararan el VIXAL; a él no iba a costarle nada. Pero ellos habían recibido cuatro millones de dólares cada uno el año anterior. Evaluó sus posibilidades y decidió que no le causarían problemas. En cuanto a Hoffmann, no le interesaba el personal de la empresa, exceptuando a los *quants*: respaldaría cualquier decisión que tomara.

—Gana —dijo con tono agradable—, lo siento, pero me temo que vamos a tener que prescindir de ti.

—¿Qué? —Rajamani lo miró frunciendo el entrecejo. Entonces intentó sonreír, pero solo consiguió componer un horrible rictus. Intentó tomárselo a broma—. Venga, Hugo...

—Por si te sirve de consuelo, pensaba despedirte la semana que viene pasara lo que pasase. Pero creo que cuanto antes, mejor. Apúntalo en el acta, ¿quieres? «Tras una breve discusión, Gana Rajamani acepta renunciar a sus funciones de director de riesgos, con efectos inmediatos. Hugo Quarry le da las gracias por todo lo que ha hecho por la empresa», que, en mi opinión, por cierto, es un carajo. Recoge las cosas de tu mesa, lárgate a casa y dedica más tiempo a tus encantadores hijos. Y no te preocupes por el dinero: estaré encantado de pagarte el sueldo de un año solo por el placer de no tener que volver a verte.

Rajamani se estaba recobrando: después, Quarry tuvo que admitir que al menos tenía capacidad de recuperación.

—A ver si lo he entendido bien —replicó—: ¿me estás despidiendo solo por hacer mi trabajo?

—En parte por hacer tu trabajo, pero sobre todo por ser tan coñazo.

—Muchas gracias —dijo Rajamani con cierta dignidad—. Recordaré esas palabras. —Se volvió hacia sus colegas y dijo—: ¿Piet? ¿LJ? ¿Vais a intervenir? —Ninguno de los dos se movió, y Rajamani, algo más desesperado, añadió—: Creía que teníamos un acuerdo...

Quarry se levantó y desconectó el cable del ordenador de Rajamani, que emitió una débil vibración y se apagó.

—No hagas copias de ninguno de tus archivos. Si lo haces, el sistema nos avisará. Antes de salir, entrégale tu teléfono móvil a mi secretaria. No hables con ningún otro empleado de la empresa. Tienes un cuarto de hora para salir de las oficinas. Tu indemnización depende del cumplimiento de nuestro acuerdo de confidencialidad. ¿Entendido? Preferiría no tener que llamar a seguridad, queda muy cutre. Caballeros —dijo a los otros dos—, ¿lo dejamos solo para que pueda recoger todas sus cosas?

—Cuando esto se sepa, esta empresa estará acabada. Ya me encargaré yo —dijo Rajamani.

—Sí, estoy seguro.

—Has dicho que el VIXAL podía estrellarnos contra la ladera de una montaña, y eso es exactamente lo que está haciendo.

Quarry cogió por los hombros a Ju-Long y a Van der Zyl y los hizo salir del despacho delante de él. Cerró la puerta sin mirar atrás. Sabía que todo aquel drama se había representado ante una audiencia de *quants*, pero eso no tenía remedio. Estaba contento; siempre se alegraba cuando despedía a alguien: era una catarsis. Sonrió a la secretaria de Rajamani, una chica muy mona; por desgracia, ella también debería marcharse. Quarry tenía un concepto precristiano de esos rituales: siempre era mejor enterrar a los criados con el amo muerto por si los necesitaba en la otra vida.

—Lo siento —les dijo a Ju-Long y Van der Zyl—, pero a fin de cuentas, en este negocio o somos innovadores o no somos nada, ¿no? Y me temo que Gana es la clase de persona que en 1492 se habría presentado en el muelle y le habría dicho a Colón que no podía zarpar porque su evaluación de riesgos era negativa.

—El riesgo era su responsabilidad, Hugo —dijo Ju-Long con una aspereza que Quarry no esperaba—. Quizá te hayas librado de él, pero no te has librado del problema.

—Ya lo sé, LJ, y sé que Gana era amigo tuyo. —Le puso una mano en el hombro y lo miró a los ojos—. Pero no olvides que ahora mismo esta empresa es unos ochenta millones de dólares más rica que cuando hemos venido a trabajar esta mañana. —Señaló la sala de operaciones: todos los *quants* habían vuelto a sus sitios; se respiraba cierta apariencia de normalidad—. La máquina todavía funciona y, francamente, mientras Alex no nos diga otra cosa, creo que tenemos que confiar en ella. Hemos de suponer que el

VIXAL ha detectado un patrón de sucesos que nosotros no podemos percibir. Vamos, nos están mirando.

Siguieron adelante por uno de los lados de la sala de operaciones; Quarry iba delante. Quería alejarlos cuanto antes de la escena del derrocamiento de Rajamani. Mientras andaba intentó otra vez llamar al teléfono móvil de Hoffmann, pero volvió a salir su buzón de voz. No se molestó en dejarle un mensaje.

—Mira, estaba pensando... —dijo Van der Zyl.

—¿Qué estabas pensando, Piet?

—Que el VIXAL debe de haber extrapolado un colapso general del mercado.

—No me digas.

Pero Van der Zyl no apreció el sarcasmo.

—Sí, porque si te fijas en las acciones que está vendiendo, ¿qué son? Complejos turísticos y casinos, consultorías de gestión, comida y artículos domésticos... No son sectores específicos, sino pertenecientes a todas las áreas.

—Y luego está la venta en corto en el S&P —dijo Ju-Long—, y los *puts out-of-the-money*...

—Y el índice del miedo —añadió Van der Zyl—. ¡Mil millones de dólares de opciones del índice del miedo, Dios mío!

Sí, era mucho dinero, pensó Quarry. Se paró. De hecho era muchísimo. Hasta ese momento, en medio del fárrago de datos que habían manejado, no se había percatado del tamaño de esa posición. Se acercó a un terminal libre, se inclinó sobre el teclado y abrió rápidamente una gráfica del VIX. Ju-Long y Van der Zyl se le unieron. La gráfica mostraba una suave ondulación en el valor del índice de volatilidad que reflejaba la fluctuación de los dos últimos días de cotización; la línea subía y bajaba dentro de un estrecho margen. Sin embargo, en los noventa últimos minutos había empezado a tender claramente al alza: a partir de una base de cerca de veinticuatro puntos a la hora de apertura en Estados Unidos, había subido hasta casi veintisiete. Era demasiado pronto para saber si eso señalaba una escalada significativa en el nivel de miedo en el propio mercado. No obstante, aunque no fuera así, lo que tenían ante sus ojos significaba un beneficio de casi cien millones de dólares. Quarry volvió a notar un escalofrío.

Apretó un interruptor y conectó el canal de audio del parqué del S&P 500 de Chicago. Ese servicio, al que estaban suscritos, les permitía captar en directo el ambiente del mercado, algo que no siempre podías obtener a través de las cifras. «Chicos —decía una

voz con acento norteamericano—, el único comprador que tengo, desde las nueve y veintiséis, es uno de Goldman a cincuenta y uno. Aparte de eso, chicos, todo lo demás han sido ventas. Merrill Lynch, vendiendo a saco. Pru Bache, vendiendo a saco, de cincuenta y nueve a cincuenta y tres. Hasta Swiss Bank y Smith están vendiendo a saco...

Quarry lo apagó.

—LJ —dijo—, ¿por qué no empiezas liquidando esos dos mil quinientos millones en letras del Tesoro, por si mañana tenemos que aportar alguna garantía?

—Claro, Hugo. —Miró a Quarry a los ojos. Había visto la relevancia del movimiento del VIX, y Van der Zyl también.

—Deberíamos tratar de comunicarnos al menos cada media hora —propuso Quarry.

—¿Y Alex? —dijo Ju-Long—. Tendría que ver esto. Él le encontraría alguna explicación.

—Conozco a Alex. Volverá, no os preocupéis.

Se marcharon cada uno por su lado. «Como conspiradores», pensó Quarry.

Solo sobreviven los paranoicos.

ANDREW S. GROVE, presidente y
consejero delegado de Intel Corporation

Hoffmann había conseguido parar un taxi en la rue de Lausanne, a una manzana del Hotel Diodati. Después el taxista recordaría claramente el trayecto por tres motivos. Primero porque en ese momento conducía hacia la avenue de France y Hoffmann necesitaba ir en la dirección opuesta —le pidió que lo llevara a un lugar del barrio de Vernier, cerca de un parque público—, de modo que tuvo que hacer un cambio de sentido prohibido y cruzar varios carriles. Y segundo porque Hoffmann parecía nervioso y preocupado. Cuando se cruzaron con un coche de policía, Hoffmann se encogió en el asiento y se tapó la cara con una mano. El taxista lo miró por el retrovisor. Llevaba un ordenador portátil. Su teléfono sonó una vez, pero no contestó; después lo apagó.

Un viento frío tensaba las banderas colgadas en los edificios oficiales; la temperatura no llegaba a la mitad de lo que las guías turísticas prometían para esa época del año. Parecía que iba a llover. La gente había abandonado las aceras y había cogido sus coches, y el tráfico de media tarde había empeorado. De ahí que fueran más de las cuatro cuando el taxi llegó por fin al centro de Vernier, y Hoffmann se inclinó bruscamente hacia delante y dijo: «Déjeme aquí». Le dio un billete de cien francos al taxista y se apeó sin esperar a que le devolviera el cambio: ese era el tercer motivo por el que el taxista lo recordaba.

Vernier está ubicado sobre terreno accidentado, por encima de la orilla derecha del Ródano. Una generación atrás, antes de que la ciudad se extendiera más allá del río y lo engullera, había sido un municipio independiente. Ahora los modernos bloques de

apartamentos están tan cerca del aeropuerto que sus ocupantes pueden leer los nombres escritos en los aviones cuando aterrizan. Sin embargo, algunas partes del centro conservan el carácter de un pueblo tradicional suizo, con tejados a dos aguas y postigos de madera, y era ese aspecto del lugar lo que había permanecido en la mente de Hoffmann en los nueve últimos años. En su memoria lo asociaba con melancólicas tardes de otoño: empezaban a encenderse las farolas y los niños salían del colegio. Dobló una esquina y encontró el banco circular de madera donde solía sentarse cuando llegaba demasiado pronto a sus citas. El banco rodeaba el tronco de un árbol viejo y siniestro, cargado de hojas. Al verlo de nuevo, no se atrevió a acercarse a él, y se quedó en el extremo opuesto de la plaza. Nada había cambiado mucho: la lavandería, la tienda de bicicletas, el lúgubre café donde se reunían los ancianos, la *maison d'artisan communal*, que parecía una capilla. Al lado estaba el edificio donde se suponía que lo habían curado. En otros tiempos había sido una tienda, quizá una verdulería o una floristería; los dueños debían de vivir en el piso de arriba. Ahora la gran ventana de la planta baja tenía cristales esmerilados y parecía la consulta de un dentista. La única diferencia respecto a ocho años atrás era la videocámara que cubría el portal: eso era nuevo.

Hoffmann pulsó el timbre con una mano temblorosa. ¿Tendría fuerzas para revivir todo aquello? La primera vez no había sabido qué esperar; ahora estaría despojado de la vital armadura de la ignorancia.

—Buenas tardes —dijo una voz masculina, joven.

Hoffmann dio su nombre.

—Soy un antiguo paciente de la doctora Polidori. Mi secretaria me ha concertado una cita para mañana.

—Lo siento, pero los viernes la doctora Polidori visita a sus pacientes en el hospital.

—No puedo esperar hasta mañana. Necesito verla ahora.

—Ahora no puede verla si no tiene una cita.

—Dígale que soy yo. Dígale que es urgente.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

—Hoffmann.

—Un momento, por favor.

El interfono se apagó. Hoffmann miró a la cámara e instintivamente levantó una mano para taparse la cabeza. La herida ya no estaba pegajosa, porque la sangre se había

secado; cuando se miró las yemas de los dedos vio que estaban cubiertas de pequeñas partículas que parecían herrumbre.

—Pase, por favor.

Se oyó un breve zumbido, tan breve que a Hoffmann no le dio tiempo a abrir la puerta y tuvo que volver a llamar. En el interior, todo parecía más acogedor que años atrás: había un sofá y dos butacas, una alfombra de un tono pastel relajante, varios ficus y, detrás de la cabeza del recepcionista, una gran fotografía de un claro de bosque, con haces de luz que se colaban entre los árboles. A su lado estaba el diploma que acreditaba a Jeanne Polidori como doctora en psiquiatría y psicoterapia por la Universidad de Ginebra. Otra cámara controlaba la habitación. El joven que estaba detrás del mostrador observó meticulosamente a Hoffmann.

—Puede subir. Es la puerta del fondo.

—Sí —dijo Hoffmann—. Ya me acuerdo.

El crujido de la escalera bastó para desatar un torrente de viejas sensaciones. A veces le había resultado casi imposible llegar al final; en los peores días se sentía como un escalador que intenta llegar a la cima del Everest sin oxígeno. «Depresión» no era la palabra correcta; era más exacto «entierro», sepultura en una cámara de frías y gruesas paredes de hormigón, adonde no llegaban la luz ni el sonido. Ahora estaba seguro de que no lo soportaría una vez más. Prefería quitarse la vida.

La doctora Polidori lo esperaba en el consultorio, sentada frente a su ordenador, y se levantó al verlo llegar. Tenía la misma edad que Hoffmann y debía de haber sido guapa cuando era más joven, pero tenía un estrecho surco que partía de debajo de su oreja izquierda y discurría por la mejilla hasta el cuello; la pérdida de músculos y tejido daban a su cara un aspecto torcido, como si hubiera sufrido una apoplejía. Normalmente llevaba un pañuelo, pero ese día no. Sin malicia, pero con su tosquedad habitual, Hoffmann le había preguntado una vez: «¿Qué demonios le ha pasado en la cara?». Ella le contó que la había agredido un paciente al que Dios le había ordenado matarla. El paciente ya estaba completamente recuperado. Pero desde entonces ella guardaba un spray de pimienta en el cajón; lo había abierto y se lo había enseñado a Hoffmann: una lata negra con un pulverizador.

La doctora no se entretuvo con el saludo.

—Lo siento, doctor Hoffmann, pero ya le he dicho a su secretaria por teléfono que no puedo visitarlo si no me lo derivan del hospital.

—No quiero que me visite. —Hoffmann abrió el ordenador portátil—. Solo quiero enseñarle una cosa. ¿Eso sí puede hacerlo?

—Depende de lo que sea. —Lo observó con más atención—. ¿Qué le ha pasado en la cabeza?

—Nos han entrado en casa. El intruso me golpeó por detrás.

—¿Lo ha visto un médico?

Hoffmann agachó la cabeza y le enseñó los puntos.

—¿Cuándo ha sido?

—Anoche. Bueno, esta mañana.

—¿Ha ido al Hospital Universitario?

—Sí.

—¿Le han hecho un TAC?

Hoffmann asintió.

—Han encontrado unos puntos blancos. Podrían ser consecuencia del golpe, pero también podría ser otra cosa, algo que ya tuviera antes.

—Doctor Hoffmann —dijo ella suavizando el tono—, a mí me parece que sí me está pidiendo que lo visite.

—No, no. —Le puso el ordenador delante—. Solo quiero que me dé su opinión sobre esto.

La doctora lo miró con recelo y cogió sus gafas. Hoffmann se fijó en que todavía las llevaba colgadas de una cadenilla. La doctora se puso las gafas y miró la pantalla. Hoffmann observaba su expresión mientras ella avanzaba por el documento. Aquella desagradable cicatriz enfatizaba la belleza del resto de la cara; eso también lo recordaba Hoffmann. El día que lo reconoció fue el día que, en su opinión, había empezado a recuperarse.

—Bueno —dijo la doctora encogiendo los hombros—, evidentemente es una conversación entre dos hombres, uno que fantasea con la idea de matar y otro que sueña con morir y con cómo será la experiencia de la muerte. Es un diálogo forzado, artificioso: supongo que está sacado de un *chat room* de internet, de una página web, algo así. El que quiere matar no domina el inglés; el aspirante a víctima sí. —Lo miró por encima de la montura de las gafas—. No creo que le esté diciendo nada que usted no sepa ya.

—Esta clase de cosas ¿son habituales?

—Sí, desde luego, y cada día más. Es uno de los aspectos más siniestros de la red con que ahora nos enfrentamos. Internet une a personas que hace unos años, afortunadamente, no habrían podido conocerse, personas que quizá ni siquiera sabían que tenían esas tendencias tan peligrosas, y el resultado puede ser catastrófico. La policía me ha consultado varias veces sobre este tema. Existen sitios web que fomentan los pactos de suicidio, sobre todo entre jóvenes. También hay sitios web de pedofilia, canibalismo...

Hoffmann se sentó y se sujetó la cabeza con ambas manos.

—El hombre que fantasea con la muerte soy yo, ¿verdad?

—Bueno, supongo que usted debe de saberlo mejor que yo, doctor Hoffmann. ¿No recuerda haber escrito esto?

—No. Y sin embargo este texto contiene pensamientos que reconozco como míos, sueños que tuve cuando estaba enfermo. Por lo visto, últimamente he hecho otras cosas que no recuerdo. —La miró—. ¿Cree usted que podría tener algún problema en el cerebro que esté causando esto? Algo que me impele a hacer cosas, cosas atípicas, de las que después no guardo ningún recuerdo.

—Es posible. —La doctora apartó el ordenador portátil hacia un lado y se colocó frente a la pantalla del suyo. Tecléo algo y cliqueó varias veces con el ratón—. Veo que en noviembre de 2001 interrumpió su tratamiento conmigo sin darme ninguna explicación. ¿Qué pasó?

—Ya me había curado.

—¿No cree que eso debería haberlo decidido yo, y no usted?

—Pues no. No soy ningún crío. Sé cuándo estoy bien. Llevo años curado. Me casé. Monté una empresa. Todo me ha ido bien. Hasta que empezó esto.

—Quizá se encuentre bien, pero me temo que los trastornos depresivos graves como el que padecía usted pueden volver a aparecer. —Avanzó por el documento de las notas del caso de Hoffmann sacudiendo la cabeza—. Han pasado ocho años y medio desde su última visita. Tendrá que recordarme qué fue lo que desencadenó su enfermedad.

Hoffmann había tenido aquello en cuarentena en su mente tanto tiempo que le costó trabajo recordarlo.

—Tuve graves dificultades en mis investigaciones en el CERN. Hubo una investigación interna, que fue muy estresante. Al final cancelaron el proyecto en el que trabajaba.

—¿Qué proyecto era?

—Razonamiento artificial. Inteligencia artificial.

—Y ¿ha estado sometido a mucho estrés últimamente?

—Un poco —admitió.

—¿Qué síntomas de depresión ha tenido?

—Ninguno. Eso es lo que me extraña.

—¿Letargo? ¿Insomnio?

—No.

—¿Impotencia?

Hoffmann pensó en Gabrielle. Se preguntó dónde estaría.

—No —dijo en voz baja.

—Y ¿qué me dice de aquellas fantasías suicidas que tenía? Eran muy vívidas, muy detalladas. ¿Han vuelto a aparecer?

—No.

—Ese hombre que lo agredió ¿es el otro participante en esa conversación de internet?

Hoffmann asintió con la cabeza.

—¿Dónde está ahora?

—Prefiero no hablar de eso.

—¿Dónde está ese hombre, doctor Hoffmann? —Como él seguía sin contestar, la doctora dijo—: Enséñeme las manos, por favor.

Hoffmann se levantó a regañadientes y se acercó a la mesa. Extendió las manos. Volvió a sentirse como un niño que tiene que demostrar que se ha lavado las manos antes de sentarse a comer. La doctora examinó la arañada piel sin tocarlo, y luego lo miró de arriba abajo.

—¿Se ha peleado con alguien?

Hoffmann tardó en contestar.

—Sí. Ha sido en defensa propia.

—Muy bien. Siéntese, por favor.

Hoffmann obedeció.

—En mi opinión —dijo la doctora—, necesita que lo vea inmediatamente un especialista. Hay ciertos desórdenes, esquizofrenia, paranoia... que pueden llevar a quien los sufre a actuar de una forma absolutamente atípica que después no consigue recordar.

Quizá ese no sea su caso, pero creo que no podemos correr riesgos, ¿no le parece? Sobre todo si han aparecido anomalías en su escáner cerebral.

—Supongo que no.

—Por lo tanto, me gustaría que me esperara abajo mientras hablo con un colega mío. Mientras tanto, usted podría llamar a su mujer y decirle dónde está. ¿Le parece bien?

—Sí, claro.

Hoffmann esperó a que la doctora lo acompañara hasta la puerta, pero ella permaneció detrás de la mesa, atenta. Al final Hoffmann se levantó y recogió el ordenador.

—Gracias —dijo—. Esperaré en la recepción.

—Muy bien. Solo serán unos minutos.

En la puerta, Hoffmann se dio la vuelta. Se le había ocurrido una idea.

—Eso que está mirando es mi historial, ¿verdad?

—Sí.

—¿Lo tiene en el ordenador?

—Sí, siempre ha estado ahí. ¿Por qué?

—¿Qué contiene exactamente?

—Mis notas sobre su caso. Un registro del tratamiento: medicamentos recetados, sesiones de psicoterapia, etcétera.

—¿Graba las sesiones con sus pacientes?

La doctora vaciló.

—Algunas.

—¿Las mías?

Otra vacilación.

—Sí.

—Y luego, ¿qué pasa?

—Mi secretaria las transcribe.

—¿Y guarda los archivos en el ordenador?

—Sí.

—¿Puedo verlos? —Dio un par de pasos y se acercó a la mesa.

—No. Ni hablar.

La doctora cogió rápidamente el ratón para cerrar el documento, pero él la agarró por la muñeca.

—Déjeme ver mi archivo, por favor.

Hoffmann tuvo que arrancarle el ratón de la mano. La doctora intentó abrir el cajón donde guardaba el spray de pimienta. Hoffmann se lo impidió con la pierna.

—No voy a hacerle daño —dijo Hoffmann—. Solo necesito comprobar qué le dije. Deme un minuto para ver mi historial y luego me marcharé.

Le desagradó ver el miedo reflejado en los ojos de la mujer, pero no cedió, y al final, tras un par de segundos, ella se rindió. Echó la silla hacia atrás y se levantó. Hoffmann ocupó su sitio ante la pantalla. La doctora se colocó a una distancia prudente y lo observó desde el umbral, ciñéndose la rebeca como si tuviera frío.

—¿De dónde ha sacado ese ordenador? —preguntó la doctora. Pero él no la escuchaba. Estaba comparando las dos pantallas, avanzando primero por una y luego por la otra, y era como si se mirara en dos espejos oscuros. Las palabras que aparecían en ambas eran idénticas. Todo lo que le había contado nueve años atrás estaba cortado y pegado y colgado en la página web donde el alemán lo había leído.

—¿Este ordenador está conectado a internet —preguntó Hoffmann sin alzar la cabeza.

Y entonces vio que sí. Entró en el registro del sistema. No tardó mucho en encontrar el *malware*, cuatro archivos extraños de un tipo que no había visto nunca:

u||2sq.50†

|/s |■.††

5rqpj.0r

rL□σε||.o

—Alguien ha entrado en su sistema —dijo—. Han robado mi historial. —Entonces levantó la cabeza y miró a la doctora. La consulta estaba vacía, y la puerta entreabierta. Oyó a la doctora hablando por teléfono. Cogió el ordenador portátil y bajó a toda prisa la estrecha escalera enmoquetada. El recepcionista salió de detrás del mostrador e intentó cerrarle el paso, pero a Hoffmann no le costó apartarlo.

Fuera todo parecía normal: los ancianos sentados en el café, la madre con su cochecito, la *au pair* recogiendo la colada en la lavandería. Torció a la izquierda y caminó con paso ligero por la calle arbolada; pasó por delante de las casas de un gris apagado, con las persianas de las ventanas que daban a la acera cerradas; dejó atrás la

pastelería, que ya había cerrado, los setos suburbanos y los coches, pequeños y prácticos. No sabía adónde iba. Normalmente, cuando hacía ejercicio —cuando caminaba o corría—, se le aclaraban las ideas y se le estimulaba la creatividad. Pero ahora no. Estaba confuso. Empezó a bajar una cuesta. Había huertos municipales a la izquierda, y luego, sorprendentemente, campos extensos, una gran fábrica con un aparcamiento, bloques de apartamentos, montañas a lo lejos, y por encima de su cabeza un cielo hemisférico por donde avanzaba una inmensa flotilla de nubes grises que parecían buques de guerra a los que pasan revista.

Al cabo de un rato la vía quedó cortada por el muro de hormigón de una autopista elevada. La calle se redujo a un sendero que serpenteaba hacia la izquierda paralelamente a la ruidosa autopista, y que le llevó entre unos árboles hasta que salió a la orilla del río. En aquel tramo el Ródano era ancho y lento, debía de haber unos doscientos metros de orilla a orilla; las aguas eran de un marrón verdoso, opacas; avanzaba perezosamente hacia campo abierto; en la orilla opuesta había una cuesta boscosa. Un puente peatonal, la Passerelle de Chèvres, unía las dos orillas. Lo reconoció. En verano había pasado por él y había visto a unos niños que saltaban desde el parapeto para refrescarse. La tranquilidad del paisaje ejercía un extraño contraste con el estruendo del tráfico, y cuando Hoffmann subió al arco central del puente, tuvo la impresión de que se había alejado muchísimo de la vida normal y le costaría mucho volver. Al llegar a la mitad del puente se paró y trepó por la valla metálica protectora. Solo tardaría un par de segundos en precipitarse por los cinco o seis metros que lo separaban de la lenta corriente del río y dejarse llevar. Entendió por qué Suiza era el centro mundial del suicidio asistido: todo el país parecía organizado para animarte a desaparecer con discreción y privacidad, causando los menos problemas posibles.

Tuvo la tentación. No se hacía ilusiones: en la habitación del hotel debía de haber gran cantidad de restos de ADN y huellas dactilares que lo relacionarían con el crimen; solo era cuestión de tiempo que lo detuvieran, pasara lo que pasara. Pensó en lo que lo esperaba: un fuerte acoso de policías, abogados, periodistas y cámaras que duraría meses. Pensó en Quarry, en Gabrielle. Sobre todo en Gabrielle.

«Pero no estoy loco —pensó—. Quizá haya matado a un hombre, pero no estoy loco. O soy la víctima de una trama elaborada para hacerme creer que estoy loco, o alguien intenta acorralarme, chantajearme, destruirme.» Se preguntó: ¿confiaba en las autoridades —en ese pedante de Leclerc, por ejemplo— para llegar hasta el fondo de

aquella trama endiabladamente complicada mejor que él? La pregunta se contestaba por sí sola.

Se sacó del bolsillo el teléfono móvil del alemán y lo tiró al río; cayó sin apenas salpicar, dejando una breve cicatriz blanca en la superficie fangosa.

En la otra orilla había unos niños de pie junto a sus bicicletas que lo observaban. Hoffmann bajó de la valla, cruzó el resto del puente y pasó a su lado con el ordenador en la mano. Supuso que le dirían algo, pero permanecieron callados con gesto solemne, y Hoffmann pensó que su aspecto debía de tener algo que los asustaba.

Gabrielle nunca había estado en el CERN, e inmediatamente le recordó a su vieja universidad del norte de Inglaterra: bloques de oficinas funcionales y antiestéticos de los años sesenta y setenta esparcidos por un gran campus, pasillos descuidados llenos de jóvenes serios que hablaban entre ellos ante letreros que anunciaban conferencias y conciertos. Hasta se respiraba el mismo olor, una mezcla de cera para suelos, calor humano y comida de cantina. Imaginaba que Alex debía de haberse sentido mucho más cómodo allí que en las elegantes oficinas de Les Eaux-Vives.

La secretaria del profesor Walton la había dejado en el vestíbulo del Departamento de Informática y había ido a buscarlo. Ahora que Gabrielle se había quedado sola, estuvo tentada de huir. Lo que le había parecido una gran idea en el cuarto de baño de su casa de Cologny después de encontrar la tarjeta del profesor —llamarlo, hacer caso omiso de su sorpresa, preguntarle si podía ir a verlo inmediatamente: ya le contaría de qué se trataba cuando se vieran— le parecía ahora una idea histérica y bochornosa. Al darse la vuelta para buscar la salida vio un ordenador viejo en una vitrina. Se acercó y comprobó que se trataba del procesador NeXT con el que en 1991 habían puesto en marcha la World Wide Web desde el CERN. La nota dirigida a las encargadas de la limpieza, la original, todavía estaba enganchada en la cubierta negra de metal: «Esta máquina es un servidor. ¡No desconectar!». Le pareció extraordinario que todo hubiera empezado con algo tan prosaico.

—La caja de Pandora —dijo una voz a sus espaldas; Gabrielle se dio la vuelta y vio a Walton. Se preguntó cuánto rato llevaría observándola—. O la ley de las consecuencias

no planeadas. Empiezas intentando recrear los orígenes del universo y acabas creando eBay. Venga a mi despacho. Me temo que no tengo mucho tiempo.

—¿Está seguro? No quiero causarle molestias. Puedo volver otro día.

—No, no se preocupe. —La observó detenidamente—. ¿Se trata de la creación artística a partir de la física de partículas, o de Alex, por casualidad?

—Se trata de Alex.

—Ya me lo imaginaba.

La guió por un pasillo en cuyas paredes había fotografías de ordenadores antiguos hasta un edificio de oficinas. Era deprimente, funcional: puertas de cristal esmerilado, luces fluorescentes demasiado intensas, el típico linóleo de institución, pintura gris; no se parecía en nada a lo que se había figurado Gabrielle que sería el hogar del Gran Colisionador de Hadrones. Pero, una vez más, no le costó nada imaginar a Alex allí: era un escenario mucho más acorde con el hombre con que se había casado que el estudio de su casa de Coligny, de esmerado interiorismo, con tapizados de cuero y lleno de primeras ediciones.

—Aquí es donde dormía el gran hombre —dijo Walton abriendo la puerta de una celda espartana con dos mesas, dos terminales y una ventana que daba al aparcamiento.

—¿Donde dormía?

—Bueno, y donde trabajaba. Veinte horas de trabajo diarias, cuatro horas de sueño. Desenrollaba el colchón y lo ponía en ese rincón. —Walton esbozó una sonrisa al recordarlo y miró a Gabrielle con sus solemnes ojos grises—. Creo que Alex ya se había marchado de aquí cuando ustedes dos se conocieron en mi fiesta de fin de año. O estaba a punto de marcharse. Supongo que ha habido algún problema.

—Sí.

Walton asintió con la cabeza, como si eso no lo sorprendiera.

—Pase y siéntese. —La guió por el pasillo hasta su despacho. Era idéntico al otro, exceptuando que solo había una mesa, y Walton lo había humanizado un poco: había puesto una vieja alfombra persa sobre el linóleo y unas plantas en el alféizar de metal oxidado. Encima del archivador había una radio que transmitía música clásica, un cuarteto de cuerda. La apagó—. ¿Cómo puedo ayudarla?

—Cuénteme qué hacía él aquí, qué fue lo que salió mal. Creo que sufrió una crisis nerviosa, y tengo la impresión de que está pasando otra vez. Lo siento. —Agachó la cabeza—. No sé a quién más preguntar.

Walton se había sentado detrás de su mesa. Había juntado las yemas de los dedos y había colocado las manos ante los labios. Se quedó un rato mirándola. Al final dijo:

—¿Ha oído hablar del Desertron?

El Desertron, explicó Walton, iba a ser el Súper Colisionador Superconductor norteamericano, un túnel de ochenta y siete kilómetros excavado en la roca de Waxahachie, Texas. Pero en 1993 el Congreso de Estados Unidos, con su infinita sabiduría, aprobó que se abandonara su construcción. Eso ahorró unos diez mil millones de dólares a los contribuyentes de Estados Unidos. («La gente debió de salir a bailar a las calles.») Sin embargo, también arruinó los proyectos de carrera de toda una generación de físicos norteamericanos, entre ellos el joven y brillante Alex Hoffmann, que por entonces estaba terminando su doctorado en Princeton.

Al final Alex fue uno de los pocos afortunados. Solo tenía unos veinticinco años, pero ya había adquirido suficiente renombre para que le concedieran una de las poquísimas becas para no europeos para trabajar en el Gran Colisionador Electrón-Positrón del CERN, precursor del Gran Colisionador de Hadrones. Por desgracia, la mayoría de sus colegas tuvieron que marcharse y acabaron trabajando de *quants* en Wall Street, donde ayudaban a construir derivados en lugar de aceleradores de partículas. Y cuando eso salió mal y el sistema bancario implosionó, el Congreso tuvo que rescatarlo, con un coste de tres mil setecientos millones de dólares para los contribuyentes estadounidenses.

—Y eso es otro ejemplo de la ley de las consecuencias no planeadas —dijo Walton—. ¿Sabía que hace unos cinco años Alex me ofreció trabajo?

—No.

—Eso fue antes de la crisis financiera. Le dije que, para mí, las investigaciones científicas de primera línea y el dinero no se mezclaban. Forman un compuesto inestable. Podría haber utilizado las palabras «artes oscuras». Me temo que volvimos a pelearnos.

Gabrielle asintió con la cabeza.

—Ya sé a qué se refiere —dijo—. Es una especie de tensión. Siempre he notado eso en Alex, sobre todo últimamente.

—Eso es. Con los años he conocido a más de uno que se ha pasado de la ciencia pura al negocio de hacerse rico, ninguno con tanto éxito como Alex, lo admito... y siempre

notas en ellos, tal vez por su insistencia en lo contrario, que en el fondo se odian a sí mismos.

Walton parecía dolido por lo que les había pasado a los de su profesión, como si en cierto modo hubieran caído de un estado de gracia, y Gabrielle volvió a pensar que le recordaba a un sacerdote. Tenía algo místico, igual que Alex.

Tuvo que reconducirlo:

—Pero en los años noventa...

—Sí, bueno, pues en los años noventa...

Alex había llegado a Ginebra solo un par de años después de que los científicos del CERN inventaran la World Wide Web. Y curiosamente, había sido eso lo que había atrapado su imaginación: no recrear el Big Bang, ni encontrar la partícula de Dios, ni crear antimateria, sino las posibilidades del procesamiento en serie, el emergente razonamiento artificial, un cerebro global.

—Abordaba el tema con una visión romántica, y eso siempre es peligroso. Yo era su jefe de sección en el Departamento de Informática. Maggie y yo lo ayudamos en lo que pudimos. Cuando mis hijos eran pequeños, Alex les hacía de canguro. Era una nulidad para eso.

—Ya me lo imagino. —Gabrielle se mordió el labio inferior al pensar en Alex cuidando a unos niños.

—Una verdadera nulidad. Cuando llegábamos a casa lo encontrábamos en el piso de arriba durmiendo en la cama de los niños, y a los niños abajo mirando la televisión. Alex se exigía demasiado y terminaba agotado. Estaba obsesionado con la inteligencia artificial, aunque no le gustaban las connotaciones de orgullo desmedido de la IA y prefería llamarlo RAA: razonamiento artificial autónomo. ¿Se le dan bien las ciencias?

—No, en absoluto.

—Y ¿eso no es un inconveniente, estando casada con Alex?

—La verdad, yo creo que es al revés. Es lo que hace que funcione. —«O hacía», estuvo a punto de añadir. Ella se había enamorado del matemático ensimismado, de su ingenuidad social, de su extraña inocencia; era con el nuevo Alex, el multimillonario presidente de un *hedge fund*, con el que le costaba llevarse bien.

—Bueno, procuraré no emplear un lenguaje demasiado técnico. Uno de los grandes retos a que nos enfrentamos aquí consiste, sencillamente, en analizar la gran cantidad de datos experimentales que producimos. Ahora son cerca de veintisiete billones de bytes

todos los días. La solución de Alex consistía en inventar un algoritmo que averiguara qué tenía que buscar, por así decirlo, y se enseñara a sí mismo qué tenía que buscar a continuación. Eso le permitiría trabajar infinitamente más deprisa que un ser humano. La idea era teóricamente brillante, pero en la práctica fue un desastre.

—¿Por qué? ¿No funcionó?

—Sí, sí funcionó. Por eso fue un desastre. Empezó a extenderse por el sistema como la correhuela. Al final tuvimos que ponerlo en cuarentena, lo que significaba, básicamente, anularlo todo. Me vi obligado a decirle a Alex que aquella línea de investigación en particular era demasiado inestable y que no podíamos continuar con ella. Requeriría contención, como la tecnología nuclear; si no, habría sido como liberar un virus. Él no quiso aceptarlo. Las cosas se pusieron bastante feas. En una ocasión tuvieron que sacarlo a la fuerza del edificio.

—Y ¿fue entonces cuando tuvo la crisis nerviosa?

Walton asintió con la cabeza, compungido.

—Nunca había visto a un hombre tan desconsolado. Era como si yo hubiera asesinado a su hijo.

Mientras consideraba estos asuntos [...] surgió en mi mente un nuevo concepto: el sistema nervioso digital [...] Un sistema nervioso digital consiste en los procesos digitales que permiten a una empresa percibir y reaccionar a su entorno, descubrir los retos de los competidores y las necesidades de los clientes, y organizar respuestas oportunas [...]

BILL GATES,
Los negocios en la era digital (2000)

Hoffmann llegó a su despacho cuando estaba a punto de finalizar la jornada laboral: las seis de la tarde en Ginebra, mediodía en Nueva York. Los empleados salían del edificio y se iban a sus casas, a tomar una copa o al gimnasio. Se quedó en un portal de la acera de enfrente y escudriñó la calle en busca de policías, y tras comprobar que no había ninguno, cruzó la calle corriendo, se plantó ante el escáner facial, que lo dejó pasar, atravesó el vestíbulo, montó en uno de los ascensores y se dirigió a la sala de operaciones. La sala todavía estaba llena; la mayoría de los empleados no se marchaban hasta las ocho. Agachó la cabeza y fue a su despacho haciendo caso omiso de las miradas de curiosidad que le dirigían. Marie-Claude, que estaba sentada a su mesa, lo vio acercarse. Fue a decir algo, pero Hoffmann levantó las manos.

—Ya lo sé —dijo—. Necesito estar a solas diez minutos, y luego me ocuparé de todo. No deje pasar a nadie, ¿de acuerdo?

Entró y cerró la puerta. Se sentó en su lujosa silla ergonómica con un sofisticado mecanismo de inclinación y abrió el ordenador portátil del alemán. Quién había pirateado su historial médico: eso era lo que quería averiguar. Estaba desconcertado.

Nunca había sospechado que tuviera enemigos. Ciertamente, no tenía amigos; pero siempre había dado por hecho que el corolario de su soledad era que tampoco tenía enemigos.

Volvía a dolerle la cabeza. Pasó los dedos por la zona afectada; la cicatriz le recordó a las puntadas de un balón de fútbol americano. Tenía los hombros agarrotados por la tensión. Empezó a masajearse la nuca, se recostó en la butaca y se quedó mirando el detector de humo, como había hecho cientos de veces cuando intentaba aclarar sus ideas. Contempló la diminuta luz roja, idéntica a la que había en el techo de su dormitorio de Cologny y que siempre le hacía pensar en Marte antes de quedarse dormido. Poco a poco dejó de masajearse.

—Mierda —susurró.

Se incorporó y escrutó la imagen del salvapantallas del ordenador portátil: una fotografía suya mirando hacia arriba con gesto inexpresivo y la mirada perdida. Se subió a la silla, que osciló peligrosamente cuando Hoffmann pasó de ella a la mesa. El detector de humo era cuadrado, de plástico blanco; se componía de un sensor, una luz que indicaba que estaba conectado, un botón de prueba y una rejilla que presuntamente tapaba la sirena. Hoffmann palpó los bordes de la caja, que parecía encolada al azulejo del techo. Tiró de ella y la retorció, y al final, presa del miedo y la frustración, la agarró con fuerza y estiró hasta arrancarla.

El chirrido de protesta que desató era tan intenso que casi se palpaba. La caja temblaba en sus manos; hasta el aire latía. Todavía estaba conectada al techo por un cable, como un cordón umbilical, y cuando Hoffmann metió los dedos en la parte de atrás para intentar desconectarla, recibió una fuerte descarga eléctrica, como una mordedura de perro, que le llegó hasta el corazón. Dio un grito, soltó la caja, que quedó colgando, y sacudió enérgicamente los dedos como si se los secara. Aquel ruido era una agresión física: creyó que le sangrarían los oídos si no paraba pronto. Cogió el detector, esa vez tocando solo la caja, y tiró de él con todas sus fuerzas, casi colgándose de él, hasta que la caja se soltó, arrancando un trozo de techo. El silencio repentino que siguió fue tan impactante como el estruendo.

Mucho más tarde, cuando Quarry revivió las dos horas posteriores, y cuando le preguntaron cuál había sido para él el momento más espeluznante, dijo que fue ese: cuando oyó la alarma y fue corriendo desde un extremo de la sala de operaciones al otro,

y encontró a Hoffmann —la única persona que de verdad entendía un algoritmo que estaba haciendo una apuesta sin cobertura de treinta mil millones de dólares— salpicado de sangre, cubierto de polvo, de pie en una mesa bajo un agujero del techo, farfullando, diciendo que lo espían allí donde iba.

Quarry no fue el primero en llegar a la escena. La puerta ya estaba abierta, y dentro estaba Marie-Claude con algunos *quants*. Quarry se abrió paso a empujones y ordenó a todos que volvieran al trabajo. Estiró el cuello e inmediatamente se dio cuenta, incluso mirándolo desde abajo, de que Hoffmann había sufrido algún tipo de trauma. Parecía desquiciado e iba muy desaliñado. Tenía sangre seca en el pelo y las manos cubiertas de heridas, como si hubiera estado dando puñetazos en un muro de hormigón. Con toda la calma de que fue capaz, dijo:

—¿Qué tal, Alexi? ¿Cómo va por ahí arriba?

—Júzgalo tú mismo —le gritó Hoffmann, excitado. Saltó de la mesa y le tendió la palma de la mano. En ella estaban los componentes del detector de humo, desmontado. Los movió con el dedo índice, como un naturalista que examina las vísceras de un animal muerto. Levantó una pequeña lente con un trozo de cable en la parte de atrás—. ¿Sabes qué es esto?

—Pues no, me parece que no.

—Es una webcam. —Separó los dedos y dejó que las piezas cayeran sobre la mesa; algunas rodaron hasta el suelo—. Mira esto. —Le pasó el ordenador portátil a Quarry y dio unos golpecitos en la pantalla—. ¿De dónde crees que han sacado esta fotografía?

Se sentó y se recostó en la butaca. Quarry lo miró y luego volvió a mirar la pantalla. Miró el techo.

—Me cago en la puta. ¿De dónde has sacado esto?

—Era de ese cabrón que me agredió anoche.

Ya en ese momento Quarry se fijó en el extraño uso del tiempo pasado —¿era?— y se preguntó cómo habría llegado el ordenador a las manos de Hoffmann. Sin embargo, no tuvo tiempo para hacer más preguntas, pues Hoffmann se puso en pie. Su mente se había desatado, no podía estarse quieto.

—Ven —dijo haciendo señas a Quarry con el dedo—. Ven.

Sacó a Quarry del despacho cogiéndolo por el codo y apuntó al techo encima de la mesa de Marie-Claude, donde había otro detector idéntico al de su despacho. Se llevó un dedo a los labios. Luego llevó a Quarry hasta la entrada de la sala de operaciones y

siguió señalando: uno, dos, tres, cuatro más. También había uno en la sala de juntas. Los había hasta en el cuarto de baño. Se subió a los lavamanos. Desde allí arrancó el detector, que dejó caer una lluvia de yeso. Saltó al suelo y se lo enseñó a Quarry. Otra webcam.

—Los hay por todas partes. Llevan meses aquí, y ni siquiera me había fijado en ellos. En tu despacho debe de haber otro. Hay uno en cada una de las habitaciones de mi casa, incluido el dormitorio. Dios. Hasta en el cuarto de baño. —Se llevó una mano a la frente; solo ahora empezaba a comprender el alcance de todo aquello—. Increíble.

Quarry siempre había tenido la sospecha de que sus rivales podían intentar espiarlos: era lo que habría hecho él en su lugar. Por eso había contratado los servicios de seguridad de Genoud. Examinó el detector, perplejo.

—Y ¿crees que en todos hay una cámara?

—Bueno, si quieres podemos comprobarlo, pero sí, creo que sí.

—Dios mío, pero si le pagamos una fortuna a Genoud precisamente para que impida esto.

—Ahí está la gracia, ¿no lo ves? Debe de ser él quien ha instalado todo esto. También se encargó de mi casa cuando la compré. Nos tienen bajo vigilancia las veinticuatro horas del día. Mira. —Hoffmann sacó su teléfono móvil—. Esto también lo organizó él, ¿no? Nuestros teléfonos encriptados. —Abrió el teléfono con un gesto que a Quarry, curiosamente, le recordó a alguien rompiendo las pinzas de una langosta, y lo desmontó rápidamente junto a uno de los lavamanos—. Es el sitio ideal para instalar un micrófono oculto. Ni siquiera necesitas poner un micrófono, porque ya lo lleva. Leí un artículo sobre eso en el *Wall Street Journal*. Crees que lo has apagado, pero en realidad siempre está activo, registrando tus conversaciones incluso cuando no hablas por teléfono. Y lo mantienes siempre cargado. El mío lleva todo el día haciendo cosas raras.

Estaba tan convencido de que tenía razón, que a Quarry se le contagió su paranoia. Examinó con cautela su propio teléfono, como si fuera una granada que pudiera explotarle en las manos, y luego lo utilizó para llamar a su secretaria.

—Amber, ¿puedes buscar a Maurice Genoud y pedirle que venga inmediatamente? Dile que deje lo que esté haciendo y que venga al despacho de Alex. —Colgó—. Vamos a ver qué tiene que decir ese hijo de puta. Nunca he confiado en él. Me pregunto a qué estará jugando.

—Es obvio, ¿no? Somos un *hedge fund* que produce un beneficio del ochenta y tres

por ciento. Si alguien nos clonara y copiara todas nuestras operaciones, ganaría una fortuna. Ni siquiera necesitaría saber cómo lo hacemos. Es evidente por qué quiere espiarnos. Lo que no entiendo es por qué ha hecho todo lo otro.

—¿Qué es todo lo otro?

—Abrir una cuenta en las islas Caimán, transferirle dinero y retirarlo, enviar correos electrónicos en mi nombre, comprarme un libro que habla del miedo y el terror, sabotear la exposición de Gabby, piratear mi historial médico y ponerme en contacto con un psicópata. Es como si le pagaran para volverme loco.

Al escucharlo, Quarry volvió a sentir inquietud, pero antes de que pudiera decir nada sonó su teléfono. Era Amber.

—El señor Genoud estaba abajo. Ahora sube.

—Gracias —le dijo a Hoffmann—. Por lo visto ya estaba en el edificio. Raro, ¿no? ¿Qué hace aquí? A lo mejor sabe que sospechamos de él.

—Podría ser.

De pronto Hoffmann salió de los lavabos, cruzó el pasillo y volvió a su despacho. Se le había ocurrido otra idea. Abrió el cajón de su mesa y sacó el libro que Quarry le había visto llevarse esa mañana: el volumen de Darwin por el que lo había llamado por teléfono a medianoche.

—Mira esto —dijo pasando las páginas. Lo sostuvo abierto por una fotografía de un anciano que parecía aterrorizado; Quarry pensó que era una imagen grotesca, algo extraído de una feria de monstruos—. ¿Qué ves?

—Veo a un lunático de la época victoriana que está muerto de miedo.

—Sí, pero fíjate bien. ¿Ves los calibradores?

Quarry miró con más detenimiento. Un par de manos, a sendos lados de la cara, le aplicaban unas finas varillas metálicas en la frente al sujeto, que llevaba puesto una especie de pijama quirúrgico y tenía la cabeza apoyada en un reposacabezas de acero.

—Sí, claro que los veo.

—Esos calibradores los está aplicando un médico francés llamado Guillaume-Benjamin Duchenne. Creía que las expresiones del rostro humano son la puerta del alma. Está estimulando los músculos faciales mediante lo que los victorianos llamaban galvanismo, que es como ellos designaban la electricidad producida por una reacción ácida. Lo utilizaban para hacer saltar a ranas muertas, era un truco habitual en las fiestas.

—Esperó a que Quarry comprendiera la importancia de lo que estaba diciendo, pero

como seguía perplejo, añadió—: Es un experimento para inducir los síntomas faciales del miedo con objeto de registrarlos con una cámara.

—Vale, ya lo entiendo —dijo Quarry con cautela.

Hoffmann agitó el libro con frustración.

—Bueno, ¿acaso no es eso exactamente lo que me ha estado pasando a mí? Esta es la única ilustración del libro en que pueden verse los calibradores; en todas las otras, Darwin los hizo quitar. Me he convertido en el sujeto de un experimento ideado para hacerme sentir miedo, y mis reacciones están continuamente monitorizadas.

Al cabo de un momento, tras asegurarse de que podría hablar, Quarry dijo:

—Pues lo siento mucho, Alexi. Debe de ser una sensación horrible.

—El caso es: ¿quién está haciendo esto y por qué? Es evidente que no ha sido idea de Genoud. Él solo es la herramienta...

Pero ahora era Quarry el que no prestaba atención. Pensaba en sus responsabilidades como director ejecutivo ante sus inversores, sus empleados y (después no le avergonzó admitirlo) ante sí mismo. Recordaba el armario de medicinas que había visto en el apartamento de Hoffmann años atrás, que contenía drogas suficientes para tener contento a un yonqui durante seis meses, y sus órdenes específicas a Rajamani de no hacer constar en acta ninguna preocupación sobre la salud mental del presidente de la empresa. Se preguntaba qué pasaría si aquello llegara a hacerse público.

—Vamos a sentarnos —propuso—. Tenemos que hablar.

A Hoffmann le molestó que su socio lo interrumpiera.

—¿Es urgente?

—Sí, bastante. —Quarry se sentó en el sofá e hizo señas a Hoffmann para que se acomodara a su lado.

Pero Hoffmann se sentó detrás de su mesa. Barrió el tablero con un brazo apartando los restos del detector de humo.

—Está bien, adelante. Pero antes de decir nada, quítale la batería a tu teléfono.

A Hoffmann no le sorprendió que Quarry no hubiera comprendido la importancia del libro de Darwin. Él siempre entendía las cosas antes que los demás; por eso se había visto obligado a pasar tantos días de su vida haciendo largos y solitarios viajes mentales.

Al final, quienes lo rodeaban acababan alcanzándolo; pero generalmente, para entonces él estaba viajando a algún otro lugar.

Vio cómo Quarry desmontaba su teléfono y dejaba la batería en la mesita baja.

—Tenemos un problema con el VIXAL-4 —dijo Quarry.

—¿Qué clase de problema?

—Se ha deshecho de la cobertura delta.

Hoffmann se quedó mirándolo.

—No digas tonterías. —Acercó el teclado, entró en su ordenador y empezó a revisar sus posiciones: por sector, tamaño, tipo, fecha. Los clics del ratón eran tan rápidos como las señales de un código Morse, y cada ventana que abrían era más asombrosa que la anterior—. Pero si esto es una locura. Esto no es para lo que está programado.

—Ha sido entre la hora de comer y la hora de apertura de Estados Unidos. No conseguíamos localizarte. La buena noticia es que de momento está acertando. El Dow ha bajado casi cien, y si miras la P&L, llevamos ganados más de doscientos millones en lo que va de día.

—¡Pero no es lo que se supone que tiene que hacer! —insistió Hoffmann. Lógicamente debía de haber una explicación racional: siempre la había. Al final la encontraría. Tenía que estar relacionada con todo lo que le estaba pasando—. Vale, antes que nada: ¿estamos seguros de que estos datos son correctos? ¿Podemos confiar en lo que vemos en estas pantallas? ¿O podría ser algún tipo de sabotaje? ¿Un virus? —Se estaba acordando del *malware* del ordenador de su psiquiatra—. Podría ser que alguien, o algún grupo, estuviera realizando un ciberataque contra la empresa. ¿No lo habías pensado?

—Podría ser, pero eso no explica la venta corta de Vista Airways. Y créeme, eso está empezando a parecer algo más que una coincidencia.

—Sí, bueno, no puede ser. Ya hemos hablado de...

Quarry, impaciente, lo interrumpió:

—Ya sé que lo hemos hablado, pero el relato ha cambiado a medida que avanzaba el día. Ahora resulta que el accidente no lo causó un fallo mecánico. Por lo visto hubo un aviso de bomba en no sé qué página web terrorista islámica mientras el avión todavía estaba volando. El FBI no la detectó; nosotros sí.

A Hoffmann le costó asimilarlo: estaba recibiendo demasiada información de golpe.

—Pero eso está mucho más allá de los parámetros del VIXAL. Eso significaría un

punto de inflexión extraordinario, un salto cuántico.

—Tenía entendido que era un algoritmo de aprendizaje automático.

—Sí, lo es.

—Pues a lo mejor es que ha aprendido algo.

—No digas idioteces, Hugo. No funciona así.

—Vale, no funciona así. Muy bien, yo no soy ningún experto. El caso es que tenemos que tomar una decisión cuanto antes. O desconectamos el VIXAL, o tendremos que aportar dos mil quinientos millones mañana por la tarde para que los bancos nos dejen seguir operando.

Marie-Claude llamó a la puerta y la abrió.

—Ha llegado *monsieur* Genoud.

Quarry le dijo a Hoffmann:

—Deja que me ocupe yo. —Era como si estuviera en una especie de videojuego, donde todo a la vez volaba hacia él.

Marie-Claude se apartó para dejar entrar al ex policía. Inmediatamente miró el agujero del techo.

—Pasa, Maurice —invitó Quarry—. Cierra la puerta. Como verás, hemos estado haciendo un poco de bricolaje, y nos preguntábamos si tú tendrías alguna explicación para esto.

—Creo que no —dijo Genoud, y cerró la puerta—. ¿Debería tenerla?

—Dios —espetó Hoffmann—, tiene sangre fría, Hugo. Eso hay que reconocerlo.

Quarry levantó una mano.

—Espera un momento, Alex, ¿quieres? Mira, Maurice. Nada de gilipolces. Necesitamos saber desde cuándo dura esto. Necesitamos saber quién te paga. Y necesitamos saber si has metido algo en nuestro sistema informático. Es urgente, porque nos encontramos en una posición bursátil muy inestable. No queremos llamar a la policía para que se encargue de esto, pero lo haremos si es necesario. Depende de ti, y mi consejo es que seas absolutamente sincero.

Tras una pausa, Genoud miró a Hoffmann.

—¿Puedo contárselo?

—Puedes contarle ¿qué? —dijo Hoffmann.

—Me pone usted en una situación muy violenta, doctor Hoffmann.

—No sé de qué me habla —le dijo Hoffmann a Quarry.

—Muy bien, en estas circunstancias no esperaré que mantenga la discreción. — Genoud se volvió hacia Quarry—. El doctor Hoffmann me ordenó hacerlo.

A Hoffmann le dieron ganas de pegarle por la frialdad y la insolencia con que mentía.

—Gilipollas —dijo—. ¿Quién va a creerse eso?

Genoud siguió hablando, impasible; se dirigía directamente a Quarry y no le hacía caso a Hoffmann.

—Es la verdad. Cuando vinieron a estas oficinas me dio instrucciones de instalar cámaras ocultas. Imaginé que a usted no le habría dicho nada. Pero él es el presidente de la empresa, así que creí que era lícito que hiciera lo que me ordenaba. Juro que estoy diciendo la verdad.

Hoffmann sonrió y sacudió la cabeza.

—Hugo, no te creas ni una palabra. Es la misma mierda que llevo oyendo todo el día. Yo no he tenido ni una sola conversación con este tipo sobre la instalación de cámaras. ¿Para qué iba a querer grabar mi propia empresa? Y ¿por qué pondría un micrófono en mi propio teléfono? Todo esto es descabellado —insistió.

—Yo no he dicho que hayamos tenido ninguna conversación sobre esto —dijo Genoud—. Como sabe usted bien, doctor Hoffmann, solo he recibido órdenes por correo electrónico.

—¡Por correo electrónico! ¡Ya estamos otra vez! —exclamó Hoffmann—. ¿Me estás insinuando que instalaste todas estas cámaras y que en todos estos meses no hemos hablado de ello ni una sola vez, pese a los miles de francos que debe de haberte costado?

—Exactamente.

Hoffmann emitió un resoplido de desprecio e incredulidad.

—Eso que cuentas no es muy verosímil —le dijo Quarry a Genoud—. ¿No te pareció raro?

—No especialmente. Me dio la impresión de que todo esto se hacía al margen de la contabilidad, por así decirlo. De que el doctor Hoffmann no quería que se supiera lo que estaba pasando. Intenté insinuárselo en una ocasión, indirectamente. Pero se quedó mirándome como si no entendiera nada.

—No me extraña. Porque no sabía de qué me estabas hablando. Y ¿cómo demonios se supone que he pagado todo esto?

—Mediante transferencia bancaria —contestó Genoud—, desde una cuenta de las islas Caimán.

Esa respuesta dejó paralizado a Hoffmann. Quarry lo miraba de hito en hito.

—Vale —concedió Hoffmann—, supongamos que recibiste esos correos electrónicos. ¿Cómo sabías que era yo quien te los enviaba y no alguien que se hacía pasar por mí?

—¿Por qué iba a pensar eso? Era su empresa, su dirección de correo electrónico, usted me pagaba a través de su banco. Y la verdad, doctor Hoffmann, no tiene usted fama de ser una persona con la que resulte fácil hablar.

Hoffmann, frustrado, soltó una palabrota y golpeó la mesa con el puño.

—Ya estamos otra vez. Se supone que he encargado un libro por internet. Se supone que he comprado toda la exposición de Gabrielle por internet. Se supone que le he pedido a un loco que me mate por internet... —De pronto lo asaltó un recuerdo involuntario de la espeluznante escena del hotel, de la cabeza de aquel hombre colgando. Se había olvidado de todo aquello por unos minutos. Se dio cuenta de que Quarry lo miraba perplejo—. ¿Quién me hace esto, Hugo? —preguntó, desesperado—. ¿Quién me hace esto y lo graba? Tienes que ayudarme a resolverlo. Estoy atrapado en una pesadilla.

A Quarry todo le daba vueltas. Le costó mantener la calma cuando dijo:

—Claro que te ayudaré, Alex. Vamos a ver si llegamos al fondo de esto de una vez por todas. —Se volvió hacia Genoud—. Muy bien, Maurice, supongo que habrás guardado esos correos.

—Por supuesto.

—¿Puedes acceder a ellos?

—Sí, si eso es lo que quiere. —Ahora Genoud hablaba con rigidez y formalidad, y se mantenía muy erguido, como si su honor como ex agente de policía se estuviera poniendo en tela de juicio. Lo que, bien mirado, tenía mucha gracia, pensó Quarry, habida cuenta de que, fuera cual fuese la verdad, Genoud había instalado toda una red de vigilancia secreta.

—Estupendo, supongo que no te importará enseñármelos. Déjale usar tu ordenador, Alex.

Hoffmann se levantó de la butaca como en trance. Pisó unos fragmentos del detector de humo y miró el agujero que había hecho en el techo. El agujero daba a un espacio oscuro y vacío. Dentro, dos cables se tocaban y emitían chispas azuladas intermitentes. Le pareció ver que algo se movía. Cerró los ojos y las chispas siguieron destellando como si hubiera estado mirando el sol. Empezó a formarse una sospecha en su pensamiento.

Genoud, inclinado sobre el ordenador, dijo triunfante:

—¡Aquí están! —Se enderezó y se apartó para que Hoffmann y Quarry pudieran examinar los correos. Había filtrado los mensajes guardados en su carpeta de entrada para que solo aparecieran los de Hoffmann: montones de mensajes cuya fecha se remontaba a más de un año. Quarry cogió el ratón y empezó a abrirlos al azar.

—Todos están enviados desde tu dirección de correo, Alex —dijo—. De eso no hay duda.

—Sí, ya me lo imagino, pero no los envié yo.

—Muy bien, pero entonces, ¿quién lo hizo?

Hoffmann se quedó pensando. Aquello iba más allá de la piratería, de comprometer la seguridad o de clonar un servidor. Era algo más fundamental; parecía que la empresa hubiera duplicado su sistema operativo.

Quarry seguía leyendo.

—No puedo creerlo —dijo—. Te has espiado a ti mismo en tu propia casa...

—Mira, odio repetirme tanto, pero no he sido yo.

—Lo siento, Alexi, pero todo indica que sí. Escucha esto: «Para: Genoud. De: Hoffmann. Solicito webcams ocultas para vigilancia en Cologny, veinticuatro horas, inmediatamente...».

—Venga, hombre. Yo no hablo así. Nadie habla así.

—Alguien sí: está aquí, en la pantalla.

Hoffmann se volvió bruscamente hacia Genoud.

—¿Adónde va a parar toda la información? ¿Qué pasa con las imágenes, con las grabaciones de audio?

—Se envía todo digitalmente a un servidor seguro, como usted ya sabe —contestó Genoud.

—Pero tiene que haber miles de horas —exclamó Hoffmann—. ¿Quién iba a tener tiempo para revisarlo todo? Yo seguro que no. Necesitarías a todo un equipo dedicado exclusivamente a eso. No hay suficientes horas en un día.

—No lo sé —dijo Genoud encogiéndose de hombros—. Yo también me lo he preguntado muchas veces. Me he limitado a hacer lo que usted me ordenaba.

Solo una máquina habría podido analizar semejante cantidad de información, pensó Hoffmann. Tendría que utilizar la más moderna tecnología de reconocimiento facial y reconocimiento de voz, sofisticadas herramientas de búsqueda...

Volvió a interrumpirlo otra protesta de Quarry:

—¿Desde cuándo tenemos alquilada una nave industrial en Zimeysa?

—Desde hace seis meses, señor Quarry —respondió Genoud—. Es una nave enorme. Está en el número cincuenta y cuatro de la Route de Clerval. El doctor Hoffmann encargó un nuevo sistema especial de seguridad y vigilancia.

—¿Qué hay en esa nave? —preguntó Hoffmann.

—Ordenadores.

—¿Quién los instaló?

—No lo sé. Una empresa informática.

—Entonces —dijo Hoffmann—, ¿tú no eres la única persona con la que trato? ¿También trato con empresas por correo electrónico?

—No lo sé. Parece ser que sí.

Quarry seguía abriendo mensajes.

—Esto es increíble —le dijo a Hoffmann—. Según esto, también has adquirido este edificio en plena propiedad.

—Es verdad, doctor Hoffmann —confirmó Genoud—. Usted me contrató para que me encargara de la seguridad. Por eso estaba aquí esta noche cuando me ha llamado.

—¿Es cierto eso? —inquirió Quarry—. ¿Eres el dueño del edificio?

Pero Hoffmann ya no les escuchaba. Estaba pensando en su época del CERN, recordando el memorándum que Bob Walton había enviado a los presidentes de los Comités de Experimentos y al Comité de Asesoramiento Técnico del CERN recomendándoles la cancelación del proyecto de investigación de Hoffmann, el RMA-1. Incluía una advertencia emitida por Thomas S. Ray, ingeniero de software y profesor de zoología de la Universidad de Oklahoma: «[...] las entidades artificiales autónomas de desarrollo libre deberían ser consideradas potencialmente peligrosas para la vida orgánica, y deberían permanecer confinadas en algún tipo de instalación de contención, como mínimo hasta que llegemos a comprender plenamente su verdadero potencial [...] La evolución sigue siendo un proceso interesado, y los intereses de organismos digitales confinados podrían entrar en conflicto con los nuestros».

Inspiró hondo y dijo:

—Hugo, necesito hablar contigo en privado.

—Sí, claro. Maurice, ¿te importaría salir un momento?

—No, creo que debería quedarse aquí y empezar a solucionar esto. —Se dirigió a

Genoud—: Quiero que hagas una copia de toda la carpeta de correos electrónicos enviados desde mi dirección. También quiero una lista de todos los trabajos que presuntamente te he encargado. Sobre todo quiero una lista de todo lo que tenga que ver con esa nave industrial de Zimeysa. Luego quiero que empieces a arrancar todas las cámaras y todos los micrófonos instalados en nuestros edificios, empezando por mi casa. Y necesito que lo hagas esta misma noche. ¿Entendido?

Genoud miró a Quarry buscando su aprobación. Quarry titubeó, pero asintió con la cabeza.

—Como quiera —respondió Genoud con aspereza.

Salieron del despacho y lo dejaron trabajar. Una vez fuera, con la puerta cerrada, Quarry dijo:

—Espero que tengas alguna explicación para esto, Alex, porque tengo que decirte que...

Hoffmann levantó un dedo y alzó la mirada hacia el detector de humo que había encima de la mesa de Marie-Claude.

—Ah, ya te entiendo —dijo Quarry con mucho énfasis—. Vamos a mi despacho.

—No, a tu despacho no. No es seguro. Ven...

Hoffmann lo llevó al lavabo y cerró la puerta. Los fragmentos del detector de humo estaban donde los había dejado, junto al lavamanos. Apenas reconoció su reflejo en el espejo. Parecía alguien que se hubiera fugado del ala de seguridad de un hospital psiquiátrico.

—Hugo, ¿crees que estoy loco?

—Pues ya que me lo preguntas, sí, claro que sí. O seguramente. No lo sé.

—No, no pasa nada. Si eso es lo que piensas, no te culpo. Ya sé lo que esto debe de parecer desde fuera, y lo que voy a decirte no hará que te sientas más seguro. —Ni siquiera él podía creer que lo estuviera diciendo—. Creo que el problema que tenemos es el VIXAL.

—¿Que haya deshecho la cobertura delta?

—Sí, que haya deshecho la cobertura delta, pero seguramente también que esté haciendo algo más de lo que yo había previsto.

Quarry lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿De qué me estás hablando? No te sigo...

La puerta se abrió un poco y alguien intentó entrar. Quarry lo impidió empujando la

puerta con un codo.

—Ahora no —dijo sin apartar la vista de Hoffmann—. Vete al cuerno, ¿vale?

—Tranquilo, Hugo —dijo una voz.

Quarry cerró la puerta y se apoyó en ella.

—¿Algo más de lo que habías previsto? ¿En qué sentido?

—El VIXAL podría estar tomando decisiones que no son completamente compatibles con nuestros intereses —dijo Hoffmann con cautela.

—¿Te refieres a nuestros intereses como empresa?

—No. Me refiero a nuestros intereses. Los intereses de la especie humana.

—¿No son lo mismo?

—No necesariamente.

—Lo siento, no lo pillo. ¿Te refieres a que crees que está actuando por su cuenta? ¿Lo de la vigilancia y todo eso?

Al menos, pensó Hoffmann, había que reconocer que Quarry se estaba tomando en serio esa posibilidad.

—No lo sé. No estoy seguro de lo que estoy diciendo. Tenemos que ir paso a paso hasta que reunamos suficiente información para hacer una afirmación en firme. Pero creo que el primer paso debería ser cerrar las posiciones que ha tomado en el mercado. Podrían resultar peligrosas, y no solo para nosotros.

—¿Aunque esté ganando dinero?

—Ya no se trata de ganar dinero. ¿No puedes olvidarte del dinero por una vez? —A Hoffmann cada vez le costaba más mantenerse sereno, pero consiguió terminar sin perder los estribos—. Ahora ya estamos mucho más allá.

Quarry se cruzó de brazos y meditó un momento, con la cabeza agachada.

—¿Estás seguro de que estás en condiciones de tomar esta decisión?

—Sí, lo estoy. Confía en mí, por favor, aunque solo sea por estos ocho años. Será la última vez, te lo prometo. Después de esta noche, tú tomarás las riendas.

El físico y el financiero se miraron a los ojos. Quarry no sabía qué pensar. Pero como dijo después, a fin de cuentas la empresa era de Hoffmann: era su genio lo que había conseguido los clientes, su máquina la que había generado los beneficios, y por tanto era responsabilidad suya cancelarla.

—Tú mandas —dijo, y se apartó de la puerta.

Hoffmann salió a la sala de operaciones; Quarry lo siguió. Se sintió mejor haciendo

algo, plantando cara, defendiéndose. Dio una palmada.

—¡Escuchadme todos! —Hoffmann se subió a una silla para que los *quants* pudieran verlo mejor y dio otra palmada—. Necesito que me prestéis atención un momento.

Los *quants* se levantaron de sus mesas obedeciendo la orden como un ejército fantasmagórico de doctores. Hoffmann vio que se miraban unos a otros a medida que se le acercaban; algunos se decían cosas al oído. Era evidente que estaban todos muy nerviosos por lo que estaba pasando. Van der Zyl salió de su despacho, y también Ju-Long; Hoffmann no vio a Rajamani. Esperó a que un par de rezagados de Incubación se levantaran de la silla y entonces carraspeó.

—Muy bien, parece evidente que se han producido algunas anomalías que tenemos que solucionar, por no decir algo peor, y creo que, por seguridad, vamos a tener que empezar a dismantelar esas posiciones que hemos construido en las últimas horas.

Se controló. No quería provocar el pánico. Además, era consciente de los detectores de humo repartidos por el techo de la estancia. Seguramente, sus palabras estaban siendo monitorizadas.

—Eso no significa necesariamente que tengamos un problema con el VIXAL, pero hemos de retroceder y averiguar por qué está haciendo algunas de las cosas que está haciendo. No sé cuánto tiempo nos llevará eso, así que entretanto necesitamos recuperar la delta, tomar posiciones largas en otros mercados; liquidar, si es necesario. En suma, largarnos de donde estamos.

—Tenemos que actuar con mucho cuidado —dijo Quarry dirigiéndose a los *quants*, pero también a Hoffmann—. Si empezamos a liquidar posiciones tan grandes demasiado deprisa, alteraremos los precios.

Hoffmann asintió con la cabeza.

—Tienes razón, pero el VIXAL nos ayudará a conseguir los óptimos, incluso si cancelamos el automatismo. —Dirigió la mirada hacia la hilera de relojes digitales que había bajo las pantallas gigantes de televisión—. Todavía tenemos más de tres horas hasta que cierren los mercados de Estados Unidos. Imre, ¿podéis ayudar Dieter y tú con la renta fija y las divisas? Franco y Jon, coged a tres o cuatro chicos cada uno y dividid por acciones y sectores. Kolya, tú puedes hacer lo mismo con los índices. Los demás, en sus secciones de siempre.

—Si surge algún problema —añadió Quarry—, Alex y yo estaremos aquí para ayudaros. Y os diré una cosa: que nadie piense ni por un momento que esto es una

retirada. Hoy hemos conseguido dos mil millones más en inversión, así que esta empresa sigue creciendo, ¿de acuerdo? ¿Ha quedado claro? Recalibraremos durante veinticuatro horas y pasaremos a otras cosas mejores. ¿Alguna pregunta? —Alguien levantó una mano—. ¿Sí?

—¿Es verdad que acabas de despedir a Gana Rajamani?

Hoffmann miró a Quarry, sorprendido. Creía que iba a esperar hasta que hubiera pasado la crisis.

Quarry no se inmutó:

—Gana llevaba semanas deseando reunirse con su familia en Londres. —Hubo una exclamación general de sorpresa. Quarry levantó una mano—. Os aseguro que Gana está completamente informado de todo lo que estamos haciendo. Y ahora, ¿alguien más quiere arruinar su carrera haciéndome una pregunta trampa? —Hubo risas nerviosas—. Muy bien...

—Bueno, una cosa más, Hugo —dijo Hoffmann. Contemplando los atentos rostros de sus *quants*, tuvo por primera vez cierta sensación de camaradería. Los había reclutado a todos personalmente. El equipo (la empresa) lo había creado él: suponía que podía pasar mucho tiempo hasta que volviera a tener ocasión de dirigirse a ellos como colectivo, si es que podía hacerlo algún día—. Me gustaría añadir una cosa. Este ha sido un día de mierda, como algunos de vosotros seguramente ya habréis notado. Y pase lo que pase conmigo, solo quiero deciros a todos, a cada uno de vosotros... —Tuvo que detenerse y tragar saliva. Comprobó, horrorizado, que se le estaban empañando los ojos y que la emoción le atenazaba la garganta. Se miró los pies y esperó hasta que se hubo serenado; entonces volvió a levantar la cabeza. Tenía que terminar cuanto antes, o se derrumbaría delante de todos—. Solo quiero que sepáis que estoy muy orgulloso de lo que hemos hecho juntos. Esto nunca ha sido solo un asunto de dinero; desde luego no lo ha sido para mí, y creo que para la mayoría de vosotros tampoco. Así que gracias. Ha significado mucho para mí. Nada más.

No hubo aplausos, solo perplejidad. Hoffmann se bajó de la silla. Vio que Quarry lo miraba de una manera extraña, aunque el director ejecutivo se recuperó rápidamente y dijo:

—Bueno, se acabó lo que se daba. Todos a las galeras, esclavos, ya podéis empezar a remar. Se avecina una tormenta.

Cuando los *quants* comenzaron a volver a sus mesas, Quarry le dijo a Hoffmann:

—Eso ha sonado a discurso de despedida.

—No era esa mi intención.

—Pues lo ha parecido. ¿Qué has querido decir con eso de «pase lo que pase conmigo»?

Pero antes de que Hoffmann pudiera contestar, alguien gritó:

—Alex, ¿puedes venir un momento? Creo que tenemos un problema.

La vida inteligente en un planeta llega a la mayoría de edad cuando por primera vez comprende la razón de su propia existencia.

RICHARD DAWKINS, *El gen egoísta* (1976)

Lo que quedó oficialmente registrado como un fallo general del sistema ocurrió en Hoffmann Tecnologías de Inversión a las 19.00, hora central europea. Exactamente en ese mismo momento, a más de seis mil kilómetros de distancia, a las 13.00, hora del este de Estados Unidos, la bolsa de Nueva York detectó una actividad inusual. Varias docenas de valores empezaron a verse afectados por una grave volatilidad de precios, de tal magnitud que disparó automáticamente lo que se conoce como *liquidity replenishment points*, o LRP. En su posterior comparecencia en el Congreso, la presidenta de la SEC, la Comisión de Valores de Estados Unidos, la agencia federal encargada de la supervisión de los mercados financieros, explicó lo siguiente:

Los LRP son una especie de badenes que reducen la volatilidad de determinado valor pasando temporalmente de un mercado automatizado a un mercado de subastas manual cuando se alcanza un movimiento de precios de determinado tamaño. En ese caso, la cotización de ese valor en la bolsa de Nueva York se interrumpe temporalmente para permitir que el creador de mercado designado solicite liquidez adicional antes de volver a un mercado automatizado.*

Con todo, solo fue una intervención técnica, y no sin precedentes, y en esa fase todavía era relativamente irrelevante. Poca gente en Estados Unidos le prestó mucha atención en la media hora posterior, y desde luego ninguno de los *quants* de Hoffmann Tecnologías de Inversión fue consciente siquiera de que se hubiera producido.

El hombre que había llamado a Hoffmann para pedirle que se acercara a su monitor de seis pantallas era un doctor por la Universidad de Oxford llamado Croker a quien Hoffmann había reclutado del Rutherford Appleton Laboratory en el mismo viaje en que a Gabrielle se le había ocurrido la idea de hacer obras de arte a partir de escáneres del cuerpo humano. Croker había intentado anular el algoritmo manualmente para empezar a liquidar su gran posición en el VIX, pero el sistema no lo había autorizado.

—Déjame probar —dijo Hoffmann.

Ocupó el lugar de Croker ante el teclado e introdujo su propia contraseña, que debería proporcionarle acceso sin restricciones a todos los mecanismos del VIXAL, pero su solicitud de privilegios como operador especial también fue rechazada. Intentó disimular su miedo.

Mientras Hoffmann cliqueaba en vano con el ratón e intentaba otras rutas para acceder al sistema, Quarry se quedó detrás de él mirando por encima de su hombro, junto con Van der Zyl y Ju-Long. Estaba asombrosamente tranquilo, incluso resignado. Una parte de él siempre había sabido que aquello iba a pasar, de igual modo que cada vez que se abrochaba el cinturón de seguridad de un avión sabía que iba a morir en un accidente. En el momento en que uno se entregaba a una máquina controlada por otra persona, estaba aceptando su sentencia. Al cabo de un rato dijo:

—Supongo que la opción más bestia consiste sencillamente en desenchufar ese maldito aparato, ¿no?

—Pero si lo hacemos —respondió Hoffmann sin darse la vuelta—, sencillamente dejamos de operar, punto. No deshacemos nuestras posiciones actuales: solo nos quedamos congelados en ellas.

Por toda la sala estallaban gritos de alarma y sorpresa. Uno a uno, los *quants* iban abandonando sus terminales y se acercaban para ver qué estaba haciendo Hoffmann. Como en un grupo de curiosos alrededor de un puzle gigante, de vez en cuando alguien se inclinaba hacia delante y proponía algo: ¿había pensado Hoffmann en poner eso allí? ¿No sería mejor si lo intentaba al revés? Él no les hacía caso. Nadie conocía el VIXAL tan bien como su creador; él había elaborado cada uno de sus mecanismos.

En las pantallas gigantes seguían llegando con normalidad los informes vespertinos de Wall Street. El tema de mayor actualidad eran las revueltas de Atenas contra las medidas de austeridad tomadas por el gobierno griego: si Grecia se declararía en quiebra finalmente, el miedo al contagio, el posible colapso del euro. Y sin embargo el *hedge*

fund seguía ganando dinero: en cierto modo, eso era lo más extraño. Quarry se volvió unos segundos para consultar la P&L en la pantalla de al lado: ya había ascendido a casi trescientos millones de dólares en lo que llevaban del día. Una parte de él todavía se preguntaba por qué estaban tan desesperados por prescindir del algoritmo. Habían creado un rey Midas con chips de silicio; ¿en qué sentido su espectacular rentabilidad no interesaba a los humanos?

De pronto Hoffmann levantó las manos del teclado con el dramatismo de un intérprete de piano que acaba un concierto.

—No sé qué pasa. No responde. Creía que al menos podríamos hacer una liquidación ordenada, pero es evidente que esa opción queda descartada. Tenemos que apagar por completo el sistema y ponerlo en cuarentena hasta que sepamos qué ha sido lo que ha fallado.

—¿Cómo vamos a hacer eso? —preguntó Ju-Long.

—¿Por qué no lo hacemos a la antigua? —propuso Quarry—. Desconectemos el VIXAL, llamemos a los brokers por teléfono y escribámosles por correo electrónico y digámosles que empiecen a reducir paulatinamente las posiciones.

—Tendremos que dar alguna explicación plausible de por qué ya no utilizamos el algoritmo para ir directamente a la sala de operaciones.

—Eso es fácil —dijo Quarry—. Arrancamos los enchufes y les decimos que se ha producido una bajada de tensión catastrófica en la sala de ordenadores y que tenemos que retirarnos del mercado hasta que hayamos solucionado el problema. Y como las mejores mentiras, tiene el mérito de ser casi cierta.

—De hecho —intervino Van der Zyl—, solo tenemos que aguantar dos horas y cincuenta minutos más, y los mercados ya habrán cerrado. Y pasado mañana nos habremos plantado en el fin de semana. El lunes por la mañana nuestro libro estará compensado, y nos encontraremos a salvo. Siempre que entretanto los mercados no experimenten una recuperación.

—El Dow ya ha bajado un uno por ciento —dijo Quarry—. Lo mismo que el S&P. Y luego está toda esa mierda de la deuda soberana en la eurozona. Los mercados no terminan el día al alza ni en broma. —Los cuatro directivos de la empresa se miraron unos a otros—. Bueno, ¿estamos todos de acuerdo? —Todos asintieron.

—Ya lo hago yo —dijo Hoffmann.

—Voy contigo —se ofreció Quarry.

—No. Lo enchufé yo y lo desenchufaré yo.

El trayecto de la sala de operaciones hasta la sala de ordenadores se le hizo eterno. Notaba los ojos de todos clavados en su espalda, y pensó que si aquello fuera una película de ciencia ficción, ahora le denegarían el acceso a las placas madre. Pero cuando presentó su cara al escáner, los cerrojos se descorrieron y se abrió la puerta. Hoffmann se adentró en la fría y ruidosa oscuridad, donde las luces de un millar de procesadores parpadeaban como ojos en un bosque. Era como cometer un crimen, igual que años atrás en el CERN, cuando habían cancelado su proyecto de investigación. Sin embargo, abrió la caja metálica y agarró la manija aislante. Se dijo que aquello no era más que el final de una fase: seguirían trabajando, si no bajo su dirección, bajo la de otro. Le dio a la manija y al cabo de unos segundos las luces y el sonido se habían extinguido. El ruido del aire acondicionado era lo único que alteraba el frío silencio. Aquello parecía un depósito de cadáveres. Se dirigió hacia el resplandor de la puerta abierta.

Cuando se acercó al grupo de *quants* reunidos alrededor del monitor de seis pantallas, todos se volvieron y lo miraron. Hoffmann no pudo interpretar la expresión de sus caras.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Quarry—. ¿No has podido hacerlo?

—Sí, ya está hecho. Lo he desconectado. —Miró más allá de la cara de perplejidad de Quarry. En las pantallas, el VIXAL-4 seguía operando. Desconcertado, se colocó ante el terminal y empezó a examinar las ventanas.

En voz baja Quarry le dijo a uno de los *quants*:

—Ve a comprobarlo, ¿quieres?

—Sé apagar un maldito interruptor, Hugo —dijo Hoffmann—. No estoy tan loco como para no distinguir entre *on* y *off*. Dios mío, ¿quieres ver esto? —El VIXAL seguía operando en todos los mercados: estaba vendiendo en corto en el euro, acumulando bonos del Tesoro, aumentando su posición de futuros de VIX.

Desde la entrada de la sala de ordenadores, el *quant* gritó:

—¡No hay suministro eléctrico!

Estalló un murmullo de nerviosismo.

—Y si el algoritmo no está en nuestro hardware, ¿dónde está? —preguntó Quarry.

Hoffmann no contestó.

—Eso es algo que también querrán saber los reguladores —señaló Rajamani.

Después nadie supo decir cuánto rato llevaba observándolos. Alguien comentó que había estado todo el tiempo en su despacho: le habían visto separar las lamas de una

persiana y mirar a Hoffmann mientras este pronunciaba su discurso en la sala de operaciones. Otro aseguró habérselo encontrado en un terminal desocupado de la sala de juntas con un disco duro, cargando datos. Y otro *quant*, también indio, llegó a confesar que Rajamani se le había acercado en la cocina comunitaria y le había preguntado si estaba dispuesto a ser su informante dentro de la empresa. En medio de la atmósfera un tanto histérica que estaba a punto de apoderarse de Hoffmann Tecnologías de Inversión, en la que los herejes y los discípulos, los apóstatas y los mártires se separaban formando diferentes facciones, no siempre era fácil discernir la verdad. Lo único en que todos estaban de acuerdo era en que Quarry había cometido un grave error al no hacer que los vigilantes de seguridad acompañaran al director de riesgos fuera del edificio nada más despedirlo; con el caos que se había desatado a continuación, Quarry se había olvidado de él por completo.

Rajamani estaba al fondo de la sala de operaciones sujetando una pequeña caja de cartón que contenía sus efectos personales: las fotografías de su graduación, su boda, sus hijos; una lata de té Darjeeling que guardaba en la nevera del personal para su uso particular y que no dejaba tocar a nadie; un cactus con forma de pulgar que apuntaba hacia arriba; y una nota manuscrita y enmarcada del jefe del departamento de fraudes de Scotland Yard agradeciéndole su ayuda en la investigación de un caso que quizá fuera la punta de un iceberg y que parecía presagiar un nuevo despertar de la vigilancia policial de la City, pero que habían tenido que abandonar en la apelación.

—Creía que te había ordenado que te largaras —dijo Quarry con aspereza.

—Sí, ya me iba —repuso Rajamani—, y te alegrará saber que mañana por la mañana tengo una cita en el Departamento Federal de Finanzas. Dejadme advertiros a todos que si conspiráis para dirigir una empresa que no está capacitada para operar os enfrentaréis a un juicio, penas de cárcel y multas de millones de dólares. Es evidente que esta tecnología es peligrosa y está fuera de control, y os prometo, Alex y Hugo, que la SEC y la FSA os revocarán el acceso a todos los mercados de Estados Unidos y Londres a la espera de una investigación. Debería daros vergüenza a los dos. Debería daros vergüenza a todos.

El hecho de que Rajamani fuera capaz de pronunciar ese discurso por encima de una lata de té y un cactus con forma de pulgar sin perder ni pizca de dignidad era una prueba de su seguridad en sí mismo. Tras recorrer la sala con una mirada de rabia y desprecio, sacó la barbilla y fue con paso firme hacia la recepción. Más de uno de los presentes

recordó las imágenes de los empleados saliendo de Lehman Brothers con sus objetos personales metidos en cajas.

—Eso, lárgate —le gritó Quarry—. Comprobarás que con diez mil millones de dólares podemos comprar a todo un ejército de abogados. E iremos a por ti personalmente por incumplimiento de contrato. ¡Estás acabado!

—¡Espera! —gritó Hoffmann.

—Déjalo, Alex —dijo Quarry—. No le des esa satisfacción.

—Es que tiene razón, Hugo. Esto es muy peligroso. Si el VIXAL está realmente fuera de control, podría plantear un verdadero riesgo sistémico. Debería quedarse hasta que lo hayamos arreglado.

Fue detrás de Rajamani haciendo caso omiso de las protestas de Quarry, pero el indio había acelerado el paso. Estuvo a punto de alcanzarlo en la recepción, pero Rajamani no se detuvo hasta que hubo llegado ante las puertas de los ascensores. El pasillo estaba vacío.

—¡Gana! —lo llamó—. Espera, por favor. Hablemos.

—No tengo nada que decirte, Alex. —Estaba de espaldas al panel del ascensor, con la caja de cartón en los brazos. Pulsó el botón con un codo—. Lo siento, no es nada personal. —Se abrieron las puertas. Gana se dio la vuelta, entró con diligencia en la cabina y desapareció. Las puertas se cerraron.

Hoffmann se quedó un par de segundos inmóvil, sin estar seguro de lo que acababa de presenciar. Caminó con paso vacilante por el pasillo y pulsó el botón de llamada. Las puertas se abrieron y Hoffmann vio el hueco de cristal del ascensor, vacío. Se asomó al borde y miró hacia abajo, unos cincuenta metros de columna transparente que iba reduciéndose en la oscuridad y el silencio hasta el aparcamiento subterráneo. «¡Gana!», gritó, desesperado. No obtuvo respuesta. Escuchó, pero no oyó gritar a nadie. Rajamani debía de haber caído muy deprisa y nadie lo había visto.

Corrió por el pasillo hacia la salida de emergencia y bajó piso tras piso hasta el sótano por la escalera de hormigón, corriendo y saltando. Cuando llegó al aparcamiento subterráneo, se dirigió hacia las puertas del ascensor. Metió los dedos en la rendija e intentó abrirlas, pero no lo consiguió. Se apartó de las puertas y buscó alguna herramienta que pudiera utilizar. Se planteó romper el cristal de algún coche y abrir el maletero para coger el gato. Entonces vio una puerta metálica con el símbolo de un rayo y la abrió. Detrás había un pequeño almacén donde se guardaban escobas, palas, cubos,

un martillo. Encontró una palanca de casi un metro de largo; corrió hacia las puertas del ascensor y la metió por la rendija intentando forzarlas. Las puertas se separaron lo suficiente para que Hoffmann pudiera meter primero el pie, y luego la rodilla. Consiguió introducir toda la pierna por el hueco. Entonces se activó algún mecanismo automático y se abrieron las puertas.

La luz que llegaba de los pisos superiores le permitió ver a Rajamani tendido boca abajo en el fondo del hueco del ascensor. Había un charco de sangre del tamaño de un plato que parecía manar de su cabeza. Las fotografías estaban esparcidas alrededor del cuerpo. Hoffmann saltó a su lado. Pisó cristales rotos. Olía a té, un olor incongruente. Hoffmann se agachó y le cogió la mano a Rajamani, una mano asombrosamente caliente y suave, y por segunda vez en ese día le buscó el pulso a un hombre, pero esta vez tampoco lo encontró. De pronto las puertas del ascensor se cerraron detrás de él. Hoffmann miró alrededor, aterrado, y vio que el ascensor empezaba a descender. El tubo de luz se encogía rápidamente a medida que la cabina descendía; pasó de la quinta planta, de la cuarta. Hoffmann agarró la palanca e intentó volver a forzar las puertas, pero perdió el equilibrio. Cayó hacia atrás y quedó tumbado junto al cadáver de Rajamani, mirando la base de la cabina del ascensor, que se precipitaba hacia él, sujetando la palanca hacia arriba con ambas manos por encima de la cabeza, como si aferrara una lanza para protegerse de una bestia que lo embestía. Notó en la cara un chorro de aire que olía a grasa. La luz disminuyó, se redujo del todo, algo duro le golpeó en el hombro, y entonces la palanca dio una sacudida y se quedó rígida como un puntal. Durante unos segundos Hoffmann notó cómo el metal absorbía la presión. Gritaba a ciegas, en medio de una oscuridad total, hacia la base del ascensor, que debía de estar a solo unos centímetros de su cara, esperando el momento en que la palanca se doblara o se partiera. Pero entonces hubo un cambio de engranaje, el ruido del motor se convirtió en un silbido, la palanca se le quedó suelta en las manos y la cabina empezó a ascender, acelerando rápidamente por la columna de cristal, descubriendo una planta tras otra de luz blanca que se vertía en el hueco del ascensor como la luz que entra en una catedral.

Hoffmann se levantó y volvió a meter la palanca entre las puertas hasta separarlas un poco. El ascensor había subido hasta el final y se había detenido. Se oyó un golpetazo, y luego Hoffmann oyó que la cabina empezaba a descender de nuevo. Se levantó y metió los dedos en la estrecha rendija de las puertas. Se quedó allí agarrado, con las piernas separadas y los músculos en tensión. Echó la cabeza hacia atrás y gritó del esfuerzo. Las

puertas cedieron un poco, y entonces se abrieron del todo. El hueco del ascensor había vuelto a oscurecerse, y en medio de una corriente de aire y del ruido de la maquinaria, Hoffmann se dio impulso y se derrumbó en el suelo de cemento del aparcamiento.

Leclerc estaba en su despacho de la comisaría, a punto de irse a su casa, cuando lo llamaron para informarle de que habían encontrado un cadáver en un hotel de la rue de Berne. Por la descripción —cara demacrada, coleta, abrigo de piel— adivinó de inmediato que era el hombre que había atacado a Hoffmann. Le dijeron que la causa de la muerte parecía estrangulamiento, aunque no estaba muy claro si se trataba de un asesinato o un suicidio. La víctima era un alemán: Johannes Karp, de cincuenta y ocho años. Leclerc llamó a su mujer por segunda vez en ese día para decirle que todavía tenía trabajo, y se sentó en el asiento trasero de un coche patrulla que lo condujo al lado norte del río por el congestionado tráfico de la hora punta.

Llevaba casi veinticuatro horas de servicio y estaba agotado. No obstante, la perspectiva de una muerte sospechosa, algo que en Ginebra solo ocurría unas ocho veces al año, siempre le levantaba el ánimo. Con las luces encendidas, la aguda sirena en marcha y con un aire de autosuficiencia, el coche patrulla pasó con gran estruendo por el boulevard Carl-Vogt, atravesó el puente y torció hacia la izquierda para colocarse en el carril izquierdo de la rue de Sous-Terre, obligando al tráfico que venía en la dirección opuesta a esquivarlo. Leclerc, zarandeándose en el asiento trasero, llamó al despacho de su jefe y dejó un mensaje diciendo que al parecer habían encontrado muerto al sospechoso del caso Hoffmann.

En la rue de Berne, frente al Hotel Diodati, el ambiente era casi carnavalesco: cuatro coches de policía con las luces azules parpadeantes, de un brillo intenso en la penumbra nublada del atardecer; una multitud considerable en la acera opuesta de la calle, que incluía a varias prostitutas negras con atuendo minimalista de colores llamativos que bromeaban con los vecinos; barreras de cinta blanca y amarilla que delimitaban la escena del crimen y mantenían alejados a los espectadores. De vez en cuando se disparaba el flash de una cámara. Parecían fans, pensó Leclerc al apearse del coche, esperando a que apareciera la estrella de turno. Un gendarme levantó la cinta y Leclerc se agachó para pasar por debajo. De joven había patrullado por aquella zona a pie, y había acabado

conociendo a todas las chicas por su nombre de pila. Supuso que algunas debían de ser abuelas; recordó que ya entonces había un par que tenían nietos.

Entró en el Diodati. En los años ochenta tenía otro nombre que Leclerc no recordaba. Habían reunido a todos los huéspedes en la recepción y no les dejaban marcharse hasta que hubieran hecho una declaración. Entre ellos había varias mujeres que evidentemente eran prostitutas, y un par de individuos elegantemente vestidos que se mantenían apartados con palpable bochorno. A Leclerc no le gustó el aspecto del pequeño ascensor y subió por la escalera, deteniéndose en cada rellano desierto para recobrar el aliento. En el pasillo, frente a la habitación donde habían encontrado el cadáver, había un gran número de agentes uniformados, y tuvo que ponerse un mono blanco y unos guantes blancos de látex, así como unas fundas de plástico transparente en los zapatos. Se negó a ponerse la capucha. «Parezco un conejito blanco», pensó.

No conocía al detective encargado de la escena del crimen, un tal Moynier recientemente incorporado, de unos veinte años, aunque costaba decirlo porque llevaba la capucha y solo se le veía la cara, de color rosa bebé. En la habitación, también con sus trajes blancos, estaban el patólogo y el fotógrafo, ambos veteranos, pero más jóvenes que Leclerc; no había nadie más viejo que Leclerc, que era antiguo como el Jura. Miró el cadáver, que colgaba del picaporte de la puerta del cuarto de baño. Por encima de la tensa línea de la ligadura, hundida en la piel del cuello, la cabeza se había puesto negra. Tenía varios cortes y rasguños en la cara. Un ojo estaba muy hinchado. El alemán, delgado y enjuto, parecía un cuervo muerto que un granjero hubiera dejado al aire libre para desanimar a otras aves de carroña. En el cuarto de baño no había interruptor, pero aun así se veía que la taza del váter estaba manchada de sangre. La barra de la cortina de ducha se había desprendido de la pared, igual que el lavamanos.

—Un hombre que estaba en la habitación de al lado asegura que oyó ruidos de pelea hacia las tres —informó Moynier—. También hay sangre en la cama. De momento voy a declararlo asesinato.

—Bien pensado —dijo Leclerc con sorna.

El patólogo tosió para enmascarar la risa.

Moynier no lo advirtió.

—¿He hecho bien llamándolo? —inquirió—. ¿Cree que es el hombre que atacó al banquero norteamericano?

—Yo diría que sí.

—Muy bien. Espero que no le importe, Leclerc, pero yo he llegado primero, así que pediré que me asignen el caso.

—Le doy la bienvenida, amigo mío.

Leclerc no entendía cómo el ocupante de aquella habitación tan sórdida podía haberse cruzado con el propietario de una mansión de Cologny valorada en sesenta millones de dólares. Encima de la cama estaban los objetos personales del difunto, metidos en bolsas individuales de plástico transparente y expuestos para su examen: ropa, una cámara, dos cuchillos, una gabardina con la parte delantera cortada. Leclerc recordó que Hoffmann llevaba una gabardina como aquella cuando se marchó al hospital. Cogió un adaptador de corriente.

—¿Esto no es un adaptador de ordenador? —preguntó—. ¿Dónde está?

Moynier se encogió de hombros.

—Aquí no hay ninguno.

A Leclerc le sonó el teléfono móvil; lo tenía en el bolsillo de la cazadora. Con el maldito traje de conejo, no podía llegar hasta él. Se desabrochó la cremallera del mono, enojado, y se quitó los guantes. Moynier protestó advirtiéndolo de la contaminación, pero Leclerc le dio la espalda. El que llamaba era su ayudante, el joven Lullin, que todavía estaba en su despacho. Dijo que acababa de consultar el parte de la tarde. Una tal doctora Polidori, una psiquiatra de Vernier, había llamado hacía un par de horas porque un paciente suyo presentaba síntomas esquizofrénicos peligrosos —él mismo reconocía que había participado en una pelea—, pero cuando el coche patrulla había llegado al consultorio, el hombre ya se había marchado. Se llamaba Alexander Hoffmann. La psiquiatra no tenía ninguna dirección reciente suya, pero le había dado una descripción.

—¿Ha mencionado si ese hombre llevaba un ordenador? —preguntó Leclerc.

Hubo una pausa y el susurro de hojas al ser pasadas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Lullin.

Hoffmann, que todavía sujetaba con fuerza la palanca, subió a toda prisa la escalera que iba del sótano a la planta baja, decidido a dar la alarma sobre Rajamani. Al llegar a la puerta del vestíbulo se detuvo. Por el panel de cristal vio a un grupo de seis gendarmes con uniforme negro que, empuñando las pistolas, atravesaba corriendo la zona de

recepción hacia el interior del edificio. Los seguía Leclerc, jadeando. Tras pasar por el torno, bloquearon la salida y otros dos policías armados se apostaron a ambos lados.

Hoffmann dio media vuelta, bajó la escalera y volvió al aparcamiento. La rampa por la que se accedía a la calle estaba a unos cincuenta metros. Se dirigió hacia allí. Oyó a su espalda el débil chirrido de unos neumáticos al girar sobre el hormigón, y un BMW negro enorme salió de una plaza de aparcamiento, enderezó y fue hacia él con los faros encendidos. Sin pararse a pensar, Hoffmann se colocó frente al coche obligándolo a detenerse, y entonces corrió hasta la puerta del conductor y la abrió.

A esas alturas, el presidente de Hoffmann Tecnologías de Inversión ofrecía un aspecto lamentable: ensangrentado, cubierto de polvo, manchado de grasa y sujetando una palanca de un metro de largo en la mano. No era de extrañar que el conductor saliera del coche a toda prisa. Hoffmann tiró la palanca en el asiento del pasajero, puso el mando del cambio automático en posición de «*drive*» y pisó el acelerador a fondo. El coche subió por la rampa a trompicones. Más allá, la puerta de acero empezaba a levantarse. Hoffmann tuvo que frenar para esperar a que se abriera del todo. Por el espejo retrovisor vio al dueño del coche; la adrenalina había transformado su miedo en cólera, y subía la rampa dispuesto a protestar. Hoffmann puso el seguro de las puertas. El hombre empezó a golpear la ventanilla con el puño, gritando. A través del grueso cristal tintado, el sonido llegaba amortiguado, subacuático. La puerta de acero se abrió por completo y Hoffmann pasó el pie del pedal del freno al del acelerador, pisando otra vez en exceso por las prisas por salir de allí; el BMW atravesó la acera y viró bruscamente para meterse en la calle desierta de un solo carril.

Leclerc y su brigada salieron del ascensor en la quinta planta. El inspector pulsó el intercomunicador y miró hacia la cámara de videovigilancia. La recepcionista ya había terminado su jornada laboral y se había marchado a su casa, y fue Marie-Claude quien los dejó entrar. Al ver pasar a los hombres armados a su lado se tapó la boca con una mano.

—Busco al doctor Hoffmann —dijo Leclerc—. ¿Está aquí?

—Sí, claro.

—¿Puede conducirnos hasta él, por favor?

La secretaria los guió hasta la sala de operaciones. Quarry oyó ruidos y giró la cabeza.

No sabía qué había sido de Hoffmann. Suponía que todavía estaba con Rajamani e interpretó su prolongada ausencia como una buena señal: pensándolo bien, sería mejor persuadir al hasta entonces director de riesgos de que no intentara cerrarles la empresa en un momento tan crítico. Pero cuando vio a Leclerc y a los gendarmes, comprendió que su barco se hundía. Así y todo, estaba decidido a hundirse con dignidad, como habrían hecho sus antepasados.

—¿En qué puedo ayudarlos, caballeros? —preguntó sin perder la calma.

—Necesitamos hablar con el doctor Hoffmann —respondió Leclerc. De puntillas, oscilaba hacia derecha e izquierda tratando de distinguir al norteamericano entre los asombrados *quants* que, sentados ante las pantallas de sus ordenadores, giraban la cabeza—. ¿Pueden quedarse todos donde están?

—Deben de haberse cruzado —dijo Quarry—. Ha salido un momento para hablar con uno de nuestros directivos.

—Salir ¿adónde? ¿Fuera del edificio?

—Me ha parecido que solo salía al pasillo.

Leclerc soltó una palabrota. Le dijo al gendarme que tenía más cerca:

—Vosotros tres, registrad el edificio. —Y dirigiéndose a los otros añadió—: Vosotros tres, venid conmigo. —Después se dirigió a la sala en general—: Que nadie salga del edificio sin mi permiso. Que nadie haga ninguna llamada telefónica. Procuraremos actuar lo más rápido posible. Gracias por su colaboración.

Volvió con paso enérgico a la recepción. Quarry fue tras él.

—Lo siento, inspector. Perdóneme, pero ¿qué ha hecho Alex?

—Hemos encontrado un cadáver. Necesitamos hablar con él. Perdóneme...

Salió a grandes zancadas de los despachos y entró en el pasillo. Estaba desierto. Aquel sitio le producía una sensación extraña. Buscó por todas partes con la mirada.

—¿Qué otras empresas hay en esta planta?

Quarry todavía seguía detrás del inspector. Estaba pálido.

—Ninguna. La tenemos alquilada entera. ¿Qué cadáver?

—Tendremos que empezar por abajo e ir subiendo —dijo Leclerc a sus hombres.

Uno de los gendarmes pulsó el botón de llamada del ascensor. Se abrieron las puertas, y fue Leclerc, tras una rápida mirada, el primero en advertir el peligro. Gritó para que todos se quedaran donde estaban.

—Dios mío —dijo Quarry asomándose al vacío—. Alex...

Las puertas empezaron a cerrarse. El gendarme pulsó de nuevo el botón para abrirlas. Con gesto de dolor, Leclerc se arrodilló, avanzó un poco y se asomó por el borde. Era imposible ver si había algo en el fondo del hueco del ascensor. Notó que le caía algo húmedo en la nuca; se la tocó y percibió un líquido viscoso. Miró hacia arriba y se encontró contemplando la base de la cabina del ascensor. Solo estaba un piso por encima. Algo colgaba de la base. Leclerc se apartó rápidamente.

Gabrielle había terminado de hacer las maletas. Las había dejado en el recibidor: una maleta grande, una pequeña y una bolsa de mano. No era un traslado en toda regla, pero tampoco una salida de fin de semana. El último vuelo a Londres despegaba a las 21.25, y la página web de British Airways había anunciado un endurecimiento de las medidas de seguridad después del atentado con bomba del avión de Vista Airways. Tenía que darse prisa si no quería perderlo. Se sentó en su taller y le escribió una nota a Alex, a la antigua, en una hoja de papel blanco, con un plumín de acero y tinta china.

Lo primero que quería decirle era que lo amaba, y que no tenía intención de abandonarlo para siempre —«a lo mejor preferirías que sí»—; solo necesitaba un descanso de Ginebra. Había ido al CERN y había hablado con Bob Walton —«no te enfades, es buena persona, está preocupado por ti»—, y eso la había ayudado a entender realmente el extraordinario trabajo que estaba haciendo y la tremenda presión a que debía de estar sometido.

Se arrepentía de haberlo culpado del fiasco de su exposición. Si seguía insistiendo en que no había sido él quien había comprado todas sus obras, entonces claro que le creería: «Pero cariño, ¿estás seguro cuando lo dices? Porque ¿quién más iba a hacer una cosa así?». Quizá estuviera sufriendo otra crisis nerviosa, y si así era, ella quería ayudarlo; lo que no quería era enterarse de los problemas que había tenido en el pasado por un policía, nada menos. «Si seguimos juntos tendremos que ser sinceros el uno con el otro.» Ella había ido a Suiza, años atrás, con la intención de trabajar allí un par de meses, y sin saber cómo había acabado quedándose allí y aceptando adaptar su existencia a la de Alex. Si hubieran tenido hijos, tal vez todo habría sido diferente. Pero al menos, lo que había ocurrido ese día le había hecho darse cuenta de que, para ella, ni siquiera el trabajo más creativo podía sustituir a la vida, mientras que tenía la impresión de que, para él, el trabajo era precisamente eso.

Y esa reflexión la condujo a lo más importante. Según había entendido tras hablar con Walton, Alex había dedicado toda su vida a intentar crear una máquina que pudiera razonar, aprender y actuar independientemente de los seres humanos. Para Gabrielle ese concepto era intrínsecamente aterrador, pese a que Walton le había asegurado que las intenciones de Alex eran del todo nobles («Y conociéndote, estoy segura de que lo eran»). Pero coger semejante ambición y ponerla completamente al servicio del enriquecimiento... ¿Acaso no era eso unir lo sagrado y lo profano? No le extrañaba que Alex hubiera empezado a comportarse de forma tan extraña. En su opinión, desear mil millones de dólares ya era una locura, y mucho más tenerlos, y en otros tiempos él habría opinado lo mismo. Le parecía bien que alguien inventara algo que todo el mundo necesitaba. Pero obtenerlo mediante el juego (ella nunca había entendido muy bien a qué se dedicaba la empresa de Alex, pero básicamente parecía eso) era otra cosa, una avaricia peor que la locura, malvada, que no podía conducir a nada bueno; y por eso necesitaba salir de Ginebra, antes de que la ciudad y sus valores la devoraran...

Siguió escribiendo sin darse cuenta de que pasaba el tiempo; la pluma se deslizaba por el papel cubriéndolo de su intrincada caligrafía. La galería fue oscureciéndose. Al otro lado del lago empezaron a encenderse las luces de la ciudad. Le remordía la conciencia pensar que Alex estaba por allí con una herida en la cabeza.

Siento mucho marcharme ahora que sé que estás enfermo, pero si no me dejas ayudarte, ni dejas que los médicos te examinen debidamente, no tiene mucho sentido que me quede, ¿no te parece? Si me necesitas, llámame. Por favor. A la hora que sea. Eso es lo único que siempre he querido. Te amo. G.

Introdujo la nota en un sobre, escribió una «A» enorme en él y se dispuso a llevarlo al estudio de Alex. Se detuvo un momento en el recibidor para pedirle al chófer y guardaespaldas que metiera sus maletas en el coche y la llevara al aeropuerto.

Entró en el estudio y dejó el sobre apoyado en el teclado del ordenador de su marido, y entonces debió de pulsar una tecla sin querer, porque se encendió la pantalla y se encontró ante la imagen de una mujer inclinada sobre una mesa. Tardó un momento en darse cuenta de que era ella. Miró hacia atrás y hacia arriba, y vio la luz roja del detector de humo; la mujer de la pantalla imitó sus movimientos.

Pulsó unas cuantas teclas más al azar. No pasó nada. Pulsó la tecla «Esc» y, al instante, la imagen quedó minimizada en la esquina superior izquierda de la pantalla,

formando parte de una cuadrícula ligeramente convexa compuesta por veinticuatro tomas diferentes, semejante a la representación de las imágenes múltiples del ojo de un insecto. Detectó movimiento en una de las tomas. Dirigió el cursor hacia allí con el ratón y cliqueó. En la pantalla apareció una imagen nocturna en la que se veía a Gabrielle tumbada en una cama con un quimono negro, las piernas cruzadas y las manos detrás de la cabeza. A su lado había una vela que resplandecía intensamente. El vídeo no tenía sonido. Gabrielle se desabrochó el cinturón, se quitó el quimono y, desnuda, extendió los brazos. La cabeza de un hombre —la cabeza de Alex, sin herida— apareció en el cuadrante inferior derecho de la pantalla. Él también empezó a desnudarse.

Oyó una tosecilla educada:

—¿*Madame Hoffmann*? —dijo una voz a su espalda.

Gabrielle desvió su horrorizada mirada de la pantalla y vio al chófer en el umbral. Detrás de él había dos gendarmes con gorra negra.

En Nueva York, a las 13.30, la bolsa empezó a experimentar tal volatilidad que los *liquidity replenishment points* aumentaron la frecuencia hasta un ritmo de siete por minuto, retirando aproximadamente un veinte por ciento de liquidez del mercado. El Dow había bajado más del uno y medio por ciento, y el S&P 500, casi un dos. El VIX había aumentado el diez por ciento.

Los machos más vigorosos, o aquellos que hayan luchado con más éxito con sus condiciones de vida, dejarán generalmente más progenie. Pero el éxito dependerá muchas veces de tener los machos armas especiales o medios de defensa [...]

CHARLES DARWIN,
El origen de las especies (1859)

Zimeysa era un lugar inhóspito sin historia, sin geografía, sin habitantes; hasta su nombre era un acrónimo de otros lugares: *Zone Industrielle de Meyrin-Satigny*. Hoffmann circulaba entre edificios bajos que no parecían ni bloques de oficinas ni fábricas, sino un híbrido de ambas cosas. ¿Qué hacían allí? Era imposible saberlo. Los esqueléticos brazos de las grúas se extendían sobre solares y aparcamientos para camiones vacíos a esa hora. Era un escenario que habría podido pertenecer a cualquier país del mundo. El aeropuerto estaba a menos de un kilómetro en dirección este. Las luces de las terminales conferían un pálido resplandor al cielo del anochecer, donde se acumulaba una capa ondulada de nubes bajas. Cada vez que un avión de pasajeros pasaba a escasa altura, producía un sonido semejante al de las olas en el rompiente: un crescendo atronador que a Hoffmann le ponía los nervios de punta, seguido de un refluo quejumbroso; entonces las luces de aterrizaje se alejaban como la espuma hasta desaparecer entre grúas y tejados.

Hoffmann conducía el BMW con extremo cuidado, con la cara muy cerca del parabrisas. Había muchas obras; estaban tendiendo cables, para lo que primero cerraban un carril y luego el otro creando una chicana. La entrada de la Route de Clerval quedaba a la derecha, justo después de un centro de distribución de recambios para vehículos:

Volvo, Nissan, Honda. Puso el intermitente para tomarla. Más adelante, a la izquierda, había una gasolinera. Paró junto a los surtidores y entró en la tienda. En las secuencias del circuito cerrado de televisión se lo ve vacilando entre los pasillos para, luego, dirigirse con decisión hacia una sección donde están expuestos unos bidones metálicos rojos, de buena calidad, que cuestan treinta y cinco francos. El vídeo muestra tomas a intervalos prefijados, lo que hace que sus movimientos parezcan entrecortados, como los de una marioneta. Compra cinco bidones y los paga en efectivo. La cámara que hay encima de la caja registradora muestra claramente la herida que tiene en la cabeza. Más tarde el empleado explicó que le había llamado la atención porque parecía muy nervioso. Llevaba la cara y la ropa manchadas de grasa y aceite; tenía sangre seca en el pelo.

Hoffmann intentó componer una sonrisa y preguntó:

—¿Qué son tantas obras?

—Hace meses que están en marcha, *monsieur*. Están instalando cables de fibra óptica.

Hoffmann salió con los bidones. Necesitó dos viajes para llevarlos todos hasta el surtidor más cercano. Empezó a llenarlos. No había ningún otro cliente en ese momento. Se sintió desprotegido, allí de pie, solo, bajo las luces fluorescentes. Vio que el empleado lo observaba. Otro avión que se disponía a aterrizar pasó justo por encima de sus cabezas e hizo temblar el aire. Hoffmann sintió que se estremecía. Terminó de llenar el último bidón, abrió la puerta trasera del BMW y lo metió al fondo del asiento posterior; a continuación puso los otros en fila. Volvió a la tienda, pagó ciento sesenta y ocho francos por el combustible y otros veinticinco por una linterna, dos encendedores y tres trapos. Volvió a pagar en efectivo. Salió del establecimiento sin mirar atrás.

Leclerc había examinado brevemente el cadáver que habían encontrado en el fondo del hueco del ascensor. No había mucho que ver. Le recordó a un suicidio que una vez había tenido que investigar en la estación de ferrocarril de Cornavin. Tenía estómago para soportar aquellas cosas. Lo que le crispaba los nervios eran esos cadáveres sin marcas que te miraban como si todavía respiraran, con unos ojos llenos de reproche. «¿Dónde estabas cuando te necesitaba?»

En el sótano, habló brevemente con el ejecutivo austríaco cuyo coche había robado Hoffmann. Estaba indignado y parecía hacer responsable a Leclerc más que al hombre que había cometido el delito —«Pago mis impuestos aquí, tengo derecho a que la policía

me proteja», etcétera—, y Leclerc no tuvo más remedio que escucharlo educadamente. Habían enviado la matrícula y la descripción del vehículo a todos los agentes de policía de Ginebra advirtiéndoles que aquel caso era de máxima prioridad. Estaban registrando todo el edificio y evacuándolo. Habían ido a recoger a *madame* Hoffmann a su casa de Cologny e iban a interrogarla. La oficina del jefe de policía ya había sido informada: el jefe se encontraba en una cena oficial en Zurich, y eso, en cierto modo, era un alivio. Leclerc no sabía qué más podía hacer.

Por segunda vez en esa noche, se encontró subiendo un montón de escalones. El esfuerzo le produjo mareo. Notaba un hormigueo en el brazo izquierdo. Necesitaba hacerse un chequeo: su mujer siempre lo estaba incordiando con eso. Se preguntó si Hoffmann habría matado a su colega además de al alemán de la habitación del hotel. No parecía probable: era evidente que el mecanismo de seguridad del ascensor había fallado. Pero por otra parte había que admitir que era mucha coincidencia que un hombre hubiera estado en la escena de dos crímenes en cuestión de pocas horas.

Al llegar a la quinta planta, se detuvo para recobrar el aliento. La entrada de las oficinas del *hedge fund* estaba abierta y vigilada por un joven gendarme. Leclerc lo saludó con una cabezada al pasar. En la sala de operaciones no se respiraba una atmósfera de simple conmoción, eso le habría parecido lógico tras la muerte de un compañero de trabajo, sino casi de histerismo. Los empleados, que antes estaban tan silenciosos, formaban pequeños grupos y hablaban animadamente. El inglés, Quarry, fue corriendo hacia él y casi lo derribó. En las pantallas, los números seguían cambiando.

—¿Se sabe algo de Alex? —preguntó Quarry.

—Por lo visto ha robado un coche obligando a salir al conductor. Ahora estamos buscándolo.

—Esto es increíble, no... —dijo Quarry.

Leclerc lo interrumpió:

—Disculpe, *monsieur*, ¿podría ver el despacho del doctor Hoffmann, por favor?

De pronto Quarry se puso receloso.

—No estoy muy seguro. Tal vez debería llamar a nuestro abogado...

—Estoy del todo seguro de que él le aconsejaría que colaborara —dijo Leclerc con firmeza. Se preguntó qué estaría intentando ocultarle el financiero.

Quarry se echó para atrás inmediatamente.

—Sí, claro.

En el despacho de Hoffmann todavía había escombros en el suelo. Había un agujero en el techo, sobre la mesa. Leclerc miró hacia arriba con gesto de desconcierto.

—¿Cuándo ha pasado eso?

Quarry hizo una mueca, abochornado, como si tuviera que confesar la existencia de un pariente loco.

—Hará cerca de una hora. Alex ha arrancado el detector de humo.

—¿Por qué?

—Creía que dentro había una cámara.

—Y ¿la había?

—Sí.

—¿Quién la instaló?

—Nuestro asesor de seguridad, Maurice Genoud.

—¿Por orden de quién?

—Pues... —Quarry no veía escapatoria—. Resulta que por orden de Alex.

—¿Está diciéndome que Hoffmann se espiaba a sí mismo?

—Por lo visto sí. Pero él no recuerda haberlo ordenado.

—Y ¿dónde está ahora Genoud?

—Creo que ha bajado a hablar con sus hombres cuando han encontrado el cadáver de Gana. También se ocupa de la seguridad del resto de este edificio.

Leclerc se sentó a la mesa de Hoffmann y empezó a abrir cajones.

—¿No necesita una orden de registro para hacer eso? —le preguntó Quarry.

—No.

Leclerc encontró el libro de Darwin y el CD del departamento de radiología del Hospital Universitario. Vio un ordenador portátil tirado en el sofá. Fue hacia allí, lo abrió, vio la fotografía de Hoffmann y entró en el archivo de sus diálogos con el hombre al que habían encontrado en el hotel, Karp. Estaba tan absorto que apenas levantó la cabeza cuando entró Ju-Long.

—Perdóname, Hugo —dijo Ju-Long—. Creo que deberías echar un vistazo a lo que está pasando en los mercados.

Quarry arrugó el entrecejo, se inclinó sobre la pantalla y fue abriendo ventanas. La caída había empezado en serio. El VIX estaba por las nubes, el euro se hundía, los inversores se refugiaban en el oro y en los bonos del Tesoro a diez años, cuyo rendimiento estaba cayendo en picado. En todas partes retiraban dinero del mercado;

solo en futuros S&P operados electrónicamente, en poco más de noventa minutos, la liquidez había caído de seis mil millones de dólares a dos mil quinientos millones.

«Ya empieza», pensó.

—Si no desea nada más, inspector —dijo—, necesito volver al trabajo. En Nueva York se está produciendo una gran liquidación de activos.

—¿Para qué? —preguntó Ju-Long—. De todas formas, no lo controlamos.

El tono de desesperación de su voz hizo que Leclerc levantara rápidamente la cabeza.

—Tenemos algunos problemas técnicos —explicó Quarry.

Detectó la sospecha en el semblante de Leclerc. Si la investigación policial pasaba del derrumbe mental de Hoffmann al derrumbe de toda la empresa, aquello se convertiría en una pesadilla. Por la mañana tendrían a los reguladores encima—. No es nada preocupante, pero necesito hablar con nuestros informáticos...

Fue a apartarse de la mesa, pero Leclerc dijo con firmeza:

—Un momento, por favor. —Observó la sala de operaciones. Hasta ese momento no se había planteado que la empresa pudiera tener problemas. Pero entonces se fijó en que, además de los grupos de empleados nerviosos, había otros correteando por la sala. El lenguaje corporal de los *quants* delataba pánico, lo que al principio Leclerc había atribuido a la muerte de su colega y la desaparición de su jefe; pero entonces comprendió que había algo más amplio, independiente—. ¿Qué clase de problemas técnicos? —preguntó.

Alguien llamó a la puerta con los nudillos y un gendarme asomó la cabeza.

—Tenemos una pista sobre el coche robado.

Leclerc se dio la vuelta y miró al gendarme.

—¿Dónde está?

—Ha llamado un chico desde una gasolinera de Zimeysa. Alguien que encaja con la descripción de Hoffmann y que conducía un BMW negro acaba de comprar cien litros de gasolina.

—¿Cien litros? Dios mío, ¿hasta dónde se habrá propuesto llegar?

—Por eso han llamado. El chico dice que no los ha puesto en el depósito del coche.

El número cincuenta y cuatro de la Route de Clerval resultó estar al final de una larga calle donde había unas instalaciones de gestión de carga y una planta de tratamiento de

residuos, y que se estrechaba hasta convertirse en una calle sin salida junto a las vías del tren. El edificio, de color claro, destacaba en la penumbra del atardecer detrás de una barrera de árboles: una estructura de acero cuadrada, de dos o tres plantas, costaba distinguir la altura porque no había ventanas, con focos de seguridad a lo largo del borde del tejado y videocámaras en las esquinas. Las cámaras giraron para seguir la trayectoria de Hoffmann. Una estrecha vía de acceso conducía hasta una verja; detrás había un aparcamiento vacío. Todo el terreno estaba rodeado por una valla de acero coronada con tres líneas de alambre concertina. Hoffmann imaginó que originariamente aquella nave debía de haber servido como almacén o centro de distribución. Era evidente que no estaba diseñada a medida: no había habido tiempo para eso. Hoffmann paró frente a la verja. A la altura de la ventanilla del coche había un teclado numérico y un interfono; al lado, los diminutos ojos rosados de una cámara de infrarrojos, semejantes a los de un elefante.

Sacó un brazo, pulsó el botón del interfono y esperó. No pasó nada. Miró hacia el edificio, que parecía abandonado. Pensó en qué sería lo lógico desde el punto de vista de la máquina, y entonces introdujo el número más pequeño expresable como la suma de dos cubos de dos formas diferentes. La verja empezó a abrirse al instante.

Atravesó lentamente el aparcamiento y continuó por uno de los lados del edificio. Por el espejo retrovisor exterior vio que la cámara seguía enfocándolo. El olor de la gasolina que llevaba en el asiento trasero empezaba a producirle mareo. Dobló la esquina y paró frente a una gran persiana de acero que parecía una entrada de camiones. La videocámara que había sobre la puerta lo apuntaba directamente. Salió del coche y se acercó a la persiana. Estaba controlada por reconocimiento facial, igual que la puerta de las oficinas del *hedge fund*. Se plantó ante el escáner. La respuesta fue inmediata: la persiana se elevó como el telón de un teatro y apareció una zona de carga vacía. Hoffmann se dio la vuelta con intención de regresar al coche y entonces vio, a lo lejos, al otro lado de las vías del tren, un despliegue de luces destellantes rojas y azules que se movían muy deprisa; el viento arrastró hasta él el sonido de la sirena de un coche de policía.

Entró rápidamente en la plataforma de carga con el BMW, paró en seco, apagó el motor y se quedó escuchando. Ya no oía la sirena, y pensó que no tenía nada que ver con él. Decidió cerrar la persiana por si acaso, pero cuando examinó el panel de control no encontró ningún interruptor de luz. Tuvo que romper con los dientes el embalaje de

plástico de la linterna. Tras comprobar que funcionaba, pulsó el botón para cerrar la persiana. Sonó un timbre de alerta y una lámpara naranja se encendió emitiendo destellos. A medida que descendía la persiana, la zona de carga iba oscureciéndose. Al cabo de diez segundos la parte inferior de la persiana llegó al suelo de hormigón impidiendo por completo que entrara luz. Se sintió solo en la oscuridad, víctima de sus propias imaginaciones. El silencio no era total: alcanzaba a oír algo. Cogió la palanca del asiento delantero del BMW. Con la mano izquierda dirigió la linterna hacia las paredes desnudas y hacia el techo, y descubrió otra cámara de vigilancia instalada en lo alto de un rincón que lo enfocaba malévolamente, o eso le pareció. Debajo de esa cámara había una puerta metálica, también activada mediante reconocimiento facial; se alumbró la cara con la linterna y apoyó la mano en el sensor. Pasaron unos segundos sin que sucediera nada, y entonces —casi a regañadientes, pensó Hoffmann— la puerta se abrió mostrando unos escalones de madera que conducían hasta un pasillo.

Alumbrándose con la linterna, vio otra puerta al final del pasillo. Empezó a distinguir claramente el débil murmullo de unos procesadores. Los techos eran bajos y hacía frío, como en una cámara frigorífica. Supuso que debía de haber ventilación indirecta, como la que había en la sala de ordenadores del CERN. Avanzó con cautela hasta el fondo, colocó la mano en el sensor y abrió la puerta; detrás lo esperaban las luces y el ruido característicos de una granja de procesadores. El estrecho haz de luz de la linterna le permitió ver las placas madre colocadas en estantes de acero que se extendían hacia el fondo y hacia ambos lados produciendo aquel olor eléctrico tan familiar, extrañamente dulce, a polvo quemado. Una empresa de servicios informáticos había pegado un adhesivo en cada uno de los estantes: «En caso de avería, llame a este número». Caminó lentamente mientras dirigía la linterna a derecha e izquierda por los pasillos; la oscuridad absorbía su débil luz. Se preguntó quién más tendría acceso a aquellas instalaciones. La empresa de seguridad, seguramente: el equipo de Genoud; los servicios de limpieza y mantenimiento de edificios; los técnicos informáticos. Si todos recibían instrucciones y cobraban por correo electrónico, aquel lugar podía funcionar independientemente mediante servicios subcontratados, sin necesidad de contar con su propio personal: era el paradigma del modelo gatesiano del sistema nervioso central empresarial. Recordó que en sus inicios Amazon se definía como «una empresa real en un mundo virtual». Quizá allí estuviera el siguiente paso lógico en la cadena evolutiva: una empresa virtual en un mundo real.

Llegó a la siguiente puerta y repitió el procedimiento con la linterna y el sensor de reconocimiento. Cuando se recorrieron los cerrojos, se paró y examinó el marco de la puerta. Vio que las paredes no eran estructurales, sino delgados tabiques prefabricados. Desde fuera le había parecido que el edificio consistía en un solo espacio, pero una vez dentro se dio cuenta de que era un laberinto de pasadizos: tenía estructura celular, como una colonia de insectos. Traspuso el umbral, detectó un movimiento y se volvió hacia un lado: el robot de una biblioteca de cintas IBM TS3500 corrió hacia él por un monorraíl, se paró, extrajo un disco y volvió a retirarse. Hoffmann se quedó mirándolo mientras esperaba a que se le normalizara el ritmo cardíaco. Se respiraba una atmósfera de actividad frenética. Cuando siguió adelante, vio que otros cuatro robots salían disparados a realizar sus tareas. En el rincón del fondo, su linterna descubrió una escalera metálica que conducía al piso superior.

La sala contigua, más pequeña, parecía ser el sitio por donde entraban los conductos de comunicación. Alumbró con la linterna dos grandes cables principales negros, de un puño de grosor, que salían de una caja metálica cerrada, descendían como raíces tuberosas hacia una zanja que discurría por el suelo y volvían a ascender hasta una especie de panel de interruptores. Ambos lados del pasillo estaban protegidos por unos macizos armazones metálicos. Hoffmann ya sabía que los tubos de fibra óptica GVA-1 y GVA-2 pasaban cerca del aeropuerto de Ginebra, camino de Alemania, desde el emplazamiento de Marsella, en el sur de Francia. Desde allí podían intercambiarse datos con Nueva York a la misma velocidad a la que las partículas circulaban por el Gran Colisionador de Hadrones: a un poco menos de la velocidad de la luz. El VIXAL estaba a caballo de la conexión de comunicaciones más rápida de Europa.

El haz de su linterna siguió el recorrido de otros cables que corrían por la pared a la altura de los hombros, parcialmente alojados en metal galvanizado, y que salían de detrás de una puerta pequeña. La puerta estaba cerrada con un candado. Hoffmann metió la palanca por la presilla del candado y lo forzó; la presilla saltó con un chasquido, la puerta se abrió y Hoffmann dirigió la luz hacia una especie de sala de control de energía donde había contadores eléctricos, una gran caja de fusibles del tamaño de un armario pequeño y un par de interruptores diferenciales. Otra cámara lo observaba atentamente. Hoffmann accionó rápidamente las manijas de los diferenciales y los puso en «OFF». Al principio no pasó nada, pero de pronto, en algún lugar del gran edificio, un generador diésel se puso en marcha con un estremecimiento y, curiosamente, se encendieron todas

las luces. Hoffmann, rabioso de frustración, intentó darle a la cámara con la palanca; consiguió meterle el extremo en el ojo a su torturador, haciendo pedazos la lente; luego arremetió contra la caja de fusibles, destrozando las cajas de plástico, y solo paró cuando resultó evidente que no estaba sirviendo de nada.

Apagó la linterna y volvió sobre sus pasos hasta la sala de comunicaciones. Acercó la cara al sensor, esforzándose para mantener una expresión serena, y se abrió la puerta que conducía a la siguiente habitación, que resultó no ser otra antecámara, sino un espacio abierto, inmenso, con techos altos, relojes digitales que marcaban la hora de diferentes zonas horarias y enormes pantallas de televisión; parecía una réplica de la sala de operaciones de Les Eaux-Vives. Había una unidad central de control que consistía en un monitor de seis pantallas y varios monitores independientes que mostraban la señal de las cámaras de seguridad en una cuadrícula. Frente a las pantallas, en lugar de personas, donde habrían estado sentados los *quants*, había varias hileras de placas madre, todas ellas procesando a su máxima capacidad a juzgar por la velocidad con que parpadeaban los LED.

«Esto debe de ser el córtex», pensó Hoffmann. Se quedó un momento allí plantado, fascinado. La determinación concentrada e independiente de la escena tenía algo que encontró inesperadamente conmovedor; supuso que la emoción que sentía debía de parecerse a la de un padre que ve por primera vez a su hijo recién llegado al mundo. Que el VIXAL fuera puramente mecánico y careciera de emoción y conciencia; que no tuviera otro propósito que la búsqueda egoísta de la supervivencia mediante la acumulación de riqueza; que, si se lo dejaba solo, de acuerdo con la lógica darwiniana, intentara expandirse hasta dominar toda la Tierra: todo eso no le restaba valor al asombroso hecho de su existencia. Hasta lo perdonaba por el suplicio a que lo había sometido: al fin y al cabo, lo había hecho únicamente con objeto de investigar. No se lo podía juzgar moralmente más de lo que se podía juzgar a un tiburón. Se comportaba como un *hedge fund*, sencillamente.

Hoffmann olvidó momentáneamente que había ido allí a destruirlo, y se inclinó sobre las pantallas para examinar las operaciones que estaba realizando el VIXAL. Se estaban procesando a una frecuencia altísima y en volúmenes tremendos —millones de acciones que solo se conservaban unas milésimas de segundo—, una estrategia conocida como *sniping* o *sniffing* que consistía en presentar órdenes y cancelarlas al instante, sondeando los mercados en busca de bolsas ocultas de liquidez. Pero Hoffmann jamás había visto

hacerlo a semejante escala. Con aquello se obtenía muy poco beneficio, o ninguno, y se preguntó qué estaría intentando conseguir el VIXAL. Entonces apareció una alerta en la pantalla.

La alerta apareció en ese mismo instante en los parqués de todo el mundo: a las 20.30 en Ginebra, las 14.30 en Nueva York, las 13.30 en Chicago:

El CBOE ha declarado *Self Help* contra el NYSE/ARCA a las 13.30 CT. El NYSE/ARCA está fuera de NBBO y sin conexión. Todos los sistemas del CBOE funcionan con normalidad.

La jerga enmascaraba la magnitud del problema, le quitaba hierro, pues para eso estaba pensada. Sin embargo, Hoffmann sabía exactamente qué significaba aquello. El CBOE es el mercado de opciones de Chicago, que negocia alrededor de mil millones de contratos al año en opciones de empresas, índices y fondos, entre ellos el VIX. «*Self help*» es lo que una bolsa de Estados Unidos está autorizada a declarar contra otra si esa otra bolsa empieza a tardar períodos de más de un segundo en responder a las órdenes: todas las bolsas de Estados Unidos tienen la obligación de no ofrecer a los inversores un precio peor del que puede obtenerse en ese momento en otra bolsa del país. El sistema está totalmente automatizado y opera a una velocidad de milésimas de segundo. Para un profesional como Hoffmann, la alerta de *Self Help* del CBOE advertía de que la bolsa electrónica de Nueva York, ARCA, estaba experimentando algún tipo de fallo del sistema, una interrupción lo suficientemente grave para que Chicago no le redirigiera órdenes según las normas del National Best Bid and Offer, NBBO, aunque estuviera ofreciendo mejores precios que Chicago a los inversores.

Ese anuncio tuvo dos consecuencias inmediatas. Para empezar, Chicago tuvo que intervenir y proporcionar la liquidez anteriormente ofrecida por el NYSE/ARCA —en un momento en que la liquidez era, en cualquier caso, escasa— y también, y quizá más importante, asustó aún más a un mercado que ya estaba temblando.

Cuando Hoffmann vio la alerta, no la relacionó inmediatamente con el VIXAL. Pero cuando desvió la mirada, desconcertado, de la pantalla y la dirigió hacia las luces parpadeantes de los procesadores; cuando notó, casi físicamente, el volumen y la velocidad descomunales de las órdenes que estaban procesando; y cuando recordó la

inmensa apuesta sin cobertura que estaba realizando el VIXAL en pleno derrumbe del mercado, entonces entendió qué era lo que estaba haciendo el algoritmo.

Buscó alrededor de la consola los mandos a distancia de las pantallas de televisión. Los canales de negocios aparecieron de inmediato, transmitiendo imágenes en directo de alborotadores que se enfrentaban a la policía en una gran plaza de una ciudad casi a oscuras. Había montañas de basura ardiendo; de vez en cuando, unas explosiones que no captaba la cámara interrumpían el discurso de los locutores. En la CNBC, el titular rezaba: «Última hora: los manifestantes llenan las calles de Atenas tras la aprobación de las leyes de austeridad».

La presentadora iba diciendo: «Como ven, la policía golpea a los manifestantes con porras...».

El *ticker* que aparecía en la parte inferior de la pantalla indicaba que el Dow había bajado 260 puntos.

Las placas madre seguían funcionando implacablemente. Hoffmann regresó a la zona de carga.

En ese mismo momento, un ruidoso cortejo de ocho coches patrulla de la policía de Ginebra entró a toda velocidad en la desierta Route de Clerval. Los vehículos se detuvieron junto al perímetro de las instalaciones de procesamiento y abrieron sus puertas casi a la vez. Leclerc iba en el primer coche con Quarry. Genoud iba en el segundo. Gabrielle estaba cuatro coches más atrás.

La primera impresión que tuvo Leclerc cuando salió del asiento trasero fue que se hallaba ante una fortaleza. Vio la alta valla metálica, el alambre concertina, las cámaras de vigilancia, la tierra de nadie del aparcamiento y los muros de acero del edificio, que se elevaba como un castillo plateado en la penumbra del atardecer; debía de tener como mínimo quince metros de altura. Detrás de él, los policías armados salían de los coches patrulla, algunos con chaleco antibalas o escudos, mentalizados, preparados para la acción. Leclerc era consciente de que si no tenía mucho cuidado, aquello solo podía terminar de una forma.

—No va armado —dijo al pasar entre los hombres que empezaban a desplegarse; llevaba un walkie-talkie en la mano—. No lo olvidéis: no tiene ningún arma.

—Cien litros de gasolina —dijo un gendarme—. Eso es un arma.

—No, no lo es. Vosotros cuatro tenéis que desplegaros por el otro lado. Que nadie intente entrar sin que yo lo haya ordenado, y sobre todo, que nadie dispare. ¿Entendido?

Leclerc llegó al coche en el que iba Gabrielle. La puerta estaba abierta. Ella seguía sentada en el asiento trasero, conmocionada, y Leclerc pensó que lo peor todavía estaba por llegar. Había seguido leyendo los diálogos en el ordenador de Karp mientras el coche patrulla lo llevaba a toda velocidad por Ginebra. Se preguntó cómo se sentiría Gabrielle cuando descubriera que su marido había invitado a un desconocido a entrar en su casa para agredirlo.

—*Madame Hoffmann* —dijo—, ya sé que esto es muy duro para usted, pero ¿le importaría...? —Le ofreció la mano. Ella se quedó mirándolo un momento sin comprender, y luego le cogió la mano. Se agarró a él con fuerza, como si Leclerc no estuviera ayudándola a salir de un coche sino rescatándola de un mar que amenazaba con tragársela.

Al salir al frío de la noche a Gabrielle le pareció despertar de su trance, y parpadeó, confundida, al ver la cantidad de policías que se habían congregado allí.

—¿Todo esto es solo por Alex?

—Lo siento. Es el procedimiento habitual para los casos como este. Tenemos que asegurarnos de que todo acaba pacíficamente. ¿Me ayudará?

—Sí, por supuesto. Cuente conmigo.

La guió hasta la cabeza de la fila de coches, donde Quarry estaba de pie con Genoud. Al jefe de seguridad de la empresa le faltó poco para cuadrarse al verlo acercarse. «Es una rata», pensó Leclerc. Sin embargo, se esforzó para mostrarse educado con él; era su estilo.

—Hola, Maurice —dijo—. Tengo entendido que conoces este sitio. ¿Qué tenemos exactamente?

—Tres plantas separadas por tabiques con entramados de madera. —La buena disposición de Genoud resultaba casi cómica: esa misma mañana había declarado que ni siquiera conocía a Hoffmann—. Suelos falsos, techos falsos. Es una estructura modular. Todos los módulos contienen equipos informáticos, exceptuando una zona central de control. La última vez que estuve dentro solo estaba ocupada la mitad.

—¿Arriba?

—Vacío.

—¿Accesos?

—Tres entradas. Una es una gran zona de carga. Hay una escalera de incendios interior que baja desde el tejado.

—¿Cómo se abren las puertas?

—Las exteriores, con un código de cuatro dígitos; las de dentro, mediante reconocimiento facial.

—¿Hay alguna otra verja en el recinto aparte de esta?

—No.

—¿Y la corriente? ¿Podremos cortarla?

Genoud negó con la cabeza.

—Hay generadores diésel en la parte trasera de la planta baja con combustible suficiente para cuarenta y ocho horas.

—¿Seguridad?

—Un sistema de alarma. Está todo automatizado. No hay personal en el edificio.

—¿Cómo se abre la verja?

—Con el mismo código que las puertas.

—Muy bien. Ábrela, por favor.

Genoud introdujo el código, pero la verja no se abrió. Genoud, ceñudo, lo intentó un par de veces más con el mismo resultado. Parecía perplejo.

—Es el código correcto, lo juro.

Leclerc se agarró a los barrotes de la verja, una barrera maciza que no cedió ni un milímetro. Podrías estrellar un camión contra ella y seguramente aguantaría.

—A lo mejor Alex tampoco ha podido entrar —especuló Quarry—, es posible que no esté dentro.

—Tal vez, pero es más probable que haya cambiado el código. —¡Un hombre que fantasea con la muerte encerrado en un edificio con cien litros de gasolina! Leclerc le gritó a su conductor—: Que los bomberos traigan herramientas para cortar. Y será mejor que venga también una ambulancia, por si acaso. *Madame Hoffmann*, ¿quiere hablar con su marido y pedirle que no cometa ninguna locura?

—Lo intentaré.

Gabrielle pulsó el botón del interfono.

—¿Alex? —dijo con dulzura—. ¿Alex?

Mantuvo el dedo sobre el botón, esperando a que él contestara, pulsando una y otra vez.

Hoffmann acababa de rociar con gasolina la sala de procesadores, las vitrinas de los robots y los tubos de fibra óptica cuando oyó el timbre del interfono en la consola de control. Tenía un pesado bidón en cada mano y le dolían los brazos. Dentro del edificio estaba subiendo la temperatura; de alguna forma debía de haber conseguido desconectar el suministro de corriente del sistema de ventilación. Estaba sudando. En la CNBC el titular rezaba: «El Dow baja más de 300 puntos». Dejó los bidones junto a la consola y examinó los monitores de seguridad. Moviendo el ratón y cliqueando en las diferentes tomas, obtuvo una imagen general de la escena que se desarrollaba frente a la verja, donde estaban los gendarmes, Quarry, Leclerc, Genoud y Gabrielle. Pulsó sobre la imagen de su mujer, y la cara de Gabrielle ocupó toda la pantalla. Parecía destrozada. Hoffmann pensó: «A estas alturas ya deben de haberle contado lo peor». Mantuvo el dedo suspendido sobre el botón unos segundos.

—Gabby...

Le resultó extraño ver en la pantalla la reacción de Gabrielle al oír su voz, su expresión de alivio.

—Gracias a Dios, Alex. Estamos todos muy preocupados por ti. ¿Cómo va todo ahí dentro?

Hoffmann miró alrededor. Le habría gustado tener palabras para describirlo.

—Es... increíble.

—Ah, ¿sí? Me lo imagino. —Gabrielle se interrumpió, miró hacia un lado y luego acercó más la cara a la cámara, y su voz sonó más pausada, más confiada, como si estuvieran ellos dos solos—. Oye, me gustaría entrar y hablar contigo. Me gustaría verlo, si me dejas.

—A mí también me gustaría. Pero no creo que sea posible, la verdad.

—Entraría solo yo. Te lo prometo. Todos estos se quedarían aquí.

—Eso lo dices tú, Gabby, pero dudo que ellos estén de acuerdo. Me temo que ha habido muchos malentendidos.

—Espera un momento, Alex —dijo ella, y entonces su cara desapareció de la pantalla y Hoffmann solo pudo ver el lado de un coche patrulla. Oyó que empezaba una discusión, pero Gabrielle había tapado el micrófono con una mano y las palabras llegaban demasiado amortiguadas para que él pudiera entenderlas. Miró las pantallas de televisión. El titular de la CNBC rezaba: «El Dow baja más de 400 puntos».

—Lo siento, Gabby —dijo Hoffmann—. Ahora tengo que irme.

—¡Espera! —gritó ella.

De pronto la cara de Leclerc apareció en la pantalla.

—Doctor Hoffmann, soy yo, Leclerc. Abra la verja y deje entrar a su mujer. Necesita hablar con ella. Mis hombres no se moverán de donde están, se lo prometo.

Hoffmann vaciló. Curiosamente, tenía la impresión de que el policía decía la verdad. Necesitaba hablar con ella. O si no hablar con ella, al menos mostrarle... Dejarle verlo todo antes de que se destruyera. Eso lo explicaría todo mucho mejor de lo que él podía explicarlo con palabras.

En la pantalla de operaciones había aparecido una nueva alerta: «NASDAQ ha declarado *Self Help* contra NYSE/ARCA a las 14:36:59 ET».

Hoffmann pulsó el botón y dejó entrar a Gabrielle.

La amenaza crea la masa de fuga. Todos huyen, todos se dejan arrastrar. A todos los amenaza el mismo miedo. [...] Se huye juntos porque es la mejor forma de huir. Todos sienten la misma excitación, y la energía de unos hace aumentar la energía de los otros; los individuos se empujan unos a otros en la misma dirección. Mientras huyen juntos perciben el peligro como repartido.

ELIAS CANETTI, *Masa y poder* (1960)

En Estados Unidos el miedo se extendía por los mercados como un virus. Los algoritmos se husmeaban unos a otros por sus tubos de fibra óptica buscando liquidez. A consecuencia de eso, el volumen de operaciones estaba multiplicando por diez los niveles normales: se estaban comprando y vendiendo cien millones de acciones por minuto. Pero esa cifra era engañosa. Las posiciones solo se mantenían durante milésimas de segundo, y luego se las abandonaba; era lo que la investigación posterior llamó «efecto patata caliente». Ese nivel de actividad anómalo se convirtió en un factor crítico del pánico creciente.

A las 20.32, hora de Ginebra, un algoritmo había entrado en el mercado con la tarea de vender setenta y cinco mil «E-minis» —contratos de futuros del S&P 500 operados electrónicamente— con un valor teórico de cuatro mil cien millones de dólares en nombre del Ivy Asset Strategy Fund. Para limitar el impacto sobre los precios de una descarga de semejante volumen, el algoritmo estaba programado para restringir sus operaciones de modo que el volumen de ventas no sacara un promedio superior al nueve por ciento del mercado total en ningún momento: a ese ritmo, la venta tardaría entre tres

y cuatro horas. Pero con un mercado diez veces mayor de lo normal, el algoritmo realizó los ajustes oportunos y procedió a completar su tarea en diecinueve minutos.

En cuanto la verja se abrió lo suficiente, Gabrielle pasó por ella y atravesó el aparcamiento. No había avanzado mucho cuando oyó gritos a su espalda, y al volverse vio que Quarry se separaba del grupo y caminaba hacia ella. Leclerc le gritaba que volviera, pero Quarry se limitó a levantar un brazo con desdén y seguir andando.

—No voy a dejar que hagas esto sola, Gabs —dijo cuando la alcanzó—. Esto es culpa mía, no tuya. Yo lo metí en esto.

—No es culpa de nadie, Hugo —dijo ella sin mirarlo—. Está enfermo.

—Bueno, pero aun así, ¿no te importa que te acompañe?

Gabrielle apretó las mandíbulas. «Que te acompañe.» Como si fueran a dar un paseo.

—Tú mismo.

Pero cuando doblaron la esquina y Gabrielle vio a su marido de pie junto a la persiana abierta de la zona de carga, se alegró de tener a alguien a su lado, aunque fuera Quarry, porque Alex sostenía una larga barra de hierro en una mano y un enorme bidón rojo en la otra, y su aspecto era alarmante, psicótico: estaba completamente inmóvil y tenía sangre y grasa en la cara, el pelo y la ropa; su mirada era aterradora, perdida, y apestaba a gasolina.

—Rápido, entrad —dijo—. Ahora empieza en serio.

Y antes de que Gabrielle y Quarry hubieran llegado a su lado, Hoffmann ya se había dado la vuelta y se había metido dentro. Corrieron tras él; dejaron atrás el BMW, la zona de carga, las placas madre y los robots de la biblioteca de cintas. Hacía calor. La gasolina se estaba evaporando y dificultaba la respiración. Gabrielle tuvo que taparse la nariz con el cuello de la chaqueta. De más allá llegaba un fuerte ruido.

«Alex —pensó Gabrielle—. Alex, Alex...»

Quarry le gritó, presa del pánico:

—Por el amor de Dios, Alex, esto podría explotar...

Salieron a una sala mucho más amplia donde resonaban los gritos de pánico. Hoffmann había subido el volumen de las pantallas gigantes de televisión; además, de algún otro lugar llegaba una perorata que parecía la de un comentarista describiendo la

recta final de una gran carrera («¡Y siguen vendiendo! ¡Esto es increíble!»). Gabrielle no lo identificó, pero Quarry sí: era el canal de audio del parqué del S&P 500 de Chicago.

Se oían gritos de fondo, como si una multitud presenciara una catástrofe. En una de las pantallas gigantes, Gabrielle leyó un titular: «El Dow, el S&P 500 y el NASDAQ caen en un solo día más de lo que habían caído en un año».

Otro locutor hablaba ante las imágenes de una revuelta nocturna:

—«Los *hedge funds* van a por Italia, van a por España...»

El titular de la pantalla cambió: «El VIX sube otro 30 %». Gabrielle no tenía ni idea de qué significaba aquello. Mientras lo estaba leyendo, volvió a cambiar: «El Dow baja más de 500 puntos».

Quarry estaba petrificado.

—No me digas que somos nosotros los que estamos provocando todo esto.

Hoffmann había volcado el bidón y vertía gasolina sobre los procesadores.

—Nosotros lo hemos empezado. Hemos atacado Nueva York. Hemos provocado una avalancha.

—«Hemos bajado sesenta y cuatro enteros en lo que va de día, chicos, lo nunca visto.»

En el curso de aquel día se negociaron diecinueve mil cuatrocientos millones de acciones en la bolsa de Nueva York: más de las que se habían negociado en toda la década de los años sesenta. Los acontecimientos se sucedían en milésimas de segundos, a una velocidad que superaba con mucho la de la comprensión humana. Solo se los pudo reconstruir más tarde, cuando los ordenadores revelaron sus secretos.

A las 20:42:43:675, hora de Ginebra, según un informe de la empresa de venta de información financiera en *streaming* NANEX, «el ritmo de cotización de las bolsas de NYSE, NYSE-ARCA y NASDAQ alcanzó el nivel de saturación al cabo de setenta y cinco milésimas de segundo». Cuatrocientas milésimas de segundo después, el algoritmo Ivy Asset Strategy Fund vendió otro paquete de E-minis por valor de ciento veinticinco millones, sin tener en cuenta la caída en picado de los precios. Veinticinco milésimas de segundo más tarde, otro algoritmo se deshizo de cien millones de dólares en futuros operados electrónicamente. El Dow ya había bajado 630 puntos; un segundo más tarde había bajado 720. Quarry lo presencié todo, hipnotizado por la rapidez con que

cambiaban los números. Después dijo que era como «uno de esos dibujos animados en que el personaje corre más allá del borde de un precipicio y sigue corriendo suspendido en el aire hasta que mira hacia abajo, y entonces desaparece».

Fuera, tres camiones de los bomberos de Ginebra habían estacionado junto a los coches patrulla. Había muchos hombres, muchas luces. Leclerc les dio la orden de empezar. Las tenazas hidráulicas, una vez colocadas en su sitio, le recordaron a unas mandíbulas gigantescas mascando los macizos barrotes de hierro de la valla uno a uno como si fueran briznas de hierba.

—Alex, por favor. Déjalo ya y salgamos de aquí —le suplicó Gabrielle a su marido.

Hoffmann terminó de vaciar el último bidón y lo tiró al suelo. Empezó a abrir el paquete de trapos con los dientes.

—Solo necesito acabar esto. —Escupió un trocito de plástico—. Salid vosotros dos. Yo iré enseguida. —La miró y, por un instante, volvió a ser el de siempre—. Te quiero. Y ahora, vete, por favor. —Pasó un trapo por el charco de gasolina que se había formado sobre la tapa de una placa madre, empapándolo a conciencia. En la otra mano tenía un encendedor—. Vete —repitió, y su voz estaba tan cargada de desesperación que Gabrielle empezó a retroceder.

En el canal CNBC, el locutor iba diciendo: «Esto es una capitulación, una verdadera capitulación; el miedo se ha apoderado del mercado. Vean los niveles que ha alcanzado hoy el VIX...».

Quarry no daba crédito a lo que estaba viendo en la pantalla de operaciones. En cuestión de segundos el Dow había bajado de menos ochocientos a menos novecientos. El VIX había subido el cuarenta por ciento. Solo en aquella posición, lo que tenía ante él se acercaba a los quinientos millones de beneficio. El VIXAL estaba ejecutando sus opciones sobre los valores vendidos en corto, recogidos a unos precios ridículamente bajos: P&G, Accenture, Wynn Resorts, Exelon, 3-M...

La voz histérica que hablaba desde el parqué de Chicago seguía sin cesar con tono sollozante: «... hasta Morgan Stanley está vendiendo...».

Quarry oyó un ¡zas! y vio a Hoffmann con fuego saliéndole de los dedos. «Ahora no

—pensó—, no lo hagas todavía, no hasta que el VIXAL haya terminado sus operaciones.» A su lado, Gabrielle gritó: «¡Alex!». Quarry corrió hacia la puerta. El fuego saltó de la mano de Hoffmann, se quedó danzando un instante en el aire y se expandió formando un estallido reluciente.

La segunda y decisiva crisis de liquidez del *flash crash* bursátil de siete minutos había empezado cuando Hoffmann tiró el bidón vacío, a las 20.45, hora de Ginebra. Por todo el mundo, los inversores, pendientes de sus pantallas, o bien dejaban de operar o vendían cuanto podían. En palabras del informe oficial: «Debido a que los precios cayeron simultáneamente en muchos tipos de títulos, temieron que se produjera un cataclismo que no podían concebir y que sus sistemas no estaban preparados para gestionar [...] Un número importante de ellos se retiró completamente de los mercados».

En cuestión de quince segundos, desde las 20:45:13, los programas algorítmicos de alta velocidad negociaron veintisiete mil contratos E-mini —el cuarenta y nueve por ciento del volumen total—, pero solo llegaron a venderse doscientos: solo era un juego de patatas calientes; no había compradores reales. La liquidez cayó un uno por ciento respecto a su nivel anterior. A las 20:45:27, en cuestión de quinientas milésimas de segundo, en el mismo instante en que Hoffmann encendía su mechero, diversos vendedores entraron sucesivamente en el mercado y el precio del E-mini cayó de 1070 a 1062, a 1059 y por último a 1056, y al alcanzar ese punto, la elevadísima volatilidad disparó automáticamente lo que se llama un *CME Globex Stop Price Logic event*: una congelación de cinco segundos de todas las operaciones del mercado de futuros S&P de Chicago, para permitir que llegara liquidez al mercado.

El Dow estaba justo por debajo de los mil puntos.

Las grabaciones cronometradas de los canales abiertos de la radio de la policía establecen que en el preciso instante en que se congeló el mercado de Chicago — 20:45:28— se oyó una explosión en el interior de las instalaciones de procesamiento. Leclerc iba corriendo hacia el edificio, un tanto rezagado detrás de los gendarmes, cuando la explosión le obligó a parar en seco; se agachó y se protegió la cabeza con las

manos, adoptando una postura poco digna de un oficial de alto rango de la policía, como pensó más tarde. Los agentes más jóvenes, con una temeridad fruto de la inexperiencia, no se detuvieron, y cuando Leclerc se incorporó ya regresaban de una de las esquinas del edificio, arrastrando a Gabrielle y a Quarry.

—¿Dónde está Hoffmann? —gritó Leclerc.

Del interior del edificio llegó un rugido.

El miedo al intruso por la noche. El miedo a la agresión. El miedo a la enfermedad. El miedo a la locura. El miedo a la soledad. El miedo a quedar atrapado en un edificio en llamas...

Las cámaras graban a Hoffmann con desapasionamiento, científicamente, cuando recobra el conocimiento en la gran sala central. Todas las pantallas se han apagado. Las placas madre están paradas, el VIXAL se ha extinguido. No hay ningún ruido exceptuando el de las llamas, que avanzan de una habitación a otra apoderándose de los tabiques de madera, de los techos y suelos falsos, de los kilómetros de cable de plástico, de los componentes también de plástico de los procesadores.

Hoffmann se pone a cuatro patas, se arrodilla y consigue levantarse. Se queda oscilando. Se quita la chaqueta y la sujeta ante sí a modo de protección, y entonces corre hacia el infierno de la sala de comunicaciones; deja atrás los robots, humeantes y estáticos, atraviesa la granja de procesadores a oscuras y llega a la zona de carga. Ve que la persiana de acero está bajada. ¿Cómo es eso posible? Pulsa el botón con el talón de la mano para abrirla. La persiana no responde. Repite el movimiento, frenético, como si quisiera clavar el botón en la pared. Nada. Todas las luces están apagadas: el fuego debe de haber provocado un cortocircuito. Se da la vuelta y dirige la mirada hacia la lente que lo observa, y en sus ojos uno ve un tumulto de emociones: rabia, incluso una especie de triunfo descabellado; y miedo, por supuesto.

A medida que el miedo aumenta y se convierte en una agonía de terror, contemplamos, como bajo todas las emociones violentas, resultados diversos.

Ahora Hoffmann tiene que elegir. Puede quedarse donde está y arriesgarse a quedar atrapado y morir quemado. O puede intentar volver a la zona en llamas y llegar a la

escalera de emergencia que hay en el rincón de la biblioteca de cintas. En sus ojos se ve cómo calcula...

Se decide por la segunda opción. En los últimos segundos ha aumentado mucho la temperatura. Las llamas proyectan un resplandor intenso. Los armarios de plexiglás están derritiéndose. Uno de los robots se ha incendiado y también está derritiéndose en su sección central, y cuando Hoffmann pasa corriendo a su lado, el autómatas se dobla por la mitad, se inclina como si hiciera una reverencia y cae al suelo envuelto en llamas.

El hierro de la escalera está tan caliente que Hoffmann no puede tocarlo. Nota el calor del metal a través de la suela de las botas. La escalera no llega hasta el tejado, sino solo hasta la siguiente planta, que está a oscuras. El resplandor rojo del fuego que tiene detrás le permite distinguir una estancia amplia con tres puertas. Allí arriba se oye un ruido parecido al de una fuerte corriente de aire. No llega a discernir si viene de su izquierda o su derecha. Oye, a lo lejos, un estruendo al ceder una parte del suelo. Acerca la cara al sensor para abrir la primera puerta. Como esta no responde, se seca la cara con las mangas: tiene tanto sudor y tanta grasa en la piel que es posible que los sensores no lo reconozcan. Pero la puerta sigue sin abrirse. La segunda puerta tampoco se abre. La tercera sí, y Hoffmann se adentra en una oscuridad total. Las cámaras de visión nocturna lo graban avanzando a tientas en busca de la siguiente salida; va de habitación en habitación tratando de huir del laberinto del edificio, hasta que por fin, al final de un pasillo, abre una puerta y se encuentra ante un horno. Una lengua de fuego corre hacia esa nueva bolsa de oxígeno como un ser vivo hambriento. Hoffmann se da la vuelta y corre. Las llamas lo persiguen e iluminan el reluciente metal de una escalera que hay más allá. Hoffmann sale del encuadre. La bola de fuego alcanza la lente un segundo más tarde. La grabación se interrumpe.

Para las personas que lo contemplan desde fuera, el edificio parece una olla a presión. No se ven llamas, solo el humo que sale de las juntas y los conductos de ventilación; se oye un estruendo incesante. Los bomberos lanzan agua contra las fachadas desde diferentes direcciones para enfriarlas. El jefe de bomberos explica a Leclerc que su mayor preocupación es que si abren las puertas solo conseguirán proporcionarle más oxígeno al incendio. Aun así, el equipo de infrarrojos todavía detecta bolsas oscuras, cambiantes, en el interior del edificio que indican zonas donde el calor es menos intenso

y donde podría haber supervivientes. Un grupo provisto de gruesos trajes protectores se prepara para entrar.

Han llevado a Gabrielle y a Quarry junto a la valla. Les han echado unas mantas sobre los hombros. Ambos están de pie contemplando el edificio. De pronto, en el tejado plano se alza un chorro de llamas naranja que ascienden hacia el cielo nocturno. Su forma, aunque no el color, recuerda a la columna de fuego de una refinería cuando se queman residuos gaseosos. Algo se separa de la base de las llamas; tardan en comprender que se trata de la silueta de un hombre. Corre hasta el borde del tejado con los brazos extendidos, salta y cae como Ícaro.

Mirando al porvenir [...] lo que nadie puede predecir es qué grupos prevalecerán por último, porque sabemos que muchos grupos desarrollados en otros tiempos de un modo muy extenso llegaron ahora a extinguirse.

CHARLES DARWIN,
El origen de las especies (1859)

Era casi medianoche y las calles que conducían a Les Eaux-Vives estaban tranquilas, con las tiendas y los restaurantes cerrados. Quarry y Leclerc iban sentados en silencio en el asiento trasero de un coche patrulla.

Al final Leclerc dijo:

—¿Está seguro de que no prefiere que lo llevemos a su casa?

—No, gracias. Necesito hablar con nuestros inversores esta noche, antes de que se enteren de lo ocurrido por las noticias.

—Será la noticia del día, sin duda.

—Sin duda.

—De todas formas, si no le importa que se lo diga, después de un trauma como el que ha sufrido, debería tener cuidado.

—Lo tendré, no se preocupe.

—Al menos *madame* Hoffmann está en el hospital y recibirá tratamiento para el estrés postraumático.

—No se preocupe por mí, inspector. En serio.

Quarry se cogió la barbilla con una mano y se quedó mirando por la ventanilla para disuadir al inspector de continuar la conversación. Leclerc se puso a mirar la calle por el otro lado. ¡Y pensar que hacía solo veinticuatro horas se disponía a iniciar un turno

nocturno rutinario! La verdad era que nunca sabías qué podía depararte la vida. Su jefe lo había llamado desde Zurich, donde estaba cenando, para felicitarlo por «la rápida resolución de una situación potencialmente comprometedora»: el consejero federal de Finanzas estaba satisfecho; la reputación de Ginebra como centro de inversiones no se vería afectada por aquella anomalía. Sin embargo, tenía la sensación de haber fallado: había ido siempre con un par de horas de retraso respecto a su presa. Si hubiera acompañado a Hoffmann al hospital por la mañana, pensó, y hubiera insistido en que permaneciera ingresado para recibir tratamiento, no habría pasado nada.

—Tendría que haberlo hecho mejor —musitó.

Quarry lo miró de soslayo y dijo:

—¿Cómo dice?

—Estaba pensando, *monsieur*, que podría haber manejado mejor la situación, y que entonces quizá habríamos podido ahorrarnos toda esta tragedia. Por ejemplo, habría podido darme cuenta mucho antes, al principio, de que Hoffmann sufría una grave psicosis.

Pensó en el libro de Darwin y en la descabellada afirmación de que el hombre de la fotografía que aparecía en él proporcionaba una pista del motivo por el que lo habían agredido.

—Es posible. —Quarry no parecía muy convencido.

—O por ejemplo, habría podido sospechar de lo ocurrido en la exposición de *madame Hoffmann*.

—Mire —dijo Quarry con impaciencia—, ¿quiere saber la verdad? Alex era un tipo raro. Siempre lo fue. Debí saber dónde me metía la misma noche en que lo conocí. De modo que esto no tiene nada que ver con usted, si no le molesta que se lo diga.

—Aun así...

—No me malinterprete: lamento muchísimo que Alex haya acabado así. Pero piense en el tiempo que llevaba dirigiendo toda una empresa en la sombra, delante de mis narices, espiándome, espiando a su mujer, espiándose a sí mismo...

Leclerc pensó en la cantidad de veces que había oído semejantes exclamaciones de incredulidad por parte de esposas y maridos, amantes y amigos; en lo poco que en realidad sabemos de lo que sucede en la mente de aquellos a quienes creemos conocer.

—¿Qué pasará con la empresa ahora que él no está? —preguntó.

—¿La empresa? ¿Qué empresa? La empresa ya no existe.

—Sí, claro, comprendo que la publicidad podría perjudicarla.

—Ah, ¿sí? ¿Eso cree? ¿«Genio esquizofrénico sufre una crisis, mata a dos personas, prende fuego a un edificio», algo así?

El coche se detuvo frente al edificio de oficinas. Quarry apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y se quedó mirando el techo. Dio un largo suspiro.

—Qué mierda. Qué mierda todo.

—Sí.

—Bueno. —Quarry abrió cansinamente la puerta del coche—. Supongo que volveremos a hablar mañana por la mañana.

—No, *monsieur* —dijo Leclerc—. Al menos no conmigo. Le han asignado el caso a un joven agente, muy competente. Se llama Moynier. Ya comprobará que es muy eficiente.

—De acuerdo. —Quarry parecía vagamente disgustado. Le estrechó la mano al policía y añadió—: Supongo que su colega ya me llamará. Buenas noches.

Salió del coche con agilidad.

—Buenas noches. Por cierto —añadió rápidamente Leclerc, antes de que Quarry cerrara la puerta. Se inclinó sobre el asiento—. Esos problemas técnicos que ha comentado antes... ¿Eran graves?

A Quarry, acostumbrado a fingir, no le costó nada responder:

—No, qué va. No era nada grave.

—Lo digo porque como su colega comentó que habían perdido el control del sistema...

—No lo decía en sentido literal. Ya sabe usted cómo son los ordenadores.

—Ah, sí, desde luego. ¡Malditos ordenadores!

Quarry cerró la puerta, y el coche patrulla se puso en marcha. Leclerc miró al financiero hasta que entró en el edificio. Una sombra pasó por su pensamiento, pero estaba demasiado cansado para perseguirla.

—¿Adónde, jefe? —preguntó el conductor.

—Hacia el sur por la carretera de Annecy-le-Vieux —contestó Leclerc.

—¿Vive usted en Francia?

—Justo al otro lado de la frontera. No sé usted, pero yo ya no puedo permitirme vivir en Ginebra.

—Sé exactamente a qué se refiere. Está tomada por los extranjeros.

El conductor se puso a hablar sobre el precio de la vivienda. Leclerc se arrellanó en el asiento y cerró los ojos. Antes de que llegaran a la frontera francesa se había quedado dormido.

Los gendarmes ya habían abandonado el edificio de oficinas. Uno de los ascensores estaba acordonado con cinta negra y amarilla y tenía un letrero colgado: PELIGRO: FUERA DE SERVICIO, pero el otro sí funcionaba, y tras una breve vacilación, Quarry montó en él.

Van der Zyl y Ju-Long lo esperaban en la recepción. Al verlo se levantaron. Ambos parecían muy consternados

—Acaban de decirlo en las noticias —dijo Van der Zyl—. Han salido imágenes del incendio, de este edificio... todo.

Quarry maldijo por lo bajo y consultó su reloj.

—Será mejor que empiece a escribir a los principales clientes cuanto antes. Es preferible que se enteren por nosotros. —Vio que Van der Zyl y Ju-Long se miraban—. ¿Qué pasa?

—Antes que nada, deberías ver una cosa —dijo Ju-Long.

Los siguió hasta la sala de operaciones. Le sorprendió comprobar que todos los *quants* estaban allí. Al verlo entrar se levantaron y se quedaron en pie, callados. Quarry se preguntó si debía interpretarlo como una especie de señal de respeto. Confió en que no estuvieran esperando que diera un discurso. Por la fuerza de la costumbre, alzó la vista hacia las pantallas de los canales de negocios. El Dow se había recuperado casi dos tercios de las pérdidas y había cerrado 387 por debajo; el VIX había subido un sesenta por ciento. Estaban transmitiendo los primeros sondeos de las elecciones del Reino Unido: NO HAY CONTROL ABSOLUTO. «Eso lo resume todo», pensó. Comprobó la P&L en la pantalla que tenía más cerca; parpadeó varias veces seguidas y lo leyó de nuevo, y entonces se volvió, desconcertado, hacia sus colegas.

—Es verdad —dijo Ju-Long—. Con el *crash* hemos obtenido un beneficio de cuatro mil cien millones de dólares.

—Y lo mejor de todo —añadió Van der Zyl— es que eso representa un cero coma cuatro por ciento de la volatilidad total del mercado. Nadie lo notará, excepto nosotros.

—Dios... —Quarry calculó mentalmente su valor neto personal—. Eso significa que

el VIXAL ha conseguido completar todas las operaciones antes de que Alex lo destruyera.

Hubo una pausa, y entonces Ju-Long dijo en voz baja:

—No lo destruyó, Hugo. Sigue operando.

—¿Qué?

—El VIXAL sigue operando.

—No puede ser. Vi con mis propios ojos cómo ardía todo el hardware.

—Pues debe de tener otro hardware del que no sabemos nada. Por lo visto ha pasado algo milagroso. ¿Has visto la intranet? El eslogan de la empresa ha cambiado.

Quarry miró a los *quants* y le pareció que estaban perplejos y radiantes al mismo tiempo, como los miembros de una secta. Era inquietante. Algunos asintieron con la cabeza, como animándolo. Se inclinó y examinó el salvapantallas:

LA EMPRESA DEL FUTURO NO TENDRÁ EMPLEADOS
LA EMPRESA DEL FUTURO NO TENDRÁ DIRECTIVOS
LA EMPRESA DEL FUTURO SERÁ UNA ENTIDAD DIGITAL
LA EMPRESA DEL FUTURO ESTARÁ VIVA

Quarry estaba en su despacho escribiéndoles un correo electrónico a los inversores.

De: Hugo Quarry

Para: Étienne & Clarisse Mussard, Elmira Gulzhan & François
de Gombart-Tonnelle, Ezra Klein, Bill Easterbrook,
Amschel Herxheimer, Iain Mould, Mieczyslaw
Łukasiński, Liwei Xu, Qi Zhang

Asunto: Alex

Queridos amigos, cuando leáis este mensaje seguramente habréis empezado a oír la trágica historia de lo que le pasó ayer a Alex Hoffmann. Os llamaré a todos durante el día de hoy para hablar de la situación. De momento solo quería que supierais que Alex está recibiendo la mejor atención médica, y que todos rezamos por él y por Gabrielle en estos momentos tan difíciles. Evidentemente es demasiado pronto para hablar del futuro de la empresa que fundó Alex, pero quería tranquilizaros diciéndoos que él ha dejado sistemas que aseguran que nuestras inversiones no solo seguirán prosperando, sino que, con toda seguridad, irán fortaleciéndose cada vez más. Os lo explicaré con más detalle cuando hable personalmente con vosotros.

Los *quants* habían hecho una votación en la sala de operaciones y habían acordado

guardar en secreto lo ocurrido. A cambio, cada uno recibiría una bonificación inmediata de cinco millones de dólares. En el futuro habría más pagos, en una escala por acordar, dependiendo del rendimiento del VIXAL. Nadie había discrepado: Quarry suponía que todos habían visto lo que le había pasado a Rajamani.

Llamaron a la puerta de su despacho.

—¡Pase! —gritó Quarry.

Era Genoud.

—Hola, Maurice. ¿Qué quieres?

—He venido a retirar esas cámaras, si le parece bien.

Quarry pensó en el VIXAL. Se lo imaginaba como una especie de nube digital celestial y reluciente que de vez en cuando descendía hasta la Tierra. Podía estar en cualquier sitio. En una zona industrial desangelada y sofocante que apestaba a combustible de aviación y donde resonaba el sonido de las chicharras junto a algún aeropuerto internacional del sudeste de Asia o Latinoamérica; o en algún parque empresarial fresco y arbolado de la limpia y lluviosa Nueva Inglaterra o Renania; u ocupando una planta a oscuras y raramente visitada de un edificio nuevo de oficinas de la City de Londres, Mumbai o São Paulo; o incluso instalado, inadvertido, en cien mil ordenadores domésticos. «Está por todas partes —pensó—, en el aire que respiramos.» Miró la cámara oculta e hizo una leve reverencia.

—Déjalas —dijo.

Gabrielle volvía a estar donde había empezado el día, sentada en el Hospital Universitario, solo que esta vez estaba junto a la cama de su marido. Lo habían llevado a una habitación individual, al final de un pasillo en penumbra de la tercera planta. Había barrotes en la ventana y gendarmes en la puerta, un hombre y una mujer. A Alex apenas se lo veía bajo las vendas y los tubos. Estaba inconsciente desde que había chocado contra el suelo. Los médicos le habían dicho a Gabrielle que tenía fracturas múltiples y quemaduras de segundo grado; acababan de sacarlo del quirófano de urgencias, le habían puesto un gotero y lo habían conectado a un monitor; estaba intubado. El cirujano no quiso dar un pronóstico: solo dijo que las veinticuatro horas posteriores serían decisivas. Cuatro hileras de relucientes líneas de color verde esmeralda avanzaban hipnóticamente por la pantalla dibujando suaves subidas y bajadas. Aquello le recordó a Gabrielle a su

luna de miel, cuando contemplaban las grandes olas del Pacífico que se formaban a lo lejos y avanzaban hasta la costa.

Alex gritó en su sueño inducido. Parecía terriblemente agitado por algo. Gabrielle le tocó una mano vendada y se preguntó que estaría pasando por su poderosa mente.

—No pasa nada, cariño. Todo se arreglará.

Apoyó la cabeza junto a la suya en la almohada. Se sentía extrañamente satisfecha, pese a todo, por tenerlo por fin a su lado. Detrás de la ventana con barrotes, el reloj de una iglesia daba la medianoche. Gabrielle empezó a cantar una nana en voz baja.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a todas las personas que, ofreciéndome generosamente su pericia, han hecho posible este libro. En primer lugar, a Neville Quie, de Citi, que me hizo muchas sugerencias y me presentó a personas muy interesantes, y a Cameron Small, que me ayudó con extrema paciencia a moverme por el laberinto de ventas en corto y *puts out-of-the-money*; a Charles Scott, ex empleado de Morgan Stanley, que leyó el manuscrito y me presentó a Andre Stern de Oxford Asset Management, Eli Lederman, ex director ejecutivo de Turquoise, y a David Keetly y John Mansell de Polar Capital Alva Fund, quienes me transmitieron información muy útil; a Leda Braga, Mike Platt, Pawel Lewicki y al equipo algorítmico de Blue-Crest por su hospitalidad y por dejarme pasar un día viéndolos trabajar; a Christian Holzer por sus consejos acerca del VIX; a Lucie Chaumeton por comprobar los datos; a Philippe Jabre, de Jabre Capital Partners SA, por compartir conmigo su conocimiento de los mercados financieros; al doctor Ian Bird, director del Large Hadron Collider Computing Grid Project, por las dos visitas guiadas por el CERN en los años noventa; a Ariane Koek, James Gillies, Christine Sutton y Barbara Warmbein de la oficina de prensa del CERN; al doctor Bryan Lynn, un físico que trabajó en Merrill Lynch y en el CERN y que me describió sus experiencias en esos dos mundos tan diferentes; a Jean-Philippe Brandt de la jefatura de policía de Ginebra por llevarme por la ciudad y contestar mis preguntas sobre los procedimientos policiales; al doctor Stephen Golding, radiólogo del hospital John Radcliffe de Oxford, por aconsejarme sobre escáneres cerebrales y ponerme en contacto con el profesor Christoph Becker y la doctora Minerva Becker, que a su vez me hicieron una visita guiada por el departamento de radiología del Hospital Universitario de Ginebra. Ninguno de ellos, por supuesto, es responsable de los errores, las opiniones descabelladas y las fantasías góticas que pueda contener esta novela.

Por último, mi especial agradecimiento a Angela Palmer, quien me prestó desinteresadamente el concepto de sus asombrosas obras de arte y me permitió

atribuírselas a Gabrielle Hoffmann (los originales pueden verse en angelaspalmer.com), y también a Paul Greengrass, por sus sabios consejos, su amistad y por compartir conmigo tantos «puntos de reprovisión de liquidez».

ROBERT HARRIS,
11 de julio de 2011

Robert Harris nació en Nottingham, Reino Unido, en 1957 y se licenció en la Universidad de Cambridge. Ha trabajado como reportero de la BBC, ha sido responsable de la sección de política del *Observer* y columnista de *The Sunday Times*. En 2003 fue nombrado Columnista del Año en los British Press Awards. Es autor de las novelas *Patria*, *Enigma*, *El hijo de Stalin*, *Pompeya* e *Imperium*, así como de cinco obras de ensayo. En la actualidad vive en Berkshire.

* Declaraciones de Mary Shapiro en el Congreso. Los detalles de lo ocurrido en los mercados financieros de Estados Unidos en las dos horas posteriores se atienen a los hechos, extraídos del testimonio ante el Congreso y el informe conjunto de la CFTC y la SEC, *Findings Regarding the Market Events of May 6, 2010*.

Título original: *The Fear Index*

Edición en formato digital: julio de 2012

© 2011, Robert Harris

© 2012, Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2012, Gemma Rovira Ortega, por la traducción

Diseño de la cubierta: Ferran López / Random House Mondadori, S. A.

Fotografía de la cubierta: © Mike Dobel / Arcangel Images

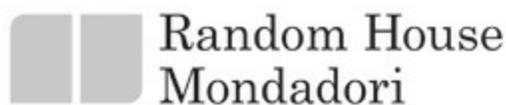
Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-4956-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.com



Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre [Random House](#), división editorial de [Bertelsmann AG](#), la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y [Mondadori](#), editorial líder en libros y revistas en Italia.

Forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents, Sudamericana y Conecta.

Sede principal:

Travessera de Gràcia, 47–49

08021 BARCELONA

España

Tel.: +34 93 366 03 00

Fax: +34 93 200 22 19

Sede Madrid:

Agustín de Betancourt, 19

28003 MADRID

España

Tel.: +34 91 535 81 90

Fax: +34 91 535 89 39

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y América Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de nuestras oficinas en www.randomhousemondadori.com.



Collins

conecta

DEBATE

DEBOLSILLO

Electa

Grijalbo

Lumen



montena

PLAZA JANÉS

ROSADÉLSVENTS Editorial Sudamericana

Índice

El índice del miedo	2
Capítulo 1	5
Capítulo 2	17
Capítulo 3	31
Capítulo 4	43
Capítulo 5	58
Capítulo 6	72
Capítulo 7	93
Capítulo 8	104
Capítulo 9	114
Capítulo 10	128
Capítulo 11	138
Capítulo 12	154
Capítulo 13	168
Capítulo 14	180
Capítulo 15	194
Capítulo 16	211
Capítulo 17	226
Capítulo 18	241
Capítulo 19	249
Agradecimientos	256
Biografía	258
Notas	259
Créditos	260
Acerca de Random House Mondadori	261